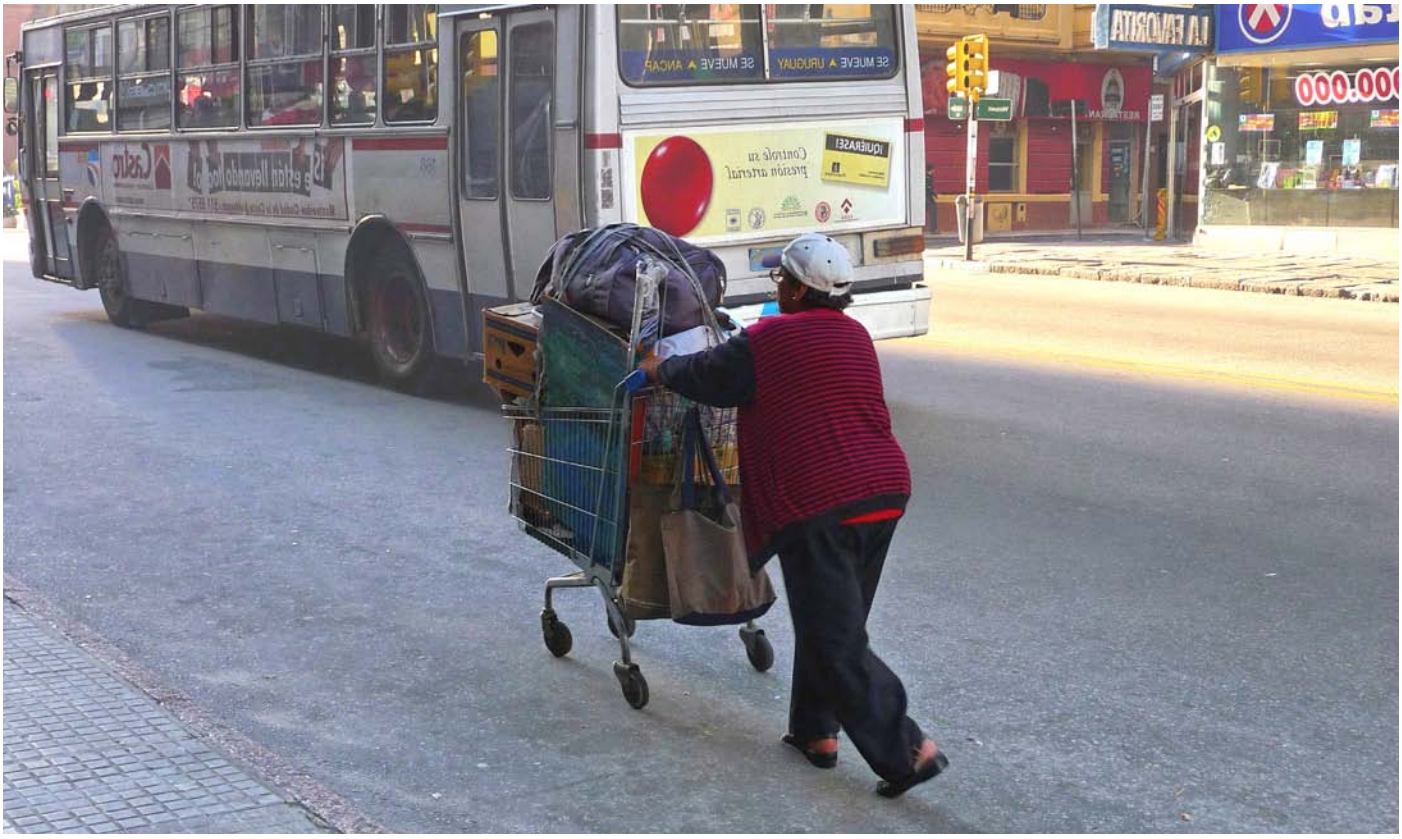
COLOQUIO INTERNACIONAL

Ciudades fragmentadas en la literatura (hispano)americana
Urban Fragmentation in (Hispanic) American Literature



Textos / Texts

Coloquio Internacional 4-5 de febrero 2010
Universiteit Gent - Université catholique de Louvain

FNRS
UNIVERSITEIT GENT
[GUST] GHENT URBAN STUDIES TEAM
UCL Université catholique de Louvain

ÍNDICE / CONTENTS

0_Introducción / introduction

I_Antología de textos teórico-literarios

Conceptos /concepts

Prévôt Schapira, Marie-France. "Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades." *Perfiles latinoamericanos* 19 (2001): 33-56.

GUST. "Chapter two: community". *The Urban Condition: Space, Community and Self in the contemporary Metropolis*. Rotterdam: 010 Publishers, 1999. 57-104.

García Canclini, Néstor. "Villes-spectacles et villes-paranoïaques". *Sociologie et sociétés, vol. 37, n. 1, (2005), 151-170*.

Foucault, Michel. "Of Other Spaces (1967)." *Heterotopia and the city: public space in a postcivil society*. Eds. Michiel Dehaene and Lieven De Cauter. New York: Routledge, 2008. 13-30.

Literatura / Literature

Altamirano, Aldo José. "La selva en el damero: la evolución del espacio urbano latinoamericano." *La selva en el damero. Espacio literario y espacio urbano en América Latina*. Ed. Rosalba Campra. Pisa: Giardini, 1989. 17-26.

Campra, Rosalba. "Buenos Aires infundada." *La selva en el damero. Espacio literario y espacio urbano en América Latina*. Ed. Rosalba Campra. Pisa: Giardini, 1989. 103-18.

Reati, Fernando. "La ciudad futura." *Postales del porvenir. La literatura de anticipación en la Argentina neoliberal* (1985-1999). Ed. Fernando Reati. Buenos Aires: Biblos, 2006. 87-136.

Bibliografía adicional /additional bibliography

II_ Coloquio / colloquium

Información práctica / practical information

Programa / programme

Resúmenes / abstracts

0_INTRODUCCIÓN / INTRODUCTION

A partir de los años 90, la noción de *fragmentación* empezó a manifestarse en estudios geográficos, sociológicos y urbanistas en un intento de describir y explicar las recientes transformaciones económicas, sociales y espaciales observadas en las grandes ciudades. Generalmente asociado en términos de causalidad a la globalización y el neoliberalismo, el concepto de fragmentación permitió complicar el discurso de moda en los años 60, 70 y 80 de la ciudad dual y dar cuenta de un amalgama de fenómenos socio-espaciales de estallido, separación y secesión del espacio urbano (se refiere también a estos fenómenos con los términos de balcanización, segregación, archipielización, *splintering urbanism*, polarización etc.).

Los tres primeros textos que presentamos en esta antología hacen un inventario de los cambios más destacados que sufrieron las grandes ciudades en las últimas décadas. Hablan de la desintegración de la unidad urbana, de la visión de conjunto que se pierde. De ciudades en crisis. Señalan la brecha entre pobres y pudientes que se ensancha, y la proximidad de estas dos clases sociales, pero en espacios herméticamente cerrados (sea por muros físicos, sea por la falta de transporte público). Informan sobre la emergencia de una inmensa periferia donde crecen junto a los guetos de los más indigentes los 'guetos dorados' o enclaves residenciales. Describen la presencia cada vez más visible de dispositivos de cerramiento (rejas, garitas, sistemas de vigilancia), de cortos físicos que demarcan la ausencia de intercambios y relaciones sociales entre dos espacios aislados. De este modo aparecen ciudades cada vez más compartimentadas en espacios físicos que no interactúan entre sí: ciudades heterogéneas, multipolarizadas, mosaicas.

El artículo de la geógrafa PRÉVOT-SCHAPIRA, "Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades", se centra en las grandes ciudades latinoamericanas (y en particular en Buenos Aires) para trazar un nuevo modelo de ciudad: el de la ciudad fragmentada. Puede servir de base teórica para estudiar el concepto de fragmentación. El texto siguiente, un capítulo del primer libro del grupo de investigación GUST (Ghent Urban Studies Team), describe los fenómenos sociales asociados a la fragmentación del espacio urbano europeo y estadounidense. Teoriza asimismo las conocidas transformaciones del espacio público: los fenómenos de la virtualización y la privatización del espacio público, y la proliferación de *gated communities* y *shopping malls*. El antropólogo Néstor GARCÍA CANCLINI apenas menciona el término de fragmentación en su artículo "Villes-spectacles et villes-paranoïaques", pero su análisis de diferentes manifestaciones de prácticas informales en la Ciudad de México (la fotografía de desastres de Enrique Metinides y las enormes vallas publicitarias en las autopistas mexicanas) da igualmente cuenta de fenómenos de segregación social y espacial.

García Canclini, citando a Rosalba Campra, menciona en la introducción de este artículo la importancia de la literatura en la determinación de lo que es una ciudad, y de lo que significa realmente vivir en ella[1]. Durante el coloquio "ciudades fragmentadas en la literatura (hispano)americana" que tiene lugar el 4 y 5 de febrero de 2010 en Gent y Louvain-la-Neuve, nos centraremos en la fragmentación urbana que va más allá del espacio físico. Antes que el espacio en sí, nos interesa investigar su complemento imaginario: la ciudad que vive en la mente de sus habitantes y que encuentra su expresión artística en la literatura.

1 "La literatura es, entre otras cosas, fundación de lugares que no existen sino en el papel, […] pero también reinvención de lugares que existen fuera de los textos" (Campra 1989, 103). En un intento de actualizar esta tesis de Rosalba Campra, García Canclini replica que la interpretación y la fundación de ciudades se efectúan hoy en día más a través de la cultura audiovisual que en la literatura. Las ponencias de Cristophe Den Tandt y Sophie Dufays, respectivamente sobre los videoclips norteamericanos y el cine argentino, abren el enfoque literario del coloquio hacia las producciones audiovisuales contemporáneas.

El concepto de fragmentación, tan de moda en los estudios geográficos y urbanísticos, quizás podría servir también de instrumento de análisis literario para pesquisar lugares de miedo o de felicidad, añadir los imaginarios latentes, la experiencia individual, una subjetividad que "está en el aire" pero que es difícil de captar en mapas geográficos o diagramas sociológicos.

Consciente de la vaguedad del término 'fragmentación', proponemos elaborar el marco conceptual con un texto de Michel FOUCAULT en el que presenta el concepto (no menos indeterminado) de *heterotopía*, la creación de "otros espacios" en medio de la geografía cotidiana. Invitamos a los ponentes a proponer otros conceptos que tienen su origen fuera del ámbito literario, pero que pueden servir como herramienta de análisis del espacio literario.

Aunque el tema del espacio urbano (en la literatura) es hoy en día extensamente estudiado, nos damos cuenta de que, con introducir el concepto de 'fragmentación' en el análisis literario, nos encontramos en un terreno nuevo. Los textos siguientes, con los que de ninguna manera pretendemos dar un panorama completo, muestran eso. De introducción a la parte literaria de esta antología proponemos la lectura de un texto de Aldo José ALTAMIRANO en el que relaciona el espacio urbano latinoamericano real con el imaginario. "Buenos Aires infundada" de Rosalba CAMPRA ofrece una mirada diacrónica de Buenos Aires en la literatura argentina: estudia los tópicos, las imágenes más recurrentes en la representación de dicha ciudad y encuentra en las novelas de Cortázar una ciudad que quizás podríamos relacionar ya con la idea de fragmentación: la onírica ciudad-collage, "un montaje alucinado de veredas y plazas, que no existe en ninguna parte" (Campra 1989, 116). Es en el texto sobre la literatura argentina de anticipación de Fernando REATI , al final de esta antología, que encontramos el único ejemplo de la ciudad guetoizada como categoría aparte.

Durante el coloquio trataremos de seguir la misma línea de estos investigadores, pero partiendo de la hipótesis de que la escritura de las últimas décadas en América Latina (¿y también en el Norte?) de alguna manera da muestras de la fragmentación que percibimos también en el terreno físico de la ciudad. Posibles preguntas de investigación son entonces: ¿Cómo se representa la fragmentación en el espacio literario? ¿Cómo se imaginan, repiensan o transforman las ciudades físicas reales en la literatura? ¿Qué imágenes aparecen en la creación ficticia de ciudades? ¿Y qué es lo que nos enseñan todos estos procedimientos de creación literaria/imaginaria acerca de la experiencia de habitar la ciudad, teniendo en cuenta los cambios sociales, económicos y espaciales arriba mencionados?

Sophie Dufays
Annelies Oeyen
Bieke Willem

I_ANTOLOGÍA DE TEXTOS TEÓRICO-LITERARIOS

CONCEPTOS / CONCEPTS

Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades

Marie-France Prévôt Schapira*

A partir del ejemplo de Buenos Aires, la autora analiza los procesos de fragmentación que operan en las grandes metrópolis latinoamericanas. La noción de fragmentación pone el acento sobre la complejidad de las dinámicas socio-espaciales ligadas a la metropolización (estallido, separación, secesión), resultante de la agravación de las desigualdades sociales, el ascenso de la pobreza y la brutal pauperización de las clases medias. En Buenos Aires esos procesos se traducen en formas de territorialidad exacerbadas. Lógicas de demarcación y reagrupamientos afines (barrios privados) que ponen en peligro las formas de urbanización del pasado.

From the example of Buenos Aires, the author studies the fragmentation processes that work in big Latin American metropolis. The notion of fragmentation emphasizes the complexity of the socio-spatial dynamics related to metropolization (outbreak, separation, secession) resulting from the aggravation of social inequalities, the rise of poverty and the brutal impoverishment of middle classes. In Buenos Aires these processes result in exacerbated territoriality forms. They are demarcation logics and similar regroupings (private neighborhoods) that jeopardize past forms of urbanization.

Palabras clave: Buenos Aires, metropolización, fragmentación, pobreza, clases medias, barrios privados.
Key words: Buenos Aires, metropolization, fragmentation, poverty, middle classes, private neighborhoods.

Por su concepción, la ciudad de América Latina se sitúa en las antípodas de la ciudad norteamericana. Su extensión e inmensidad no son resultado del rechazo a la ciudad compacta ni de una postura antiurbana, sino de un esfuerzo sostenido por mantener su unidad. La anexión constante de nue-vos territorios urbanos a la ciudad ha hecho también de estas metrópolis ciudades de propietarios pobres. Por ello se ha dicho que

* Profesora de la Universidad de París 8 (CRAG) y del Instituto de Altos Estudios de América Latina (París III), investigadora del CREDAL (Centro de Investigación y Documentación sobre América Latina).

son lugares extraordinarios de integración y promoción social, aunque las zonas desfavorecidas, mal equipadas y en situación irregular, constituyan la mayoría. Su capacidad de integrar a los pobres a la ciudad a través de formas clientelistas y de un fuerte imaginario político ha caracterizado a estas ciudades durante los años de crecimiento que van de la década de los cuarenta a la de los setenta del siglo XX.

Desde los años ochenta, aun cuando hay una tendencia a la democratización, esta imagen integradora de la ciudad latinoamericana ya no parece tener sentido. El aumento de la pobreza y la violencia y la aparición de nuevas formas de segregación en torno a la búsqueda de seguridad, hacen pensar que las metrópolis del sur ahora siguen el mismo camino que las de América del Norte. Sacudidas a fines de los años ochenta por los estallidos sociales en Buenos Aires, los saqueos en Brasil y el caracazo en Venezuela, estas ciudades están minadas en la actualidad por la desintegración social. Todo hace pensar que los Estados que estuvieron tan presentes en el destino de estas grandes metrópolis renuncian ahora al control de lo urbano. El término de crisis urbana se generaliza y subraya la erosión del pacto social populista que, bien que mal, había permitido integrar, bajo un modelo clientelista, a los nuevos ciudadanos.

Sin duda esta crisis urbana presenta formas diferentes según se considere Buenos Aires, México, o las ciudades brasileñas. En Buenos Aires, al mismo tiempo próxima y distante de Europa, las formas de empobrecimiento de las clases medias fueron brutales, y es probable que aquí, más que en otras partes, las antiguas articulaciones entre identidades espaciales, sociales y políticas sean puestas en entredicho por la erosión del compromiso fordista. Durante los años noventa, Argentina deja de ser una sociedad políticamente dividida y socialmente integrada. Por el contrario, en México, el peso del Estado, los corporativismos y relaciones clientelares permanecen muy presentes en las recomposiciones actuales. En la ciudad de México (Distrito Federal), los vendedores ambulantes, los pequeños caciques urbanos y los policías controlados por el PRI (Partido Revolucionario Institucional) desafían cada día a las nuevas autoridades municipales del PRD (Partido de la Revolución Democrática), electas en junio de 1997. Por último, en las ciudades brasileñas, las evoluciones son más contradictorias, con desigualdades más dolorosas y formas de segregación más arraigadas.

Más allá de las diferencias, ¿es posible identificar el surgimiento de un nuevo modelo, más disperso, menos jerárquico, que sustituya al de la ciudad orgánica: el de la ciudad fragmentada? La noción de fragmentación apareció a fines de los años ochenta en la literatura dedicada a la ciudad, tanto del sur como del norte. Esta noción asocia componentes espaciales (desconexión física, discontinuidades morfológicas), dimensiones sociales (repliegue comu-

nitario, lógicas exclusivas) y políticas (dispersión de actores y autonomización de dispositivos de gestión y regulación urbana). Paralelamente a los procesos de metropolización y a la globalización (constantemente invocada), en el interior de la ciudad se desarrollaron lógicas de separación y nuevas "fronteras urbanas", que de nuevo ponen en tela de juicio las formas de incorporación a la ciudad del periodo nacional-popular (Smith y Williams, 1986).

La ciudad nacional-popular: desbordamiento popular e incorporación a la ciudad

Por su amplitud, las ciudades de las que estamos hablando conocieron en el siglo XX crecimientos urbanos únicos en la historia del mundo. Las expresiones "desbordamiento popular" (Matos Mar, 1984), "aluvión zoológico", "ciu-dad monstruosa" e incluso "ciudad de masas" traducen el sentimiento de caos y desorden, pero también de vitalidad que produjo la aceleración del crecimiento urbano y su corolario, la expansión urbana. Durante más de 40 años, considerables superficies fueron invadidas y después urbanizadas por sus habitantes. Más allá de la diversidad de las modalidades de creación de periferias —invasiones resultantes de luchas urbanas vigorosas como en Brasil o negociadas en el marco del sistema clientelista como en México—, éstas están fuertemente marcadas por la desigualdad y la precariedad. Estos nuevos territorios urbanos —colonias proletarias, invasiones, ranchos, barriadas— se han incorporado progresivamente al espacio metropolitano mediante mecanismos de regularización que han sido objeto de numerosos estudios.

A diferencia de la ciudad norteamericana, la expansión urbana a la latina no es resultado, como lo hemos visto, de una postura antiurbana sino de políticas públicas y mecanismos de mercado que expulsan a las poblaciones de desposeídos. Es verdad que una parte de esas inmensas periferias escapan del subdesarrollo, porque la extensión urbana es también resultado de un proceso de suburbanización a la americana de colonias residenciales, que ocupan amplias porciones de espacio, con una lógica segregativa perfectamente visible. Pero los human settlements, "asentamientos humanos", —palabra onusiana forjada en los años setenta para designar a las urbanizaciones lejanas, autoconstruidas y mal equipadas— dominan el espacio periférico de las ciudades de América Latina.

Sin embargo, en estas metrópolis llenas de expectativas para los inmigrantes atraídos por las luces de la ciudad se concentran las inversiones del Estado de bienestar (hospitales, universidades, museos, transportes públicos subvencionados) y las industrias de sustitución; hemos visto igual-

mente el surgimiento de las clases medias que han crecido a la sombra del Estado. Ellas han sido, con los obreros de la gran industria, los beneficiarios del modelo desarrollista impulsado por la idea de progreso y modernidad. Asimismo, aunque la fábrica y el trabajo asalariado dejan de lado a una gran parte de los inmigrantes —"los marginados", "los informales"—, el desarrollo del sector asalariado durante el periodo de industrialización por sustitución de importaciones ha convertido a los trabajadores protegidos en "el horizonte posible de los otros", en ciudades donde las distancias sociales no excluyen ni las mezclas ni la movilidad.[1] Durante esos años de crecimiento (1940-1970) hubo creaciones masivas de empleos autosostenidos por el mismo desarrollo urbano. La extensión de barrios "espontáneos", las formas de acceso a la tierra y a la vivienda han mostrado que en la ciudad nacional-popular no había una relación directa entre el desarrollo del sector asalariado y la incorporación a la ciudad.

Por ello se puede decir que las "ciudades de América Latina han sido lugares extraordinarios de integración y promoción social" aunque las "zonas desfavorecidas" mal equipadas y en situación irregular sean las más numerosas de la ciudad. Esas formas de integración política y territorial se acompañan de representaciones muy discriminadoras de los lugares de pobreza y de sus habitantes: los cabecitas negras de Buenos Aires e incluso los "bahianos" de San Pablo. Pero la gran capacidad de incorporar a los pobres, los humildes, los descamisados, a la ciudad y a la nación, mediante formas clientelistas y un imaginario político fuerte, ha caracterizado el modelo urbano de los años de crecimiento. Esta ambivalencia de la gran ciudad nacional-popular es la que ha fascinado y a la vez inquietó —como dijo Claude Bataillon a propósito de México:

> Fascinados por el sorprendente éxito de los arreglos del populismo mexicano, su flexibilidad de evolución y su capacidad de soportar un crecimiento demográfico que no podía más que continuar haciendo de México la ciudad más grande del mundo. Inquietos porque las tensiones, desigualdades sociales, la corrupción, llegaron a dimensiones consideradas incontrolables (Bataillon, 1993).

La idea de integración en sociedades profundamente dualistas ha dominado el modelo desarrollista. Ahora bien, la década perdida vio cerrarse el espacio del populismo de Estado. En todas partes, el Estado es menos integrador, menos redistribuidor, menos prometedor. En un contexto de empobrecimiento y desmantelamiento de la reglamentación estatal, los años ochenta son igualmente el momento en que se da, a través de los organismos prestadores (FMI, BM), la convergencia de dos tradiciones, dos gestiones,

[1] Cf. La película Nosotros los pobres de Ismael Rodríguez que proporciona una visión idealizada del pequeño pueblo de México, en los años cuarenta y cincuenta.

una de solidaridad latina de tipo clientelista y estatal, otra de ascendencia anglosajona —inspirada por el Banco Mundial—, que llevó a los Estados a desarrollar políticas compensatorias con respecto a los pobres urbanos.

De hecho, ha habido cambios profundos que han afectado las formas de intervención del Estado en materia de gestión de los barrios pobres. Se pasa de una concepción tutelar del Estado en la cual las políticas sociales estaban directamente articuladas a un proyecto nacional de desarrollo, a formas de asistencia dirigidas y distribuidas de manera descentralizada. El sistema de protección social sumamente impregnado de la lógica corporativista ("ciudadanía regulada basada en la actividad profesional) se debilita, mientras que la asistencia social pierde su carácter residual para ocuparse de aquellos que el nuevo modelo de crecimiento deja en el camino (Lautier, 1999). A las políticas asistenciales se les adjudica un campo cada vez más extenso, porque se trata de soslayar la pobreza en el marco de la nueva gouvernance (el buen gobierno), en las ciudades que concentran el mayor número de pobres. Se aprecia perfectamente que se ha entrado en otra lógica, que ya no es la planificación urbana y el desarrollo de infraestructura y servicios en los barrios desprotegidos promovidos por la conferencia del Hábitat I de Vancouver (1972); ahora se trata de la eficacia apoyada a la vez en los mecanismos de mercado (desreglamentación y privatización) y en formas de representación democráticas a nivel local. Esto constituye un elemento fundamental para comprender la nueva cuestión urbana.

De la marginalidad a la fragmentación: estado de la cuestión

Las grandes metrópolis latinoamericanas viven hoy las consecuencias de un proceso acelerado de crecimiento que no se modificó sino hasta la década de los ochenta —la década perdida—en un momento en que la crisis y la liberación de las economías implican el incremento espectacular de lo informal, el desempleo y la pobreza urbana. En ese momento el término "crisis urbana" se generaliza, sin que se explicite lo que significa. La pertinencia del empleo de tal noción ha sido muy discutida porque se aprecia claramente que es ambigua y flexible.[2] De hecho, la expresión se impuso con la desaparición de algunas certezas anteriores que marcaron el periodo populista: la integración de la población a la ciudad a través del desarrollo del sector asalariado y un urbanismo planificado. En efecto, los

[2] En un artículo escrito poco después de los estallidos del hambre en 1989 en los alrededores de Buenos Aires, yo misma utilicé el término "crisis urbana", en tanto la expresión tenía el valor de evidencia, en un momento en que los signos manifiestos eran los saqueos a los supermercados, la inmovilización de los más pobres a los confines de la ciudad, las ocupaciones colectivas de tierras y los cortes de electricidad varias horas por día (Prévôt Schapira, 1990).

teóricos de la marginalidad pusieron énfasis en la existencia de una masa marginal que no se había tomado en cuenta. Pero, hasta los años setenta, la ciudad se había considerado ante todo como un espacio de progreso y modernidad. Por ello, la noción de "crisis urbana" no analiza tanto las disfuncionalidades que para muchos no son nuevas (contaminación, escasez de alojamiento, insuficiente cobertura de servicios urbanos, etc.), sino que subraya el bloqueo del modelo de integración nacional-popular.

¿La "crisis" produjo un nuevo modelo urbano? ¿Se puede hablar de una ruptura con las formas de urbanización precedentes? En América Latina, para calificar la crisis de las metrópolis, a partir de 1980 se observa el uso cada vez más frecuente de la noción de fragmentación (Vidal, 1995). El término supone que lo que debía mostrar un funcionamiento global estalló en múltiples unidades y que no habría ya una unidad del conjunto urbano. Se asistiría en el sentido geográfico y metafórico del término a una fragmentación cada vez mayor del mercado de trabajo, del sistema de transporte y a una involución del centro. ¿Una organización más dispersa, menos jerárquica, que ya no funcionaría según la ley de la renta de la tierra y de la "expoliación urbana", sustituiría al modelo anterior de ciudad orgánica?

A partir de entonces, la palabra fragmentación pertenece al vocabulario de lo urbano. Pero, ¿qué designa exactamente? Retomando al azar algunos artículos sobre las ciudades latinoamericanas, podemos medir hasta qué punto el término es polisémico.

En primer lugar, en una perspectiva histórica, la noción de fragmentación fue utilizada para analizar los procesos que hicieron estallar la unidad de la ciudad. En Hispanoamérica, la ciudad inmensa, la ciudad inabarcable, suponía una ruptura muy marcada entre ciudad y campo, entre la "civilización y la barbarie". El temor por una urbanización desordenada que desborda el damero original, constituyó el objeto de preocupación para mantener la unidad de la ciudad. Así es como debe interpretarse la decisión en 1887 de crear en Buenos Aires una especie de "círculo defensivo" frente al campo, cuadruplicando la extensión de la jurisdicción de la ciudad que había sido convertida en capital federal en 1880 (Novick y Caride, 1999). Estamos en las antípodas de la concepción norteamericana.

Por otra parte, la noción se utiliza ampliamente para hacer hincapié en la ausencia de una autoridad metropolitana que cobija en su interior las diferentes entidades político-jurídicas de grandes aglomeraciones que se extienden más allá de las ciudades del centro. Evidentemente se pueden citar muchos ejemplos de esta fragmentación institucional, tales como Buenos Aires, México, San Pablo, porque, a pesar de los debates candentes sobre la necesidad de crear instancias de aglomeración, raras son las ciudades que las tienen.

La idea se retoma para subrayar las consecuencias de las nuevas lógicas que presiden la gestión de los servicios privatizados. Esther Schiavo en su estudio sobre la municipalidad de Quilmes, situada en la periferia sur de la aglomeración de Buenos Aires, insiste sobre las nuevas formas de estructuración de redes técnicas privatizadas que acentúan la fragmentación del territorio, porque las inversiones actuales corresponden ante todo a lógicas que se inscriben en el perímetro de la concesión y de sus redes consolidadas (efecto túnel) (Schiavo, 1997).

En numerosos trabajos, la noción de fragmentación está igualmente asociada al proceso de creación de territorios ad hoc en los que se despliegan las nuevas políticas sociales destinadas a las poblaciones pobres. En un artículo sobre Recife, Jan Bitoun demuestra que las múltiples divisiones que realizó la municipalidad progresista de Recife en las zonas pobres, los ZEIZ (zonas especiales de interés social) o las áreas pobres contribuyen a la fragmentación del espacio (Bitoun, 1999).

En fin, el término se emplea para analizar un fenómeno cada vez más frecuente en la gran metrópolis latinoamericana, la proximidad de ricos y pobres, pero en espacios herméticamente cerrados, lo que establece relaciones asimétricas entre las dos partes de la ciudad. San Pablo, que vio nacer desde los años setenta el inmenso barrio privado de Alphaville, aparece en muchos aspectos como el caso emblemático de la "metrópolis corporativa y fragmentada" (Santos, 1990). La materialización cada día más visible de los procesos de separación, de aislamiento —exclusión y archipielización—, mediante muros, rejas, barreras, "aduanas privadas", ha contribuido ampliamente a la banalización del término.

En nuestro análisis privilegiamos este último aspecto, pero todos los enfoques tienen en común establecer un vínculo entre las dinámicas espaciales ligadas a la metropolización (extensión, movilidad, surgimiento de nuevas centralidades) y los procesos de fragmentación de la unidad, como resultado de la agravación de las desigualdades sociales, de formas no solidarias y reagrupamientos por afinidad.

La idea de fragmentación tan debatida va acompañada a la de una ciudad dual. Ciertos autores (Sassen, 1991; Mollenkopf y Castells, 1992) hacen de la globalización el paradigma explicativo de un proceso mayor de dualización de la estructura social y espacial de las grandes ciudades. El análisis de la ciudad dual se basa en la siguiente hipótesis: las evoluciones económicas que caracterizan a las grandes metrópolis, especialmente las global cities (financiamiento, desarrollo de servicios "avanzados" y de mando) implican un declive de las clases medias que en gran medida habían constituido la ciudad "fordista". Se podría discutir el empleo de ese término en los países en desarrollo. Pero, a pesar de todo, América Latina tuvo sus

Treinta Gloriosos". La gran expansión urbana de los años cuarenta a sesenta corresponde al desarrollo de industrias de sustitución, de los asalariados y de las clases medias urbanas.

¿Se puede hablar de una ruptura con los procesos observados en el pasado?

La segregación ha estado en el sustrato de la ciudad hispanoamericana al yuxtaponer en un mismo territorio dos espacios étnicos y jurídicos: la República de Españoles ubicada espacialmente en la cuadrícula central y la República de Indios situada en los barrios con límites más laxos (Lempérière, 1996). A partir de la segunda mitad del siglo XIX aparece una segregación del tipo hausmaniana, con bases clasistas. En México, la promoción de la tierra e inmobiliaria abre nuevos terrenos urbanos, "colonias" residenciales (la Roma, la Condesa, la Nápoles), al oeste de la ciudad, y al noreste, barrios de viviendas en arrendamiento para las clases populares (vecindades) en la Guerrero y Tepito. En los años setenta, en América Latina, se ha teorizado y reflexionado en términos de marginalidad y expoliación urbana sobre la relación entre espacio y población pobre, no integrada al mercado de trabajo, que vive en condiciones extremadamente precarias. La sociología urbana estructuralista marxista (Castells, 1974) se dedicó entonces a comprender cómo se traducen en el espacio los procesos de dominación y de dependencia, que engendran inmensas periferias o "urbanizaciones", para retomar el término empleado en Brasil.

Sin duda conviene abordar el término fragmentación con la distancia crítica suficiente y tener cuidado con las proyecciones demasiado simplistas desde lo espacial hacia lo social. Lo importante en esta definición es que destaca la complejidad de los cambios operados en la gran ciudad latinoamericana, y la idea es que una sociedad en archipiélago produce un entrelazamiento de diferentes espacios y otorga una visibilidad acrecentada a las diferencias, los repliegues y los comunitarismos de todo tipo, lo que pone en peligro las formas de urbanización pasadas ampliamente construidas sobre la existencia de un espacio público. Para retomar los términos de F. Navez-Bouchanine (2001), "La noción expresa una disociación social de las partes en relación con un conjunto urbano, una ruptura que puede llegar a la autonomía total, una fragmentación de la sociedad urbana como unidad y su reemplazo por una serie de territorios marcadamente identitarios".

A partir del ejemplo paradigmático de Buenos Aires, se trata de demostrar la pertinencia de tal hipótesis. La fabricación de territorios de "sí mismos", ligados a estrategias residenciales afines, por una parte, y la sedimentación de la pobreza en los barrios de exclusión (villas miseria, asentamientos), por otra, son realmente las formas extremas y simétricas de ese proceso. Las formas de dilución de la pobreza alcanzan a gran parte

del territorio y avivan las diferencias entre los barrios, entre las manzanas, lo que establece nuevas fronteras entre los ricos y los pobres, pero también entre los pobres y los menos pobres. En estas zonas intermedias, entre los bolsones de la pobreza y los barrios privados, actúan los procesos de "atomización privatizadora" que desestructuran la ciudad.

Buenos Aires: caída de las clases medias y crisis del espacio público

Durante los años noventa, en la época del menemismo, Buenos Aires fue un lugar de transformaciones rápidas y espectaculares que se pueden resumir con el término de metropolización. La terciarización de la economía, la privatización de los servicios urbanos, el desarrollo del sector inmobiliario, aunados a los nuevos modos de consumo y de esparcimiento, transformaron profundamente la organización económica, social y urbanística de este amplio conglomerado de más de 12 millones de habitantes. Estos cambios marcaron el fin de un ciclo que se inició con la federalización de la ciudad capital en 1880. Hace un siglo, el papel del Estado permitió poner en práctica formas de integración en una ciudad que aspiraba a ser la encarnación de la Nación. En los años noventa se ingresó en una lógica privada que transformó la ciudad en "fragmentos". El ascenso de la pobreza, la pauperización de una gran parte de las clases medias, por un lado, y el enriquecimiento de una minoría, por el otro, diseñaron una nueva geografía de los centros y los márgenes en ruptura con el modelo centro/periferia, del "centro hacia los barrios", que había guiado la extensión de la ciudad durante más de un siglo (Scobie, 1977). Estos cambios, en consonancia con la mundialización, se incorporan a la historia de una sociedad atravesada, en estas dos últimas décadas, por ciertas experiencias como dictadura, empobrecimiento, desocupación, corrupción que marcaron en gran forma el "fin de las ilusiones". En este contexto conviene reubicar las recomposiciones socio-territoriales, algunas de las cuales son espectaculares (los grandes proyectos urbanísticos), otras más sutiles (micro-privatizaciones, lógicas de separación) pero todas, a su manera, participan del proceso de fragmentación de los territorios de la ciudad y la dualización de la sociedad.

Flexibilización, precariedad, desocupación y pobreza

En junio de 1999 una evaluación del Banco Mundial titulada Argentina, evaluación de la pobreza, provocó un escándalo porque, según este documento, más del 40% de los 37 millones de argentinos se encuentran por debajo del

nivel de la pobreza. En Buenos Aires la encuesta permanente de hogares (EPH) del INDEC de mayo de 1999 mostraba que los pobres y los indigentes representaban respectivamente 27% y 7% de los habitantes del conglomerado.[3] En las afueras y más en particular dentro de las municipalidades de la segunda corona, esas formas de empobrecimiento han sido más brutales. Pero la pobreza, por largo tiempo asociada a la marginalidad, se extiende a un estrato híbrido: el de los "nuevos pobres". Si la "desestabilización de los estables", "la vulnerabilidad de las masas" (Castel, 1995), en un primer momento estuvo ligada a la vertiginosa disminución de los ingresos en razón de la hiperinflación de los años ochenta, en lo sucesivo aparece asociada al aumento de la desocupación, a partir de la puesta en marcha de la convertibilidad en 1991 que alcanzó a un 17% de la población del Conurbano. Después de una ligera disminución de la desocupación entre 1996 y 1998, la prolongada recesión de estos tres últimos años ha desvanecido para muchos la perspectiva de encontrar un empleo estable.

La progresión masiva y repentina de los Sin trabajo en el inicio del periodo de reactivación económica no sólo se explica por los despidos (Becarria y López, 1996), sino también por la entrada de nuevas categorías de población al mercado de trabajo (jóvenes y mujeres) y por el hecho de que más del 20% de los demandantes de empleo son trabajadores que buscan un segundo empleo para compensar la baja de sus ingresos, en un contexto de gran flexibilización y externacionalización de una amplia parte de las tareas de producción y servicios. Precariedad e informalidad son particularmente fuertes en las PYMES de la construcción y del comercio. De todas formas la desocupación masiva no originó únicamente un crecimiento proporcional del sector informal, sino su transformación profunda. El sector se "profesionaliza", se "asalariza" y se "masculiniza". Se asiste a un fuerte avance de lo informal en el seno mismo del sector formal con la multiplicación de contratos precarios (contratos basura) y de empleos informales en razón del incumplimiento de la ley de trabajo y de la integración de los más pobres en programas de tipo workfare (Plan Barrios, Plan Trabajar), sin ninguna protección social (Prévôt Schapira, 1996, 2000).[4] En 1998, el número de asalariados sin prestación social representaba el 37% de la población económicamente activa (PEA).

[3] Cf. Artemio López, "Pobreza e indigencia en el GBA. Evolución de los años 1998/1999", agosto 1999, Equis.

[4] El Plan Barrios bonaerense es un programa de la provincia de Buenos Aires lanzado en agosto de 1997, en un momento en que la desocupación alcanzó un nivel récord —entre el 20 y 30%— en las comunas del segundo entorno. Este plan financiado por la provincia se apoyaba en las autoridades municipales para identificar a los beneficiarios que recibían un salario mensual de 200 dólares: los jefes de familia por debajo del nivel de indigencia, pero reunidos en un mismo territorio para asegurar, en equipo, trabajos comunitarios. En 1998, son más de 60 mil personas, o sea un tercio de los hogares "extremadamente pobres" del Conurbano que estaban involucrados por el Plan. Cf. Plan Barrios Bonaerense: aspectos conceptuales, metodológicos y operativos, Proyecto ARG97/037, PNUD, diciembre 1999.

En fin, la informalidad no concierne solamente a las actividades consideradas tradicionalmente como precarias, sino también a empleos calificados con relaciones de trabajo muy precarias, particularmente por jóvenes que están entrando en la vida activa (arquitectos, diseñadores, periodistas, técnicos). Además, al lado de eso que algunos llaman "la economía popular", constituida por estrategias de sobrevivencia, de maña, de tráfico y recuperaciones, de pequeños oficios y prácticas solidarias vemos desarrollarse, por otra parte, una informalidad en el amplio vivero de los Sin trabajo. Ésta se articula a los nuevos sectores de la economía avanzada (servicios de mantenimiento a las empresas) y se dirige a los hogares acomodados, a las "nuevas elites urbanas", que desarrollan formas renovadas de consumo y esparcimiento (repartidores de pizzas, paseadores de perros, servicios de mensajería, etcétera).

Un estudio del INDEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos) se ha ocupado de ubicar, a escala del Conurbano, los efectos de las políticas de ajustes del empleo y los ingresos a nivel local. Este trabajo muestra una fuerte polarización geográfica. Los municipios de la periferia norte, los más acomodados (Vicente López, San Isidro), tuvieron una buena inserción de la población activa en el sector terciario financiero y de servicios, así como una débil tasa de desempleo. Por el contrario, en las municipalidades más pobres (Moreno, Florencio Varela, Merlo, Berazategui, La Matanza), se observa un agra-vamiento de la precariedad y del desempleo, al igual que una disminución del ingreso por hogar más pronunciada que en el resto del Conurbano. Las antiguas oposiciones (centro/periferia, norte/sur, primera/segunda corona) se agudizan, como lo muestran los indicadores de ingreso, salud y mortalidad infantil. De todas formas, a esas oposiciones tradicionales se superponen nuevas "fronteras" vinculadas al crecimiento de la pobreza y la pauperización de sectores enteros de la sociedad.

La "desestabilización de los estables"

Trabajos recientes sobre ciudades brasileñas demuestran que conviene moderar los discursos muy generalizantes sobre la "ciudad dual" y que las trayectorias de cada una de ellas constituyen realidades muy diversas (Préteceille y de Queiroz Ribeiro, 1999). Sin embargo, en Buenos Aires la crisis de los años ochenta y, paradójicamente, la reactivación económica de los años noventa, ha profundizado las divisiones dentro del amplio abanico de las clases medias, entre aquellos que son incorporados al crecimiento y los "nuevos pobres". Según Minujin y Kessler (1995), al comienzo de los años noventa, el fenómeno de la nueva pobreza toca a más del 18% de la población del Gran Buenos Aires.

Asimismo, a la sedimentación de la pobreza estructural (NBI) presente en las comunidades de la periferia y en los barrios pericentrales del sur de la capital, a partir de los años ochenta se ha agregado la pauperización de la clase media en un país donde ésta había conformado la idea de nación y su modelo histórico-cultural. A partir de ahí el discurso "sobre el fin de la clase media" está asociado a la liquidación de un proyecto de país con un pasado nacional próspero. Al hacerlo, Argentina se aproximaría a Brasil que representa el tipo mismo de sociedad dual, devastada por la miseria y la violencia" (Kessler, 1999). El empobrecimiento todavía no implicó una sociedad dual, la clase media no desapareció, pero el temor a la brasilianización de la ciudad y al desempleo alimenta el discurso sobre seguridad y las lógicas de exclusión, en una ciudad estimulada por la llegada de las inversiones extranjeras.[5]

Evidentemente esto puede parecer contradictorio con la aparición masiva de centros comerciales y urbanizaciones privadas que surgieron en los años noventa. No lo es. Representan la otra cara del cambio, porque los grupos involucrados en el crecimiento económico son, en muchos aspectos, los productores y consumidores de los nuevos estilos de vida y de ciudad. Estos grupos están compuestos en su gran mayoría por profesionales asociados a las nuevas competencias (diseñadores, gestores, los symbolics analysts de los que habla R. Reich), que trabajan en su gran mayoría en las empresas más involucradas en la mundialización. ¿Esta suerte de clase media alta corresponde a la "clase de servicios" definida por la sociología anglosajona? En el caso argentino, Maristella Svampa subraya que esta categoría debe ser repensada a la luz de las fuertes turbulencias que sacuden la sociedad argentina y que fragilizan a los sectores competitivos situados en la cima de la pirámide (Svampa, 2000). Sea como fuere, en respuesta a la creciente incertidumbre, el nuevo estilo de vida del cual es portadora esta "clase de servicios" se caracteriza por un rechazo creciente por la vida pública y por un relegamiento a la esfera privada. A semejanza de lo que sucede en otras metrópolis latinoamericanas, la década de 1990 vivió el desarrollo rápido de formas de urbanización privadas: clubes de campo, barrios cerrados, en la lejana periferia, a unos cincuenta kilómetros del centro. En pocos años, Pilar, verdadera edge-city, surgió en los linderos de este vasto conglomerado de más de 12 millones de habitantes (Thuillier, 2000).

La privatización del espacio público —que se volvió "necesaria", a los ojos de ciertos grupos, por razones de exclusividad y seguridad— plantea

[5] Pablo Cicolella estima que las inversiones extranjeras directas (IED), (contando las fusiones-adquisiciones y las privatizaciones), han estado en el orden de 100 millones de dólares en los años noventa y que la mitad de ellas se realizaron en la región metropolitana de Buenos Aires, particularmente en la capital (Cicolella, 2000).

Chapter Two: Community

Introduction

The ongoing spatial fragmentation of the urban landscape described in the previous chapter goes hand in hand with a number of momentous social shifts. No monocausal determinism, however, will do to establish the connection between spatial and social phenomena. Both levels interact in complex ways: at times, new social patterns can be seen to underlie morphological alterations in the urban landscape; at other moments, new types of spatial organization appear to stimulate certain social evolutions. This unsteady relationship is natural insofar as evolutions in the human environment are always the outcome of a dialectic between freedom and determinism: while people freely and autonomously seek to give shape to their surroundings, they are themselves also to a certain extent limited and determined by these surroundings. And while many social evolutions may thus be aligned with changes in the physical layout of a society, some can also be at odds with these changes.

An analysis of the contemporary social fabric of cities is not only made difficult by the confusing spatial fragmentation that characterizes the end-of-the-century urban landscape, but also by processes of social fragmentation. Central to these is the overall tendency in Western societies towards what in sociology is widely called "individualization" — a tendency that defines at once the modern era and the very concept of modernity. Although this individualization process appears to have produced the most radical effects in the latter half of the 20th century, it goes back a long way to at least the 18th century. Nor is it by any means new as an analytical category in urban studies. Already in the first classics of urban sociology, the city was described as that kind of social environment that offered to the individual — or to the self, as it will be called in chapter 3 — the best opportunities for freely and autonomously composing his or her own life. This liberating aspect of city life has left its indelible mark on the ways in which urbanites have come to deal with their social needs. Since the modern industrial city is largely founded on the principle of rationalized interaction, communities (loosely defined as socially supportive networks) are increasingly composed *ad libidum*, based on particular interests and practices. Already in 1937, one of the founding fathers of urban studies, Lewis Mumford, answered the question "What Is a City?" by arguing: "The city is a related collection of primary groups and purposive associations: the first, like family and neighborhood, are common to all communities, while the second are especially characteristic of city life" [1937:184]. One year later, in an even more influential essay called "Urbanism as a Way of Life," Louis Wirth contended in analogical fashion:

By virtue of his different interests arising out of different aspects of social life, the individual acquires membership in widely divergent groups, each of which functions only with reference to a certain segment of his personality. Nor do these groups easily permit of a concentric arrangement so that the narrower ones fall within the circumference of the more inclusive ones, as is more likely to be the case in the rural community or in primitive societies. Rather the groups with which the person typically is affiliated are tangential to each other or intersect in highly variable fashion [1938:156].

By the early 1960s, the analyses of Mumford and Wirth could already be expanded to apply to the entire urban-suburban nexus of "nonplace urban realms," which were described by Melvin Webber as "ambiguous, shifting instantaneously as participants in the realm's many interest-communities make new contacts, trade with different customers, socialize with different friends, or read different publications" [quoted in Sharpe and Wallock 1987:29].

Just as the contemporary city in its spatial components has come to resist representation in traditional cartographic terms, social networks in Fishman's *city à la carte* have come to evince a greater complexity than before and to appear more and more resistant to synthetic analysis. What is more, the urbanization of Western society in general has robbed the city as a social entity of much of its meaning, so that a discussion of urbanized social life overall is bound to be more loosely connected to its spatial-material referent. The splintering of larger social patterns at the heart of the following analysis is a wide-ranging phenomenon that cannot always be geographically circumscribed and contained. The best terms for conceptualizing this splintering are probably those of individualization and fragmentation — two terms that will return frequently in the course of the following pages. In talking about individualization, however, we should realize how, as the German sociologist Ulrich Beck has suggested [1992:87-90], the process may refer to at least two different phenomena: the phenomenon of an increased autonomization and mobilization of individuals and that of an emerging and continuously widening range of subcultures and lifestyles. Especially the latter phenomenon poses conceptual challenges. Yet the overall trend in Western societies is clear: today's urbanized citizens identify less and less with the disciplinary and hierarchical collectivizing institutions of the past (religious institutions, moral authorities, political parties, socioeconomic class, neighborhoods...) and more and more with so-called peer groups (frequently conceptualized through the notions of subculture and lifestyle).

In what follows, we start by offering a general picture of the influence of individualization processes on the social behavior of urbanites (and more widely, of urbanized/modernized citizens overall). Our main focus is on the vexed question of community building, more specifically on the tension between emancipatory, diversifying trends toward a multicultural urban society and more antagonistic, polarizing tendencies toward social segregation. This general discussion is fleshed out more concretely in a second section, which is devoted to the changing status and place of some of the major groups that make up today's metropolitan social landscape. With respect to the question of postsuburbia and its social diversification, for instance, we will see how totally opposed ideological positions have been taken. While apologists are inclined to celebrate postsuburbia as the realization of a democratic, egalitarian, and emancipatory ideal, others have rejected much of its deurbanized space for being socially reactionary and based on doubtful selective practices. The positive view that would picture an increase of pluralism and social diversification in the contemporary metropolis is frequently offset by the negative view that would see a marked increase in forms of social segregation and separatism. This debate between social gains and losses returns in a third and final section, which focuses on the conditions of interaction for members of the urban population and centers on the much-contested transformations undergone by urban public space.

1 Individualization and Community Building

The Autonomization and Mobilization of the Individual Throughout the history of the Western world, cities and their cultures have carried two diametrically opposed connotations. While they have often been denounced as cesspools of moral turpitude and vice (with famous Biblical antecedents ranging from Sodom and Gomorrah to Babylon the Whore or sinful Nineveh), they have also frequently been hailed as the necessary condition for a democratic and emancipatory social project. "Ever since Pericles of Athens declared his city 'thrown open to the world,'" notes John Parker, "cities have fostered democratic, open societies and opposed feudal and dictatorial ones" [1995:13]. This democratic and emancipatory aspect of urban culture was catchily compressed in the popular medieval dictum *Stadtluft macht frei* ("city air liberates"). At several crucial moments in the history of the West, cities have prided themselves on offering a physically protected social space in which individuals were able to enjoy the necessary freedom to escape from feudal and other oppressions. Yet this liberation of the individual has also entailed a rise in individual responsibility. If the city is the biotope of the free, autonomous individual, it is also that of the sociopolitically participating citizen. The city depends for its success on the construction of some form of *communitas*.

Although the influence of cities on the development of communal and social life in Western societies is not quite as direct and unproblematical as it is sometimes held to be, the development of cities is at least historically closely connected with the development of that communal and social life, and the city has certainly functioned as one major catalyst in the process of Western community building. To understand the present effects of that process, we must go back at least to the emancipation of the bourgeoisie starting in the 18th century and to the egalitarian and democratic inheritances of the Enlightenment and the French and American Revolutions. Although bourgeois emancipation was not necessarily or simply urban, the bourgeoisie — based as it was on trading and commerce — did have its principal historical roots and power base in the city. According to Richard Sennett in *The Fall of Public Man* [1976], 18th-century bourgeois life, however, was still quite different from today's: it was strictly divided between a public and a private life, which kept each other in a careful balance. The former was highly theatricalized and "civilized," while the latter was taken to be "natural" (in the sense of corresponding to the nature of the human species). In the course of the 19th century and with the rise of industrial capitalism, the scales of this balance were tilted: more and more the public domain began to cede to a new private domain of intimacy, personality, and authenticity. This interiorization resulted in what Sennett pictures as a social atomization and what in recent sociology is especially known as individualization. Its driving force, in the more moralist language of everyday, is individualism. The word "individualism," significantly, was introduced into English by the French political philosopher Alexis de Toqueville precisely in the context of analyzing the American city as an exponent of a type of society that in the 19th century most embodied the political model of a bourgeois democracy [Rybczynski 1995: 109 and ch. 4 & 5 overall]. At least historically, then, individualism — or the growing dominance of the private over the public persona — can be shown to have been most prominent and conspicuous in the city, so that the overall spreading of originally *bourgeois* values and attitudes in the 20th century has come to be construed by many as the spreading of quintessentially *urban* values and attitudes, or of what is sometimes called "urbanism." In *City Life*, Witold Rybczynski demonstrates the pioneering role which the U.S. historically played in fostering this general spreading of bourgeois values over the entire population. As a result of the country's egalitarian ideal, he argues, the U.S. as a nation was not built on the Old-World dictum "city air liberates," but on the less geographically circumscribed, more homogenizing "American air liberates" [ibid.:113-14]. Thus, the tie between political values and specific places in America has always been less strong than in Europe and the process of urbanization in the U.S. has happened less through the building of cities than through the spreading of an urbanized bourgeois culture [ibid.: ch. 5].

The leading historical role played by the U.S. in the overall individualization of people in Western societies also serves to highlight the importance of geographical and social mobility in the process. Transnational and intranational migration in the last 300 years has principally occurred in the direction of metropolitan areas, whether we are talking about New York around the turn of the century with its millions of immigrants channeled through Ellis Island or of London and Paris acting as magnets for their national and postcolonial hinterlands. It is above all migration also — more than general demographical evolutions — that led to the late-19th and early-20th-century phenomenon of the exponentially growing megacity or "metropolis." Such migration was and is the result of a complex interplay of push and pull factors, in which the positive or oneiric dimensions that motivate the desire of migrants for a better life are easily overlooked in light of the crisis character of escape motives (from political persecution and pogroms to starvation and economic exploitation) as well as of the sociopolitical problems of reception and accommodation.

Since cities have tended to support or facilitate the autonomous development of individuals, they have also become the preeminent places in which traditional social patterns are being replaced by new ones. The independence gained by individuals has found its clearest expression in the cutting of existing

social ties and the establishment of alternative ones — a phenomenon that is widely summarized by the concept of social mobility. The evolution towards greater individualization and enhanced social mobility, however, is a slow and very gradual one, and concepts of this sort are highly relative. The history of ethnic immigrants is a clear case in point. During the first stage of moving into a new city, immigrants of the same ethnic (and socioeconomic) background will frequently stick together in certain neighborhoods, appropriating their own collective spaces and setting up networks of material and spiritual support. In many cases, however, these relatively homogeneous neighborhoods are only transitional phenomena that do not survive beyond one or two generations. As immigrants accommodate to their new cultural environment, they will seek to move up the social ladder and out of their poor housing. Especially in the U.S., where social mobility is strongly predicated upon geographical mobility, neighborhoods have been known to change ethnic composition from one generation to the next.[10] One telling example is that of Manhattan's Lower East Side in New York (historically the port of entrance for many immigrants to the U.S.). In *Gateway to the Promised Land: Ethnic cultures on New York's Lower East Side* [1994], Mario Maffi has surveyed the immigration history of this neighborhood from the late 19th century through the early 1990s. It is a story that starts with the settlement of especially Irish and German immigrants. It takes a first turn with the massive arrival of Eastern European Jews (on the run for pogroms in their shtetls) and of large quantities of Chinese and Italian immigrants (the birth of, respectively, Chinatown and Little Italy). The story changes again shortly after World War II, when a major influx of Puerto Ricans adds a new face to the area, that of Loisaida, and again by the late 1960s, when the area began to attract not only a whole variation of Asian peoples (Filipinos, Koreans, and Vietnamese) — thereby turning Chinatown into an increasingly Asian-American quarter — but also a variety of Middle and South Americans (Haitians, Dominicans, Salvadorans, Ecuadorans) — which in turn changed the face of Loisaida into a more mixed Latino or Hispanic area.

The example of New York's Lower East Side illustrates how the kind of group solidarity that is often a cultural-social condition and practical necessity for first-generation immigrants arriving in a big city frequently melts away in the course of one or two generations to make room for the kind of individual ambition that, for better or worse, is still mythically embodied by the American Dream. This Dream is built on the hope of financial improvement and upward social mobility — the rise from rags to riches. It is spatially expressed through the

10 That this nexus of social and geographical mobility is often considerably less strong in Western Europe is illustrated for London by Hebbert 1998:164.

phenomenon of geographical mobility. Thus, a second, intranational kind of migration ensues, only this time it no longer occurs collectively. The tightly knit groups of first-generation immigrants give way to individualized descendants disbanding and dispersing again over a wider territory in their individual pursuits of happiness. Again it is especially Americans, as de Toqueville already noted, who have taken up the habit of voting with their feet [Rybczynski 1995:31]. By and large, they have shown themselves much more attached to their families and political institutions than to their cities.

Frequently, the only remaining mainstay in this individualization and mobilization process is the nuclear family. As Ulrich Beck has pointed out [1992], the social importance of nuclear families has grown in the course of the twentieth century in response to a waning of the disciplinary authority of external persons and institutions (political, religious, educational, or professional). Especially in suburbia, but to a considerable extent also in core cities, social life for urbanites has become principally centered on an interaction between family units. At the same time, these units have undergone something of a sea change and been typologically diversified: this is especially true of metropolitan centers, where the heterosexual married couple with kids no longer serves as a dominant template. The internal functioning of families has changed as well in response to a growing contestation of patriarchal, autocratic, and gender-stereotypical behavior, a decrease in average number of children per household, and a growing sexual independence of family members (especially women). The emphasis in the functioning of urban/suburban households has come to lie more on a mix of affection and upbringing. These and other processes have made family life more fickle: the more individualized and independent family members become, the more pressure is also put on their mutual relationships. The nuclear family has often turned into a battleground for conflicts between the individual aspirations and desires of family members. Familial ties have become more tenuous and families more subject to realignment (the rise of "serial" marriages and relationships). Several factors have also prompted or facilitated the reconfigurability of family units: the drastically increased life expectancy as the result of medical advances and improved hygienic conditions; the growing economic and financial independence of individuals (in particular through the huge postwar influx of women in the labor market); and the continuing division of labor upon which the modern city as an environment of rationalized transaction depends. Many of the functions traditionally performed by the family (protection, physical care, relaxation) have been farmed out to specialized institutions like daycare centers, schools, or social and cultural organizations that cater to the individual's interests.

Individualization through Identity Politics Individualization processes are by definition relative, not absolute. They indicate a tendency that can only be understood if it is set within a social and historical framework. They do not, in other words, preclude the formation of social groups. The human animal is a social animal and to picture the contemporary metropolis as a collection of absolutely individualized monads would be an egregious simplification. Even in the most metropolitan environment, all sorts of social groups continue to be formed or to exert their influence. What may be said, however, is that the number of these groups appears to have multiplied as a function of the overall emancipation and diversification of the metropolitan population. Especially youths, women, and sexual minorities have played a major role in boosting this diversification. What is more, many of today's social groups have become more mobile and flexible in adapting to changing environmental conditions or consumerist fashions. The resulting sociological pattern is one of increasing fragmentation — a fragmentation that in turn either reflects or actively affects the material permutations of today's urbanized environment.

Since any tendency towards social fragmentation must have strong political repercussions, it has been — and continues to be — the cause of hot political and intellectual debates. Depending on local political climates and historical circumstances, the social actors involved will opt for working out new models of multicultural collaboration or be up in arms against each other. This may best be illustrated with the rise of identity politics, again a larger societal phenomenon that is played out most conspicuously on the metropolitan stage, since that stage affords the most direct and daily confrontation between various segments of a country's population. When the American writer Henry James, after years of living in Europe, visited his home again in 1904, the overwhelming plenitude and intellectual uncontainability of New York threw him off balance [see Buelens 1999]. At the same time, they produced an insight that takes up a climactic place in his famous report, *The American Scene*: "No kind of person — that was the admonition — is a very good kind, and still less a very pleasing kind, when its education has not been made to some extent by contact with *other* kinds, by a sense of the existence of *other* kinds, and, to that degree, by a certain relation with them" [1907: 705; emphases added]. The category of the "other" and the question of our relation to it gain automatic prominence in a society that is built on the opposition between public and private persona, and bustling multicultural metropolises will be the sites where people are most immediately faced with the ethical and intellectual consequences of that opposition.

The development of a politics of cultural identity, more particularly as it is played out in a postwar metropolitan environment, has both an emancipatory and reactionary potential. The emancipatory potential comes to the fore in the relative autonomization, visibility, and empowerment of formerly disenfranchized groups. If it is not always easy to assess whether and how the composition of metropolitan populations has become more diverse in the postwar era, the sociopolitical sensitivity to this diversity has undoubtedly grown and become much more of a topic. Thus, the *Harvard Encyclopedia of American Ethnic Groups*, published in 1980, already distinguished between 106 different ethnic entities. This enhanced sensitivity to social difference has affected the discipline of urban studies as well. One arbitrary example among many is that of Sidney Bremer's literary-historical study, *Urban Intersections*, in which the political bias of earlier traditions is explicitly deplored:

> *When minority status — whether of region or gender or race — makes group identity a dominant feature of one's experience, it does so whether one lives on a farm, in a small town, or in a big city; one is still southern, woman, black. This suggests that the rural/urban dichotomy in our generalizations about cities since the standard Chicago novel and the sociological "urbanism" of Louis Wirth ... has been mostly the privilege of northern white, middle-class males. Like our other cultural generalizations, it must be contextualized by region, ethnicity, class, and gender* [1992: 191-92].

Bremer's perspective is clearly marked by a post-sixties academic evolution in the humanities and social sciences that has given rise to such disciplines as women's studies, cultural studies, African-American studies, queer studies, neomarxism, postcolonialism, or various strands of poststructuralist theory. Although working from highly different angles, these disciplines have collectively foregrounded theories and practices of "difference" — either in response to changing cultural environments or as active proponents of emancipatory projects. Ideologically, they have shored up a "postmodern" kind of liberalism (often walking under the banner of "multiculturalism") that differs from a more traditional liberalism or humanism in that it sets less store by universalist ideas and values and puts greater emphasis on an antihomogenizing, nonassimilationist discourse. Heterogeneity, difference, and hybridity are recurrent values among the leading theorists and spokesmen in these fields: the concept of hybridity, for instance, is to be found with many cultural authorities on the subject of ethnicity and postcolonialism, whether academics like Henry Louis Gates, Jr., Paul Gilroy, Edward Said, and Homi Bhabha, or writers and essayists like Salman Rushdie and Anil Ramdas (an important postcolonial voice in the Netherlands). In many of these cases, moreover, the metropolitan inspiration and connection, both theoretically and biographically, is unmistakable.

Neither the theory nor the practice of identity politics, however, are of necessity progressive and emancipatory. For one thing, the sophisticated theory (often insisting on some form of social constructionism) regularly clashes with the militant activism of grassroots organizations. As Steven Epstein laconically puts it, "People who base their claims to social rights on the basis of a group identity will not appreciate being told that that identity is just a social construct" [quoted in Garber 1995:86]. What is more, the insistence on group-based difference does not only liberate: it may also wind up recuperating or reencapsulating the individual. In being defined, group identities are frequently also polarized. And as David Theo Goldberg notes, "There is a long history of racialized or gendered exclusion in the name of difference. Those deemed different are not part of the social formation, are not included under values of moral treatment, respect, and love" [1994:12]. At an urban scale, this polarization is translated into a tension between the city as an intercultural meeting-place and the city as a culture-ideological battleground. "In place of the dissolution of borderlines," writes Marjorie Garber, "today's cultural politicians offer the strictures of Identity Politics. Borderlines are back: Ethnic, racial, religious, and sexual minorities assert their visibility and, thus, their power" [Garber 1995:20]. Or as David Hollinger in *Post-ethnic America* has argued [1995], ethnic consciousness and identity politics can be of a piece with more reactionary right-wing phenomena such as patriotism and an emphasis on family values in that they all erect social boundaries and seem to depend on a confrontational logic. Too much ideological self-enclosure may lead to physical separatism and segregation.

The recent political history of Western European cities further demonstrates the flipside of identity politics, for in these cities the political insistence on cultural identities comes from a radically different angle: it inspires the thinking of especially extreme-right and neofascist parties. European cities have a past that is less multicultural and less supportive of social mobility than that of North American cities. The most important recent influxes of foreign-born immigrants were attributable to non-European "guest laborers" (attracted to fill in a shortage of blue-collar workers in the economic boom years of especially the fifties and sixties) and to inhabitants from former colonies. Both types of immigrants by and large did not find the same opportunities for moving up the socioeconomic ladder as immigrants to the U.S. generally do, and in a time of economic crisis and labor shortage they became easily delineated and targeted again as scapegoats. The animosity towards these groups is voiced and fed at a transurban political level (that of the nation-state), but it is again enacted most critically on the stage of cities, where the political success of extreme-right and neofascist parties has been greatest (see the Allianza Nazionale in Rome, the Front National in Marseille, or the Vlaams Blok in Antwerp).

One important reason why the question of identity politics has become so deeply entrenched in postwar Western societies is that it is frequently moored in the fragmented morphology of the contemporary urban landscape. To an increased mobilization of the liberated and autonomized individual corresponds a fracturing of urban space into sometimes highly homogeneous neighborhoods. This leads to a remarkable paradox: whereas posturban space appears to resist all attempts at mapping (in cartographical and functional terms), it goes hand in hand with a social polarization that is at times all too easily mapped (in residential terms). This is especially true of the U.S. (in particular suburbia), but increasingly also of Europe. In some cases, then, spatial fragmentation turns out to be a natural corollary of social fragmentation.

2 The Contemporary Social Landscape

Postsuburban Heterogeneity and Fragmentation The formation of group identities and the dynamics between a diversification and a polarization of metropolitan communities have obtained new meaning in light of the morphological-functional transformations of the postwar urban landscape. In the traditional (idealized) paradigm of the modern metropolis, urban space is inhabited by autonomous and emancipated individuals relating to each other through a constant series of free interactions. The preeminent embodiment of metropolitanism proposed by Rem Koolhaas in *Delirious New York* is the bachelor who stays at a residential hotel [1978:158]. In the modern metropolis, individuals are made to fall back on themselves, roaming like monads through the anonymous crowds. This image of the urban loner has often been enlisted by artists and writers to figure a condition of metropolitan alienation.[11] In the cultural imagination, moreover, it was frequently opposed to the domestic security and familial unity characteristic of suburbia. Robert Fishman extensively demonstrated how the historical rise of suburbia was intimately linked to the ideological constitution of the modern family unit.[12] While the metropolis was felt to be the habitat of the lonely individual and even prided itself on being hospitable towards nonconformist ways of life, the suburb presented itself as the natural biotope of what historian Lawrence Stone analyzed as the "closed domesticated nuclear family" [quoted in Fishman 1987:33-34].

Recent tendencies towards deurbanization have inevitably affected also this distinction. With the development of posturban space, phenomena like the diversification of family types and the autonomization of individual family members have spread beyond traditional core cities [Poster 1991]. Compared to the suburb of the immediate postwar years, today's postsuburbia displays not only greater demographical variety but also greater cultural and ethnical diversity. By 1967 already, in a pathbreaking study of Pennsylvania's Levittown, Herbert Gans could be seen to modify the classic distinction between bustling metropolis and soporific bedroom community. Gans argued that suburbia was not necessarily less lively than the central city, only that social life was organized differently there: instead of revolving around the more active streetlife that comes with high-density housing, it was concentrated especially around familial activities and private institutions like clubs and associations. Moreover, partly for want of high-class cultural institutions like museums and opera houses, suburban cultural life displayed a more provincial than cosmopolitan character. Even so, it proved increasingly impossible, according to Gans, to hold up a strict division between city and suburb in an age that witnessed the rapid success of mass media and the concomitant spreading of a commercial culture over urban and suburban zones alike.

The evolution pointed up by Gans in the 1960s has only gained momentum in the ensuing decades, when we have seen the increasing success of various communication technologies. This technological success, as we have seen, came on top of a gradual transformation of suburbia from an exclusively residential zone to a zone that also accommodated industrial, commercial, and recreative activities. Although recent studies emphasize that postsuburbia continues to evince less visual variety than core cities and that its cultural activities are tailored first and foremost to the twin realms of domesticity and material consumption, today's postsuburbia nevertheless displays far greater diversity than its classic suburban predecessor. Postsuburban regions, according to Kling, Olin, and Poster, "are not sleepy provincial regions, although they have their quiet suburban neighborhoods. Their most important aspects ... are their origins in the suburban periphery of another urban core ... from which they have broken away, and the emergence within them of a new decentralized environment possessing the economic and cultural diversity formerly associated with the traditional central city. Through decentralization, the parochial and primarily residential suburb becomes a vital metropolitan region" [1991:8-9].

In postsuburban areas like Orange County, the east of Long Island, or the northeastern corridor outside Atlanta, inhabitants are no longer dependent on the nearby city for work, consumption, or cultural satisfaction. More importantly, they have become ethnically and racially more diverse — in the case of Orange County, for instance, as the result of a series of massive immigration waves from Latin America and Asia. Consumption patterns have likewise also become more cosmopolitan than in the traditional WASP middle-class suburb. Such consumptive cosmopolitanism, to be sure, does not of itself guarantee the active construction of multicultural communities and does not necessarily extend beyond the acquisition of new and exotic (frequently expensive) foreign products. Yet the phenomenon points to the fact that postsuburbia has come to assume some of the diversity of the traditional metropolis as well. Socioeconomically lower classes, too, for instance, are leaving their marks on the deconcentrated urban space. Almost as in any average metropolis, ethnic groups have set up their own restaurants and shops. Local business life, in addition, which is strongly interwoven with a globalizing economy, has contributed to the formation of a more cosmopolitan cultural elite:

11 For an analysis of how the image of the urban loner has affected the fate of public art in the 20th-century city, see the case study by Sven Lütticken (Part II).

12 This connection between suburbia and the construction of a culture of domestic intimacy is further explored in the case study by René Boomkens (Part II).

Many of these highly educated employees ... developed cosmopolitan tastes in other urban areas before emigrating to Orange County. They created a ready clientele for ethnic restaurants, European and Japanese cars, a wide variety of imported goods, and cultural events such as modern theater, foreign films, and classical music. Not satisfied with mainstream goods and services that were available in their neighborhood shopping centers, these residents were willing to patronize establishments virtually anywhere in the county that catered to their tastes. They were able to support a sufficient number of business and arts organizations with world-class aspirations so that, by the 1980s, a cosmopolitan culture was well developed in the county [Kling et al. 1991:21].

Although real-estate agents still seek to attract potential settlers by conjuring up the utopian middle-class image of the traditional suburb, the character of Orange County is much more determined by such postsuburban social complexity than by the monotony of white-bred suburban tracts. Kling, Olin, and Poster list the examples of Hispanic and Asian concentrations, of boulevards with almost exclusively Korean and Vietnamese store signs, of the large artistic and gay communities that people Laguna Beach, only to conclude that "Orange County's vast size allows a degree of anonymity and freedom of life-style that would be much more difficult to achieve in tightly knit suburban villages" [ibid.:22]. Postsuburbia, in other words, possesses a polychromic and polyphonic quality that is more reminiscent of the modern metropolis than of 1950s suburbia. Unsurprisingly, therefore, it has been presented sometimes as the decongested continuation of an essentially urban ideology, in which the emancipation and liberty of individuals take pride of place.

Needless to say, such a positive, apologetic perspective is not shared by all scholars. William Sharpe and Leonard Wallock, for example, though willing to grant that the morphological-functional alterations suburbia has undergone in recent decades are indeed striking, have disputed the easy link with radical sociocultural changes. In their opinion, sociocultural evolutions have not really followed suit and no real metropolitanization of suburbia has taken place. "In our view," they write, "equating suburbs with cities implies that suburbs possess a diversity, cosmopolitanism, political culture, and public life that most of them still lack and that most cities still afford" [1994:3]. By focusing on questions of morphology and aesthetics, as Garreau and Fishman tend to do, "suburbanophiles" have ignored the fact that "parochialism and separatism" continue to be very strong in (post)suburbia. The diversification of Orange County, from Sharpe and Wallock's critical perspective, has given rise above all to a "culture of consumption" that, in Paul Goldberger's words, bolsters "a community as product more than a community as place" [ibid.:11].

The supposed diversity of the contemporary postsuburban landscape is also questioned by Peter Marcuse [1995] with respect to urban planning practices. Marcuse observes a kind of inversion of the theory of modernist urban planning: whereas modernists were typically out to impose order on what they perceived to be chaos, the present-day tendency seems to be, rather, to impose chaos on order so as to obfuscate and elide the hierarchical socioeconomic relationships between people as well as the ordering principles of urban space. In hailing chaos, urban planners cover up the power imbalance with a veil of calculated arbitrariness. Diversity and heterogeneity, in this context, do not serve a progressive and liberal purpose, but are ideologically enlisted to function as instruments of a fundamentally conservative or reactionary strategy.

Terms like homogeneity and heterogeneity may themselves be part of the problem here. They tend to lose significance whenever people fail to clarify what exactly it is that postsuburban environments are being measured against. Little discussion is possible about the fact that postsuburbia evinces greater functional and social heterogeneity than the classic suburb, which served an almost exclusive residential function for a more restricted segment of the population. The fact that this diversification is indisputable, however, does not imply that postsuburbia has also assumed the active social heterogeneity invited by the compact multicultural mix of the dense metropolis. The social mix in metropolitan downtowns typically involves fine-grained patterns, while the variety of postsuburbia is much more spread out and serially linked. Thus, while heterogeneity seemed like a perfect concept for summarizing the clearly visible variety of the modern metropolis, the notion of "fragmentation" — not only spatially but also at a social level — would appear to be more apt for characterizing evolutions in the new postsuburban environment.

The Multicultural and Subcultural Metropolis The postsuburban evolution toward social fragmentation cannot be seen independently of a longer history, which is that of the spatial separation of social groups in the city. Already the etymologies of words like "town" (originally meaning "fence" or "enclosure"), "borough," "burgher" (the German *Bürger*, Dutch *burger*), or the French *faubourg* (all these words deriving from references to castles and fortresses) recall the walling of medieval cities, which created an important social and political opposition between inside and outside [Rybczynski 1995:37-38]. Throughout Western history, moreover, cities have also been to some extent *internally* divided. Certain streets or zones have always been reserved for particular socioeconomic, cultural, professional, religious, or ethnic segments of the urban population — if not always reserved *de iure* then at least *de facto* [see, for instance, Fourcaut 1996 for French cities between

the 18th and 20th centuries]. The entire history of a city like London has even been told as a story of basic fragmentation in which the various parts combined to form a whole more by chance than by design [Hebbert 1998]. Similarly, *The Encyclopedia of New York City* today contains articles about 416 different neighborhoods within one and the same city [Jackson 1995]. In this sense, New York may well stand as the epitome of the modern metropolis with its densely organized discontinuous pattern of distinctly recognizable neighborhoods. Whether we are talking about Greenwich Village, Soho, the East Village, the Lower East Side, the Upper East Side, the Upper West Side, Harlem, Spanish Harlem, Morningside Heights, Washington Heights, the South Bronx, Crown Heights, East Flatbush, Bensonhurst, or Flushing Meadows, the names all immediately bring to mind specific social constellations to anyone familiar with the city. This applies not only to the modern but also to the postmodern metropolis, where the phenomenon is only diluted and further stretched out over larger areas: in *Heteropolis*, Charles Jencks has drawn up a social cartography of L.A. that mixes "identity areas" (like the Barrio, Watts, Koreatown, Little Tokyo, Little Philippines, the Gay District, University Town, and Beverly Hills) with sometimes dubiously labeled "lifestyle consumption groups" (Affluentials, Metro Sophisticates, Greenbelt Families, Singles and Couples, Mid-City Mix, the Outer Fringe, Urban Melting Pot) [1993:26-29]. The shopworn image for this social-spatial pattern is that of the mosaic. Other images recur, too, and although they have all been rightly questioned, they signal an important underlying ideological battle: from the "melting pot" and its culinary counterparts, the "salad bowl" or the "buffet table," to the "garden of plants," metaphors bespeak specific views of the cohabitation of diverse peoples on a relatively compact surface area.

Political discussions about the need for an up-to-date multicultural model for Western cities are of course part of a larger political context that involves all of Western societies. At the level of nation-states, for instance, Canada has been the first to translate the multicultural diversity of its population into law. The *Canadian Multiculturalism Act* made law in 1988 states that "The Government of Canada recognizes the diversity of Canadians as regards race, national or ethnic origin, colour and religion as a fundamental characteristic of Canadian society and is committed to a policy of multiculturalism designed to preserve and enhance the multicultural heritage of Canadians while working to achieve the equality of all Canadians in the economic, social, cultural and political life of Canada" [quoted in Peters 1996:404]. This law illustrates the long way sociopolitical discourse has come in recent decades. In a discussion of the term multiculturalism, David Theo Goldberg has analyzed the historical roots of the "imperatives of monocultural association," tracing them back to 19th-century European universities, which — combined with the then-current preference for universalistic discourses — were copied as a general sociopolitical model in the U.S. [1994:3-4]. At the beginning of the 20th century, Goldberg argues, powerful attempts to construct a national American identity were steered by a racial immigration politics and the propagation of an ideology of the "melting pot." This metaphor frequently covered up radical power imbalances and separatist realities, especially in cities: as Sharon Zukin points out, the fiction of a shared, homogeneous culture could be kept up more easily in the early-20th-century metropolis mainly because ethnic, class, and sexual cultures inhabited separate spaces that remained largely invisible to one another [1995:264-65]. These separatist tendencies have not waned in the course of the century, but their relative invisibility and political incontestability clearly has. Today, the various groups that make up the population of any metropolis on either side of the Atlantic tend to be much more in each other's faces in the sense that they demand their rights and confront each other directly, both in the media and in the political arena. Urbanites are thus more forced to take up ideological positions towards their multicultural surroundings. In analogy with the tension between a modern and postmodern liberalism, Goldberg today sees a tension between "liberal multiculturalism," which is based on a tolerance of cultural differences, and "managed and difference multiculturalisms," which instead seek to emphasize boundaries between groups and to celebrate differences [1994]. Goldberg's own middle-of-the-road attitude typically involves a plea for hybridity and heterogeneity as central values in this debate.

Multiculturalism literally refers to a plurality of cultures. The concept of "culture," however, is one of those contested concertina concepts whose definition may be narrowed or expanded at will, even if we restrict ourselves here to the sociological and anthropological use of the word. The advantage of opting for a wider definition in this context is that it helps us identify a number of crucial social changes in the postwar metropolis. One way in which the transformation and diversification of our understanding of cultural groups may be gauged is by the importance sociologists like Pierre Bourdieu have come to attach to a concept like "cultural capital" [1979]. Offering the best social environment for nonconformist, antiestablishmentarian, and independent individuals, big cities function as magnets to people who depend on cultural rather than financial capital: intellectuals and academics (from the *Rive gauche* in Paris to New York's Morningside Heights) as well as artists, performers, and entertainers. Especially the latter groups frequently crave the city as a soil for their creativity and socialization. In *Loft Living* [1982], Sharon Zukin provides an extended example of the influence that artists have exerted on the landscape of Manhattan: in conjunction with middle-class owners and political and social elites, artists during the 1970s and 80s put

up a successful fight to claim New York's Soho for themselves, although for this they had to counter the plans of realtors, trade unions, and powerful bankers like the Rockefellers, who all wanted to build sports stadiums and skyscrapers in the area.[13]

The importance of cultural classes in analyzing the contemporary social landscape of cities is further confirmed by the striking rise of an entirely new phenomenon in the postwar city: that of the youth subculture. The autonomization of youths, spearheaded again in urban environments, must be seen against a background that is both economic (the increasing prosperity and rise of a consumerist culture since the 1950s) and social (the substitution of peer-group identification for traditional identifications with authority-based institutions). After the economic and military crises of the 1930s and of W.W. II, when any autonomization for youths was naturally out of the question, urban teenagers and twens in the more peaceful and prosperous postwar years soon developed habits of rebelling and setting up countercultures: first the mods and beatniks, then the hippies and flower-power adepts, next the punks devised lifestyles and communities of their own, until by the 1980s and 90s such movements branched out into countless different subcultural trends, some still oppositional, others largely recuperated or even actively produced by the fashion industry. London with its famous clubbing circuit, Berlin with its annual Love Parade (a ravers' festival attracting hundreds of thousands of youngsters), or Seattle as the capital of grunge are but a few of the most obvious icons of today's urban youth subcultures. The concept of "subculture," as Sarah Thornton has explained, may be usefully distinguished from that of "community":

"Community" tends to suggest a more permanent population, often aligned to a neighbourhood, of which the family is the key constituent part. Kinship would seem to be one of the main building blocks of community. By contrast, those groups identified as "subcultures" have tended to be studied apart from their families and in states of relative transience. It is also often assumed that there is something innately oppositional in the word "subculture." While struggles over territory, place and space are core issues, subcultures would appear to bring a little disorder to the security of the neighbourhood. Subcultures are more often characterized as appropriating parts of the city for their street (rather than domestic) culture.... "Subcultures" (as they have been written about over the past three-quarters of a century) have come to designate social groups which are perceived to deviate from the normative ideals of adult communities [1997: 2].

13 That the power base of artists in this coalition was not necessarily all-determining or long-standing is demonstrated by the fact that Soho in the 1990s returned to its original (early-19th-century) status as a fashionable shopping district. More particularly since the opening of the luxurious and touristic Soho Grand Hotel in 1996, artists have moved out of the neighborhood again by the hundreds, due to skyrocketing rents and property values.

14 As this same study shows, the growing need for health facilities in suburbs and the increasing number of elderly people no longer able to drive is posing new infrastructural and social problems for suburbia.

The attraction exerted by big cities on youths has had clear demographic effects: in most big cities, the population has become younger relative to a country's general population — a trend most visibly demonstrated by post-sixties downtown Amsterdam, where streetlife is almost entirely dominated by people in their teens, twenties, and thirties. Both in Europe and the U.S., this relative influx of youths has gone hand in hand with a departure of elderly people to suburbia. Michael Hebbert notes, for instance, how "Modern London consistently draws young people from all parts of the UK and loses them after the age of 45" [1998: 164]. And a comparative study between 1950 and 1990 shows a shift in residence for people aged 65 or more in the states of New York, New Jersey, and Connecticut from almost 80% urban vs. 17% suburban in 1950 to only 37% urban vs. 56% suburban in 1990 [Fein 1994: B5].[14]

The continuing appeal exerted by the central big city on various subcultures, artists, performers, entertainers, and intellectuals testifies to the need to keep distinguishing between the social constellations of classic metropolitan downtowns and postsuburban technoburbs. The drastic spatial transformation of urban landscapes in the second half of the 20th century has not always eroded the centripetal cultural status of the earlier metropolis. Most classic metropolitan centers have consolidated their position as the locus of cultural diversity and heterogeneity by continuing to attract marginal groups and cultural elites, providing places for them that remain largely visible to the overall population. This aspect of visibility constitutes an important difference with diluted urban spaces, to the extent that they, too, have undergone a social and cultural diversification. Because of its decongested nature, posturban space may turn into a catalyst for a polarization of the various communities that make up the multicultural spectrum of the contemporary metropolitan landscape.

The Multiethnic and Dual Metropolis Among the first five hundred settlers that inhabited embryonic New York (then still called New Amsterdam) in 1643, already 18 different languages were spoken [Jackson 1995: 581]. Today, the New York metropolitan region houses roughly 20 million people and the number of languages spoken in the area has only multiplied accordingly. New York City remains the most eye-catching and emblematic example of the multiethnic metropolis, partly because, as Philip Kasinitz writes [1996], the density of Manhattan forces people to be constantly "in each other's faces" and the cramped housing and

high subway use prompt people to spend much time in public. In addition, the visibility of ethnic groups and of their social contribution is enhanced by a strongly developed tradition of streetparades and festivals. What is true of New York, however, has also become increasingly true of other postwar metropolises. "Almost half the entire ethnic minority population of Britain lives in London," Michael Hebbert informs us. "The 1991 Census found that 22% of the population had migrated from overseas: three births in every nine were to a mother born outside the United Kingdom. The capital has immigrant communities over 10 000 strong from 37 different countries" [1998:164-65]. Today, at least a quarter of London's population is black or Asian [ibid.:170]. Figures for Los Angeles show an even more radical picture: between 1970 and 2000 (based on projections), the share of non-Hispanic white Angelenos dropped from 71 to 31%, while the share of Afro-Americans remained stable at around 10% and the proportion of Hispanics and Asians rose from 15 to 44% and from 3 to 15% respectively [for these and related figures, see Ong and Blumenberg 1996:324; also Sabagh and Bozorgmehr 1996]. The number of Mexican immigrants alone for L.A. has gone up from 320,000 in 1960 to 2.5 million thirty years later. Even in absolute numbers, the immigration figures for the L.A. area in the 1980s exceeded those for the New York City area, with 2 million vs. 1.5 million new immigrants respectively.

Distinctions between categories like "multicultural" and "multiethnic" are often merely a nominal matter, especially in the U.S., where the word "culture" is almost automatically equated with "ethnicity" [Zukin 1995:263]. The term "ethnicity" itself, as Werner Sollors has demonstrated, stands in a complex relationship to other proximate notions with which it does not fully overlap, like peoplehood, class, race, and identity [1996]. Its precise content is often elusive, but the acts of group identification to which it refers are nonetheless powerful in their social and political effects. This is illustrated, among many other ways, by disparities arising within one and the same race, as when recent African immigrants to the U.S. appear to do better on the job market than inner-city African-Americans whose ancestry reaches back to the era of slavery [see Roger Waldinger's carefully weighed 1996 study *Still the Promised City?*]. In "Race, Ethnicity and New Forms of Urban Community" [1975], Joseph Bensman and Arthur Vidich argue that the new bases for community organization in the contemporary city are increasingly connected to racial and ethnic identities. The question of the formation of these identities is a hotly disputed one, with biological essentialists pitted against social constructionists, and discussions on the subject often prove to be political-ideological

15 Sam Bass Warner, Jr., has for instance argued that in the Philadelphia of the 1930s "intense segregation based on income, race, foreign birth, and class rose to preeminence as the organizing principle of the metropolis" [quoted in Sharpe and Wallock 1987: 10].

dynamite: the inclination to use *exclusive* definitions of ethnic identity and to reduce phenomena of great social complexity to a one-dimensional issue of ethnicity easily feeds into all kinds of extremist politics (from neofascist racism to reversed racism). According to Michael Smith and Joe Feagin in their introduction to *The Bubbling Cauldron: Race, Ethnicity and the Urban Crisis*, racial and ethnic formation today functions "as a dynamic arena of domination and resistance, division and self-definition in a 'cool' world where people have lost compassion for the distant other" [1995:4].

Ethnic polarization has been enhanced by the postwar process of suburbanization, most clearly in the U.S., but also in many European cities and suburbs. As Robert Fishman's historical analysis indicated, the whole suburbanization process is predicated on a logic of social, ethnic, and sexual segregation. The suburbia to which postwar urbanites fled in droves was first and foremost the habitat of the white middle classes, and this fact materially consolidated the tendency towards socioeconomic and ethnic segregation already apparent in the modern metropolis.[15] In the 1950s American suburb in particular, Protestants, Catholics, and Jews of similar income groups were able to live in relative harmony, telling themselves that they were "finally to realize the dream of the melting pot, creating a homogeneous amalgam of persons with diverse roots" [Teaford 1993:104]. But in this melting pot there appeared to be no place for the color black. "Suburbia was a white haven, perpetuating the racial fragmentation of the metropolis. It was a place where one could escape from the social, economic, and racial heterogeneity of the central city" [ibid.]. With the poorer ethnic minorities staying behind in the central city, this process led to the urban crises of the 1970s and early 80s. While well-to-do suburbanites withdrew into their comfortable leafy cocoons, central cities were left to fend for themselves. With heavily reduced tax bases, this was tantamount to courting bankruptcy. For a variety of reasons, many metropolitan centers have managed to scramble to their feet since, but the lack of financial solidarity between an increasingly autonomous periphery and the center on whose presence that periphery historically depends continues to be a heavy burden on urban policy-makers.

Any discussion of the multiethnic composition of contemporary cities is thus complicated by the fact that it must factor in socioeconomic class, and that although there is a strong connection between ethnicity and class, the relationship is not simply a symmetrical one. One reason why debates on ethnicity take up such a prominent place in the North American political system is that in many senses they substitute for debates on class in European politics. This holds true especially for lower-class, working-class, or unemployed members of these groups, who have seized on ethnic identity as a political tool for claiming rights

they would have more trouble claiming through a class-based identification. Yet the discussion is complicated by the fact that no ethnic group will contain only people from one socioeconomic class, and that those members who fare better economically also tend to identify less and less with their ethnic backgrounds.

In a context of ethnically and racially inspired discrimination, large-scale unemployment, and other forms of "social exclusion" — a term introduced in France to refer precisely to the diminished citizenship of blacks in the *banlieues* [Hebbert 1998:163] — it should come as no surprise that ethnic and racial frustrations in the postwar metropolis have upon occasion also erupted into bursts of violence. London saw its first race riots in 1958, when white mobs attacked the homes of blacks in Notting Hill, and it witnessed further flares in the 1980s in Brixton and Tottenham [Porter 1994:354]. Los Angeles, New York, and especially Detroit acquired notoriety for their race riots in the 1960s. The *banlieues* of French cities became restless in the 1990s. But it is above all in the L.A. riots of 1992 that the nexus of ethnicity and race was most clearly articulated as a social problem. Roger Waldinger and Mehdi Bozorgmehr's *Ethnic Los Angeles* [1996] provides the background story to these riots: the tension erupted first between blacks and white police officers (after the brutal beating of Rodney King), but the former were soon joined by recent Latino immigrants. Significantly, the direction of their anger did not remain limited to the police only: it took on a further ethnic dimension when it was extended towards local landlords and storeowners, most of whom happened to be Korean. The riots shook many proverbially laid-back Angelenos out of their dreams and confronted them with the reality of a multiethnic metropolis in which cohabitation, no matter how widely spread out over a vast area, was ridden with conflicts that not even the rich in their splendid isolation could hope to avoid completely.

Much of this combustibility must be seen against the background of a growing income disparity between rich and poor. Such a disparity has characterized postwar Western countries overall: it appears to be the inevitable downside of an economy of free-market liberalism. But it has produced the starkest contrasts and the greatest social inequality in cities. Every metropolis has its pockets of excessively rich and its visible share of excessively poor. London, for example, is famous for the congregations of "fabulous, luxurious, ostentatious wealth"

16 The average family income of residents living in the housing blocks bounded by Fifth Avenue, Madison Avenue, 63rd, and 67th Street was $730,000 for 1990, with a population consisting of 711 non-Hispanic whites and 34 Japanese, none of them under 21 years old. By the mid-90s, hotel suites in the area could charge as much as $2,500 per night [for these figures, see Beveridge et al. 1996:6]. Around the same time, the price of local luxury apartments (organized in the form of co-operatives or "co-ops") skyrocketed to figures between $3 and 10 million [Kleinfeld 1995:B2], to be paid cash, without taking out loans, and on the basis of a buyer's net worth that could reach up to $100 million [Rozhon 1995].

17 For more on this, see the case study by Liam Kennedy (Part II).

that may be found in parts of the city like Belgravia, Barnes, Holland Park, or Hampstead [Porter 1994:387] and the city has seen the gap between rich and poor widening faster than the rest of Britain [Hebbert 1998:162]. Similarly, Manhattan's Upper East Side is host to New York's wealthiest citizens, who pay mind-boggling prices to live in the area.[16] Except for a leper colony in Hawaii, Manhattan is the most unequal county in the U.S., with about the same level of inequality as Guatemala [Beveridge 1996:8]. And on Manhattan, too, the gap between rich and poor has been steadily widening over the past few decades [Roberts 1994].

The counterparts to these exorbitantly wealthy areas and neighborhoods are the no less proverbial urban ghettos that have sprung up most glaringly in American inner cities. Historically, the first "ghetto" was formed in 16th-century Venice, a once-prosperous city then past its prime: in that city, one formerly well-assimilated category of inhabitants, the Jews, got stigmatized as "alien" elements in a Christian society and were subsequently isolated into the first official urban ghetto. According to Richard Sennett, this move marked the beginning of the overall "divisive desire for community" in the modern metropolis [1994:228]. The term "ghetto" has remained a politically loaded one in the 20th century, covering as it does both the horror of officially installed, literally occluded spaces (like the Jewish ghetto in Warsaw under the Nazi regime) and more metaphorical instances of involuntary sequestration that are the structural results of wider socioeconomic and ideological processes. In the latter case, the discussion has been mixed up with parallel debates about the urban "underclass" — a term that was coined in the 1980s to designate those people suffering from an intense deprivation that is almost self-perpetuating.[17] The urban underclass that has surfaced since the economic and urban crises of the 1970s is built on an unusually forceful constellation of spatial, socioeconomic, and racial/ethnic disadvantages. The history and fate of this group has been explored by scholars like William Julius Wilson in his aptly named *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy* [1987] and by Douglas Massey and Nancy Denton in *American Apartheid: Segregation and the Making of the Underclass* [1993]. Wilson, who debunks several popular myths concerning social problems and the underclass in the U.S., identifies principally economic realities as responsible for the growing social isolation of a group of long-term unemployed and welfare-dependent inhabitants of inner cities. This condition, he further exemplifies, is not one that can ever hope to be truly remedied by measures that stay locked within the current mindset of American politics and economic policy-makers. Wilson downplays the immediate role of racism in this process, but he has been contradicted in this respect by Massey and Denton, who trace the effects of a long history of racism and structures of institutional segregation on the subordination of the urban poor.

References to the specifics of American society and politics are important in that they signal a difference with European cities. Although every European metropolis has its own problem areas with high ratios of socioeconomically disadvantaged citizens, this has not led to the emergence of equally outspoken ghettos. As Michael Hebbert notes, no radical ghettoization seems to have taken place in for instance London [1998:177]. And Loïc Wacquant has demonstrated how the French *banlieues* should not be confused with American inner-city ghettos: in the former, ethnic and territorial stigmatization do not overlap completely, neighborhood and family ties remain stronger, and districts continue to be better serviced by municipal and state institutions [Wacquant 1993]. In another comparative French-American study, Sophie Body-Gendrot has also insisted, however, that despite different historical constructions, the American and French models of social integration (of diversity including class, ethnicity, religion, etc.) are converging because of economic changes. The integrative and universalizing force of French citizenship promoted earlier by official policies has diminished [Body-Gendrot 1995]. Although the racial dividedness of the French *banlieues* is still a far cry from that of U.S. cities, according to Body-Gendrot, and state interventions still hold French society better together, the increasing number of expressions of a need for cultural plurality and the inability to respond to these expressions are signs of the eroding strength and importance of the link between nationality and citizenship. The political repercussions of race and ethnicity prove to be strong factors in the growing concern over the fragmentation of society and politics everywhere.

The Multisexual Metropolis The growing importance of interest-based subcultures and peer groups in the self-identification of urbanites may be measured from the way in which the multicultural city has also become a multisexual city. The variation in sexual lifestyles has probably never been as great as at the end of the twentieth century, nor has the (mediatized) visibility of sexual minorities ever been as high. Since socially persecuted minorities by definition tend to gather in places that offer the highest possible anonymity, the least rigorous social control, and the greatest supply of likeminded people (both in numbers and in variety), sexual minorities, too, have gathered and developed their lifestyles principally in big cities. A result of this has been the emergence of what is sometimes

18 Since bisexuals have hardly any sexual and social circuits of their own and tend to move back and forth between gay and straight worlds, they form a particularly problematical group to situate geographically. It should be noted, in addition, that the category of the "transgendered" may itself be unwieldy in covering a wide range of different people: from drag queens and drag kings (themselves either gay, straight, or bisexual) to transsexuals (either surgically treated or not, and again with varying sexual preferences or orientations).

hyperbolically labeled the "gay ghetto." Proverbial examples in North America are San Francisco's Castro District and Polk Street, Manhattan's Greenwich Village, East Village, and Chelsea, L.A.'s Santa Monica Boulevard in West Hollywood, and Montreal's Rue Ste. Cathérine, while European counterparts are to be found in London's Earls Court and so-called Pink Village, Manchester's "Gay Village," Berlin's Schöneberg, Wittenbergplatz, and Nollendorfplatz, the Le Marais and Les Halles districts in Paris, or various parts of downtown historical Amsterdam. Like ethnic neighborhoods, these gay neighborhoods relocate relatively fast from one place to the next, though the rationale behind such movements tends to be different: it is less dependent on the drive for upward social mobility than on such factors as the availability of neglected urban zones (with their potential for collective appropriation) and the presence of external cultural-political pressures operating on the housing market and limiting or enabling the formation of sexual subcultures. Although metropolitan by definition, gay neighborhoods also have their own satellites outside the city in the form of gay and lesbian holiday resorts — from Key West, Palm Springs, Provincetown, or Cherry Grove on Fire Island, to the Spanish town of Sitges or the Greek island of Mykonos.

Studies attempting to map the geographical distribution of glbt's (gays, lesbians, bisexuals, and the transgendered) need to be handled with a considerable dose of scientific skepsis, yet a few relatively reliable American studies executed in the early 1990s gave striking results at least for gays and lesbians. According to Simon LeVay and Elisabeth Nonas, one of those surveys showed how

> *27 percent of lesbians and gay men, but only 18 percent of heterosexuals, live in metropolitan areas with populations over 3 million, and 61 percent (versus 45 percent) live in cities with populations over 1 million. As a consequence, the fraction of the population of very large cities that is gay or lesbian is much larger than in nonmetropolitan or rural areas. According to the 1992 NORC study, this urban bias is considerably more marked for gay men than for lesbians. That study reported that men identifying as gay or bisexual form 9 percent of the population of the central districts of the country's twelve largest cities, 4 percent of the population of smaller cities, 3.5 percent of the population of suburbs and only 1 percent of the rural and small-town population. The corresponding figures for women were 2.7 percent, 1.9 percent, 1.6 percent and an unmeasurable percentage* [1995:103-104].

Whether or not such inevitably contestable figures are accurate, the indicated trend as such is extendable to other Western countries, especially with regard to gays, lesbians, and what is often the most carnivalesque and flamboyant segment of the so-called "rainbow coalition," the transgendered.[18] According to a

survey conducted by the city authorities of Amsterdam, for instance, the number of gays in the male population of that city is around 10% [Hekma 1999:85]; and a 1993 study of French sexual behavior indicated that 46% of the country's gay population was living in the Paris region, which is home to only some 20% of the national population [Sibalis 1999:12]. The metropolis often exerts a double appeal on young gays and lesbians: it provides them with an escape from traditionally more conservative and narrow-minded environments outside the big city and at the same time carries the promise of enhanced sexual and relational opportunities. To many of these youngsters, the move to a big city involves "as much a psychological as a physical journey, distancing the gay person from his or her family of origin" [LeVay and Nonas 1995:104]. It also produces the remarkable social scenario of what Alan Sinfield has called "a reverse diaspora" [1996:281]: "Instead of dispersing," notes Sinfield, "we assemble" [ibid.:280]. Contrary to other components of the urban population, glbt's have no shared origin in some specific place and time — and thus, unlike for example immigrants, cannot be sent back in the rhetoric of their right-wing political opponents.

In *City of Friends: A Portrait of the Gay and Lesbian Community in America*, Simon LeVay and Elisabeth Nonas usefully distinguish between three types of gay neighborhood: **1** the type that is "residential as well as a center of social life"; **2** the type that is "mostly defined by the location of gay bars and other nightspots"; and **3** the type where "the gay and straight bars and restaurants are largely intermixed to form a single social focus to the city" [1995:120]. Until recently, the first type appeared especially in the U.S., where it takes the form of "mini-cities where one can work, play, pray, and sleep around without ever leaving the neighborhood" [ibid.]. Social networks in these cities-within-the-city are so fully developed as to provide all possible services and facilities within what is ironically and somewhat treacherously referred to as "the family": from insurances and health care, over lawyers and retail businesses, to travel agencies, churches, and political organizations, all stay within the same community. The only two places in the world where even high schools for gay and lesbian youths were founded are not coincidentally the two most populated American metropolises, New York and Los Angeles (with, respectively, the Harvey Milk High School and the EAGLES Center, an acronym for Emphasizing Adolescent Gay, Lesbian Education Services).

19 In tracing the genealogy of "queer spaces" in Western history, Aaron Betsky usefully reminds us that the building of gay neighborhoods is but one, highly visible and materialized way of queering urban spaces. Another, older, and far more invisible way, which has its roots in 17th-century Holland, is that of the appropriation of public spaces through the ephemeral practice of cruising [1997:141-77]. For further analysis of these topics, see Sanders 1996, Brent Ingram et al. 1997, and Higgs 1999.

20 Some of these problems are discussed in the case study by Anne Gotman with special reference to the question of community building among HIV-positive inhabitants of Paris (Part II).

University-based research centers like CLAGS (the Center for Lesbian and Gay Studies at the City University of New York) or universities and colleges offering full-fledged programs in queer studies are typically also to be found in larger cities. Thus, it is possible to speak of fully developed, autonomous communities in cities like New York, Los Angeles, and San Francisco — and increasingly also in European cities like London, Amsterdam, Berlin, or Paris, though for historical reasons residential concentration there tends to be less high.[19]

Today, the community of glbt's is arguably the most diverse minority in cities on either side of the Atlantic. By the same token, it offers one of the best (and most complex) illustrations of the problems attendant upon contemporary metropolitan community-building in those cases where individuals recompose a social life *à la carte* that is not principally based on traditional patterns like a person's family, ethnic group, or socioeconomic class.[20] The ethnic model in particular, which Michael Warner has called "the default model for all minority movements" [quoted in Sinfield 1996:271] and which Steven Epstein has described as "particularly suited to the American experience, with its history of civil-rights struggles and ethnic-based, interest-group competition" [1990:255], poses serious problems for non-ethnic communities that factually seek to unite a wide range of subcultures. Some distinctive elements that go to complicate the formation of a glbt community do not apply to ethnic groups: the fact, for instance, that the potential to engage in same-sex is spread over a far greater part of the population than just among members of the core movement of self-affirming and well-organized glbt's; the fact that high-profile glbt communities often fail to reach out to people who are unclear or uncertain about their sexualities or unable or unwilling to rupture the ties with their own cultures; and the fact, finally, that the identity of glbt's is not so easily established and gives rise to endless juridical and scientific disputes about the question whether sexual orientation is a matter of unchangeable genetic predisposition or of changeable preference [Sinfield 1996:271-73]. In a multisubcultural circuit that depends upon the individualized formation of sexual lifestyles and that operates without much of a shared history, cohesion is hard to achieve once the binding element of oppression is taken away: what is left then is often little more than the fluidity, natural egocentrism, and apolitical character of sexual energies. "The trouble with sexual desire," argue LeVay and Nonas, "is that it arises from a part of our mind that is singularly uninterested in co-gender issues, multiculturalism, political correctness, confronting ageism or anything of that kind. Sexual desire takes one outside one's own self like nothing else does, but it is also incomparably selfish. And falling in love means excluding the world (except for one person) from one's sphere of concern. Thus sexual desire divides as well as binds our community" [1995:395]. Or, as Marjorie Garber

has formulated this tension, "the politics of identity, necessary for the attainment of equal rights," may on occasion "come into conflict with the political incorrectness of human desire" [1995:277].

The Gendered Metropolis Gay neighborhoods in big cities act as magnets to gay men in the first place, and only secondarily to gay women. Lesbians, by and large, appear to lead a more dispersed life over larger metropolitan areas [LeVay and Nonas 1995:105]. At the same time, however, "Lesbian communities have tended to be stronger, longer-lasting, and less exclusive, so that they point the way toward the making of a realized social sphere that does not repeat the ghettolike isolation in which gay men have found themselves" [Betsky 1997:176]. These differences (less spatial concentration, more inclusive and supportive socializing networks) are typical also of the theoretical complexities that arise from the attempt to isolate the category of gender in sociospatial analyses of community building in the contemporary metropolis. Unlike what is the case with many ethnic, subcultural, socioeconomic, or sexual minority groups, women tend to be much more evenly divided across the rural-suburban-urban spectrum. Their presence cuts across all these groups, often complicating the picture by posing specific gender issues that are "oblique, ex-orbitant to the general story" [Spivak 1996:246].

Nevertheless, some metanarrative of 20th-century evolutions with respect to the place of women in urban environments remains possible, and it should start by reminding us that women's lib, like so many other emancipations spearheaded by a mix of intellectual and artistic elites, was born in metropolitan environments. The great pioneers of the women's movement, the suffragettes at the end of the nineteenth and the beginning of the twentieth centuries, made their claims for independence and equal rights in the metropolis. Dolores Hayden, whose 1981 essay "What Would a Non-sexist City Be Like?" started off widespread debates about the relationship between urban design and the needs of women, showed how in the early years of the century — more particularly in Denmark and Sweden, but as of the twenties also in the Soviet Union — the first attempts were made to design special housing facilities tailored to the needs of women. This embryonic movement in urban planning was radically set back, however, in the 1930s, when the economic depression sent many women back to their homes; in 26 American states, married women were even literally forced to return to their homes by acts of law [Marsh 1994:43]. Two decades later, moreover, the place and role of women in the city underwent a major transformation with the onset of postwar suburbanization.

Since its earliest beginnings in the 18th and 19th centuries, the phenomenon of suburbanization had always relied on a heavily gender-inflected ideology.

The call of suburbia was predicated on a domestic ideal that sought to separate women and children from the "demoralizing sphere of work" in the early-industrial city [Fishman 1987:96-97]. Suburbanization thus consolidated the ideology of a "city of separate spheres," in which women had a place only in the home [Sandercock and Forsyth 1992:414], and enhanced the separatism by moving women out to the "bedroom communities" of suburbs, which led Susan Saegert to formulate an opposition between "masculine cities and feminine suburbs" [1981]. In the immediate postwar years, mass-scale suburbanization further contributed to these classic patterns of gender role by mooring it even more deeply in a spatial opposition. As Deborah Chambers notes:

> *It is now acknowledged that the built environment tends to institutionalize not only class relations, but also patriarchal relations. New suburbs ... were thought to nurture desirable values and lifestyles through the design of straight, regular streets and houses with space around each side, separated by fences so that their occupants could retreat into the private world of the family. The suburban lifestyle was not simply a response to the rising patterns of consumption of an expanding economy. It was also a material and cultural expression of the ideology of feminine domesticity: woman as homemaker* [1997:87].

In this sense, too, then, the postwar suburb turned its back on the central city, in which the women's movement had been based. With suburbanization, moreover, also came the deterioration of inner cities, involving among other things an increased safety risk for women that made cities seem particularly inhospitable to them.

The suburban housewife in the fifties who listened to the radio and then started watching T.V. was bombarded with soap operas and publicity, heralding the age of consumption. By 1963, Betty Friedan could already score a bestseller with her provocative *The Feminine Mystique*, which gave a voice to the isolation and growing discontent of suburban housewives. The following years saw the symptomatic rise of tranquilizers for women that were marketed with the shamelessly sexist slogan "You can't change her environment but you can change her mood" [quoted in Hayden 1981:145]. Yet with the birth of Mrs. Consumer the need for double family incomes also grew to be able to keep up with the new consumerist lifestyle [ibid.:144]. The sixties brought not only further economic prosperity, but also the democratization of education — two factors that boosted the emancipation of women and radically altered their place in the urban landscape again.

With the gradual transformation of classic suburbia into the hybrid complexity of postsuburbia, the gender dichotomy of city and suburb began to lose much of its clear-cut neatness. The demise of old-style manufacturing industries

at the expense of a fast-rising service economy played a major role in this process. According to Robert Fishman,

> *women have been a not-so-hidden force behind the new city's economic success.... More than half of all women are now employed outside the home. Much of the economic life of the new city, especially with its concentration on retail trade and back-office data processing, would be impossible without these new workers. Indeed, the presence of employment opportunities so close to home — convenient, with decent pay and flexible schedules — is surely reponsible for the remarkable influx of married women into the work force.... The outcome is more than a little ironic, considering the fact that the bedroom suburb had originally been designed to separate women from the corruptions of the world of work* [1990:41].

Fishman has hailed this evolution towards female employment in the suburbs by claiming that "in contrast to the old metropolis, the economic and spatial structure of the new city tends to equalize gender roles" [1990:41], and Joel Garreau in *Edge City* has even talked of "the empowerment of women" [1991:111]. But others like William Sharpe and Leonard Wallock have contested this optimistic view by countering that "the fact of [women's] paid employment does not guarantee an end to their exploitation. Given the continuing expectation that they will do most of the housework and provide most of the child care — not to mention chauffeuring the children — their opportunity to labor outside the home carries with it an invitation to perform double duty" [1994:14] — or what sociologist Arlie Hothschild has labeled the "second shift" [quoted in Marsh 1994:43]. "Moreover, the jobs they usually fill ... offer low pay, few benefits, inadequate day care, and little security or chance of promotion to managerial positions" [Sharpe and Wallock 1994:14]. All is not necessarily well, then, for women in the new posturban environment, as Allen Scott has also demonstrated with respect to manufacturing industries in the L.A. area, where "the presence of foreign-born and female workers in any sector is strongly and negatively correlated with the average wage rate" [1996:224].

The huge influx of women in the labor market has also involved a greater diversification of jobs: national American figures spanning the period between 1970 and 1990 indicate that "women now constitute a majority of workers in a wide range of occupations long male-dominated, including psychologist, accountant, journalist, bus driver, bartender, and insurance or real estate agent" [Roberts 1995]. Many of these jobs are also urban in the widest sense. Especially for professional and managerial career women, in particular those who choose to have no children or postpone the arrival of children for a long time, the metropolis acts as a greater social magnet than suburbia. This attraction is one of the factors behind the relative preponderance of single residents in cities compared to suburbs and the countryside. Of all adults between 25 and 55 that were living in Manhattan in 1990, 61% was single, over against some 30% on average in the surrounding counties [Berger 1995:B1].

The result of women's increased opportunities and autonomizing life stories has been that the relationship between women and the city today offers a particularly complex picture. This has prompted the need among scholars and activists to diversify also among women in discussing gender issues. Leonie Sandercock and Ann Forsyth have pointed up how the analysis of specific gender-related problems has been diversified and multiculturalized since the 1980s; the voice of women from minority groups has been heard louder than before. Partly as a result of this, the awareness has grown in women's studies that "women are divided by geographical, political, religious, class, and cultural boundaries" [1992:410]. This awareness, however, is still to seep through to the agenda of, for instance, urban planners. The latter, according to Sandercock and Forsyth, are still a long way from considering questions that today are crucial to the sociospatial organization of the urban landscape: "How do different groups of women use and experience cities? Do public spaces hold the same intimidation for middle-class and poor women, for African Americans, mothers, Chicanas, Jewish women, or lesbians? How are experiences of lone parenting different for women from different communities? Taking account of the systematic differences among women, as well as the systematic differences among women and the men in their various communities, is an important task for gender-conscious planning" [ibid.:417].

3 Recent Transformations of Urban Public Space

The Virtualization of Public Space The overall diversification of the urban population in recent decades has not simply been a story of emancipation and multiculturalization. It has been coextensive also with a certain homogenization of that same population at the local scale of particular neighborhoods or districts. One of the most striking and momentous outcomes of this process is the so-called dismantlement of "public space" — that part of the urban territory that is supposed to be accessible to everyone. To the extent that the contemporary city has begun to give up on public space (ideally and traditionally conceived), it may even be said to undermine its own historical roots. Historically, the development of urban culture is inextricably intertwined with the rise of the city as a *polis* [Weintraub 1995]. For a long time, urban space formed the representation of a political system in which the public domain played an important role. Typically, the character of historical cities is determined by buildings with public functions and by various kinds of public spaces. The political forum is historically bound to a specific place. Yet the city was also more than a public space representing political authorities: it was at the same time a place of sociability and interaction. Cities were meeting-places.

With the development of a modern, industrial society and the growing social and geographical mobility of individuals, the intimate association between *communitas* and place was largely lost. The city became a social network first and foremost. Social relationships were uncoupled from physical proximity. "During the past two decades," notes sociologist William Flanagan, "researchers have embraced the idea that 'community' is not a place but a set of social ties, that it is an extra-spatial social phenomenon not to be confused with neighborhood" [1993:23]. The dispersal of the contemporary metropolis has only strengthened this process. In Robert Fishman's concept of the city *à la carte*, social interactions are excruciatingly hard to map in spatial terms. Posturban space has not only weakened and complicated the geographical distinction between center and periphery, it has also brought in its wake a weakening and complication of the notion of public space.

Today the public domain often no longer resides in (parts of) the city: it has been displaced to the realm of the mass media and has sprawled through the global networks of communication technologies. As Craig Calhoun remarks, "large cities are at once dissolving into a plethora of local communities and being absorbed into a larger-scale and more tightly-knit web of indirect relationships" [1986:329]. Traditional public space, in its most immediate material sense, is not only eroded by the fragmentation and separation of diverse groups in a multicultural society, but also by the immersion of today's urban dwellers in what David Harvey has come to call a "time-space compression" [1989a:284-307] — a compression that results from the speeding up of production, distribution, and consumption systems in the economy as well as from the overall spatial globalization of the market. The "global city" studied by Saskia Sassen [1991] — with its constant international flux of information, capital, goods, and people — has yielded a new tension between electronic spaces and urban places [see also Graham and Marvin 1996]. The material urban spaces of streets, squares, shops, cafés, salons, and clubs are no longer the primary civic *loci* of public debate. As Marc Augé notes [1995], public space has often become no more than a transitional space which is being used in a traditional sense only by outcasts. In cases like Los Angeles, critics have gone so far even as to argue that "the phone and the modem have rendered the street irrelevant; social hierarchies, once fixed, have become 'despatialized'" [Dear 1995:31]. The virtualization of space described in the first chapter may thus be taken to have its social equivalent in the mediatization and technologization of public space. And the new communication technologies have not been responsible for a virtualization of the public domain only: they have arguably also weakened the ties between individuals and society and stimulated various forms of homeliness and cocooning. According to Nan Ellin, "new home technologies (particularly the VCR and computer) and growing privatism have conspired with a diminished public realm to make people stay home more" [1997:31].

The Privatization of Public Space If in some sense public space has been dematerialized by the various media and communication technologies, it has physically and materially also been threatened by economic and social privatization processes. The distinction between public and private space, however, has never been a simple one: although it has been at the heart of Western urban planning, sociology, and political philosophy since at least the end of the 19th century, it is by no means clearly delineated and waterproof. Recent theorists like Manuel de Solà-Morales have felt the need to finetune it by pointing to the phenomenon of "collective space." The latter term may be used to refer to those meeting-places in the city which, though privately owned and hence in some respects exclusionary, continue to form the scenes for various public activities: places like the shopping mall, the sports stadium, the theme park, or the grand café. In de Solà-Morales's opinion, "Collective space is much more *and* much less than public space in a restricted sense (as public property). The civil, architectonic, urbanistic, and morphological riches of a city are those of its collective spaces, of all those spaces in which everyday life unfolds, presents itself, and remains as memory. And perhaps these are increasingly spaces that are neither

public nor private but both at the same time: public spaces that are used for private activities or private spaces allowing a collective usage.... Public and private disintegrate as categories and no longer suffice" [1992:6; editors' translation]. One of the important tasks of current urban planning, according to de Solà-Morales, consists precisely of interconnecting private, enclosed spaces, so that these spaces, too, may eventually be turned into parts of the collective heritage: "To give an urban, public character to those buildings which would otherwise be merely enclosed — the urbanization of the private domain — that's the concept. Which is to say: to include the particular in the sphere of influence of the public" [ibid.:5].

The category of collective space introduced by de Solà-Morales helps us to conceptualize today's impure relationship between public and private space in the city: it serves to highlight how, on the one hand, an increasing number of private spaces has come to serve public or semi-public purposes, while on the other, traditional public spaces are constantly undergoing processes of privatization and collectivization. Introducing a third term into the debate may thus facilitate also a discussion of those instances where the selective accessibility of public spaces has been pushed so far as to be restricted almost entirely to a very specific and homogeneous segment of the population. Today's urban public space appears increasingly subdivided into particular sections taken over by particular groups and other sections avoided by them. The most radical instances are offered by street gangs and neighborhood patrols. "Street gangs use spray paint while homeowners associations use neighborhood watch signs," notes Steven Flusty; "either way we are talking informal militias" [1997:57]. Yet the process also works more surreptitiously. Some of the most discussed examples of the appropriation of public space by private institutions or selective groups are those of the park, the atrium, and the shopping mall.

The social history of parks in cities is not a straightforward one. Especially in Europe (the Tuileries in Paris, the Mall in London's St. James Park), many urban parks were for a long time the exclusive domain of the upper classes. The construction of entirely democratic parks open to the general public is a nineteenth-century phenomenon, with Frederick Law Olmsted as its most famous American proponent [Rybczynski 1995:124-26]. It was only by the early twentieth century that parks in cities on both sides of the Atlantic could generally be equated with public oases accessible to every urbanite in need of quiet, relaxation, green, and some fresh air. Today, at the end of the century, however, the situation seems to have again become more complex. During the past two decades, many parks have undergone momentous transformations. This has happened mostly in response to the growing presence of "unwanted" or "undesirable" visitors — in the U.S. especially homeless people (many of them deinstitutionalized mental patients), in European cities like Zurich (Platzspitz Park) especially drug addicts (semi-officially tolerated by political authorities). Many parks have accordingly been revamped to meet the needs of the gentrified middle classes and keep unwanted visitors out. In *The Cultures of Cities*, Sharon Zukin demonstrates how the design of parks in such cases rests on an implicit code of inclusion and exclusion [1995:24-38]. Authentic and cultivated feelings of fear have led people to request a transformation of parks, which, in application of Oscar Newman's theory of "defensible spaces," have been temporarily evacuated and redesigned with an emphasis on see-through perspectives and fenced zones. The most notorious case is that of Tompkins Square Park on New York's Lower East Side. The transformation of this park gave rise to considerable commotion in the years 1988-91, when the park developed into "a national symbol of the struggle against gentrification and homelessness" [Smith 1996a:96]. Another example comes from downtown Los Angeles, where "the development agency responsible for the design of Grand Hope Park has sought to avoid security problems by not providing restrooms (regarded as magnets for transients) and by asking the park architect Lawrence Halprin to design an eight-foot-high fence, the gates of which would be closed after dark, paralleling a trend around the country toward privatizing park space" [Ellin 1996:72].

The wish for safely shielded, constantly monitored public environments likewise speaks from architectural evolutions in the construction of skyscrapers. The Atlanta-based architect and developer John Portman has been of great influence in this respect. According to Rem Koolhaas, Portman should be credited with "single-handedly perfecting a device that spread from Atlanta to the rest of America, and from America to the rest of the world (even Europe): he (re)invented the atrium" [1987/1994:841]. In his famous analysis of Portman's Westin Bonaventure Hotel in Los Angeles, the neomarxist critic Fredric Jameson pointed out how atriums not only respond to the postmodern aesthetic preference for an inversion of interior and exterior, but also simulate an urban totality. "With a certain number of other characteristic postmodern buildings," notes Jameson, "such as the Beaubourg in Paris or the Eaton Centre in Toronto, the Bonaventure aspires to being a total space, a complete world, a kind of miniature city; to this new total space, meanwhile, corresponds a new collective practice, a new mode in which individuals move and congregate, something like the practice of a new and historically original kind of hypercrowd" [1991:40]. The masses inside these atriums, however, do not automatically offer a cross-section of the metropolitan population overall. In the controlled space of atriums, visitors are silently filtered: undesirable individuals or groups are kept out. By attracting selective parts of the population, skyscrapers tend to become cities-within-cities, places that take up the function of what Koolhaas has called "an *ersatz* downtown," adding that

"The more ambitious these autonomies, the more they undermine the real downtown — its messy conditions, its complexities, its irregularities, its densities, its ethnicities" [1987/1994:843]. This effect has been strengthened by a second architectural novelty, again popularized by Portman: the construction of skywalks to connect skyscrapers. The result of both architectural evolutions — atriums and skywalks — is, in Koolhaas's polemical words, that "Once you [venture] into the system, there [is] almost no incentive to visit the rest of downtown, no way to escape.... Downtown becomes an accumulation of voided panopticons inventing their own voluntary prisoners: the center as a prison system" [ibid.:841]. "The American city," as Mike Davis also notes, "is being systematically turned inside out — or rather, outside in" [1990:226].

A third and final development symptomatic of this encroaching privatization of public space in metropolitan areas is to be found in the immense popular success of shopping malls — institutions that themselves played a prominent part in the suburbanization of cities [Teaford 1993:105-106] and that have become, in the eyes of certain critics, no less than an architectural paradigm for the late twentieth century [Ghirardo 1996; Langman 1992]. Between 1970 and 1990, no less than 25,000 new shopping malls were built in the U.S. alone — one every seven hours [Rybczynski 1995:207]. Originally an entirely suburban phenomenon, the malls have also found their way into city centers or airports. More importantly, they have increasingly started to include extraneous facilities like hotels, fitness clubs, banks, and medical centers, and have made room for entertainment industries. To Witold Rybczynski this means that the suburban mall has today become urban, a new type of (privately owned and privately run) downtown. Rybczynski has in fact defended malls for being public spaces

where rules of personal conduct are enforced. In other words, they are more like public streets used to be before police indifference and overzealous protectors of individual rights effectively ensured that any *behavior, no matter how antisocial, is tolerated. This is what malls offer: a reasonable (in most eyes) level of public order; the right not to be subjected to outlandish conduct, not to be assaulted and intimidated by boorish adolescents, noisy drunks, and aggressive panhandlers. It does not seem much to ask* [ibid.:210].

From Rybczynski's perspective (which voices that of many middle-class suburbanites), malls figure as cities that have been cleaned of all traces of conflict or subversion. For that very reason, other critics have taken them to represent precisely the antithesis of metropolitan downtowns. In Kenneth Jackson's view, for instance, they "cater exclusively to middle-class tastes and contain no unsavory bars or pornography shops, no threatening-looking characters, no litter, no rain, and no excessive heat or cold" [1985:260]. To William Whyte they "reject many of the activities of a true center. They do not welcome — indeed, do not tolerate — controversy, soapboxing, passing of leaflets, impromptu entertaining, happenings, or eccentric behavior, harmless or no" [1988:208]. And Diane Ghirardo has held shopping malls responsible for destroying public space in two ways: first, by weaning shoppers and shops away from downtowns, and secondly, by reducing the notion of a public space to a zone exclusively oriented towards consumption. "The types of unorganized political and social activities associated with cities," she writes, "have often not been allowed in malls: in the United States, the Supreme Court has ruled that because they are private, they may prohibit or control such activities. This ruling cast in sharp relief the function of the carefully controlled mall, reducing the notion of civic participation to that of consumption" [1996:66]. In addition, the fact that today's malls "are usually designed in a panopticon fashion around a police substation" [Ellin 1996:73] signals a trend toward militarizing public space that is itself intimately linked to the depicted privatization processes.

Although parks, atriums, and shopping malls today present us with adapted forms of urban public space, they do not seem devised to cater to all segments of the urban population. In all three cases, accessibility is monitored and sometimes clearly restricted. Because of the subsequent loss of possibilities for interaction, they may also be said to lack the socioeconomic riches and diversity of the traditional metropolis. Not surprisingly, then, they have been called "pseudo-public spaces" by a social-activist critic like Mike Davis [1990:26], or instances of a "post-public" space by Steven Flusty [1997:51]. What these exemplary spaces offer are concrete material symptoms of wider sociopolitical trends — trends that may be further gauged from the several ways in which the contemporary metropolis has been fragmented administratively and managerially. The current tendency towards privatizing culturally and/or commercially profitable areas is further illustrated by the phenomenon of BID's (Business Improvement Districts) — first in a city like New York, but increasingly also elsewhere. By 1997, already some 1,200 of these BID's were active all over the U.S., and the phenomenon has begun to spread to Europe, the Caribbean, Australia, and South Africa [Hannigan 1998:139]. The principle of BID's, which consists in "allow[ing] business and property owners in commercial districts to tax themselves voluntarily for maintenance and improvement of public areas and take these areas under their control" [Zukin 1995: 33], may look at first sight like a form of grassroots democracy and local responsibilization. But what its implementation really achieves is often only the institutionalization and consolidation of the socioeconomic inequality of neighborhoods. Manhattan's wealthy and commercially prosperous BID's are able to organize their

own neighborhoods (from private sanitation teams, security forces, and strictly enforced rules for pedestrians, down to the hiring of lobbyists and even the closing off of streets), while less prosperous and influential BID's in Queens may have to limit themselves to questions about the instalment of Christmas lights [ibid.:33-34]. BID's represent limit-cases of urban policy-making by threatening to become non-democratically controlled local governments, the administrative and managerial equivalents of the spatial fragmentation that characterizes the contemporary metropolis overall.

Wallification and Gated Communities The privatization of public space takes many different guises and comes in different degrees. In most of the above cases, it is indirect and surreptitious, but in other cases it may become quite blunt and unmistakable. The most extreme and most clearly visible instances are those where certain parts of a city are physically walled off from others. The trend towards a materialized separation between parts of the metropolitan population has been such that the topic of physical segregation has made a comeback in critical debates, often with a vengeance. *Provocateur* Mike Davis served as a prosecutor to the case in a chapter called "Fortress LA" in *City of Quartz*. "Welcome to post-liberal Los Angeles," Davis snidely exulted,

where the defense of luxury lifestyles is translated into a proliferation of new repressions in space and movement, undergirded by the ubiquitous "armed response." This obsession with physical security systems, and collaterally, with the architectural policing of social boundaries, has become a zeitgeist of urban restructuring, a master narrative in the emerging built environment of the 1990s.... In cities like Los Angeles, on the bad edge of postmodernity, one observes an unprecedented tendency to merge urban design, architecture and the police apparatus into a single, comprehensive security effort [1990:223-24].

As Davis illustrates, the fear of crime has had a major impact on the shape and outlook of the contemporary metropolis. Today's most typical collective spaces like the shopping mall or the atrium are also the preeminent domain for deploying all types of private security forces. Since the socioeconomic privatization of public space is intrinsically motivated by a desire to protect material property and physical integrity, it is unsurprisingly accompanied by an increasing militarization of public space. Heavily guarded public buildings and private residences, formerly only associated with Third World countries and an extreme polarization between haves and have-nots, have surfaced everywhere in Western cities, too.[21]

21 For a more extensive analysis with particular respect to architectural history in Los Angeles, see the case study by Dirk De Meyer (Part II).

Whether or not this evolution should be painted in terms of "building paranoia," as Steven Flusty has done [1997], the trend has undoubtedly marked urban architecture, in particular the ways in which buildings are positioned. Especially in the landscape of contemporary technoburbs, we may notice a proliferation of isolated architectural units that are turned inwards like ever so many autonomous entities. Again the architectural typology of the shopping mall — with its strong contrast between "a highly articulated interior and a relatively blank exterior" [Ghirardo 1996:65] — proves to be a model. The fear of crime in the street, which is itself both cause and result of the ongoing privatization of public space, has given rise to a new type of urban layout, "one of closed, defended islands with blank and windowless facades surrounded by wastelands of parking lots and fast-moving traffic" [Jacobs and Appleyard 1987:114]. Buildings are separated by prominently displayed voids, but also by conspicuous walls. In an article tellingly entitled "Walls of Fear and Walls of Support," Peter Marcuse ironically observes how the new urban layout represents a shift from earlier patterns of urban settlement: while the whole of a medieval city was surrounded by a wall, the contemporary city is internally divided by local walls. To a considerable extent, posturban space is characterized by the phenomenon of "wallification," and once again Los Angeles appears to be something of an example. In *City of Quartz*, Mike Davis paid special attention to the emergence of "stealth houses" in that city — houses hiding their luxurious interiors behind proletarian or gangster facades [1990:221-69]. And both Charles Jencks and Steven Flusty extensively studied the phenomenon of "defensible architecture" as well as of a recent architectural style graphically called "riot realism" [Jencks 1993:89-93; Flusty 1997].

The tendency towards walling off private property and the obsessional attention to security and control have found their most extreme expression in the much-publicized phenomenon of the "gated community." Gated communities, which started mushrooming in the U.S. in the 1980s, extend a logic that also lies behind apartment buildings with private security services and a private parking lot. They are entire neighborhoods or subdivisions, newly built or existing, that are literally walled off with a fence and a gate. In their study of the phenomenon, Edward Blakely and Mary Gail Snyder define them as "residential areas with restricted access in which normally public spaces are privatized" [1997:2]. This privatization includes ordinary civic responsibilities, like the organization of police forces, as well as social and cultural services like education, recreation, and entertainment. According to Evan McKenzie in *Privatopia*, in 1990 already more than 11% of the American population lived in such secluded communities or "common-interest developments" [1994:11-12]. Several years later, Blakely and Gail Snyder counted some 20,000 gated communities in the U.S. with over 3 million

residential units. In their (lower) estimate (based on a narrower definition), some 8 million Americans currently seek to escape urban threats in these collective hideouts — but their potential would be much higher [1997:7-8]. Originally restricted to retirement villages and residential areas for the exorbitantly rich (the "equestrian" and "golf communities"), the phenomenon has clearly begun to catch on with other social groups as well. Today those original groups account for only one third of gated communities: another third is inhabited by the middle class, while the number of working-class gated communities, too, appears to be growing [ibid.:6]. The greatest concentration is to be found in the periphery of big cities like New York, Chicago, Los Angeles, Houston, Phoenix, and Miami, and they are especially eye-catching in California and Florida. According to Blakely and Gail Snyder, three types may be distinguished [ibid.:38-45]: **1** *lifestyle communities* like retirement villages and golf and leisure developments, which are especially to be found in the Sunbelt; **2** *elite* or *prestige communities*, which lack the recreative facilities of the first category and offer little more than "a standard residential subdivision except for their gates"; and **3** the *security zone communities* in poor inner-city neighborhoods, which besides using private security forces to protect buildings have been given the permission by local authorities to screen the streets from public use and limit access to residents only.

Collectively, these three types of gated community use a list of defensive and exclusionary strategies that leaves nothing to the imagination: walls with gates operated by security codes or remote controls, surveillance cameras, infrared sensors, motion detectors, canine patrols, antiterrorist bollards, security-oriented gardens with particularly thorny plants, armed guards, helicopters, moats, and even drawbridges. In conjunction with other collective spaces in the city that are increasingly monitored and patrolled, gated communities seem to represent a postmodern variant of medieval feudalism. The image of guards at gates, of walls, moats, and drawbridges perfectly ties in with the metaphor of the New Middle Ages that Umberto Eco developed already in the 1970s in essays like "Travels in Hyperreality" and "The Return of the Middle Ages" [collected in Eco 1986].

Scholars have emphasized how such new forms of highly materialized segregation are mostly voluntary and should be understood in part as attempts at restoring a lost sense of community and grass-roots democracy. Yet what is voluntary segregation to certain groups of the population is less so to others. Walls protect, but they also lock out and lock up. As a voluntary form of isolation, the gated community may seem radically different from the involuntary ghetto, yet in indirect and complex ways it also adds to the process of ghettoization in the inner city. And as soon as one seeks to think both phenomena together, the aspect of community building presents a less rosy picture. As Peter Marcuse critically notes, "we have sometimes, in recent years, attempted to justify segregation and even ghettoization by saying that it can be a source of strength for those within the ghetto; it can produce solidarity, creativity, and bonds of mutual support that a less confined environment might not nourish. It is certainly true that ghettos have produced wonderful and heroic actions. But that is certainly no justification for the creation of ghettos. Those who have lost one arm or one leg can sometimes do wonders with the other; that is no reason to cut off an arm or a leg" [1997:112]. Care should be taken, moreover, to distinguish between involuntary ghettos and voluntary enclaves. In certain nominal ghettos, Marcuse points out, residents "do cluster together, help each other, support each other's business, share tastes in food and clothing, celebrate the same holidays and festivals. I would not call such communities ghettos, precisely because their residents are not confined to them, but are there by choice" [ibid.:113]. Freedom of choice may seem like the crucial category in debates about gated communities and ghettos, yet it also remains an essentially contested concept. Immigrants that "freely" form enclaves may do so for want of a better alternative. Freedom is limited by opportunity as well as socializing intention. "In today's cities," Marcuse offers as a complicating example,

the poorer residents of the Lower East Side of Manhattan, of Kreuzberg in Berlin, and of the area around the University of Southern California in Los Angeles wish to keep the gentrifiers out as much as the residents of the suburbs and luxury housing of these cities want to keep the poor out; yet the two desires are not equivalent morally. One represents the desire of those poorer to insulate themselves from losses to the more powerful; the other represents the ability of the more powerful to insulate themselves from the necessity of sharing with, or having exposure to, those poorer. One wall defends survival, the other protects privilege [ibid.:109].

Mallification and Disneyfication The privatization of public space in cities has several material consequences. At the residential level, it leads to forms of balkanization. At a more economic level, however, it fosters still another development — that of the "mallification" of the contemporary city. Places that continue to be publicly accessible to large parts of the urban population are increasingly turned into sites of consumption. The pedestrian or low-traffic shopping precincts and streets in the downtowns of historical European cities offer one major example of this trend. While the mall, as we saw, assumes the status of an ersatz city, the city center presents itself more and more as a great open-air shopping mall. Contamination is again the keyword, since mallified city centers in turn tend to invert the traditional relationship between interior and exterior:

refurbished squares, for instance, frequently make use of tiles and "street furniture" intended to evoke an indoor coziness. Business leaders in Brussels have even suggested capping the entire historical *Grand Marché*, the city's touristic heart, by means of a glass dome. "The great metropolis will dwindle to what we would call a massive shopping mall," writes Robert Fishman, "while the productive life of society would take place in the decentralized city" [1987:185]. Whereas the modernist principle of the separation of functions has long been jettisoned and the periphery has assumed almost all the functions of the traditional center, contemporary downtowns are paradoxically being subjected to a process of monoculturalization. The late-capitalist downtown is almost exclusively geared to three functions: consumption, finance, and the symbolic economy. This postindustrial symbolic economy comprises tourism, entertainment, culture, sports, the media and fashion industries, and an amalgamation of services logistically underpinning these activities. New monocultures have thus sprung up: financial and office districts that bustle with life during the day and are spookily deserted at night; tourist zones that are populated at certain times of the day or in certain seasons only. With the exception of central business districts or CBD's, the identity of places in the metropolis seems to be determined to an ever greater extent by a consumerist variant of the pleasure principle: the potential for gratification prevails.

In *The Cultures of Cities*, sociologist Sharon Zukin points up how, over the past twenty years, the worlds of finance, politics, and the arts have teamed up to turn New York into a culture capital. Culture in those years has come to be seen no longer as a mere reflection, but as the principal economic motor of the city's material and social life [1995:109-13]. Here, too, the tendency has been in the direction of a privatization, in this case of the arts and their major institutions like museums, opera houses, concert halls, and theaters, all of which have increasingly turned from not-for-profit to for-profit. "During the 1980s," Zukin writes,

> *private investment in culture developed an extremely high profile. Museums basked in the celebrity of Wall Street's new multimillionaires. Patrons added luster to their image by sponsoring big art exhibits and capital projects — special facilities or new wings — in museums ... Art in general, and specifically collecting, became the focus of the media because of the astronomical prices paid at auction sales. ... A new nexus of auction houses, art galleries, art museums, art producers, and cultural and social elites — many of them international — contributed to New York's renewed reputation as a culture capital ... High art has become more like for-profit culture industries in many ways* [1995:118-19].

22 For more on this, see the case study on CityWalk by Kevin McNamara (Part II).

Culture draws tourists and so mass tourism has become a major source of income for traditional city centers, witness the success of "city trips" and "urban safaris" among especially middle-class and well-educated population groups — mostly "baby boomer" and "Generation X" adults [Hannigan 1998:3]. This economic importance of tourism has led to the competitive self-promotion of cities. Terms like "civic boosterism" and "urban entrepreneurialism" have become stock phrases in politico-economic parlance [see Kearns and Philo 1993]. In a globalizing economic system that is increasingly indifferent to questions of locale for the production of goods, cities have paradoxically had to start emphasizing their identities and differences again in a competition for, on the one hand, tourists, and on the other, cultural and business elites. Competition of this sort increasingly pits metropolitan areas against each other and throws them into identity crises. And once again, the tendency has been one towards privatization. In the case of Atlanta's organization of the Olympic Games in 1996, for instance, observers noted a "shift of major urban decision-making from a mixed public and private sphere to an entirely private axis" [Rogin 1996:27].

The competition of cities to position themselves in the markets of mass tourism and the culture industries has fostered a strong interest in the production of urban images. More and more, cities are being presented or sold as collections of images. In some respects, they have even become simulacra or mere reflections of themselves and their pasts.[22] An egregiously spectacular illustration of this simulational tendency is offered by the $460 million Manhattan hotel and casino which recently opened in Las Vegas. Rising up among the fantastic and escapist architecture that derives its inspiration from Egyptian pyramids, Roman palaces, or 17th-century pirate ships, a compacted and contorted ersatz skyline of Manhattan in styrofoam now graces the phantasmagoric landscape of Las Vegas. The hotel's architectural composition contains, among many other things, miniature replicas of the Statue of Liberty and the upper parts of the Empire State Building as well as of the Chrysler Building. If in the popular imagination New York is often still equated with crime and decadence, it apparently continues to possess sufficient value as a phantasmagoric spectacle to be able to figure as part of the glitter and glamor of Las Vegas.

The example of Las Vegas in fact offers a captivating illustration of a final trend, which has been intimately connected with that of mallification and is most typically embodied by the format and features of the theme park. Michael Sorkin's influential edited volume *Variations on a Theme Park* [1990] critically unpacks this trend, showing how contemporary public space, presented as a historical attraction and streamlined for consumption, is guarded against disturbing or subversive elements. In a study of the influence of privatization processes on

Atlanta, Charles Rutheiser judiciously borrowed the term "imagineering" for this strategy [1996]. The term is a pormanteau word combining "image building" and "engineering," and was symptomatically coined by Walt Disney. The Disney Company has in recent years become a flagship for urban privatization processes, and its views on the production of urban landscapes have often been held to set the model for actual urban transformations. "The Disney Company," says Edward Ball, "is America's urban laboratory" [quoted in Zukin 1995:55]. This means that the template of Disneyland, Disney World, and Disneyland Paris tends to be transposed to urban environments. It is the template of a privatized, consumption-oriented theme park intended to simulate a shared middle-class culture, aestheticize social differences, and offer a reassuring environment without arms, alcohol, drugs, or homeless bums. Transformations of urban downtowns draw inspiration from this laboratory of simulated community building. The complex example of New York's Times Square, a *locus classicus* of metropolitan urbanism, has been much discussed [see, for instance, Berman 1997]. Partly through the money and clout of the Disney Company, the place has undergone a veritable metamorphosis in the 1990s: from a seedy, crime-infected, prostitution-oriented, and economically slumping area to a glitzy, thriving, middle-class consumerist paradise that is meant to restore the old glory of the place and adapt it to a new electronic age. Diane Ghirardo has argued that the Disney model has also become a major town planning model in smaller cities across the U.S. "The approaches to public space, work space, and urbanism embodied in Disneyland and its successors [have come] to appeal both to developers and to architects as a standard against which to asses buildings and public spaces" [1996:46].

The (somewhat sloganistically called) Disneyfication of the contemporary city can be aligned also with the recent popularity of festival marketplaces. The model for these places was typologically laid out in the late 1970s by the building developer James Rouse when renovating the 18th-century Faneuil Hall Market Place in Boston and the nearby Quincy Market from 1826. Rouse transformed these historical sites into a new type of urban shopping mall combining shops, restaurants, small-cart boutiques, and performance spaces. The most famous festival marketplaces have become the Harborplace in Baltimore (1980) and South Street Seaport in downtown Manhattan (1983-85). In Europe, Les Halles in Paris and Covent Garden in London have become no less famous counterparts. On the basis of South Street Seaport, M. Christine Boyer has extensively analyzed the success of these pseudo-historical sites and how, in particular, the histories of cities have been manipulated, recycled, simulated, and artificially resuscitated in the process to meet commercial-tourist aims [1994:421-76]. The collective memory of cities — the main theme of Boyer's book — has been exchanged for a fictive

image transforming the city like the print of a giant camera obscura: "Seductive images in the camera obscura always turn reality on its head. In a similar manner these visual narratives of South Street Seaport and Battery Park City mix theater play with actuality, publicize private place as public terrain, and push every neglected space of the city through the sieve of an imaginary matrix whose nodes are none other than well-designed city tableaux" [1994:471]. The sections of cities in between the tableaux formed by festival marketplaces, Boyer points out, are often neglected and erased from collective memory. In this respect, festival marketplaces, too, contribute their share to the spatial and social fragmentation of the contemporary city. Collective memory is always grounded in images, but this time the images are only produced in the context of market strategies, which tends to make them even more ephemeral and short-lived than the material image of urban environments often already is. Because of the speed with which metropolitan centers are built and rebuilt, Richard Sennett has claimed that "in a hundred years people will have more tangible evidence about Hadrian's Rome than they will about fiber-optic New York" [1994:360]. In light of this claim, it might be argued even that urban memories today are less and less anchored in material monuments (streets, squares, parks, churches, temples, palaces, city halls, museums, libraries, or statuary) and more and more in the individual urbanite's body, which has become the locus of continuity, slowness, and duration [Verschaffel 1991]. A reversal of traditional temporal relations has led to one more paradoxical situation: while people in general grow older, the buildings that surround them in metropolitan environments often grow younger. Memory in today's urban environment survives matter.

Theme parks and festival marketplaces belong to the most conspicuous strategies for projecting a profitable image of cities and their pasts. But there are still other ways. Two further examples of political and commercial strategies for cultivating a city's image are those of gentrification and of what is called New Urbanism. Both phenomena have again contributed their share towards the fragmentation of the contemporary city. The politics of gentrification, which consist in the residential rehabilitation of working-class neighborhoods, reached their climax during the 1970s and 80s [Smith 1986]. After the suburban boom of the previous decades, gentrification seemed to usher in a modest return to the central city. Yet the phenomenon stands in a complex relationship to the process of suburbanization. According to Neil Smith, it should be seen less as a response to, than as a surprising side-effect of, suburbanization. In his analysis, both phenomena are part of a cyclical movement: since suburbanization resulted in a devalorization of the inner-city housing stock, it created the very possibility of revalorization.

Gentrification has not reversed the trend of suburbanization; it is taking place parallel to it. Suburbanization has at most been accompanied, not countered, by the uneven redevelopment and revalorization of a handful of inner-city enclaves.

Smith links the phenomenon of gentrification also to a restructuring of the economy. Deindustrialization has not only brought about the downfall of certain city districts, but also stimulated the growth of a service sector, which generated a particular employment structure in central urban areas. This is explained by the simultaneous spatial centralization and decentralization of capital [Sassen 1991]. On the one hand, we witness the suburbanization of economic activities; on the other, high-level service functions and executive decision-making tend to be increasingly centralized in a downtown central business district (or CBD). In this context, Smith demonstrates that gentrification is not only a local phenomenon but just as much determined by international and global factors [1996b:75-91]. Gentrification is more than the rehabilitation of the housing stock, argues Smith; "it has become the leading residential edge of a much larger endeavor: the class remake of the central urban landscape" [ibid.:39]. It has become the hallmark of the unevenly developing "global city."

Although, statistically speaking, gentrification remained a relatively small phenomenon even during its boom years, its influence on the images of cities has often been considerable [Ellin 1996:64-66]. The era of gentrification in the U.S. happened to coincide with that of a revalorization of the urban historical patrimony and a radical questioning of modernist urban planning. Urban typologies and their relationship to collective memory began to be systematically investigated: Aldo Rossi's ideas and the publication of his *L'architettura della città* [1966; English translation 1982] constituted an influential breakthrough in this respect. To Rossi, the city no longer offered a blank slate for the sanitized utopia of modernism, but a place which derived its meaning from its historical riches and typological patterns. It formed a giant man-made house, whose potentialities had to be optimized by architects. In the wake of Rossi, European cities saw the emergence of a movement like *Réconstruction de la ville* (with Léon Krier and Maurice Culot as most important exponents) as well as a growing appreciation of neotraditional architecture and urbanism (Prince Charles's notorious public interventions). The redevelopment of deserted industrial areas was often accompanied by gentrification campaigns. The outcome of such gentrification processes has been a bone of contention. While some would emphasize the undeniable contribution made towards the revitalization of city centers, others point to the concomitant displacement of lower-income residents and small-scale businesses. What gentrification has certainly *not* done, according to Neil Smith, is to solve any of the urban problems like crime and homelessness, since these problems were only exported to other neighborhoods. From Smith's critical perspective, indeed, the phenomenon amounts to little more than a greed-inspired attack by politicians and realtors against a mix of local minorities, lower classes, and homeless persons. The main result has been the transformation of the contemporary city into a "revanchist city" [1996b], finding its expression, once again, in those growing trends towards privatization and militarization already described.

Cities, finally, have also come to cultivate artificial and idealized images of themselves by promoting variants of the so-called New Urbanism and other types of neotraditional urbanism. Resembling the designs typical of the followers of *Réconstruction de la ville*, proposals of this type hark back to images of a preindustrial city, in which the dissonances and conflicts of a modern metropolis are papered over. The protagonists of this movement are Peter Calthorpe in Berkeley, who caused a great stir with his manifesto *The Next American Metropolis: Ecology, Community and the American Dream* [1993], and the architectural couple Andres Duany and Elizabeth Plater-Zyberk in Miami, who derive their reputation especially from the development Seaside built in 1981 in Florida. In New Urbanist designs, architectural models are inspired by a small-town philosophy, and attempts are made at rebuilding community life through urban design. According to Kelly Shannon, these recent developments have captured the popular American imagination, providing "a physical realization of the unrequited love for the aesthetics of the European past, of the poetics of small-town life, of the virtues of self-styled sustainable communities and of the common-sense emphasis of the pedestrian over the automobile" [1998:9]. For New Urbanists, monofunctional zoning should be avoided and open spaces deemed an integral part of residential areas. In practice, however, the critical potentialities of the movement are overshadowed by its neotraditional aesthetics and Traditional Neighborhood Developments (or TND's) consist especially of private residences for a privileged minority. "New urbanism," argues Shannon, "is nothing more than a shroud for enclaves of middle-class homeowners, under which everyday reality is buried in an enchanting transformation of town and landscape. It is a dangerous experiment in social engineering, creating homogeneous settlements with mindless controls and vigilante enforcement of the image of community. Most projects exclude low-income families by not including affordable housing in the mix" [ibid.:17]. In this sense, then, the movement is neither new nor urban. It merely offers to reformulate the dominant notion of suburbia: instead of focusing solely on a residential function, "masterplanned communities" offer a diversity in functions and land use. This diversity, however, is rigorously channeled through the prescriptions devised by Homeowner Associations (HOA's). As a result, Traditional Neighborhood Developments often pose the same problems as gated communities:

they only foster communities that do not seek to connect with external social groups or society at large. They tend towards a homogenization of the population, so that the community-building intentions of neotraditional urban planners may be seen as one more factor that has factually served to enhance the social and spatial fragmentation of the contemporary city.

Developed by Bart Eeckhout and Steven Jacobs

Villes-spectacles et villes paranoïaques

NÉSTOR GARCÍA CANCLINI
Departemento de Anthropología urbana
Universidad Autónoma Metropolitana
Av. San Rafael Atlixco # 186
Colonia Vicentina, Delegación Iztapalapa
Mexico
Courriel : quartzo@laneta.apac.org

TRADUCTION : EMMANUELLE TREMBLAY

Les imaginaires des villes sont infinis, mais la littérature, l'urbanisme et les médias – qui coordonnent les imaginaires sociaux – tendent à les regrouper par commodité ou pour les besoins de la communication. Plus particulièrement en ce qui concerne les mégapoles, deux grands ensembles se démarquent : nous trouvons, d'une part, les « villes-spectacles » et, d'autre part, les « villes paranoïaques ».

Les villes-spectacles sont des villes sexy : il s'agit en fait de celles qui sont devenues des emblèmes de la globalisation au cours des dernières années. Berlin, Barcelone et New York présentent des condensés d'innovations urbanistiques et forment maintenant les noyaux de ce que les nations auxquelles elles appartiennent peuvent offrir au monde. Ce sont des villes faites pour être visitées et admirées en tant que « villes globales », c'est-à-dire comme des espaces délimités où s'opère une mise en scène du monde en raison de quatre facteurs : le rôle vital des entreprises transnationales, le mélange des cultures, la concentration des élites des milieux artistiques et scientifiques, ainsi que le grand nombre de touristes. Ces traits sont souvent interprétés comme des ressources qui contribuent au développement de foyers d'hypermodernisation et à la revitalisation des quartiers historiques ou de la qualité globale de la vie urbaine. Le pari est fait que ces modes de transnationalisation

favoriseront la croissance économique tout en constituant des sources de renouveau socioculturel. Ce sont des villes qui parviennent à se réinventer.

On parle également, par contraste, des villes qui se déconstruisent. Destinations auparavant recherchées par les touristes et les investisseurs, Buenos Aires, Caracas, Lima, Mexico et Rio de Janeiro sont à présent mises en récit par les journaux et la télévision comme des paysages désastreux, détruits par les braqueurs, les *cartoneros* (« collecteurs de carton ») et les sans-abri. Ce sont des cités de la peur et de l'insécurité. C'est pourquoi nous les désignons comme des « villes paranoïaques ».

On se réfère dans plusieurs cas, en opposition avec l'époque de leur invention et de leur rayonnement, aux cités en déconstruction. On se souvient, par exemple, que Buenos Aires était considérée comme la ville la « plus européenne » de l'Amérique du Sud, et on dit d'elle qu'elle s'est « latino-américanisée » en s'emplissant de marchands ambulants, de dangers et d'enfants des rues. Le contraste entre les villes-spectacles et les villes paranoïaques se révèle dans l'opposition schématique entre la prospérité du Nord et les pénuries du Sud. Il va de soi qu'entre les processus d'urbanisation du Nord et du Sud, ou entre les pays du centre et ceux des périphéries, se manifestent d'autres oppositions et disparités qui ont trait à des histoires distinctes et à une participation inégale aux marchés mondiaux. Je reprends ici la métaphore de la confrontation telle qu'on la retrouve en général dans une certaine littérature urbanistique, dans le but de préciser la dimension socio-anthropologique des imaginaires en fonction de bases empiriques.

La force des imaginaires est activée, par exemple, dans les discours paniques des touristes européens et états-uniens à qui il est déconseillé de parcourir ces mégapoles ou de s'y rendre avec des enfants. Une étude réalisée en 2001, qui fait état des conditions établies par 500 cadres supérieurs de l'Amérique latine à l'évaluation des villes où ils envisageraient de faire des affaires et où ils seraient prêts à vivre, place aux principaux rangs celles qui combinent un haut niveau d'éducation et un personnel qualifié, sécurité, efficacité, vie culturelle ainsi qu'un bon potentiel de communication sur le plan international et pour réaliser des affaires. Les villes de Mexico et de Sao Paulo ne sont pas mal situées dans les domaines des communications, de l'offre culturelle et de la qualification de la main-d'œuvre. Néanmoins, les chefs d'entreprises et les gouvernants manifestent leur préoccupation quant à l'augmentation de la violence et à la lenteur de la circulation routière, laquelle diminue la productivité. Certains des films les plus diffusés du cinéma latino-américain récent, tels que *La vierge des sicaires* et *La cité de Dieu*, ont fait le récit à l'échelle mondiale du caractère incontrôlable de l'insécurité à Medellín et à Rio de Janeiro. La dégradation de la vie publique, qui s'est accrue dans la capitale mexicaine depuis que celle-ci est passée, au cours des cinquante dernières années, de trois millions d'habitants aux dix-neuf ou vingt millions actuels, a incité des écrivains, tel José Emilio Pacheco, à affirmer que vivre dans le district fédéral[1] équivaut à vivre dans une « post-ville » ou, pour reprendre les mots de Carlos Monsiváis, dans « une ville post-apocalyptique, parce que le pire est maintenant passé ».

1. On appelle « district fédéral » la zone métropolitaine de la ville de Mexico (note de la traductrice).

Nous sommes conscients que cette opposition schématique est peu consistante. Les villes les plus prestigieuses du Nord ne sont pas exemptes d'insécurité, de sans-abri et de pauvreté. Des plans de réhabilitation et de réaménagement urbains sont par ailleurs envisagés dans les mégapoles de l'Amérique latine. On cherche parfois à réinventer ces dernières à la manière des villes européennes : si la réhabilitation de Bilbao s'est effectuée grâce au musée Guggenheim, nous aspirons à avoir le nôtre à Rio de Janeiro ou à Guadalajara (où il semble qu'on en construira finalement un). Comme l'on croyait que la clé de la réussite réside dans la construction d'édifices qui portent la signature d'architectes-vedettes, un concours international a été organisé à Guadalajara pour le Guggenheim de cette ville, et Jorge Vergara, un entrepreneur, a chargé dix figures célèbres (Koolhaas, Moneo, Nouvel, entre autres) de mettre leur griffe sur un centre commercial et culturel de la périphérie de cette même ville.

Les sciences sociales et les études culturelles offrent pour leur part deux voies de recherche qui permettent d'élaborer ces solutions de rechange en fonction à la fois de leurs conditions empiriques et de leurs imaginaires : les études sur l'informalité urbaine et celles sur les modalités de représentation du phénomène urbain dans les discours artistiques et médiatiques.

Dégradations

Quelles sont les conditions sociales où se produit la déconstruction ou la dégradation des villes en Amérique latine ? Plusieurs études relient la décomposition de la vie urbaine et l'augmentation du facteur de risque, depuis les années 1980, à la volatilité de l'ordre économique de la même période, avec les réformes néolibérales, la récession vécue par plusieurs pays du continent, l'augmentation du chômage et la perte de la continuité et de la protection des emplois, ainsi que l'affaiblissement des institutions de la sécurité sociale et des organismes de revendication collective (syndicats et partis politiques). Cette insécurité socioéconomique « multifacettaire » (Rodrik, 2001) a entraîné une instabilité générale et elle a intensifié la recherche de ressources qu'il nous est permis de résumer en un mot : informalité.

Nous, qui habitons les villes de Buenos Aires, Caracas, Lima, Mexico et Sao Paulo, avons fait l'expérience lors des dernières décennies des processus d'émiettement du tissu social qui sont associés à la prédominance des tactiques de survie informelles sur la régulation stratégique des villes. Dans ces cités, et dans beaucoup d'autres, l'énorme attraction exercée par le domaine informel, par ce qui n'appartient pas à l'ordre historique, déborde des règles hégémoniques et les défie, entraîne de nouvelles représentations du phénomène urbain, différentes de celles qui ont alimenté la fondation et le développement de ces cités.

Une des explications conventionnelles de la progression de l'informalité est fournie par une certaine pensée conservatrice qui assimile informalité et illégalité. Ce réductionnisme occulte les stratégies complexes de survie ainsi que d'autres aspects socioculturels qui incitent à « résoudre » des problèmes sociaux grâce à des ressources n'appartenant pas au domaine réglementé et légal. Il est pourtant vrai que tout un secteur des activités informelles est illégal et délictueux. Les études en criminologie et en anthropologie indiquent

également que la montée de la criminalité, de l'insécurité et du vécu de la peur qui se manifeste en Amérique latine, à partir des années 1980, coïncide avec la privatisation et la transnationalisation des économies, ainsi qu'avec la perte des emplois et du pouvoir d'achat des salaires. Dans un nombre élevé de grandes villes de l'Amérique latine et de villes de moindre importance, les enlèvements se sont accrus : en 2001, la Colombie était en tête des statistiques avec une moyenne de presque dix enlèvements par jour (ONU, 2003). Ces toutes dernières années, se sont propagés dans les villes mexicaines, argentines et brésiliennes, entre autres, les enlèvements de courte durée, de quelques heures, pour réclamer des sommes d'argent relativement petites en utilisant souvent la victime pour retirer de l'argent comptant des guichets automatiques. Aussi les délits sexuels (viols, stupre et assassinats du genre) enregistrent-ils des hausses avec de nouvelles formes d'exploitation des femmes et des enfants, parfois liées au tourisme, parfois à la communication par Internet.

Il y a lieu de faire une remarque nuancée sur l'opposition entre villes-spectacles et villes paranoïaques que nous cherchons à développer. D'une certaine manière, l'insécurité et les peurs qu'elle suscite conspirent contre la ville-spectacle, éloignent les touristes et dissuadent les habitants d'user des espaces publics. Or, les médias spectacularisent en même temps la violence et les risques en les exhibant, pour traiter avec insistance de l'insécurité et entrelacer ces deux aspects de la vie urbaine.

Je m'intéresserai ici à l'analyse de quelques-unes des façons avec lesquelles l'art, la littérature et les sciences sociales explorent ces voies hétérodoxes où le social peut actuellement se construire ou se dissoudre. À titre de référence, je m'attarderai à deux études sur la ville de Mexico : l'une porte sur les photographies de catastrophes, l'autre sur la publicité spectaculaire. J'espère ainsi ancrer dans un matériel relatif à cette mégalopole une réflexion plus spécifique sur les défis posés à la croissance du phénomène urbain et à sa représentation visuelle par le domaine informel, par ce qui est disruptif et qui échappe aux ordres établis. Je ferai de même remarquer qu'au lieu des stéréotypes internationalisés sur Mexico, qui la décrivent comme la ville la plus peuplée (près de 20 millions d'habitants) ou la plus dangereuse du monde, je suggère deux lectures, de l'intérieur, c'est-à-dire en prenant comme point de départ les expériences que le fait de vivre dans cette ville nous donne des risques et de la spectacularisation.

Un lieu commun des descriptions de Mexico consiste à dire qu'elle se présente dans l'ensemble comme « une énorme tache de forme irrégulière ». La logique imposée par l'urbanisme ibérique pendant la période coloniale, ainsi que les tentatives modernes pour établir le tissu spatial d'après une claire différenciation des fonctions résidentielles, commerciales, industrielles et des services, ont été érodées par les achats spéculatifs des terrains, l'autoconstruction (qui représente plus de 50 pour cent des habitations) et par les « processus plus ou moins hasardeux » ou « spontanés » de parcellisation territoriale, d'édification et de conception des quartiers. Cette dernière a d'ailleurs été pratiquée « conformément à un savoir empirique étranger à l'ordre urbain réglementé », c'est-à-dire selon des « us et coutumes » qui soumettent d'ordinaire l'espace public à des intérêts privés (Duhau et Giglia, 2002). Le premier Plan de régulation de la capitale mexicaine fut établi en 1979, alors que l'agglomération urbaine comptait déjà 15 millions d'habitants. La croissance

précipitée qui eut lieu durant les trente années antérieures, plus spécifiquement à partir de 1950, du temps où la métropole comprenait 3 410 000 personnes, s'est presque toujours effectuée de manière improvisée, sans aucun type de planification, se réalisant sans règles précises, grâce à des réseaux de clientèles et des accords corporatifs. La ville s'est graduellement construite par l'entremise de l'informalité systématique, c'est-à-dire là où « ce qui est provisoire tend à devenir définitif » (Latouche 1989).

Nous savons qu'une grande part des villes de l'Amérique latine partagèrent ces tendances. En 1970, la population urbaine de ce continent embrassait presque les 57,2 % de ses habitants, pour dépasser les 73 % en 1995 ; quant aux prévisions pour 2005, elles indiquent qu'elle ira jusqu'à représenter les 85 %. La précarité des conditions de vie et l'informalité constitutive de ce processus accéléré d'urbanisation, impliquant très peu de règles et leur violation, se sont aggravées au cours des deux dernières décennies à cause du sous-financement public qu'ont entraîné les politiques néolibérales, de l'augmentation du chômage et de la chute de 50 à 70 % des familles sous le seuil de la pauvreté dans presque tous les pays. Même dans les villes les plus transformées par l'incorporation de réseaux globalisés sur les plans des technologies et de la consommation, une majorité est plongée dans la pauvreté qui n'a accès qu'à des ressources locales et précaires pour survivre dans des milieux peu sûrs et violents.

Que signifie le fait que la survie relève de l'informalité à un degré élevé ? Cette catégorie qui, à l'origine, était une dénomination résiduelle pour rendre compte de ce qui échappait à la société formellement organisée, a pris de l'expansion au point de recouvrir des secteurs aussi hétérogènes que les suivants : petites entreprises et commerces à domicile illicites ; vendeurs des rues ; enfants et les adolescents qui offrent leurs services ou des marchandises au coin des rues ; musiciens dans le métro ; *cartoneros* et recycleurs de déchets ; artisans qui ne font partie d'aucune association (c'est-à-dire la majorité) ; taxis sans licence ; producteurs et vendeurs de disques et de vidéos pirates ; revendeurs de billets de spectacles et gardiens de voitures en forte concentration, improvisés ou à tendance mafieuse ; et beaucoup d'autres secteurs qui agissent à travers des groupes familiaux ou des réseaux qui « organisent » les circuits « légitimes » de la vie sociale.

Malgré les apparences chaotiques de ces activités, il faut mettre en évidence leur rôle dans l'organisation de la survie quotidienne et les ressources qu'elles fournissent aux familles qui sont exclues de l'économie formelle, aux migrants et à la jeunesse sans travail. Ces activités vont parfois jusqu'à former des micro-entreprises, dotées de mécanismes d'accumulation du capital ainsi que de réseaux coopératifs et de pouvoirs, qui négocient les espaces urbains avec les pouvoirs publics ou avec les institutions de l'économie formelle, une tolérance policière et des affaires mixtes, pour contribuer ainsi à « légitimer » les procédures informelles et à entrelacer ce qui relève de la légalité et de l'illégalité (Riofrío, 2003). Après des décennies de cette poussée bigarrée de complicité entre les gouvernements, les réseaux et les mafias, entre les entreprises légales et les circuits de survie dispersés, la reproduction sociale, de même que le fait d'être gouverné ou la simple subsistance de nombreuses villes latino-américaine, n'ont plus le même sens.

Qu'est-ce que les sciences sociales, le journalisme et les arts sont en mesure de dire et de faire dans ces processus ? Face à ces phénomènes, deux tentations ont été présentes depuis

le début : a) juger l'informalité comme étant contraire à la modernité que l'on exige des villes et se proposer de l'éliminer ou, du moins, de délimiter son poids économique et ses effets de désintégration dans le domaine social ; b) célébrer la créativité sociale et l'imagination quotidienne dont font preuve ces activités, et insister sur leur utilité quant à la survivance des secteurs populaires et défavorisés. La première perspective, que nous pourrions qualifier de *modernisatrice*, apparaît en général chez les scientifiques durs du domaine social (économistes et sociologues) et chez les planificateurs politiques conservateurs qui défendent avec rigueur l'ordre urbain. La seconde est plus habituelle chez les anthropologues, les travailleurs sociaux, les ong, les politiciens de gauche et les artistes préoccupés par l'insertion sociale de leur travail : dans les cas où l'accent est mis sur les valeurs positives de l'informalité urbaine, nous faisons face à une emphase *populiste*.

Faut-il refonder les villes ?

Il est possible d'échapper à cet antagonisme entre modernisation et populisme en envisageant conjointement les aspects de la désintégration liés aux procédures informelles et ceux qui révèlent une certaine recomposition précaire de l'ordre social. Je tiens à insister sur ces deux orientations parce que le caractère radical de la dégradation urbaine mène parfois à des solutions absolues. José Manuel Castillo (2003), un analyste de la ville de Mexico, fait remarquer qu'en prétendant organiser le territoire américain *ex nihilo*, les utopies de fondation des conquistadores européens ont favorisé des stratégies *ex-novo* : des premières villes coloniales jusqu'à celle de Brasília, nous retrouvons d'ailleurs cette aspiration à une réinvention totale. À l'extrême opposé, le désespoir que génèrent les mutations récentes, dans lesquelles le sens de l'urbanité semble se dissoudre, laisse croire que nous en sommes maintenant à l'e*x-urbs*. En lieu et place de la toute nouvelle ville : la non-ville.

Une analyse des ressources de même que des conditions de fondation, de désintégration et de refondation permettrait peut-être de mieux comprendre ce qui se trouve au centre de ces deux positions antagoniques. Nous nous attarderons d'abord à ce qu'a pu signifier le rôle constitutif de la littérature et à ce qu'implique à présent la place de premier plan occupée par les médias de masse et par l'industrialisation de la visualité urbaine.

En dépit du fait que les villes ont de toute évidence toujours été des expériences visuelles, la préséance de la tradition scripturale dans la culture moderne a conféré aux textes littéraires la tâche d'établir ce qu'est une ville et ce que signifie le fait d'y vivre. Où fonde-t-on les villes ? « Tout en haut d'une montagne, pour se défendre ; au bord de la mer, pour partir ; ou, suivant la réponse que fournissent d'ordinaire les mythes, le long du fleuve, pour que le groupe concerné puisse trouver un axe d'orientation [...]. Mais les villes sont aussi fondées dans les livres. » C'est ainsi que Rosalba Campra (1994) répond à la question dans un texte où elle évoque les fondations de Paris dans les écrits de Balzac et de Proust, la Buenos Aires de Borges et du tango, la Prague de Kafka, le Mexico de Carlos Fuentes. Elle cite également les villes érigées comme de superbes et libres inventions : Santa María, d'Onetti ; Macondo, de García Márquez ; *Les villes invisibles,* d'Italo Calvino.

Que ces villes, réelles ou imaginaires, ait été définies en fonction de limites, comme des univers différenciés face à l'indétermination de la nature, est une caractéristique qui

leur est commune. Même si les frontières n'ont pas la netteté des remparts, elles sont imaginées dans les textes qui les fondent de manière à distinguer clairement l'intérieur de l'extérieur.

En revanche, les villes du temps de l'informalité se relocalisent en un ensemble de réseaux et de flux, tant physiques que mentaux. Il y a lieu de se demander comment se constituent les identités dans ces villes qui ne s'opposent pas à la nature de manière aussi rigide que dans le passé et qui diffèrent de la ville délimitée, « dispensatrice d'identité, de protection et de sens », comme l'affirme encore Campra.

De plus, de nouveaux acteurs ont fait leur apparition, qui contribuent à la représentation de ces villes informes. Plus que dans la littérature, les villes sont à présent imaginées par les chroniques journalistiques, la radio et la télévision. Ce sont eux les principaux agents de construction du sens de l'urbanité. Ils font participer quelques individus au débat sur ce qu'est la ville ou sur ce qu'elle peut devenir, pour proposer ces opinions aux autres comme étant exemplaires de ce qu'il leur est permis de faire et d'exprimer à titre de citadins.

Le passage de la ville, à la fois fondée et interprétée par la littérature et que Ángel Rama (1984) appelait la « ville lettrée », à la ville audiovisuelle, à la culture vidéo-urbaine, coïncide avec l'expérience historique de la perte des limites et du sens du phénomène urbain. Ce qui est particulièrement évident dans les mégapoles, où la structure constitutive des villes se dilue et se dégrade. La tendance à célébrer les espaces en voie de disparition, à les préserver ou à faire appel à la spectacularisation publicitaire ou artistique comme à des ressources qui participent de la construction de l'imaginaire urbain, acquiert dès lors plus de poids.

Informalité populaire et hégémonique

En faisant mention du désordre, de la dégradation et de l'informalité, les médias et le « sens commun » ont généralement à l'esprit les secteurs pauvres et marginalisés. Je voudrais ici faire l'analyse de deux exemples où l'informalité urbaine apparaît comme le résultat d'actions populaires et hégémoniques. Je vais en premier lieu examiner la manière avec laquelle la photographie journalistique représente et « édite » l'informalité. Ensuite, seront analysés ces monuments postmodernes dont tiennent lieu les panneaux-réclames.

1. *Collectionner les accidents.* La récente expansion des activités et des pouvoirs informels a fait ressortir une vieille question : la difficulté de lire les villes uniquement en fonction de leur ordre planifié. Inversement, que peut nous apprendre le fait de s'intéresser au sens du phénomène urbain construit à partir des accidents ? L'accident est l'une des expériences les plus démocratiques du rapport à la transcendance. J'entends par là que les collisions, les incendies, les tremblements de terre sont des situations auxquelles il est possible d'avoir accès de manière inégale, mais de façon plus équitable qu'à la plupart des biens et des messages offerts dans la société. Il n'y a rien d'étonnant à ce que les revues populaires et à diffusion massive accordent leur préférence à ces événements, ni à ce que le plus grand photographe mexicain de désastres, Enrique Metinides, soit privé de formation spécialisée, qu'il soit plus au fait du cinéma commercial que de la photo artistique et

Source : Enrique METINIDES, 1968.

qu'il ait été reconnu tout récemment par les institutions et par les circuits de légitimation des artistes.

Dès ses débuts, Metinides fut un représentant de l'informalité urbaine. Il a commencé à exercer le métier de photographe à douze ans, avant d'atteindre l'âge légalement requis pour travailler. Engagé par *La Prensa*, principal journal à sensation de Mexico, il fut dès l'enfance mis en contact quotidien avec les crimes, les accidents, les prisons et les incendies. La façon d'obtenir les meilleures photos consistait à s'arranger avec les policiers et les médecins, quoiqu'« ils ne vous laissaient pas monter dans les ambulances à moins que vous ne travailliez pour la Croix-Rouge ou que vous ayez plus de dix-huit ans ». En toute chose, lui fut utile la relation qu'il entretenait avec le maître, l'Indien, à savoir le chef des photographes à qui, en retour, il ne réclamait pas le paiement de maintes photos remises pour publication.

Le corpus photographique de Metinides semble fait pour entretenir ce lieu commun du discours médiatique international qui fait de Mexico la ville la plus peuplée et la plus

Source : Enrique Metinides, 1958.

polluée du monde, avec ses embouteillages, sa circulation mouvementée et ses braquages continuels. Cependant, Metinides ne documente pas ces faits comme quelque chose d'ahurissant ou d'exceptionnel. En situant l'événement tragique dans le contexte du quotidien, son cadrage suggère qu'une collision, l'écrasement d'un avion ou la suspension d'un autobus au-dessus d'un précipice ne sont pas des faits aussi exceptionnels qu'on le suppose. Ce qui est surtout le cas lorsque ceux-ci sont documentés du point de vue des gens qui sont impliqués dans l'événement ou de ceux qui le regardent. Bien plus que de prendre « la photo de l'incendie, dit-il, ce que quiconque peut faire, il s'agit de capter les lumières des flammes sur les visages des témoins ».

L'ordre construit par Metinides ne s'obtient toutefois pas, comme pour la sociologie et l'anthropologie urbaine, en soumettant les événements à des structures. Au lieu de rechercher la *régularité* de l'ordre urbain et la *logique* qui rend les transformations intelligibles, le photographe tente d'en saisir le sens à partir de la singularité de la situation.

Les accidents s'imposent comme d'importants facteurs d'ébranlement de la confiance en la possibilité d'expliquer et de prévoir presque tout, que ce soit dans le monde ou dans la mégapole. C'est avec justesse que Fabrizio Mejía affirme que les photos de Metinides nous amènent à voir le phénomène urbain d'une autre manière : « nous trouvons notre reflet, en tant que ville, dans l'accident » (2002). Cependant, chaque fois que ce photographe est interrogé sur les débuts et l'évolution de son métier, il établit des règles destinées à conjurer ce qui est hasardeux.

Pourquoi avoir commencé son travail photographique si tôt, à douze ans, et pour quelle raison s'être consacré à la documentation des accidents ? Metidines fournit des explications raisonnables : son père qui, entre autres choses, vendait des appareils photo, lui en a offert un à cet âge ; presque tous les jours, des collisions avaient lieu ou des piétons se faisaient renverser au coin de sa rue. Puis, il rend compte de sa carrière comme de celle

Source : Enrique METINIDES, 1971.

d'un professionnel discipliné, qui a inventé des méthodes pour mettre de l'ordre parmi les catastrophes. À partir de 1957, il élabore un système codifié pour que la Croix-Rouge puisse réagir de manière adéquate à la nature de chaque urgence. Plutôt que d'émettre par radio l'énoncé « nous avons une personne dans un état grave », il agence soixante-cinq codes : B pour « brûlé », D pour « décédé » ; E pour « évanoui », F pour « fracturé », P pour « poignardé », T pour « tué ou blessé par balle ». De sorte qu'à la transmission de l'énoncé suivant : « Dirigez-vous vers les rues Insurgentes et California parce qu'il y a un 27F avec deux 5», l'on comprenait qu'une voiture avait capoté et qu'il y avait deux blessés à ce coin de rue. Ce besoin d'organisation est ensuite réorienté, alors qu'il laisse son emploi au journal, pour scanner et classer ses photos, ses coupures de journaux et les vidéos des malheurs qu'il enregistre chaque jour à la télévision.

Dans les photos de Metinides, la présence à l'événement de nombreuses personnes relativise le crime ou l'accident, pour l'insérer dans un ordre social. Certains, qui font partie du public, révèlent la peur et la commotion, d'autres suggèrent que la vie continue, que ce soit en laissant voir qu'ils sont sains et saufs, qu'ils y ont échappé, ou en posant pour le photographe. La construction de l'épisode que livre la photo résulte de la coopération entre les divers regards des spectateurs et l'optique du photographe. Aussi pouvons-nous affirmer, en raison de cette interaction entre le professionnel et les différents publics, que la perspective sur les accidents offerte par les images de Metinides est plus démocratique que celle des médias à sensation.

Et il serait tout aussi pertinent de parler d'un *post-public* : l'événement – la collision, l'incendie, le braquage – est déjà chose du passé. Il a été vu et commenté. Pourquoi demeurent-ils tous sur les lieux de celui-ci, comme s'ils s'attendaient à ce que survienne

Source : Enrique Metinides, 1969.

autre chose ? L'événement, qui interrompt la routine ou qui la scelle par la mort, crée l'attente de l'avènement de quelque chose de nouveau, de distinct de ce que nous avons l'habitude de voir, de ce qui nous arrive toujours.

L'apparition du photographe des faits divers, comme celle des reporters de la télévision ces dernières années, atteste que l'arrivée des moyens de communication est ce qui advient après l'accident. En fixant les appareils du photographe, les individus de la masse (et non plus l'accident ou le mort) trouvent en cet événement inespéré l'occasion d'être reconnus et de paraître dans les journaux ainsi qu'à la télévision. La signification première de ce type de documentation est de rendre publique l'existence anonyme des curieux. C'est la plus évidente. Il y en a toutefois une autre : par l'incorporation du fait exceptionnel et tragique à la routine de l'information quotidienne, l'intervention des médias inscrit la douleur, la commotion des hommes et des femmes qui font partie du public dans l'ordre des choses qui arrivent et de ce qui peut socialement faire l'objet de la communication. Le regard du photographe et du caméraman de la télévision contribue à mettre l'événement en feuilleton dans les 500 000 exemplaires de *La Prensa*, dans les millions de téléviseurs qui, la nuit même, pourront multiplier l'accident en l'accommodant à la « normalité » de ce qui a lieu dans notre ville et dans le monde. Le citadin-spectateur, ignoré des pouvoirs qui devraient l'écouter et exercer un contrôle sur le désordre urbain, obtient à tout le moins une reconnaissance d'un jour dans le journal ou à l'écran, en tant que témoin de l'incident et participant à la spectacularisation médiatique. Metinides documente également les contextes des accidents, dont les péripéties de ceux qui accourent comme secouristes vers des lieux d'accès difficile offrent un exemple : l'image est magnifique, presque humo-

ristique, de l'infirmière qui traverse un bourbier à l'aide de la civière pour éviter de se salir. C'est ainsi que le photographe participe à la mise en page du monde. Pierre Bourdieu (1979) a démontré les rapports ténus entre la photographie et l'organisation sociale, dans la mesure où, par exemple, l'utilisation de l'appareil photo est plus importante chez les gens mariés que chez les célibataires, dans les familles où il y a des enfants que chez qui n'en a pas : la pratique de la photographie augmente en fonction de l'intégration sociale dont elle fait la consécration et qu'elle rend solennelle. Les photos fixent les événements fondateurs (naissances, mariages, voyages) et réaffirment périodiquement l'unité familiale.

En quoi la pratique d'un photographe spécialisé dans la rupture de l'ordre que représentent les accidents recoupe-t-elle cette tendance ? Le crime et l'accident ne sont pas présentés par Metinides de façon isolée, comme des voies d'accès au désordre ou à la mort dans la ville. Ses photos ne montrent pas une cité chaotique. Dans la société de Metinides, il y a des classements et des « espèces » : conducteurs et piétons, sinistrés et spectateurs, inondés et secouristes. Il y a surgissement d'un ordre autre, chaque fois renforcé par le moment choisi et la composition de l'ensemble : les pompiers qui organisent le sauvetage d'un individu électrocuté pour avoir voulu voler de l'électricité d'un poteau public ; la dispersion de réfrigérateurs, tables, boîtes ainsi que d'un piano au milieu d'un parc, pour cause d'expulsion ; et même l'ironique scène qui fait suite au vol d'un supermarché, avec un policier au premier plan empoignant une arme et les secouristes de la Croix-Rouge qui assistent une personne évanouie, l'affiche « Merci de nous avoir choisis » servant de titre à l'ensemble. Il est dans ces cas suggéré que l'effacement de l'ordre est passager. Les actions illégales, comme le vol d'électricité, ou délictueuses, comme les braquages, sont documentées telles des constituantes du fonctionnement de la vie urbaine.

Paul Virilio postule que les accidents font partie d'un ordre, parce que toute nouvelle technique engendre selon lui sa catastrophe : les trains ne vont pas sans le déraillement, ni les ordinateurs sans les virus informatiques. Cependant, il importe de nuancer ce « causalisme » paradoxal, qui vise à rectifier l'idée de l'exception imprévisible liée par le sens commun à la notion d'accident, en spécifiant que l'accident est souvent le fait d'un échec. De même que les déraillements et les écrasements d'avions sont en général dus à des défauts de maintenance, nombreux sont les accidents qui constituent une rupture, pas si aléatoire, avec un ordre négligé ou pétri de contradictions sociales exacerbées. Il est permis de penser que le succès de Metinides découle, en partie, de sa capacité à situer l'exceptionnel dans un contexte qui, à défaut de lui fournir une explication, lui confère au moins un certain sens ou fait en sorte que les lecteurs de journaux puissent lui en attribuer un.

2. *Monuments publicitaires*. Le second exemple relève d'une autre façon d'user de l'espace public à laquelle donnent forme les affiches publicitaires spectaculaires placardées aux abords des voies rapides de Mexico, comme dans beaucoup d'autres villes.

Comment intervenir dans ce gigantesque distributeur d'offres – objets, messages, promesses d'accessibilité, information et plaisirs – que représente une mégapole ? Sur cette grande scène de l'opulence moderne, tout – de nature locale, nationale et globale, privée et publique – est offert en abondance et, comme on le suppose, à tous ; aux natifs de la grande ville comme aux millions de migrants qui sont venus la grossir démesurément, en raison de leur désir d'y trouver du travail et des loisirs, de se retrouver là où

tout est à portée de la main. La ville de Mexico, à l'instar de Sao Paulo, New York et Londres, Berlin et Tokyo, est un espace de rencontre des foules qui ont la certitude de trouver dans ces mégavilles un condensé de la modernité tout entière.

Nous ne sommes pas sans savoir également que cette concentration de l'offre entraîne des expériences variées des problèmes d'accessibilité : embouteillages sur les voies rapides, quartiers fermés, éducation et spectacles à prix élevé, surinformation. La facilité des déplacements fait pendant aux bouchons ; la diversité des spectacles, des journaux et des canaux de télévision, des vêtements et de la nourriture s'avère limitée en raison des coûts qui obligent à faire des choix et à ne se contenter que de ce qui est à la portée de la bourse de chacun. C'est avec cette ambivalence que la mégapole configure les domaines public et privé, qu'elle nous invite au partage et à la différenciation, à la participation tout comme à composer avec les exclusions.

Ces ambiguïtés se révèlent chaque jour lorsque nous circulons sur le périphérique de Mexico, au milieu de la publicité affichée à ses abords. Les 62 kilomètres du périphérique furent construits pour accélérer la circulation, pour parcourir aisément la ville d'un bout à l'autre. Si les voitures pouvaient se déplacer à une vitesse moyenne de 80 km/h, il serait possible de faire le tour de la ville en moins d'une heure. Or, il est coutumier que, de 7 à 10 heures, de 13 à 16 heures et de 18 à 21 heures, les voitures mettent chaque jour une heure, dans de nombreux tronçons, pour faire dix kilomètres.

La saturation des voitures sur le périphérique trouve un écho visuel dans la pléthore de panneaux publicitaires placardés sur ses abords. L'explosion des affiches spectaculaires sur les toits des maisons[2] et des bâtiments publics qui longent les voies rapides, profitant de l'absence de réglementation, date de 1987. En dépit du fait que plusieurs lois sur l'affichage aient été émises à compter de 1988, les principaux promoteurs de cette affaire, Televisa ainsi que les entreprises Vendor et Outdoor Systems Inc., ont graduellement augmenté la quantité d'affiches et leurs dimensions. Les nouveaux règlements et les arrêtés des gouvernements qui se sont succédé n'ont pas empêché que soient comptabilisés, en mai 2001, 7502 panneaux géants – plus de 1 000 dans la zone du périphérique – qui ont été en majorité placardés sans autorisation, et en violation des règles essentielles de sécurité et contre la pollution visuelle, telle l'obligation de laisser une distance d'au moins 100 mètres entre eux. Lors de tempêtes, plusieurs affiches sont tombées, ont endommagé des toits et ont été la cause de réclamations de la part du voisinage.

À la profusion de messages qu'accueille la mégacité, dans un mélange de danses traditionnelles, d'édifices coloniaux et modernes, d'iconographies politiques et commerciales, s'ajoutent des affiches gigantesques, de 20 à 80 mètres, qui obstruent la vue en même temps qu'elles prétendent améliorer la communication. « Vous avez un problème de communication ? Nous vous offrons la solution », dit le slogan pour la promotion de téléphones cellulaires. Alors qu'on se trouve captif de l'embouteillage, une femme affriolante faisant de la publicité pour une revue porno affirme : « Laisse faire la maison. Achète-moi tout de suite. » Plusieurs messages axent leur intervention sur les besoins essentiels,

2. L'auteur se réfère en réalité aux *azoteas*, c'est-à-dire aux toits aplanis qui servent de dernier étage (note de la traductrice).

de ceux qui traitent des fonctions digestives (« Fini l'acidité ») à ceux qui concernent l'éducation (« Être bilingue et hautement qualifié, mais être humain avant tout »). Les incertitudes urbaines ne sont pas négligées : « Êtes-vous entièrement en sécurité ? » « Pour un contrôle maximum : l'école de conduite ».

Ces éléments spectaculaires sont de nouvelles formes de « monumentalisation » dans les villes. Parfois encore, ils magnifient les valeurs partagées et célèbrent la mémoire sociale à laquelle les monuments érigés dans des endroits stratégiques de la citée étaient voués. De la même manière, les affiches géantes actuelles servent, dans certains cas, à marquer les lieux et à identifier l'endroit de la ville auquel nous nous référons. Compte tenu du caractère labile de ces messages, il est cependant difficile de dire : « Je t'attends sous l'affiche de Coca-cola », comme nous pouvions auparavant dire : « On se retrouve au resto qui est au coin de la rue du Caballito[3]. »

C'est un fait connu que « El Caballito » et d'autres monuments ont été déplacés, alors que bien d'autres, persistant à l'angle des mêmes rues, sont devenus anodins dans le cadre d'une compétition, perdue d'avance, avec les établissements corporatifs ou les panneaux-réclames spectaculaires qui les surmontent, tout comme avec les encombrements de la circulation. Ces affiches géantes, déplacées à intervalles de quelques semaines, qui empiètent les unes sur les autres, exacerbent l'instabilité et la précarité de la raison d'être, de moins en moins signifiante, des vieux monuments, ainsi que des autres formes de la mémoire collective et de la sociabilité urbaine. Au lieu de célébrer un personnage ou un événement, de leur donner une consécration durable, elles proclament la labilité du social, lequel est reconsidéré sous l'angle de la logique marchande comme le fait d'un renouvellement perpétuel d'événements n'ayant aucune portée sociale identifiable.

De quoi témoignent cette accumulation de messages, son tapage communicationnel et son obsolescence réitérée ? Du fait que les processus ont été remplacés par des événements, l'histoire par des mouvements ou par une simple agitation mercantile ; qu'au lieu des bulletins d'information ont pris place des nouveautés publicitaires, des ordinateurs opérant avec plus de rapidité, des films – également spectaculaires – qui viennent tout juste de passer en exclusivité, des offres promotionnelles sur les articles en magasin. Dans leur accumulation sans classement, ces messages annoncent l'agonie des séries signifiantes, des villes divisées en quartiers commerciaux et résidentiels, zones de divertissement, cités universitaires et *cities* financières. La totalité des messages, des offres, des manières d'habiter, de se mouvoir et de communiquer se fondent dans la cité et se disputent tous les espaces. Une visualité chaotique nous rend difficile le repérage de la boutique de vêtements ou du service d'Internet qui nous convient le mieux : elle témoigne en cela de l'incertitude et du dérèglement du sens. Elle semble proposer un type labile d'ornementation, une esthétique qui engage à jouir de l'événement en faisant fi des processus de longue durée qui sont à l'œuvre dans le phénomène urbain.

3. Le « Caballito », à Mexico, est cette sculpture équestre de Carlos IV, qui se trouvait sur l'avenue Paseo de la Reforma, et qui a été déplacée à quelques reprises pour être finalement localisée Plaza de Manuel Tolsá, Centre historique (NdT).

Réconforts ou réinventions ?

Les deux exemples que j'ai examinés sont révélateurs des interactions existantes entre les domaines réglementé et informel. Tant les photos, qui ordonnent le sentiment social des catastrophes, que l'introduction désordonnée des affiches publicitaires dans la visualité publique, renvoient à des actions reliées à l'informalité urbaine. Il nous est avant tout permis de constater que le domaine informel ne se limite pas aux manifestations culturelles qui se produisent en marge de ce qui est établi ou à l'encontre de l'ordre hégémonique, tels les graffitis, les groupes indépendants d'artistes des quartiers ou les réseaux pirates d'échange de disques et de revues. La publication quotidienne de catastrophes dans un journal à grand tirage et les affiches qui font la publicité des marchandises et des communications modernes, en transgressant toutefois les règles urbanistiques, montrent publiquement que le domaine informel n'est pas une anomalie propre aux secteurs subalternes ou sous-développés, mais plutôt une constituante de la vie moderne. Cette présence envahissante du domaine informel se laisse voir à Mexico, comme c'est le cas pour d'autres mégacités latino-américaines, tant dans les stratégies de subsistance des pauvres que dans la trame spectaculaire de la publicité hégémonique.

Dans les sciences sociales, les lectures qui font des villes latino-américaines d'hypothétiques lieux de concentration de la modernité prédominent toujours. On a interprété les transformations de ces villes comme des conséquences logiques de l'industrialisation et de l'expansion entraînée par les migrations ; on a cherché à lire ou à interroger leur développement à l'aune de la rationalité urbanistique européenne ou états-unienne. Quant aux quartiers qui échappaient à ce raisonnement, au trafic lent et polluant, aux maladies dues à la pollution automobile et au manque de drainage, à la corruption et au clientélisme, ils ont généralement été considérés en termes de rupture et de transgression d'un ordre, comme les signes d'une irrationalité à combattre.

Sans doute que recèlent une grande part de contradiction et d'insignifiance ces voyages qui soustraient à la vie de millions de personnes de deux à quatre heures par jour, pour les rapprocher d'un travail ou d'une école qui se trouve à quelques kilomètres seulement. De la corruption jusqu'au narcotrafic, il y a certes des activités où prévalent les effets de désintégration et qui sont à la même enseigne que l'informalité. Mais il existe aussi des mouvements sociaux qui cherchent à mettre de l'ordre par d'autres moyens, sans rapport avec les structures officielles. Comme le révèlent au quotidien le journalisme urbain, ainsi que les écrivains et les artistes dans des œuvres plus élaborées, des portions de la ville composent parfois avec les ressources que leur procure la croissance erratique de celle-ci. Les besoins liés à la survie ne souffrent pas la permanence du chaos.

La documentation photographique des crimes, des accidents et des désordres urbains d'Enrique Metinides montre que l'aspiration à la cohérence et à l'entendement se trouve même dans le milieu de la presse à sensation. Metinides a eu recours à la contextualisation et au regard des spectateurs pour inscrire les événements perturbateurs dans un sentiment partagé. Ce qui est extraordinaire ne procède pas d'une transcendance magique ni de l'arbitraire déraillement du social.

D'un autre côté, et en même temps qu'il bouleverse la visualité urbaine, le discours publicitaire des entreprises transnationales propose une sorte de réconfort à notre vie urbaine, frustrée et mouvementée. La notion de réconfort présuppose une vision dramatique de la mégapole que la sociologie et l'urbanisme ne reconnaissaient pas alors qu'ils plaidaient encore pour la régulation de la croissance urbaine et qu'ils croyaient que les planificateurs pouvaient prendre part à cette tâche. Depuis que la privatisation néolibérale a aboli la planification destinée à rationaliser le rapport entre espace urbain et besoins sociaux, la dissolution de la ville moderne ou les effets de désintégration de la spéculation privée ont perdu de leur intérêt.

Réconfort publicitaire ou réinvention urbanistique ? Ces deux manières de réagir au désordre urbain ne se présentent pas sous la même forme dans les pays industrialisés qu'en Amérique latine. J'aimerais enfin tirer quelques conclusions sur les perspectives urbanistiques qui se dégagent de notre affrontement de cette différence suivant les manières d'établir les conditions du développement urbain dans les domaines public et du marché.

Les tenants de la pensée postindustrielle et postmoderne se sont appliqués à exalter ce qu'ils ont qualifié de posturbain. Ils ne se sont pas seulement désintéressés de la croissance débridée de nombreuses portions de la mégapole et du chaos qu'elle introduit dans la vie sociale. Ils sont allés jusqu'à célébrer le dérèglement de l'espace hyperurbanisé, dans la mesure où celui-ci permettait de jouir des progrès technologiques, des flux et des signes éphémères.

Du point de vue de la compréhension du phénomène urbain, l'on se doit d'être reconnaissant à la pensée postmoderne d'avoir mis la ville en valeur en tant que texte, trame de signes et regroupement multiculturel de récits. Ce n'est toutefois pas le postmodernisme qui se trouve à l'origine de cette tendance, mais la sémiotique et même des représentants de la philosophie, de la sociologie urbaine et de la culture qui l'ont précédé (Walter Benjamin et Kevin Lynch), ainsi que des auteurs critiques de la postmodernité, de Frederic Jameson à Richard Sennet. Désormais, le passage de ces savoirs spécialisés dans la sensibilité populaire se fait au travers de la publicité, de certains regards journalistiques rénovateurs et de l'esthétique de quelques jeunes artistes.

Cependant, ce discours basé sur des expériences fragmentaires, cette ethnographie discontinue du phénomène urbain renvoie à des fonctions et à des contenus différents dans les pays métropolitains et dans ceux de l'Amérique latine. Le posturbanisme qui, à proprement parler, concerne plus l'architectonique que l'urbanisme, a contribué aux réhabilitations controversées de Barcelone, de Bilbao, de Paris et de Berlin. Quoi que l'on pense de la valeur esthétique et macrosociale de telles entreprises, les musées de Frank Gehry, Richard Meier et Daniel Libeskind, des œuvres publiques et privées de Rem Koolhaas et Ricardo Bofill, des centaines de bâtiments se trouvent dans ces villes, accroissent leur attrait international, renouvellent leur statut dans les champs de l'histoire de l'architecture et de l'art, créent des emplois et suscitent des débats culturels appréciables.

À la différence des villes européennes, les villes du Mexique et de l'Amérique latine en général se sont graduellement construites en composant avec des taux excessifs de natalité et des migrations rapides qui n'ont pas trouvé de réponse adéquate quant au logement, à l'éducation et aux commodités. Les usages déprédateurs du sol, de l'eau et de l'air

ont au contraire été permis. Dans un tel paysage, que la désindustrialisation et le pillage économique des deux dernières décennies ont noirci, il est difficile d'avoir de la sympathie pour la fragmentation et le délaissement de la planification acclamés par les postmodernistes. À ce problème éthique, soulevé par le fait que les questions structurales du développement urbain soient évacuées par l'urbanisme, s'ajoute la rareté d'édifices mémorables dans l'architecture des toutes dernières années. En lieu et place de solutions de fond, un étalage de luxe : qu'il s'agisse des 27 *shoppings* de Mexico, des édifices corporatifs sur 800 hectares et de l'urbanisme « techno » de Santa Fe, ou des improvisations maladroites qui, tel le Centre national des Arts, sont non fonctionnelles et résultent d'un mélange confus d'esthétiques. Étant donné que, depuis les dernières décennies, nous n'exhibons presque rien d'autre que ces produits architecturaux, d'aucuns seront portés à croire que de spectaculariser les embouteillages du périphérique ou de faire venir des architectes célèbres pour qu'ils greffent quelques édifices éblouissants au désordre consenti, constituent des tâches attrayantes.

La démocratisation de l'apocalypse

Comment seront les mégapoles de la prochaine décennie ? De la ville-spectacle ou de la ville paranoïaque, laquelle prévaudra ? Une première tendance se confirme dans le phénomène de dispersion de la tache urbaine en tous sens, qui redéfinit le milieu environnant tout comme les rapports du centre avec les périphéries et, pourrait-on ajouter, de la part de la ville que nous sommes en mesure d'embrasser avec celle qui ne peut être maîtrisée ni gouvernée. Cette expérience de la vastitude s'accentue dans les mégapoles qui se développent comme des villes globales, des nœuds d'interconnexion communicationelle, de services et de migrations qui les mettent en relation avec le monde de manière intensive.

La deuxième réside dans la supériorité démographique des périphéries où se créent de nouveaux centres commerciaux et culturels. Chaque jour nous vivons davantage dans des villes polycentriques, multifocales et multinodales. Penser la transition de la ville historique à ces nouvelles agglomérations semble être une des tâches nécessaires pour empêcher que ne s'aggrave la confusion du développement urbain informel.

En troisième lieu, doit être signalée la place de premier plan des médias de masse à titre de pourvoyeurs de l'information et du divertissement, coordonnateurs de la ville dispersée ainsi qu'organisateurs de la sphère publique. Ainsi se déploie un nouveau type de domaine public géré par les industries culturelles et les moyens de communication de masse.

Enfin, l'accroissement de la violence et de l'insécurité constitue un trait commun aux expériences urbaines. Celui-ci entraîne la prédominance du privé, de l'imaginaire du risque et du repli dans des quartiers fermés ou chez soi, sur les imaginaires de la ville à partager. Les citadins adoptent de nouvelles mesures de protection qui modifient le paysage urbain, les voyages à travers la ville et les habitudes quotidiennes. Dans les quartiers populaires – les *favelas* de Rio de Janeiro, les bidonvilles de Buenos Aires et leurs équivalents à Bogota, Lima et Mexico –, les voisins se mobilisent afin d'assurer la sécurité. Dans les secteurs du pouvoir économique et les couches des classes moyennes, interdire l'accès aux rues ou aux quartiers est devenu le principal incitatif à la mobilisation. La façon particulière

d'exercer leur citoyenneté consiste à s'isoler des conflits urbains par la privatisation d'espaces surprotégés.

Comme l'explique Teresa Caldeira (2000) à propos de Sao Paulo, la ségrégation spatiale instituée par ces « enclaves fortifiées » est exacerbée par des changements d'habitudes et de rituels familiaux ainsi que par des conversations obsessionnelles sur l'insécurité qui tendent à opposer le bon et le mauvais, pour établir des écarts et des murailles symboliques qui renforcent les barrières physiques. C'est une culture paranoïaque de la protection qui s'allie à de nouveaux critères de différenciation, afin d'isoler les espaces publics et de séparer les secteurs sociaux de façon plus radicale. L'imaginaire se tourne vers l'intérieur, fixe des règles d'inclusion et d'exclusion de plus en plus strictes. La désertion des rues est symptomatique de la désurbanisation et de l'oubli des idéaux modernes d'ouverture, d'égalité et de communauté. Nous délaissons les villes où les provinciaux arrivaient, comme l'expliquent les études sur la migration, dans l'espoir d'y trouver un travail et de meilleurs revenus, le confort et l'anonymat, fascinés par les lumières de la ville, pour nous orienter vers des cités plus sombres.

Pendant la dernière décennie, de nouveaux foyers de développement social et culturel ont cependant fait leur apparition aux côtés de la détérioration des espaces publics, de la croissance incontrôlée des villes et de la violence de la ségrégation. Au sein de la progression désordonnée du commerce informel et de l'augmentation de la criminalité, certaines capitales latino-américaines (Buenos Aires et Mexico) élisent leurs dirigeants pour la première fois. D'autres, comme Santiago (Chili), Montevideo, Bogota et Sao Paulo, adoptent des formes plus démocratiques de participation et relancent leur développement culturel. Il convient de faire mention du programme du budget participatif qui a débuté il y a 15 ans à Porto Alegre et qui s'étend à présent à 103 villes brésiliennes. La participation active des citoyens pour déterminer les priorités en matière d'utilisation des ressources est peut-être un des signes qui encouragent à ne pas vivre uniquement parmi des imaginaires alarmistes. Ou bien, comme me le disait une citoyenne de Bogota, à vivre dans des villes où la paranoïa ne serait pas autre chose qu'une maladie.

RÉSUMÉ

L'évolution récente des villes, et particulièrement des mégapoles, se fait en fonction de deux directions contradictoires : d'un côté, on assiste à la mise en relief de villes spectaculaires, qui sont attirantes du point de vue de tout ce qu'elles peuvent offrir comme symboles d'un ordre mondial capitaliste et prospère ; d'un autre côté, on repère des villes qui sont l'antithèse de ce développement, et où il semble que ce soit au contraire les signes de la décrépitude, du sous-développement et de la menace qui sont mis en évidence. Une telle fracture semble séparer le développement des mégapoles d'Amérique latine par rapport aux mégapoles du reste de l'Amérique du Nord ou de l'Europe. À Mexico, qui a connu un développement urbanistique et démographique fulgurant ces cinquante dernières années, on retrouve les traces de ces deux tendances ; d'une part, les images journalistiques d'un photographe comme Enrique Metinides présentent des signes de la ville menaçante, alors que, d'autre part, les images de la publicité ouverte des affiches géantes présentent des signes de la ville invitante. Ces deux tendances sont présentes comme des forces qui structurent la perception que l'on peut se faire de l'évo-

lution prochaine des mégapoles, particulièrement en Amérique latine, en tant que ces dernières présentent l'alternative entre la ville-spectacle et la ville paranoïaque.

ABSTRACT

The recent evolution of cities, and the megalopolis in particular, Is taking two opposite directions : on the one hand, we are witnessing the emergence of spectacle cities that are attractive on account of all they have to offer in the way of symbols of a capitalist and prosperous world order ; on the other, we note cities that are the antithesis of this development, and where, on the contrary the signs of decay, underdevelopment and threat seem to predominate. Such a split seems to separate the development of the megalopolis of Latin America as compared with those of the rest of North America and Europe. In Mexico, which has experienced exploding urban and demographic development over the last fifty or so years, the traces of both these trends can be found - first, the journalistic-style images of a photographer like Enrique Metinides present signs of the threatening city, whereas the pictures shown in the huge advertising posters present signs of the inviting city. Both these trends are present as forces that structure the way people may view the future development of the megalopolis, especially in Latin America, insofar as these mega cities present the alternative between the spectacle-city and the paranoid city.

RESUMEN

La reciente evolución de las ciudades, y especialmente de las megalópolis, se hace en función de dos direcciones contradictorias : por una parte, se asiste a la puesta en relieve de ciudades espectaculares, que son atractivas desde el punto de vista de todo lo que pueden ofrecer como símbolo de un orden mundial capitalista y próspero ; por otra parte, se encuentran ciudades que son la antítesis de este desarrollo, y donde parece que esto sea al contrario los signos de la decrepitud, el subdesarrollo y la amenaza que se ponen de relieve. Una tal fractura parece separar el desarrollo de las megalópolis de América Latina con relación a las megalópolis del resto de Norteamérica o de Europa. México, que ha conocido un desarrollo urbanístico y demográfico fulgurante en estos últimos cincuenta años, se encuentran los rastros de estas dos tendencias ; por una parte, las imágenes periodísticas de un fotógrafo como Enrique Metinides presentan signos de la ciudad amenazante, mientras que por otra parte las imágenes de la publicidad abierta de los carteles gigantes presentan señales de la ciudad que invitan. Estas dos tendencias están presentes como fuerzas que estructuran la percepción que puede hacerse de la próxima evolución de las megalópolis, especialmente en América Latina, en tanto que estas últimas presentan la alternativa entre la ciudad-espectáculo y la ciudad paranoica.

BIBLIOGRAPHIE

Albertazzi, Liliana (2002), « En el umbral del siglo XXI es necesario erigir un museo de los accidentes », entrevue avec Paul Virilio, *Exit Book*, n° 1, Madrid, p. 10-11.

Boltanski, Luc et Ève Chiapello (2002), *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal Ediciones.

Bourdieu, Pierre (1979), *La fotografía, un arte intermedio*, Mexico, Editorial Nueva Imagen.

Caldeira, Teresa (2000), *City of Walls. Crime, Segregation and Citizenship in Sao Paulo*, Berkeley–Los Angeles–Londres, California University Press.

Campra, Rosalba (1994), « La ciudad en el discurso literario », *Sic*, n° 5, mai, Buenos Aires.

Castillo, José Manuel (2003), « Ciudades de América : Ex-novo/ Ex-urbis », in *Instant City*, Paris, Instituto de México en París/ Universidad Internacionald e Andalucía, de mai à juin, p. 4-5.

Duhau, Emilio et Angela Giglia (2002), « Expansión urbana, conflictos por el espacio y orden jurídico », inédit.

Dyer, Geof, Néstor García Canclini et Gabriel Kuri (2003), *Enrique Metinides*, Londres, Ridinghouse.

García Canclini, Néstor (dir.) (1998), *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, Mexico, Grijalbo/ UAM-Iztapalapa.

Latouche, Serge (1989), *L'occidentalisation du monde*, Paris, La Découverte.

Mejía, Fabrizio (2002), « La cámara roja de Metinides », *Gatopardo*, n° 64, octobre, p. 136-148.

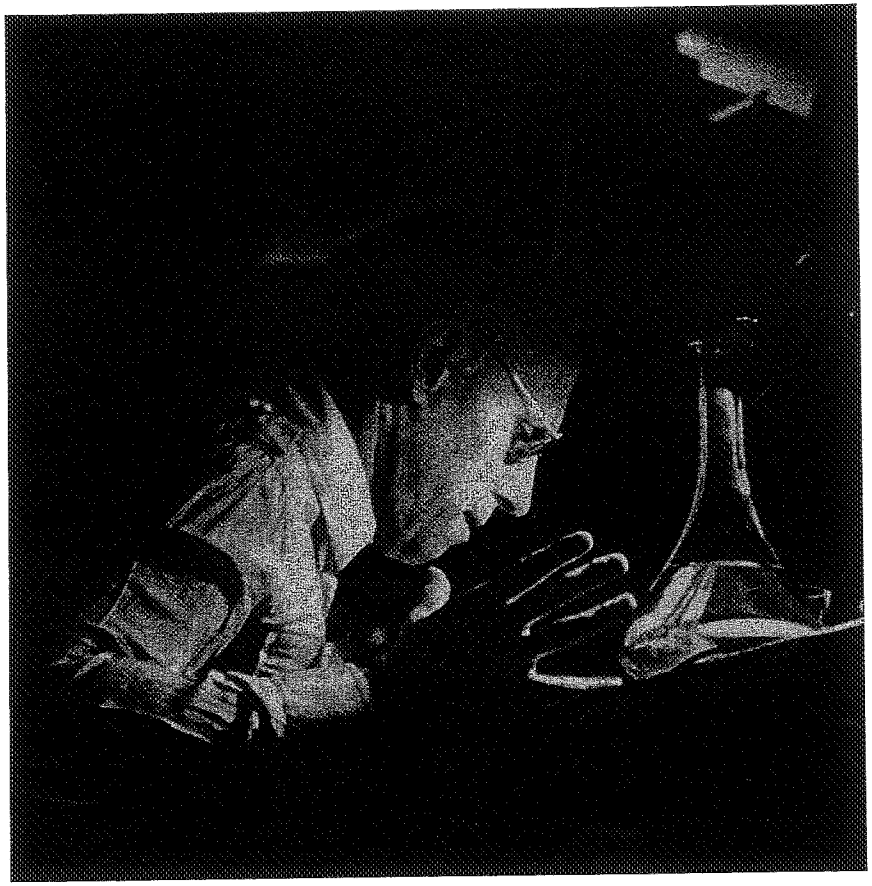
Monsiváis, Carlos (1995), *Los rituales del caos*, Mexico, Editorial Era.

ONU (2003), *Documentos de la reunión del Grupo de Expertos convocado por la ONU para discutir el diseño del « Global Report on Crime and Justice 2004/5 »*, Turin, 26-29 juin.

Rama, Ángel (1984), « La ciudad letrada », in *Estudios críticos*, Mabel Moraña, Pittsburg, Universidad de Pittsburg/ Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.

Riofrío, Gustavo (2003), « Pobreza y desigualdad en nuestras ciudades. Una visión para las autoridades urbanas », *Quehacer*, Lima, n° 141, mars-avril, p. 82-89.

Rodrik, David (2001), « ¿Por qué hay tanta inseguridad económica en América Latina ? », *Revista de la CEPAL*, n° 73, avril.



Of oth) spaces* (1967)

Michel Foucault

(translated by Lieven De Cauter and Michiel Dehaene)

This text, entitled 'Des espaces autres' – the point of departure of this book – was a lecture given by Michel Foucault on 14 March 1967 to the Cercle d'études architecturales (Circle of Architectural Studies). From 1960 to 1970 the circle was directed by Jean Dubuisson and Ionel Schein, two important figures in French post-war architecture. It was Schein who invited Foucault to speak after hearing his address on 'France Culture' of 7 December 1966 on heterotopias: 'Les Hétérotopies' (Foucault 2004a and 2004b). In this radio talk, part of a series on literature and utopia, Foucault adopts the tone of an old traveller telling children amusing stories about the marvellous places he has visited. The lecture for the Cercle d'études architecturales was written during a stay in Sidi-Bou-Saïd, Tunisia, where he had fled to escape the commotion stirred by the publication of *Les Mots et les choses*. It was a setting that perfectly complemented the light, lyrical tone of the radio talk (Defert 2004). All lectures at the circle were noted down by a stenographer and the typed record distributed to the members of the circle. The rumour of heterotopia spread through these transcripts. The text however was not published for almost 20 years, although excerpts were printed in the Italian journal *l'Architettura* in 1968. The fact that it was based on a radio talk as well as the atmosphere of fantasy in it help to explain why both the concept and the text remained as if forgotten by Foucault till late in his life (Defert 2004). Although not reviewed for publication by the author, the manuscript was released into the public domain with the consent of Foucault shortly before his death for the Internationale Bau-Austellung Berlin (Foucault 1984a). As the theme was the renovation and even reunification of Berlin, heterotopia proved in retrospect to be the right concept. Heterotopias, like museums, cultural centres, libraries and media centres, have been the ultimate levers for urban renewal ever since. The text was finally published by the French journal *Architecture, Mouvement, Continuité* in October 1984 as 'Des espaces autres. Une conférence inédite de Michel Foucault' (Foucault 1984b). Two years later, in 1986, the text was published in English (in *Diacritics* and in *Lotus*: Foucault 1986a, 1986b). Now it is part of the posthumous edition *Dits et écrits* (Foucault 2001). The text is based on the transcript of the lecture that was made and circulated by the Cercle d'études architecturales. This explains the spoken character of the text and the loose punctuation (which was changed in the final

publication in *Dits et écrits*). Our translation steers a precarious course between the three existing (fine but imperfect) translations: (1) the translation by Jay Miskowiec, which appeared in *Diacritics* and is available online (Foucault 1986a); (2) the translation that appeared in *Lotus* and was reprinted in Neil Leach (ed.) *Rethinking Architecture* (Foucault 1986b, 1997); and (3) the translation by Robert Hurley, which appeared in James Faubion (ed.) *Aesthetics, Method and Epistemology: Essential Writing of Foucault 1954–1984, Volume II* (Foucault 1998). To enhance transparency and in order to make Foucault's voice and style of thinking audible, we have tried to translate as literally as possible. We believe in Benjamin's idea that 'the task of the translator' is not to make the French read as if it were English, but rather to give the English a French flavour – in order to reveal both of them as fragments of the complete language (Benjamin 1923). Above all, we have tried to be as precise as possible on technical terms. In endnotes we supply background information, signal problems and give theoretical context (the three existing translations will be referred to as Miskowiec, *Lotus* and Hurley).

* * *

The great haunting obsession of the nineteenth century was, as we know, history: themes of development and stagnation, themes of crisis and cycle, themes of the accumulation of the past, the big surplus of the dead and the menacing cooling of the world.[1] It is in the second principle of thermodynamics that the nineteenth century found its essential mythological resources.[2] The present epoch would perhaps rather be the epoch of space. We are in the epoch of simultaneity; we are in the epoch of juxtaposition, the epoch of the near and the far, of the side-by-side, of the dispersed. We are at a moment, I believe, when our experience of the world is less that of a great life developing through time than that of a network that connects points and intersects with its own skein.[3] One could perhaps say that certain ideological conflicts animating present-day polemics take place between the pious descendants of time and the fierce inhabitants of space. Structuralism, or at least that which is grouped under this slightly too general name, is the effort to establish, between elements that could have been distributed over time, an ensemble of relations that makes them appear as juxtaposed, opposed, implicated by each other, in short, that makes them appear as a sort of configuration. Actually, this does not entail a denial of time; it is a certain manner of treating what is called time and what is called history.[4]

Yet it is necessary to point out that the space that appears today on the horizon of our concerns, of our theory, of our systems, is not an innovation. In the experience of the West, space itself has a history; and it is not possible to disregard this fatal intersection of time with space. One could say, by way of retracing very roughly this history of space, that in the Middle Ages it was a hierarchic ensemble of places: sacred places and profane places, protected places and open spaces without defence, urban places and rural places (so far for the real life of humans). For cosmological theory, there were the super-celestial places as opposed to the celestial, and the celestial place was in turn opposed to the terrestrial place. There were the places where things found themselves placed because they had been violently displaced, and then, on the contrary, the places where things found their emplacement and natural rest. It was this complete hierarchy, this opposition, this intersection of places that constituted what could very roughly be called medieval space: the space of localization.

This space of localization opened up with Galileo, for the real scandal of Galileo's work is not so much his discovery, or rediscovery, that the earth revolved around the sun, but his constitution of an infinite and infinitely open space. In such a space the place of the Middle Ages found itself dissolved as it were; the place of a thing was nothing but a point in its movement, just as the rest of a thing was only its movement indefinitely slowed down. In other words, starting with Galileo, starting with the seventeenth century, extension supplanted localization.[5]

Today the emplacement[6] substitutes extension, which itself had replaced localization. The emplacement is defined by relations of proximity between points or elements; formally, we can describe these relations as series, trees, or grids.[7] Moreover, the importance in contemporary technology of problems of emplacement is well known: the storage of information or of the intermediate results of a calculation in the memory of a machine; the circulation of discrete elements with a random output (automobile traffic is a simple case, or indeed the sounds on a telephone line); the spotting of marked or coded elements inside a set that may be randomly distributed, or may be arranged according to single or to multiple classifications, etc.

In a still more concrete manner, the problem of place or the emplacement arises for mankind in terms of demography.[8] This problem of the human emplacement is not simply the question of knowing whether there will be enough space for man in the world – a problem that is certainly quite important – but it is also the problem of knowing what relations of propinquity, what type of storage, circulation, spotting, and classification of human elements, should be adopted in this or that situation in order to achieve this or that end. We are in an epoch in which space is given to us in the form of relations between emplacements.

In any case I believe that the anxiety of today fundamentally concerns space, no doubt much more than time. Time probably appears only as one of the various possible operations of distribution between the elements that are spread out in space.[9]

Now, in spite of all the techniques invested in space, despite the whole network of knowledge that enables us to determine or to formalize it, contemporary space is perhaps still not entirely desacralized (apparently unlike time, it would seem, which was desacralized in the nineteenth century). To be sure a certain theoretical desacralization of space has occurred (the one signalled by Galileo's work), but we may still not have reached the point of a practical desacralization of space. And perhaps our life is still ruled by a certain number of oppositions that cannot be touched, that institution and practice have not yet dared to undermine; oppositions that we regard as simple givens: for example, between private space and public space, between family space and social space, between cultural space and useful space, between the space of leisure and that of work. All these are animated by an unspoken sacralization.

Bachelard's monumental work, the descriptions of phenomenologists have taught us that we do not live in a homogeneous and empty space, but on the contrary in a space thoroughly loaded with qualities and perhaps also haunted by fantasy. The space of our primary perception, the space of our dreams and that of our passions hold within themselves qualities that seem intrinsic: it is a light, ethereal, transparent space, or again it is a dark, rough, encumbered space; it is a space from above, a space of summits, or on the contrary a space from below, a space of mud; it is a space that can be flowing like lively water, or it is a space that is fixed, solidified, like stone or like crystal.

Yet these analyses, while fundamental for reflection in our time, primarily concern inner space. It is of outer space[10] I would like to speak now. The space in which we live, which draws us out of ourselves, in which the erosion of our lives, of our time and our history occurs, the space that torments and consumes us, is also, in itself, a heterogeneous space. In other words, we do not live in a kind of void, inside which we could place individuals and things. We do not live inside a void that could be coloured with diverse shades of light; we live inside a set of relations that delineate emplacements that cannot be equated or in any way superimposed.

Of course one could no doubt take up the description of these different emplacements, by looking for the set of relations by which a given site can be defined. For example, describing the set of relations that define the emplacements of passage, the streets, trains (a train is an extraordinary bundle of relations because it is something through which one passes, it is also something by means of which one can go from one point to another, and then it is also something that passes by). One could describe, via the cluster of relations that allows them to be defined, the emplacements of temporary halts – cafés, cinemas, beaches. Likewise one could define, via its network of relations, the closed or semi-closed emplacements of rest that make up the house, the bedroom, the bed, and so forth. But what interests me, among all these sites, are the ones that have the curious property of being in relation with all the other sites, but in such a way as to suspend, neutralize, or invert the set of relations designated, mirrored, or reflected by them. These spaces, as it were, that are linked with all the others, that nevertheless contradict all the other emplacements, are of two main types.

First there are the utopias. Utopias are emplacements with no real place.[11] They are emplacements that have a general relation of direct or inverted analogy with the real space of society. It is society itself perfected, or else it is society turned upside down, but in any case, these utopias essentially are fundamentally unreal spaces.

There are also, and this probably in all culture, in all civilization, real places, effective places, places that are written into the institution of society itself, and that are a sort of counter-emplacements, a sort of effectively realized utopias in which the real emplacements, all the other real emplacements that can be found within culture, are simultaneously represented, contested and inverted; a kind of places that are outside all places, even though they are actually localizable. Since these places are absolutely other than all the emplacements that they reflect, and of which they speak, I shall call them, by way of contrast to utopias, heterotopias.[12] And I believe that between utopias and these absolutely other emplacements,[13] these heterotopias, there might be a sort of mixed, in-between experience, which would be the mirror. The mirror is, after all, a utopia, since it is a place without place. In the mirror, I see myself there where I am not, in an unreal space that virtually opens up behind the surface; I am over there, there where I am not, a sort of shadow that gives me my own visibility, that enables me to see myself there where I am absent. Utopia of the mirror. But it is also a heterotopia in so far as the mirror does really exist, and as it exerts on the place I occupy a sort of return effect; it is starting from the mirror that I discover my absence in the place where I am, since I see myself over there. Starting from this gaze that is, as it were, cast upon me, from the depth of this virtual space that is on the other side of the looking glass, I come back towards myself and I begin again to direct my eyes towards myself and to reconstitute myself there where I am.[14] The mirror functions as a heterotopia in the respect that it renders this place that I occupy at the moment when I look at myself in the looking glass at once absolutely real, connected with all the space that surrounds it, and absolutely unreal, since, in order to be perceived, it has to pass through this virtual point, which is over there.[15]

As for heterotopias properly speaking, how can we describe them? What meaning do they have? We might imagine, I do not say a science because that is a word that is overused today, but a sort of systematic description that would have as its object, in a given society, the study, analysis, description, and 'reading', as some like to say nowadays, of these different spaces, of these other places, as a sort of simultaneously mythic and real contestation of the space in which we live. This description could be called heterotopology.[16]

A first principle is that there is probably not a single culture in the world that does not constitute heterotopias. That is a constant in every human group. But heterotopias obviously take on forms that are very varied, and perhaps one would not find one single form of heterotopia that is absolutely universal. We can, however, classify them in two major types.

In so-called 'primitive' societies, there is a certain form of heterotopia that I would call heterotopias of crisis, that is to say that there are privileged, or sacred, or forbidden places, reserved for individuals who are, in relation to society and to the human environment in which they live, in a state of crisis: adolescents, menstruating women, pregnant women, the elderly, etc.

In our society, these heterotopias of crisis are steadily disappearing, though one can still find a few remnants. For example, the boarding school, in its nineteenth-century form, or the military service for boys have certainly played such a role, as the first manifestations of male sexuality were in fact supposed to take place 'somewhere other' than at home. For girls, there was, until the middle of the twentieth century, a tradition called the 'honeymoon trip'; it was an ancestral theme. The young girl's deflowering could take place 'nowhere' and, at the moment of its occurrence the train or honeymoon hotel was indeed the place of this nowhere, this heterotopia without geographical markers.

But these heterotopias of crisis are disappearing today and are being replaced, I believe, by what could be called heterotopias of deviation: those in which individuals are placed whose behaviour is deviant in relation to the mean or required norm. Cases of this are rest homes and psychiatric hospitals; there are, of course, the prisons, and one should perhaps add retirement homes that are, as it were, on the borderline between the heterotopia of crisis and the heterotopia of deviation since, after all, old age is a crisis, but it is also a deviation since, in our society where leisure is the rule, idleness is a sort of deviation.[17]

The second principle of this description of heterotopias is that, in the course of its history, a society can make a heterotopia that exists, and has not ceased to exist, function in a very different way; for each heterotopia has a precise and determined function within a society and the same heterotopia can, according to the synchrony of the culture in which it occurs, have one function or another.

I will take as an example the strange heterotopia of the cemetery. The cemetery is certainly another place compared to ordinary cultural spaces; it is a space that is, however, connected with all the emplacements of the city or the society or the village, since each individual, each family happens to have relatives in the cemetery. In Western culture the cemetery has practically always existed. But it has undergone important changes. Until the end of the eighteenth century, the cemetery was placed in the very heart of the city, next to the church. A whole hierarchy of possible burial places existed there. There was the charnel house in which corpses lost the last

traces of individuality, there were a few individual tombs, and then there were tombs inside the church. These latter tombs were themselves of two types. Either simply tombstones with an inscription or mausoleums with statues. This cemetery, which was lodged in the sacred space of the church, has taken on a quite different look in modern civilizations, and, curiously, it is in a time when civilization has become, as we say crudely, 'atheist', that Western culture has inaugurated what is called the cult of the dead.[18]

Basically, it was quite natural that, at a time when people really believed in the resurrection of the body and the immortality of the soul, they did not lend cardinal importance to mortal remains. On the contrary, from the moment when people are no longer quite sure that they have a soul, and that the body will resurrect, it becomes perhaps necessary to give much more attention to these mortal remains, which are ultimately the only trace of our existence in the world and in words.

In any case, it is from the nineteenth century onwards that everyone has had a right to his own little box for his own little personal decomposition; but, on the other hand, it is only from the nineteenth century onwards that cemeteries began to be put at the outer edges of cities. In correlation with the individualization of death and the bourgeois appropriation of the cemetery, there emerged an obsession with death as an 'illness'. The dead, it is supposed, bring illnesses to the living, and it is the presence and proximity of the dead right beside the houses, next to the church, almost in the middle of the street, it is this proximity that propagates death itself. This major theme of illness spread by the contagion of the cemeteries persisted until the end of the eighteenth century; and it is only during the nineteenth century that a beginning was made with the displacement of cemeteries towards the outskirts. The cemeteries then no longer constitute the sacred and immortal belly[19] of the city, but the 'other city', where each family possesses its dark dwelling.

Third principle. The heterotopia has the power to juxtapose in a single real place several spaces, several emplacements that are in themselves incompatible. Thus the theatre brings onto the rectangle of the stage a whole series of places that are alien to one another; thus the cinema is a very odd rectangular room, at the end of which, on a two-dimensional screen, one sees the projection of a three-dimensional space; but perhaps the oldest example of these heterotopias, in the form of contradictory emplacements, is the garden. One should not forget that the garden, an astonishing creation now thousands of years old, had in the Orient very deep and seemingly superimposed meanings. The traditional garden of the Persians was a sacred space that was supposed to bring together inside its rectangle four parts representing the four parts of the world, with at its centre a space still more sacred than the others, that was like an umbilicus, the navel of the world (it is there that the water basin and fountain were). And all the vegetation of the garden was supposed to be distributed in that space, within this sort

of microcosm. As for carpets, they were originally reproductions of gardens. The garden is a rug where the whole world comes to accomplish its symbolic perfection, and the rug is a sort of garden that is mobile across space.[20] The garden is the smallest parcel of the world and then it is the totality of the world. The garden has been, since the dawn of antiquity, a sort of blissful and universalizing heterotopia (hence our modern zoological gardens).

Fourth principle. Heterotopias are most often linked to slices of time – which is to say that they open onto what might be called, for the sake of symmetry, heterochronisms.[21] The heterotopia begins to function fully when people find themselves in a sort of absolute break with their traditional time; one can see that the cemetery is indeed a highly heterotopian place since the cemetery begins with this strange heterochronism, that, for the individual, is the loss of life, and with this quasi-eternity in which he incessantly dissolves and fades away.

Generally speaking, in a society like ours heterotopia and heterochronism are organized and arranged in a relatively complex fashion. First of all, there are heterotopias of time that accumulates indefinitely, for example the museums, the libraries; museums and libraries are heterotopias in which time never ceases to pile up, heaping up on top of its own summit, whereas in the seventeenth century, even until the end of the seventeenth century, museums and libraries were the expression of an individual choice. By contrast, the idea of accumulating everything, the idea of establishing a sort of general archive, the will to enclose in one place all times, all epochs, all forms, all tastes, the idea of constituting a place of all times that is itself outside of time, and inaccessible to its ravages, the project of organizing in this way a sort of perpetual and indefinite accumulation of time in a place that will not move – well, all this belongs to our modernity. The museum and the library are heterotopias that are characteristic of Western culture in the nineteenth century.

Opposite these heterotopias, which are linked to the accumulation of time, there are heterotopias that are linked, on the contrary, to time in its most futile, most transitory, most precarious aspect, and this in the festive mode.[22] These heterotopias are not eternitary[23] but absolutely chronic.[24] Such are the fairgrounds, these marvellous empty emplacements at the outskirts of cities, which fill up, once or twice a year, with stands, displays, heteroclite objects, wrestlers, snake women, fortune tellers. Quite recently, a new kind of chronic heterotopia has been invented: the vacation villages; those Polynesian villages that offer three short weeks of primitive and eternal nudity to city dwellers. You see, moreover, that the two forms of heterotopia, the heterotopia of festivity[25] and that of the eternity of accumulating time, come together: the huts of Djerba are in a sense relatives of libraries and museums, for, by rediscovering Polynesian life, one abolishes time; yet it is also time regained, it is the whole history of humanity harking back to its source as if in a kind of grand immediate knowledge.[26]

Fifth principle. Heterotopias always presuppose a system of opening and closing that both isolates them and makes them penetrable. In general, one does not access a heterotopian[27] emplacement as if it were a pub.[28] Either one is constrained, as in the case of entering a barracks or a prison, or else one has to submit to rites and to purifications. One can only enter with a certain permission and after having performed a certain number of gestures. Moreover, there are even heterotopias that are entirely consecrated to these activities of purification – purification that is partly religious and partly hygienic, such as the hammam of the Muslims, or else purification that appears to be purely hygienic, as in Scandinavian saunas.

There are others, on the contrary, that look like pure and simple openings, but that, generally, conceal curious exclusions. Everybody can enter into those heterotopian emplacements, but in fact it is only an illusion: one believes to have entered and, by the very fact of entering, one is excluded. I am thinking for example of the famous rooms that existed on the large farms of Brazil and elsewhere in South America. The door for accessing did not lead into the central space where the family lived, and every individual who came by, every traveller, had the right to push open this door, enter into the room and sleep there for a night. Now these rooms were such that the individual who passed by never had access to the family's court, he was absolutely a passing visitor, he was not really an invited guest. This type of heterotopia, which has practically disappeared from our civilizations, could perhaps be found in the famous American motel rooms where one goes with one's car and one's mistress and where illicit sex is both absolutely sheltered and absolutely hidden, kept isolated without, however, being left in the open.

Sixth principle. The last trait of heterotopias is that they have, in relation to the rest of space, a function. The latter unfolds between two extreme poles. Either their role is to create a space of illusion that exposes all real space, all the emplacements in the interior of which human life is enclosed and partitioned, as even more illusory. Perhaps that is the role played for a long time by those famous brothels[29] of which we are now deprived. Or else, on the contrary, creating another space, another real space, as perfect, as meticulous, as well arranged as ours is disorderly, ill construed and sketchy. This would be the heterotopia not of illusion, but of compensation, and I wonder if certain colonies have not somewhat functioned in this manner.[30]

In certain cases, they have played, on the level of the general organization of terrestrial space, the role of heterotopias. I am thinking, for example, of the first wave of colonization, in the seventeenth century, of the Puritan societies that the English had founded in America and that were absolutely perfect other places.

I am also thinking of those extraordinary Jesuit colonies that were founded in South America: marvellous, absolutely regulated colonies in which human

perfection was effectively accomplished. The Jesuits of Paraguay established colonies in which existence was regulated in all of its points. The village was laid out according to a rigorous plan around a rectangular place at the foot of which was the church; on one side, there was the school; on the other, the cemetery, and then, in front of the church, there opened up an avenue, crossed by a second at a right angle; each family had its little hut along these two axes and thus the sign of Christ was exactly reproduced. Christianity thus marked with its fundamental sign the space and geography of the American world.

The daily life of the individuals was regulated, not by the whistle, but by the bell.[31] Awakening was set for everybody at the same hour, work began for everybody at the same hour; meals were at noon and at five o'clock, then everybody went to bed, and at midnight came what was called the conjugal wake-up, that is to say, when the convent bell rang, everybody accomplished his duty.

Brothels and colonies are two extreme types of heterotopia, and if one considers, after all, that the boat is a floating piece of space, a place without a place, that exists by itself, that is self-enclosed and at the same time is given over to the infinity of the sea and that, from port to port, from bank to bank, from brothel to brothel, goes as far as the colonies in search of the most precious treasures they conceal in their gardens, you will understand why, from the sixteenth century until the present, the boat has been for our civilization, not only the greatest instrument of economic development (I have not been speaking of that today), but also the greatest reserve of imagination. The ship is the heterotopia par excellence. In civilizations without boats, dreams dry up, espionage replaces adventure, and the police the pirates.[32]

Notes

* The translation of the title is a subject of disagreement among the different translations we consulted. Robert Hurley has ventured an alternative translation as 'different spaces'. James Faubion explained to us the reasons for this interpretative choice: (1) the word 'heterotopia' contains the root 'hetero-', derived from the Greek and meaning 'different' rather than 'other'; (2) the placement 'autre(s)' after rather than before the word it qualifies typically requires or favours translation into English as 'different', to distinguish between 'des autres espaces' and 'des espaces autres'; and (3) a clear interpretative choice that argues against a view of heterotopia as radically other than the spaces of ordinary life: 'The spaces and places that Foucault identifies as heterotopic are not spaces of the erasure of the normative. They are instead places and spaces in which the ordinary normative order is modified, or rather more precisely, where certain of the norms of ordinary life are under suspension' (Quoted from email exchange with James Faubion).

We choose to stick with the translation as 'other spaces'. We believe that Foucault's discussion takes place at the intersection of a reflection on alterity and difference. The qualification 'other space' sets it aside from the 'remaining spaces' (difference); however, it is also an attribute of the space per se, which has characteristics that make it deserve the label 'other' (alterity). On a more fundamental level, Foucault's discussion reveals both the exclusive and distinct character of heterotopia, while insisting on the relationships of reflection and inversion these spaces have with respect to the remaining spaces. Difference suggests a relational definition, otherness privileges separation. The word other, after all the adjective Foucault chose to use and that we kept in translation, can assume these two nuances and does not preclude an understanding of heterotopia as based in difference. All this might sound highly pedantic but it points to the heart of much of the confusion surrounding the concept of heterotopia. Another minor but related dispute concerns the (non-)translation of the article 'des' in 'des espaces autres', which can be translated as both 'other spaces' or 'of other spaces'. We follow the, by now, classical 'Of other spaces'.

1 In the formulation 'surplus of the dead' we read a reference to the demographic and hygienic fears of the nineteenth century; more particularly, the fear of a demographic explosion (Malthus) bringing with it the accumulation of dead bodies. The question that followed was how and where to bury all these surplus dead bodies? Foucault comes back to this debate later in the text when he speaks about the relocation of cemeteries to the outskirts of the city. The menacing cooling of the planet is a similar theme. The nineteenth century was haunted by the fear that the earth was cooling, in a linear, physically determined way from fire ball to ice ball.

2 Foucault is referring to the concept of entropy. The second law of thermodynamics states that closed systems – while their energy remains constant – evolve to ever higher levels of disorder.

3 With the formula 'a great life that develops through time', Foucault evokes, in one word group, romanticism, Hegelianism, historicism and most of all Darwinism. More importantly, these sentences might constitute one of the very first formulations of what much later would be called the network society with its space of flows (Manuel Castells, *The Rise of the Network Society*, Oxford: Blackwell, 1996). The introduction of this notion is rather early. Gilles Deleuze and Felix Guattari's 'rhizome' is of a much later date (notably in *Mille Plateaux*, Paris: Minuit, 1980). The rise of a new spatial order based on the network is a leading theme in the first part of the lecture.

4 Here Foucault refers, and in a certain way responds, to the then common criticism that structuralism was negating diachronicity, or history, in favour of synchronicity, space, the grid, the structure. He clearly sides with the structuralists. One could even see this remark as an honorary salute to Claude Lévi-Strauss, before the author embarks on one of his most anthropological texts.

5 Foucault's term for medieval space – localization – is his own, but the term for the second phase refers to the Cartesian notion of 'extension': 'res extensa'.

6 The term 'emplacement' in French refers to site and location (as in parking space) or the setting of a city, but also to a support (for instance, *emplacement publicitaire*: a billboard). In English, the meaning of the term is more specific. It is used in geology and more commonly as a military term to indicate the support/position of a semi-stationary weapon. In Foucault's text, emplacement

should be considered a technical term, that is space or rather place in the era of the network as opposed to extension. The space of emplacement only exists as 'discrete space', an instance of one of the possible positions that exist within a set of positions. We believe that the term perhaps also foreshadows one of Foucault's later key concepts, 'dispositif'. On occasion, he uses the term in a non-technical sense to refer more generally to sites and places, but it is clear that he deliberately avoids the common words 'place', 'lieu', or 'endroit' and thereby produces an effect of both emphasis and estrangement. We have, hence, left the term 'emplacement' throughout the text to indicate its technical character and this sense of estrangement.

7 The three phases of Foucault's short history of space are impressive in their simplicity and clarity; they are classical. They conceptualize in a succinct way pre-industrial, industrial and post-industrial space and supply a conceptual key to the spatial ordering of the old city, the modern metropolis and the post-industrial sprawling megalopolis. (See D. Grahame Shane in this volume.)

8 Presenting the problem of emplacement, of assigning places, as the problem of our age, is prophetic. It proves the lucidity and *sérieux* of Foucault's panoramic introduction that he sets emplacement against the backdrop of the demographic explosion, the consciousness of which began to dawn in the 1960s, resulting in the famous report of the Club of Rome in 1972: *Limits to Growth*. In fact, these introductory remarks on the history of space constitute a mini essay in their own right. This should not be obscured by the lighter tone of the remainder of the text.

9 In this passage we recognize the contours of David Harvey's famous time–space compression, elaborated in *The Postmodern Condition* (Oxford: Blackwell, 1990).

10 'Espace du dehors' is not only outside space but has again a specific Foucauldian sense. Two texts are specifically relevant: *Le language de l'espace*, 1963 (*Dits et écrits I, 1954–1975*, pp. 435–9); and even more so *La Pensée du dehors*, 1966 (*Dits et écrits I, 1954–1975*, pp. 546–67). Both texts try to show that modern literature is not about time, but about space: the space of language, language as space. In that respect, these and other texts could supply the missing link between heterotopia as it figures in the introduction to *The Order of Things* (*Les Mots et les choses*), which refers to utopia and heterotopia as literary genres, and the heterotopia of this lecture, which refers to places and institutional arrangements in society.

11 Here Foucault of course refers to the origin of the word, the neologism of Thomas More: *u-topos*, non-place or no-where. However, by insisting on utopia as fiction, as literary blueprint (from Plato to Morus and beyond), he expels all the realized utopias, from communes to communism, from his discussion. Under the flat, almost banal definition of utopia as a non-existent inversion, a reflection of society, we can detect Foucault's latent anti-utopianism. Like Deleuze he tries to think politics and society without 'transcendence', without utopia in its idealized form. Deleuze and Foucault are anti-messianic, anti-Hegelian. Like Nietzsche, they have tried to unmask utopian thinking as idealist rhetoric about a *Hinterwelt* – a world beyond – that devaluates the world as it is – the real, immanent world. Against any teleology (of progress, continuity, utopia) Foucault puts his archaeology, the science of layers, and discontinuities. See also note 31.

12 Foucault suggests it is his finding, his neologism. In fact the word has a medical origin and history (see the text of Heidi Sohn in this volume). But it is unclear how much he was aware of this, and to what degree it informs his concept. As far as we know there is, so far, no proof in any text that Foucault was aware of it or alluding to its medical meaning.

13 This passage is a clear example of the excessive use of the word emplacement, and this in a manner that seems not entirely consistent with the technical use of the word emplacement in the third phase of the history of space, 'the space of emplacement', as the name for the positional logic of the network space. The type of spaces that are introduced here as heterotopias are in 'the definition' referred to as places in the strong sense of the word: '[T]hese places (lieux) are absolutely other than all the emplacements that they reflect.' But this use of 'lieux' rather than emplacement might be intentional. This formulation contains the suggestion that, within the logic of emplacement, heterotopias are the only places that deserve that designation, because they interrupt the 'non-place' character of the network. (See also the general introduction and note 32). However, even these heterotopias exist as 'real spaces' in the positional logic of the network space. That might be the reason that he calls them emplacements here.

14 The radio lecture 'Les Hétérotopies' of 7 December 1966 was followed by a lecture two weeks later on 'Le Corps utopique'. In this lecture Foucault describes the body, both as an absolute *topos* and as its absolute opposite since the unity of a body is an imagined whole. It is this imaginary body that binds the two sides of the mirror, that allows one to travel from one side to the other and back: 'The body is a phantom that only appears through the optical illusion of the mirror, and even then, in a fragmentary way. Am I really in need of ghosts and fairies, death and soul, to be at the same time indissociably visible and invisible?' (Foucault 2004b: 59 [translation ours]).

15 Heterotopias are aporetic spaces that reveal or represent something about the society in which they reside through the way in which they incorporate and stage the very contradictions that this society produces but is unable to resolve. Foucault's essay provides a double introduction into this aporetic world. First, heterotopia is introduced as the antipode of utopia, the latter being imaginary, heterotopias being real arrangements, i.e. the way in which utopias crystallize in realized form. At the same time heterotopias are introduced as 'hetero-topos' as the other of normal places, common places. Their placement at the intersection of these two axes real/imaginary (utopia–heterotopia) and normal/other (topos–heterotopos) makes these heterotopias into mirroring spaces: 'a sort of counter-emplacements, a sort of effectively realized utopias in which the real emplacements, all the other real emplacements that can be found within culture, are simultaneously represented, contested and inverted'. Its attachment to utopia charges heterotopia with the full ambiguity, even undecidability, of whether to attribute to it 'eutopic' or 'dystopic' qualities. Its place in reality as other (topos–heterotopos) opens up its own set of ambiguities, raising the question of whether heterotopia is a world of discipline or emancipation, resistance or sedation.

16 In the radio programme he called heterotopology 'a science in the making'. In a more serious vein, he might refer to the mathematical discipline called topology. It is concerned with referencing places in abstract mathematical space. Topology seems a particularly adequate term to describe space in the era of the network. It is open to interpretation to what extent the whole essay on heterotopia should be read as a reflection on space in the age of the network.

17 Here the radio version seems much more straightforward in its argument: 'Idleness, in a society as busy as ours, is a deviation' (Foucault 2004b: 43

[translation ours]). In 1966 Foucault opposes the idleness of retirement to the society of production. In 1967, he chooses to oppose it to the society of consumption and leisure. It is not impossible that in the meantime he took notice of the ideas of the situationists in general and of Guy Debord's *Society of the Spectacle* (*La Société du spectacle*, Paris: Buchet-Chastel, 1967) in particular.

18 (Catholic) Europe from the Middle Ages to the present, that is by and large the time-spatial perspective Foucault adopts throughout the entire text. This explains why he makes no mention of the antique cultus of the dead. Since the Renaissance, the modern cultus – which he does mention – considered itself a revival of the classical one. Hence the 'classicist' (heathen) iconography that dominated Christian nineteenth-century cemeteries.

19 The French text reads: 'Le vent sacré et immortel de la cité', and obviously *vent* should be translated as 'wind' (as *Lotus* and Hurley do). But 'wind of the city' doesn't really make sense. Unless Foucault is making a poetical reference to the breath or the spirit of the city. Miskowiec translates this as 'heart of the city'. We believe 'vent' is a flaw in the transcript and in fact should be *ventre*: 'the sacred and eternal *belly* of the city', producing a somewhat crude metaphor alluding to the fact that the cemetery with its underground world, as the underbelly of the city, indeed, digests the bodies of all its inhabitants. This interpretation strikes a chord with the beginning of the same paragraph: 'everyone ... his own little box for his own little personal decomposition'. Belly does make more sense than 'heart'. Rather than being the most vital organ of the city, the cemetery is 'the other city'. Hence, we take the risk to 'wrongly' translate *vent[re]* as belly.

20 In the radio talk he even makes mention of flying carpets: 'Then if one thinks that Oriental carpets were originally reproductions of gardens – in the strict sense of the term 'Winter gardens' – one can understand the legendary value of flying carpets, carpets that travelled the world' (Foucault 2004b: 45 [translation ours]).

21 All translators make a different choice: Miskowiec: heterochrony, heterochronies; Hurley: heterochronia(s); *Lotus*: heterochronism(s). 'Heterochrony' would be the most logical option, per analogy with synchrony. But for the sake of fluency we decided for heterochronism.

22 The French text says 'mode de la fête': 'the mode of the feast'. Miskowiec and Hurley translate this as 'festival', *Lotus* as 'celebration'. We choose a literal rendering for it keeps the anthropological touch (see note 30).

23 The word *éternitaire* is Foucault's fabrication. We likewise go for the English fabrication 'eternitary'. In this we follow Hurley.

24 Most translators go for 'time-bound' or 'temporal', but we believe that Foucault stresses the cyclical aspect of the heterotopia of festivity. Hence, we adopt the somewhat strange word 'chronic', as in 'chronic disease'.

25 'Hétérotopie de la fête': literally 'heterotopia of the feast'. Again, Hurley and Miskowiec translate this as 'heterotopia of the festival', while *Lotus* has 'heterotopia of celebration'. 'Heterotopia of the feast', we believe, would bring out most clearly the anthropological weight Foucault seems to give it. However, 'Heterotopia of the feast' is not really viable in English, hence 'heterotopia of festivity'.

More importantly, Foucault is pointing here to two additional types of heterotopia, which so far went more or less unnoticed (maybe partly due to translation): the heterotopia of permanence and the heterotopia of festivity. With the huts of Djerba, Foucault points to the holiday camp or resort as a permanent heterotopia of festivity. The holiday resort and even more so the theme park might be a historical synthesis of the modern heterotopia of permanence (the museum) and the ancient one of the feast (the fair); in fact, a permanent form of the heterotopia of festivity, which in many ways produces the paradigm of the festival city, hence 'variations on a theme park'. It is exactly this point Foucault might be making by pointing to the huts of Djerba – a permanent site of festivity.

26 By ironically stressing this 'grand immediate knowledge' (of regressing to the beginnings of mankind), Foucault points not only to tourism but also to discovery as immediate, individual experience: the basis for what is now called the experience economy.

27 'Emplacements hétérotopiques': some authors translate as heterotopic (Miskowiec), some (Hurley and *Lotus*) adopt, by analogy with utopian, heterotopian. We think that the latter is the best solution. Even if it might prove difficult or premature to impose uniformity, one could envisage the use of the word heterotopic when the emphasis is on the place, and heterotopian when the emphasis is on the function. But that might prove too scholastic. So we stick with heterotopian.

28 'Comme dans un moulin'. This is a French expression, used for example in 'On n'entre pas dans l'éternel retour comme dans un moulin' (Laruelle in *Nietzsche et Heidegger*), meaning Nietzsche's hypothesis of eternal return is not easy to understand, not a commonplace. The expression could come from the fact that the windmill was a semi-public place, a place you could freely enter, a place of transaction, a 'common place'. Miskowiec translates as 'like a public place'; Hurley risks 'like a windmill'; the *Lotus* version translates as 'Usually one does not get into a heterotopian location by one's own will.' This is a long shot, except for the fact that it rhymes with windmill. We venture to translate using 'pub', going back to its original meaning pub(lic) (drinking)place.

29 'Maisons closes': closed houses; this famous French euphemism points very explicitly to the closed, enclosed nature of this heterotopia. The assonance with 'cloisonnée (les emplacements à l'intérieur desquels la vie humaine est *cloisonnée* – the enclosing and partitioning of human life) of the phrase before, is lost in translation.

30 The qualifications 'illusion' and 'compensation' recall the distinction between heterotopias of crisis and deviance introduced in the first principle. Most readings distil four types of heterotopias out of the text: crisis, deviance, illusion, compensation. We believe there are at least six. Heterotopias of festivity and permanence should be added (see notes 22 and 25 on 'the festive mode'). Rather than considering these distinctions as a full-fledged taxonomy, we are inclined to conceive of them as qualifications of the different axes that run through heterotopia. This, albeit sketchy, system of coordinates makes it possible to place heterotopias at the cross-section of several qualifications. We distinguish three axes in the text: an anthropological, a temporal and an imaginary axis. It is clear, however, that there are potentially more, pointing to other dialectical tensions at work in the world of heterotopia. The anthropological axis (1) situates heterotopia on the division normal/abnormal, topos/heterotopos, common place/other place, resulting in the historical qualifications of crisis and deviance. The temporal axis (2) opposes permanence to the event-like character of the feast. The imaginary axis (3) conceives of heterotopias as realized utopias, as real spaces with a specific relation to the non-real spaces of utopia, resulting in the specific function heterotopia has with respect to 'the rest of space', namely

that of illusion or compensation. Two of these three axes, I believe, are in fact addressed in the passage on the mirror (see notes 14 and 15 on the mirror).

31 The shift from the bell to the whistle, from praise of god to discipline, resonates with Foucault's insistence on describing these classical utopian experiments as heterotopia, and betrays his latent anti-utopianism.

32 This poetical artifice of the ship obscures the fact that the text ends in limbo, that the text required a final part. After the historical outline, the 'short history of space' from the introduction and after the main part, the transhistorical/ahistorical outline of heterotopology, the third part should have treated the role of heterotopia in the third phase of space, the spatial order of emplacement. In any case, Foucault has not responded to the question that the construction of the text calls for. The task of this book then consists, in a sense, in making up for this missing part, exploring the function of heterotopia in the network society (and beyond).

References

Benjamin, W. (1923) 'Die Aufgabe des Uebersetzers', in W. Benjamin (1980) *Gesammellte Schriften*, IV, Frankfurt am Main: Surkamp; an English translation of 'The task of the translator', is available online: http://social.chass.ncsu.edu/wyrick/debclass/benja.htm (accessed 13 April 2007).

Defert, D. (2004) 'Raum zum Hören', in Michel Foucault (2004) *Die Heterotopien /Les Hétérotopies, Der utopische Korper/Le Corps utopique. Zwei Radiovorträge*, trans. Michael Bischoff and with an afterword by Daniel Defert, Frankfurt am Main: Surhrkamp. French original of this afterword available online: Daniel Defert (2004) 'L'Espace s'écoute', www.abeillemusique.com/produit.php?cle=10832 (accessed 13 April 2007).

Foucault, M. (1984a) 'Andere Raüme', in IBA (eds) *Stadterneuerung. Idee, Prozess, Ergebnis: die Reparatur und Rekonstruction der Stadt*, Berlin: Bernard Strecker, Senator für Bau- und Wohnungswesen.

—— (1984b) 'Des espaces autres. Une conférence inédite de Michel Foucault', *Architecture, Mouvement, Continuité* 5 (October): 46–9.

—— (1986a) 'Of other spaces', trans. Jay Miskowiec, *Diacritics* 16(1): 22–7. Available online: http://foucault.info/documents/heteroTopia/foucault.heteroTopia.en.html (accessed 3 January 2007).

—— (1986b) 'Of other spaces: utopias and heterotopias', *Lotus* 48(9) (1985/6): 9–17. [Unfortunately the colophon just mentions the group of translators without any reference to the single articles: L. D'Almeida, H. Evans, L. Ortelli, R. Sadleir, G. Sancristoforo.]

—— (1997) 'Of other spaces', trans. *Lotus*, in Neil Leach (ed.) *Rethinking Architecture: A Reader in Cultural Theory*, London and New York: Routledge.

—— (1998) 'Different spaces', in James Faubion (ed.) *Essential Works of Foucault 1954–1984, Volume II: Aesthetics, Method and Epistemology*, trans. Robert Hurley, London: Penguin Books.

—— (2001) 'Des espaces autres,' *Dits et écrits II, 1976–1988*, Paris: Quarto Gallimard, pp. 1571–81.

—— (2004a) *Utopies et hétérotopies* (CD: Abeille Musique; series: INA Mémoire Vive, IMV056–[illegible]29184685627; with introduction by Daniel Defert, 'L'Espace s'écoute').

—— (2004b) *Die Heterotopien/Les Hétérotopies, Der utopische Korper/Le Corps utopique. Zwei Radiovorträge*, trans. Michael Bischoff and with an afterword by Daniel Defert), Frankfurt: Surhrkamp (with audio CD). A fragment of the radio talk on heterotopia is available online: www.foucault.info/documents/heteroTopia/ (accessed 3 January 2007).

I_ANTOLOGÍA DE TEXTOS TEÓRICO-LITERARIOS

LITERATURA / LITERATURE

LA SELVA EN EL DAMERO: LA EVOLUCIÓN DEL ESPACIO URBANO LATINOAMERICANO

1. *El tablero de los dioses: el centro ceremonial de Teotihuacan*

El Gran khan posee un Atlas donde figuran los planos de todas las ciudades; aquéllas que alzan sus muros sobre fundaciones sólidas, aquéllas que cayeron en ruinas y que fueron enterradas por la arena, y las que existirán un día y en cuyos emplazamientos se abren todavía madrigueras salvajes.

I. Calvino, *Ciudades invisibles*

Construído en siete siglos (siglo V a. de Cristo – siglo II de nuestra era), este conjunto es el más importante de América Latina por sus dimensiones, y también por la originalidad de su concepción. Situado a pocos kilómetros de la actual Ciudad de México, se inscribe en la tranquila majestuosidad del entorno a partir de un itinerario sagrado – metáfora del gran viaje, puerta de transición de mundos sucesivos –, la Gran Avenida de los Muertos.

Esta Avenida es una vía de alrededor de 16 Km de largo (sólo 2 Km en la parte ceremonial principal) por 45 m. de ancho, orientada en sentido norte/sud y seccionada en el medio por otra vía perpendicular de menor importancia. Este itinerario avanza siguiendo planos escalonados hacia una explanada (plaza) que está bordeada al este y oeste de pirámides (igualmente escalonadas) muy parecidas, dispuestas simétricamente.

La masa imponente de la Pirámide de la Luna domina este espacio y el conjunto desde su emplazamiento, en el exacto eje principal, a la vez que cierra decididamente la composición.

A lo largo de su desarrollo, la Avenida de los Muertos, bordeada de palacios y de ruinas de altares con pisos, se inscribe en la trama urbana de Teotihuacan, un damero de 60 m. de lado más o menos; en su época de apogeo el conjunto alcanzó una superficie de 32 Km^2. En este marco de rigurosa geometría se despliega una composición perfectamente asimétrica, hacia los dos lados de la vía principal. Hacia el este – referencia simbólica al levante – se alza la Pirámide del Sol, la más alta del conjunto (su base es más grande que las de Egipto). Hacia el mismo lado se encuentra erigida la Pirámide de Quetzalcoatl, rodeada de doce pequeñas pirámides dispuestas simétricamente en torno de ella. Hacia el oeste ninguna construcción vendrá a equilibrar el centro ceremonial, como si al peso de las masas se opusiera la densa inmaterialidad del vacío. Armonía de contrastes geométricos ascen-

dentes – plataformas, taludes, rampas, escaleras –, inscripta en el papel de una árida planicie. Ejecutada en el horizonte continuo y ondulante de vigilantes volcanes.

Acumulaciones y engarces sabios de piedras recortadas sobre fondo mineral salvaje. El caminante se pregunta: ¿es una reinterpretación de la cosmogonía de elementos primigenios en una trama de leyes espaciales, constructivas?

La arquitectura y su entorno, en el silencio del desierto; dos formas en diálogo (aparente), libradas a una lucha (desigual) por la intemporalidad.

Templos, Palacios de Dignatarios y de Sacerdotes. Muros, taludes, contramuros, escaleras, en combinaciones sutiles e infinitas para mostrar la máscara terrible de Tláloc y la Serpiente Emplumada. Pasaje, transmisión, reelaboración de mitologías y de técnicas durante siglos. Sobre todo las claves. Bien difícil de definir quién juega – ¿la forma, el espacio, los dos? – el rol transicional entre los hombres y los Dioses.

Estudios sucesivos habían ya logrado establecer los principios urbanísticos de organización espacial del conjunto cultual (ejes mayores/menores, simetría/asimetría, sub-conjuntos de pirámides, etc.); más recientemente la fotografía aérea ha detectado y permitido ver que el entorno del conjunto estaba organizado igualmente siguiendo una trama ortogonal que es casi idéntica al «castrum» romano. Se puede decir hoy que en esta realización las leyes de ortogonalidad y de simetría fueron explotadas al límite. Sin caer en la repetición estática.

Así por ejemplo los ejes perpendiculares a la vía principal organizan subconjuntos que recuerdan la imbricación de las ramas y hojas con respecto a un tronco. Las hojas repiten a su vez una trama abierta, etc. En términos actuales se diría un «conjunto proliferante» o si se prefiere un «crecimiento orgánico», es decir principios que engendran nuevas formas, sin repetición sistemática. Otra cultura, los Mayas, ha construído conjuntos importantes que utilizaron – de otra manera – un urbanismo basado igualmente en esta dialéctica de espacios negativo-positivo, en Uxmal por ejemplo (sur de México y norte de Guatemala). Casi todas las culturas precolombinas de América Central construyeron centros religiosos-urbanos importantes (a veces en lugares inhóspitos u hostiles, poco favorables a los cultivos), verdaderos polos de poblaciones.

Contrariamente, hacia el sur, los Incas distribuyeron las poblaciones en función de la organización de recursos económicos – planificación del espacio territorial diríamos actualmente –, sobre todo de la producción alimentaria.

De la costa del Pacífico a la cresta de los Andes, un espacio recortado según estratos ecológicos: entre 1400/2000 m. de altura, culturas tropicales, 2000/2400 m. maíz, 4000/4800 m. tubérculos, y entre 4000/4800 m. pastoreo.

Siguiendo las variaciones de las estaciones, la población se desplazaba de acuerdo a la organización celular social, según ritmos registrados por la Administración del Imperio. Entre la población de la costa y la del altiplano se desarrollaban intercambios de productos, fuerza de trabajo, etc. Para los Incas la significación simbólica del urbanismo y de la arquitectura estaban ligados estrechamente al medio geográfico.

Un ejemplo importante es la ciudad del Cuzco, que estaba orientada según los puntos cardinales y sobre todo en relación a las cuatro grandes provincias del imperio (cada sector de la ciudad contenía una población representativa del sector correspondiente del reinado), de acuerdo a ejes de penetración orientados también hacia lugares sagrados localizados en el territorio (a partir del templo del Sol). En resumen, el microcosmo urbano ligado al macrocosmo del espacio conocido. Indisoluble simbiosis de la dimensión mítico-geográfica que orientaba así mentalidades y modos de vida andinos.

2. *La cuadrícula y el continente*

Valdivia, el capitán intruso cortó mi tierra con la espada, entre ladrones: «esto es tuyo Valdés, Montero, esto es tuyo Inés, este sitio es el Cabildo».
Dividieron mi patria como si fuera un asno muerto...

P. Neruda, *Canto general*

Los primeros decenios del siglo XVI verán la aparición de las primeras ciudades fundadas por los españoles en América Central (Santo-Domingo, Panamá), pero es a partir de 1532, con la captura y muerte del último de los Incas en el Cuzco (capital del Imperio) cuando comenzará la verdadera colonización de América del Sur, con la fundación de ciudades a lo largo de toda la columna andina.

Proceso que se acelerará en los años subsiguientes con el descubrimiento de las minas de mercurio de Huancavélica y de plata en Potosí. Al finalizar el siglo esta última ciudad y Lima son dos polos urbanos de tal importancia que pueden ser comparados a otras ciudades de la Metrópolis.

La conquista española del continente se realizará en gran parte siguiendo las rutas trazadas ya por los Incas (vastos territorios organiza-

dos a partir de los diferentes asentamientos humanos), sobre todo teniendo como base las antiguas ciudades y pueblos indígenas existentes. Las nuevas «ciudades de españoles» serán elevadas con las mismas piedras – generalmente teniendo el cuidado de arrasar lo existente – y tendrán como objetivo el descubrimiento y control del territorio y, evidentemente, el dominio de las poblaciones. A su vez cada ciudad naciente se convertirá en etapa del gran flujo de irrigación urbana y, menos de cien años después del desembarco de Cristóbal Colón, todas las grandes ciudades de origen hispánico estarán ya en pie.

En la base de esta campaña de re-oganización espacial de un continente se encuentra una serie de Leyes y Reglamentos de la Corona de España (el principal: «Ordenanzas de Descubrimiento y de Población» de Felipe II, de 1573) que establecía indicaciones extremadamente precisas para lograr tres objetivos: descubrir, poblar, pacificar. Instrumento privilegiado de esta empresa serán las ciudades.

Conquista militar y conquista espiritual estaban indisolublemente ligadas en relación a las poblaciones autóctonas; en este sentido la religión jugará un rol clave en la dominación ideológica («asimilación» de las poblaciones conquistadas, en los textos), al darse como misión reemplazar creencias y mitologías por la fe cristiana.

Si en la primera etapa de la Conquista las localizaciones indígenas influenciaron la creación de ciudades, con la puesta en marcha del sistema urbano (siguiendo la reestructuración económica y la instalación de administraciones diversas), más tarde, es toda una jerarquía de asentamientos que se desarrollará: «ciudad metrópoli», «ciudad», «pueblo», «lugar», etc. Finalmente, la creación de «pueblos indígenas» (llamados también «misiones», «encomiendas») completará la trama del territorio; estos últimos asentamientos tendrán igualmente la misión de colonización y de formación (doctrina, capacitación para el trabajo) y de apoyo a las ciudades o aquellas poblaciones o territorios que la urbanización no podía alcanzar. La grilla de organización espacial irá acompañada de estructuras administrativas correspondientes – el Estado, la Iglesia –, articulaciones indispensables para la organización de las funciones económicas y sociales de las ciudades.

Pueblos de indios o de españoles, ninguna localización escapará al reglamento, el cual decidirá de su configuración. En lo que respecta a las ciudades,

> ... el plano será realizado, a cuerda y regla, de mismo la plaza, calles y solares a partir de la plaza principal; de donde partirán hacia las puertas de la ciudad y rutas principales, fijando los límites suficientemente alejados para que la ciudad guarde su forma, aún si ella conociera un gran desarrollo.

Red uniforme de calles, trama de manzanas que contienen la trama de lotes. Del siglo XVI al XIX la impronta del urbanismo colonial hispánico – salvo casos excepcionales como el de Cuzco o de puertos – extenderá el damero a todo el continente como modelo urbano universal: «la uniformidad en todo» como lo establecen claramente las Leyes de Indias.

Modelo colonizador por excelencia el damero, ya los griegos (Mileto) y los romanos (en Europa y África del Norte) habían utilizado, entre otras, esta forma de urbanización; el modelo retomará auge durante el Renacimiento (la geometría de la ciudad ideal) y es España quien reafirmará su uso. Las razones prácticas de la facilidad de geometrización del espacio, en su materialización, no pueden ser la única respuesta a la repetición indiferenciada de esta forma. ¿Es el reflejo instintivo de racionalización del espacio frente a la inmensidad de un continente inabarcable?

El damero, a partir de su idea primera centralizadora (la plaza mayor, sede del poder, nodo de la aglomeración) puede encontrar seguramente muchas más razones en sus bases simbólicas, en la lectura – un poco primaria – que inevitablemente se puede hacer de su forma: a partir de un cuadrilátero vacío, la presencia fuerte de los volúmenes institucionales dominantes (catedral, cabildo, aduana) de donde parten vías y construcciones uniformes que pueden repetirse al infinito. La insistencia en la repetición no puede sino reforzar, hasta la exasperación, lo excepcional: la sede, el centro del poder. Racionalización, orden, regularidad, respeto, contenidos de un mensaje claro en su legibilidad, para colonizadores y colonizados.

La fuerza avasalladora de la cuadrícula atravesará indiferente colinas, valles, ríos y quebradas, la selva, la pampa, hondonadas y desiertos.

Diversas controversias han existido sobre las razones precisas del empleo sistemático del modelo urbano (en verdad son pocas las excepciones que confirman la regla); entre otras se pueden señalar: la influencia del urbanismo precolombino, las Leyes de Indias inspiradas por los tratados militares romanos, el urbanismo español de la Reconquista, una consecuencia directa de las ideas urbanísticas del Renacimiento y, también, evidentemente, las necesidades prácticas de la urbanización para un medio siempre cambiante y desconocido. No nos es posible desarrollar aquí cada una de estas hipótesis; es seguro que la realidad integra elementos de todas ellas.

Dicho esto, una idea retiene actualmente la atención y es que la

experiencia americana fue un campo de aplicación de ideas de «modernidad» del urbanismo renacentista europeo que encontraba en la racionalidad y en la normalización de la forma uno de sus principios y, sobre todo, la posibilidad de «experimentación» en el espacio «vacío» americano (previa abstracción del entorno y de las raíces existentes, se entiende).

Mucho más evidente es en contrapartida el carácter instrumental de mediación de la ciudad colonial, como forma capaz de reemplazar los tejidos de relaciones sociales, los comportamientos culturales de las poblaciones pre-existentes y como útil de explotación económica aplicado por los españoles.

Y quizás lo más importante sería finalmente remarcar que, ante la plantilla aséptica del modelo, son los hombres y el sitio quienes han dado en cada ejemplo una respuesta diferente a la ciudad colonial hispano-americana.

Y la jungla, la flora y la fauna – mítica o cristiana – desbordante que recubrirá balcones, fachadas, altares y hornacinas (fuerza telúrica trastrocada en imaginería) cobrarán sentido en su confrontación con muros blancos, resplandecientes (eco incontestable de la luz mediterránea), verdaderos leit-motive; exuberancia y ascetismo, para personalizar arquitecturas diferentes.

Exaltación del Poder o de la Iglesia, la vena autóctona creadora corría por los muros. Como para probar lo que manos parecidas habían ya obtenido de la piedra muchos siglos antes.

Y la red de constelaciones de pueblos, misiones y ciudades funcionó dentro de su mecanismo de gran relojería: puertos metropolitanos, istmos, minas, cordillera, oro, selva y galeones. Para consolidar el sistema económico de la Corona Ibérica: el Mercantilismo.

Pero toda esta cadena de sistemas de ciudades (base esencial de la economía y del territorio) no puede ser comprendida si no se tiene en cuenta la contra-cara: el campo. Toda la economía de la colonia es eminentemente agraria. El sistema urbano no sólo hará funcionar el mecanismo interno sino también el de la Metrópolis. Este raro equilibrio de ciudad-campo y de sub-sistemas de ciudades entre ellas durará hasta el siglo XIX, época de la independencia política de los países americanos y de la desarticulación del sistema global de producción hispano-americano (la historia de las colonias portuguesas presentará una evolución completamente diferente).

3. *La Leyenda al revés: la de-construcción de la ciudad*

El catálogo de formas es infinito: mientras cada forma no haya encontrado una ciudad, nuevas ciudades continuarán a nacer. Allí donde las formas agotan sus variaciones y se deshacen, comienza el fin de las ciudades. En las últimas planchas del Atlas se diluyen retículas sin comienzo ni fin, ciudades que tienen la forma de Los Ángeles, la forma de Kyoto-Osaka, que no tienen forma.

I. Calvino, *Ciudades invisibles*

¿Cómo caracterizar la ciudad latino-americana en las postrimerías del siglo? Ruda y compleja tarea. Algunas referencias cuantitativas para comenzar: si la población urbana de América latina representaba 90 millones de habitantes en 1960, alcanzará a 360 millones en el año 2000, mientras en el mismo período la población total pasará de 200 a 600 millones. Para fines de este siglo se prevé que más del 50% de los habitantes residirá en ciudades y ya en países como Argentina y Uruguay este índice alcanza casi el 80%.

¿Las causas de este fenómeno, único entre los países en vías de desarrollo? Entre otras: si la inmigración extranjera marcó el fin del siglo pasado y el comienzo del XX en casi todos los países de América del Sur, en los últimos decenios el crecimiento demográfico fuerte, el descenso de la mortalidad infantil y las migraciones internas (éxodo del campo hacia las ciudades), aportan algunas respuestas.

¿Cómo se distribuye esta población urbana? Siendo que las ciudades pre-colombinas se encontraban en el interior, casi todos los puertos de la colonia han devenido verdaderas regiones urbanas: Buenos Aires/Rosario, San Pablo/Santos/Rio, Lima/Callao, Montevideo, Recife, La Habana, etc. Se debe observar que la consolidación de los polos urbanos comienza a fines del siglo pasado (desarrollo de ferrocarriles y vías), como consecuencia de la organización cada vez más importante del territorio o de regiones y sobre todo como resultado de la internacionalización de la economía.

Más recientemente el extraordinario crecimiento de algunas capitales ha conducido a una identificación de éstas con el país: es el caso de Rio, Buenos Aires o Ciudad de México.

Sería demasiado apresurado, en el caleidoscopio latino americano, establecer características comunes tan generales, que pudieran ejemplificar el fenómeno urbano descripto como si fuese claramente identificable; así por ejemplo, si en Uruguay (país bastante urbanizado) entre 1968/80 hubo un aumento de 400.000 habitantes en las ciudades, en Brasil, en el mismo período, este aumento fue de 28 millones. Los

desequilibrios entre crecimiento demográfico y crecimiento urbano no sólo representan un problema cuantitativo (entre ciudades o países) sino que, además, ellos se agravan en función de los recursos disponibles o potenciales para poder solucionarlos.

Desde siglos atrás la atracción de la ciudad en relación al campo era inevitable con los reflejos de oportunidades de mejoramiento social en diversos dominios. Actualmente esta atracción se ha transformado en verdadera deformación; al encandilamiento producido por las hipotéticas oportunidades de trabajo, educación, progreso tecnológico, etc. (por otro lado a veces reales pero limitadas), responde un espacio urbano inexistente, el desempleo, la miseria y lo peor, la marginalidad frente a la pérdida de la cultura social agraria y a la inaccesibilidad de relaciones urbanas favorables.

Deserción del campo y crecimiento hipertrófico de las «regiones» urbanas han finalizado por aplastar la ciudad tradicional. Algunas cifras y ejemplos que puedan aportarnos un relieve fotográfico de casos urbanos:

Bogotá: la ciudad crece casi 5 veces entre 1950/70 (de 650.000 pasa a 2,7 millones de habitantes para alcanzar 5,5 millones en 1980; se estima que el 60% de esta población vive en sectores «ilegales de urbanización»).

México: se considera que en los últimos años la población crecía de 70% por decenio y con una fuertísima aceleración reciente (2,9 millones en 1950; 11,8 en 1970 y 20 previstos para 1990); hoy 64% de la superficie urbana está ocupada por «colonias populares» (50% del total de habitantes probablemente).

Lima: 4,6 millones de habitantes (27% de la población del país); los «pueblos jóvenes» (población marginal) instalados en 139 sectores de la ciudad han pasado a 362 en 1980 (1,5 millones de personas, se estima).

San Pablo: 15 millones de habitantes en 1984; los loteos (operaciones semi-marginales) eran 3500 en 1984 (4 millones de habitantes), las favelas propiamente dichas 736 (alrededor de 1 millón de sin techo).

Es evidente que los ejemplos evocados son lo que se llamaría casos de «patología» grave pero se debe decir que todas las ciudades que cuentan más de cien mil habitantes (y son bien numerosas) en América Latina sufren síntomas de este orden, y no se debe olvidar que el caso de las grandes urbes es en general el de la cabeza económica de los países de los cuales se trata. Sin contar con los recursos que son invertidos para paliar los problemas múltiples y diversos de la urbanidad y que van en desmedro de otras ciudades y regiones. De esta forma, la distancia entre las hiper-metrópolis y el resto de sus países respectivos se acentúa sin retorno posible.

A esta altura de una dicotomía espacial es dable preguntarse si corresponde, paralelamente, una dicotomía de nivel social: campo/sociedad arcaica, ciudad/sociedad moderna. Otra pregunta en respuesta a la primera.

¿Se puede hablar todavía de ciudades en una región urbana de 10 millones de habitantes? (Citemos por ejemplo París y su región o Buenos Aires y su entorno). Y digamos además que en los países desarrollados estos casos existen y la urbanización es manifiestamente un índice de modernidad y progreso.

Para nosotros es claro que en América Latina los que cuantitativamente son llamados: «pueblos jóvenes», «poblaciones», «favelas», «villas miseria», «barriadas» (y otros neologismos) *SON* la ciudad, la ciudad actual, y que los denominados centros históricos, casco central o distritos centrales, guardan una carga simbólica (la memoria urbana), pero habiendo perdido sobre todo su rol social (a veces son transformados en barrios-museo) y también el carácter de corazón de la ciudad (ausencia de actividades).

Hecho sorprendente – pero explicable – es que las olas de urbanización espontánea, que han roto la barrera de los crecimientos ordenados, se extienden en el terreno siguiendo, la mayor parte de las veces, una grilla rudimentaria, bastante ordenada. Sub-productos del damero, los barrios marginales tratan instintivamente – ¿recuerdo de la urbanización legal? – de mantener un remedo de parcela, un resabio de calles o de vías. Barrios de latas, cartones y maderas que parten a la conquista del territorio y de la incertidumbre (ocupación provisoria, falta de servicios mínimos, suelos a menudo inconstructibles o inundables) cuando en realidad sus habitantes llegaron a la búsqueda de la centralidad. La ciudad se vuelve así una presencia lejana, vivida en un espacio que es casi el campo, donde la diluída urbanidad es ya sólo el recuerdo de una leyenda.

ALDO-JOSÉ ALTAMIRANO

BUENOS AIRES INFUNDADA

> ... es esa racha de milonga silbada que no reconocemos y que nos toca, es lo que se ha perdido y lo que será, es lo ulterior, lo ajeno, lo lateral, el barrio que no es tuyo ni mío, lo que ignoramos y queremos.
>
> JORGE LUIS BORGES, «Buenos Aires»*

1. *Conquista la más ingrata*

Caminamos por ciudades de ladrillo, de hierro, de cemento. Y de palabras. Es el modo en que han sido nombradas, tanto como los materiales con que se las levantó, lo que dibuja su forma y su significado. Porque la literatura es, entre otras cosas, fundación de lugares que no existen sino en el papel, y que desde allí proyectan su realidad en el imaginario colectivo, como el Macondo de García Márquez o la Santa María de Onetti ... Pero la literatura es también reinvención de lugares que existen fuera de los textos. Hay una Habana de Carpentier y una Lima de Julio Ramón Ribeyro; una Ciudad de México según Carlos Fuentes y una Buenos Aires que nos ha dado Borges: modos de ver que son revelaciones.

Que Buenos Aires sea un resultado de la imaginación, lo sugiere ya el texto en que Ulrico Schmidel, uno de los integrantes de la expedición de don Pedro de Mendoza, cuenta su primera fundación, el 3 de enero de 1536:

> Allí levantamos una ciudad que se llamó Buenos Aires: esto quiere decir buen viento. También traíamos de España, sobre nuestros buques, setenta y dos caballos y yeguas, que así llegaron a dicha ciudad de Buenos Aires (p. 7).

Como es obvio, hombres y caballos no llegaron a «dicha ciudad de Buenos Aires», sino a un terreno al borde del río, en donde se levantó una empalizada, un caserío y una horca – por lo demás, sólo la presencia de un cabildo hubiera permitido hablar de «ciudad» – pero el texto la propone como una pre-existencia: Buenos Aires ya está ahí, esperando que la funden. Y a la vez, negándose a asumir una forma definitiva e imponiendo a sus fundadores condiciones inhumanas:

*. Las ediciones utilizadas se indican en la bibliografía. El número de página entre paréntesis remite a estas ediciones.

Allí se levantó una ciudad con una casa fuerte para nuestro capitán don Pedro de Mendoza, y un muro de tierra en torno a la ciudad [...]. Este muro era de tres pies de ancho, y lo que hoy se levantaba, mañana se venía de nuevo al suelo; además la gente no tenía qué comer [...]. Fue tal la pena y el desastre del hambre que no bastaron ni ratas ni ratones, víboras ni otras sabandijas; hasta los zapatos y cueros, todo tuvo que ser comido [...]. También ocurrió entonces que un español se comió a su propio hermano que había muerto (p. 8).

El texto de Ulrico Schmidel no es literario, sino documental, pero de todos modos traza un esbozo de mitologías que afloran en las imágenes que la literatura ha ido elaborando desde entonces hasta nuestros días, con la obstinación de una pesadilla recurrente: imágenes que pueden cambiar de signo, pero que se inscriben siempre en un mismo esquema. El muro de tres pies de ancho se transformará en una inabarcable extensión de rascacielos, el hambre en escandalosa abundancia – en 1775 un inspector de postas, Alonso Carrió de la Vandera, asienta en *El lazarillo de ciegos caminantes* su asombro ante los ratones de Buenos Aires, que «salen de noche por las calles a tomar el fresco, en competentes destacamentos, porque en la casa más pobre les sobra la carne» (p. 148). Las obsesiones, sin embargo, seguirán siendo las mismas: el asedio de un entorno hostil – y la consiguiente necesidad de vivir a la defensiva –; la precariedad de todo lo que se construye; la devoración – literal o metafórica.

El primer texto literario dedicado a Buenos Aires – el «Romance elegíaco» de Luis de Miranda, otro testigo de la primera fundación – fija y consagra esas imágenes. Pero además, al utilizar de modo poco tradicional un procedimiento tan tradicional como la personificación, confiere a la ciudad una carga de ambiguo erotismo. Buenos Aires es aquí, en efecto, una mujer traidora de la que resulta peligroso enamorarse:

Conquista la más ingrata
  a su señor;
desleal y sin temor,
enemiga de marido,
que manceba siempre ha sido
  que no alabo;
cual los principios el cabo
aquesto ha tenido cierto
que seis maridos ha muerto
  la señora.
Y comenzó la traidora
tan a ciegas y siniestre
que luego mató al maestre
  que tenía ... (p. 17).

Tan vital resulta esa formulación alegórica que cuatro siglos más tarde Eduardo Mallea, en *La bahía de silencio* (1940) puede retomarla, fundándose esta vez en consideraciones topográficas, para describir esa metrópoli fascinante y terrible que ha llegado a ser Buenos Aires:

Quien observe su plano verá que, al norte y al oeste, la línea exterior de la ciudad asume la forma del perfil de un niño. Ésta no parece una semejanza fortuita [...]. La metrópoli se confunde muchas veces con el ánimo de un niño enojado, uno de esos niños a quienes perturba o irrita de una forma casi animal la presencia en su casa de personas extrañas. Buenos Aires me parecía llena de violencia hacia los recién llegados; lejos de amamantarlos y deleitarlos como las otras ciudades del mundo, ella los recela al principio, los maltrata, como la mujer casada con odio al marido que la acaricia (p. 22).

Buenos Aires, de Luis de Miranda a Mallea, aparece como una entidad viva que a la vez se defiende y se ofrece, se rinde y se niega: esta oscilación es el precio pagado a una geografía que somete la ciudad a un doble asedio.

2. *En tiempo de aguas (o desierto)*

Buenos Aires está definida por dos fronteras inciertas, que retroceden o avanzan, tratando de devorarla: la pampa y el río. Fronteras opuestas pero equivalentes, como hace intuir Borges en «La muerte y la brújula» (en *Ficciones*, 1956), al describir «el estuario cuyas aguas tienen el color del desierto» (p. 143).

El asedio del agua no tiene, en primera instancia, nada de metafórico. En *El lazarillo de ciegos caminantes*, Carrió de la Vandera cuenta cómo al pasar por Buenos Aires queda impresionado por las calles, «de igual y regular ancho», pero que se hacen intransitables «en tiempo de aguas» (p. 146).

La inundación puede asumir también un valor simbólico, como han indicado los críticos respecto a «El matadero» (1838-1840?) de Esteban Echeverría, en el que las aguas crecidas que rodean a Buenos Aires son explícito signo de un asedio humano, el del federalismo rosista:

Sucedió pues, en aquel tiempo, una lluvia muy copiosa [...]. Una tremenda avenida se precipitó de repente por el Riachuelo de Barracas [...]. El Plata, creciendo embravecido, empujó esas aguas que venían buscando su cauce y las hizo correr hinchadas sobre campos, terraplenes, arboledas, caseríos [...]. La ciudad circunvalada del norte al oeste por una cintura de agua y barro, y al sur por un piélago blanquecino [...], echaba desde sus torres y barrancas atónitas miradas al horizonte como implorando la protección del Altísimo (pp. 63-64).

El mismo valor, claramente descifrable en términos sociales, reviste el agua invasora para José Mármol, que en su *Amalia* (1851) se refiere con indignación a ciertos personajes del pueblo que «osaban creer, con toda la clase a que pertenecían, que la sociedad había roto los diques en que se estrella el mar de sus clases oscuras» (p. 85), y para Eugenio Cambaceres, que en *Sin rumbo* (1895) compara a la multitud con «las aguas negras de un canal [que] iba a derramarse a la plaza de la Victoria» (p. 50).

Ahora bien, como ocurre a menudo con los símbolos, sus valencias pueden ser perfectamente opuestas. A través de connotaciones de prosperidad, grandeza, fuerza, se va delineando una imagen mitológica del Río de la Plata, como la que formula Leopoldo Lugones en las *Odas seculares* (1910), en el poema dedicado «A Buenos Aires»:

> Primogénita ilustre del Plata,
> En solar apertura hacia el Este,
> Donde atado a tu cinta celeste
> Va el gran río color de león (p. 469).

Casi veinte años después, en *Cuaderno San Martín* (1929), Jorge Luis Borges rebaja el «color de león» lugoniano a pelajes menos nobles, pero conservando intacta la potencialidad mítica – como por otra parte anticipa el título del poema, «Fundación mítica de Buenos Aires»:

> ¿Y fue por este río de sueñera y de barro
> que las proas vinieron a fundarme la patria?
> Irían a los tumbos los barquitos pintados
> entre los camalotes de la corriente zaina (p. 103).

Unos veinte años más, y el *Adán Buenosayres* (1948) de Leopoldo Marechal se encarnizará en demoler esta imagen. Adán entona un panegírico al río – de significado más bien ambiguo, ya que lo hace bajo la influencia de abundantes libaciones –, mereciendo la feroz respuesta de sus amigos:

> Sólo a un debilitado mental se le ocurre meter al Río de la Plata en una figuración mitológica. ¡Bah! Un río muerto: un cóctel de agua y barro (p. 191).

En las páginas de *Cuerpo a cuerpo* (1979), de David Viñas, las alusiones a la imaginería consagrada sirven para simbolizar la situación vivida por la Argentina en los últimos años de la década del 70. En la referencia implícita a Lugones, otros colores pintan al majestuoso león, degradándolo irónicamente:

> ... el río se iba poniendo mostaza. León. Amarronado. Era un gran río (p. 448).

La referencia a Borges, en cambio, superpone a la dimensión literaria de la imagen del río, una realidad terrible, la de la sangre que invade la ciudad y se mezcla con el agua:

> Que ya va cambiando el color. No corriente zaina. No señoras caballeros. Sangre. Mucha (p. 472).

En la necesidad de negar está inscripto, de todos modos, el reconocimiento de la función de lo negado: Buenos Aires sólo puede definirse a partir de su río.

De este lado, pues, el río infinito, del mismo color del desierto. Del otro lado, igualmente definitorio y devorador, el desierto, del mismo color del río. Sarmiento, en la formulación maniquea de *Facundo* (1845), ve a la pampa como espacio de la barbarie, en lucha contra la ciudad en la que se encarna la civilización:

> Bajo un clima benigno, señora de la navegación de cien ríos que fluyen a sus pies, reclinada muellemente sobre un inmenso territorio, y con trece provincias interiores que no conocen otra salida para sus productos, [Buenos Aires] fuera ya la Babilonia americana, si el espíritu de la pampa no hubiese soplado sobre ella, y si no ahogase en sus fuentes el tributo de riqueza que los ríos y las provincias tienen que llevarle siempre (p. 23).

Cuando Sarmiento establece esta tajante oposición entre la ciudad y el campo, se está definiendo en el país, a través de las luchas entre federales y unitarios, la búsqueda de una organización nacional – que terminará por consagrar la supremacía de Buenos Aires. Pero ya en ese entonces, Buenos Aires es la ciudad más importante de Argentina, el centro vital de su vida económica: en ella se siente palpitar el futuro. Es lo que lleva a Mármol a cantar, con lírico embeleso,

> ... las torres y los capiteles de esa ciudad a quien los poetas han llamado «La Emperatriz del Plata», o la «Atenas», o la «Roma del Nuevo mundo» (p. 80).

Sin embargo, la literatura no se detiene tanto en identificar o celebrar lo que hace de Buenos Aires una nueva Atenas o una nueva Roma, sino que descubre, o inventa, ese espacio impreciso en que la ciudad es todavía, de alguna manera, campo: el arrabal.

3. *Mensajeros de esa brava región*

Es en el espacio ambiguo de las «orillas», succionado igualmente por el centro y la pampa, en donde se condensará la emoción ante un mundo más presentido que conocido, más fabulado que existente. Se trata, en cierta medida, de la búsqueda de la línea imposible que mar-

ca el fin de la ciudad. Esa línea puede tomar la apariencia de una frontera concreta, como en *Amalia*:

> Daniel hacía marchar al paso su caballo. Llegó por fin a la calle de la Reconquista, y tomó la dirección a Barracas; atravesó la de Brasil y Patagones y tomó a la derecha por una calle encajonada, angosta y pantanosa, y en cuyos lados no había edificio alguno, sino los fondos de ladrillo y de tunas de aquellas casas con que termina la ciudad (p. 22).

Sin embargo, cuando un siglo más tarde *Adán Buenosayres* sigue describiendo ese espacio liminar según el mismo esquema («... el cerco de tunas que limitaba la calle y el páramo», p. 184), surge la duda de que se trate, más bien, de deslindes de caracter mítico.

La mitología del arrabal es fundamentalmente obra de Carriego, del tango y de la imagen que, en cierta medida a partir de ellos, construye Borges.

La poesía de Evaristo Carriego (sobre todo *Canción del barrio*, publicado después de su muerte en 1912), propone un mundo mínimo de patios sombreados por la parra, de cafés adonde, de repente, parroquianos tristes dejan de acudir, de calles por las que deambulan una niña fea, un obrero, una «costurerita que dio aquel mal paso», una francesita pálida que sale a tomar el sol.

El tango, a su vez, define una geografía de esquinas, de calles suburbanas atraídas por ese centro en el que convergen odio y esperanzas, de pobres conventillos, de cafés – esos «cafetines de Buenos Aires», al mismo tiempo refugio amistoso y cruel escuela de indiferencia.

Pero cafetín, calle, patio, el barrio entero se vuelven materia de tango en tanto que añoranza. Si se los nombra, es porque ya no existen: el tiempo verbal en que se expresa el tango es el pasado. Los versos de «Sur» (1948), de Homero Manzi, lo afirman con ejemplaridad no superada:

> Sur, paredón y después,
> Sur, una luz de almacén...
> Ya nunca me verás como me vieras,
> recostado en la vidriera
> y esperandoté.
> Ya nunca alumbraré con las estrellas
> nuestra marcha sin querellas
> por las noches de Pompeya.
> Las calles y las lunas suburbanas
> y mi amor y tu ventana
> todo ha muerto,
> ya lo sé.

Con Borges, esos temas, esas formas y esas nostalgias parecen fijarse definitivamente. Ernesto Sábato, en la dedicatoria de *Tango. Discusión y clave* (1963), ha definido certeramente el papel de Borges en la construcción de esa Buenos Aires secreta:

> ... versos suyos me ayudaron a descubrir melancólicas bellezas de Buenos Aires: en viejas calles de barrio, en rejas y aljibes, hasta en la modesta magia que a la tardecita puede contemplarse en algún charco de las afueras (p. 9).

La Buenos Aires de Borges sigue el trazado de callejones en sombra, cuyos colores se reiteran con monotonía: almacenes de esquinas rosadas, últimos soles amarillos, tapias celestes ... Las sombras de los malevos muertos apuntalan las recovas. En los patios, bajo la eterna parra, un rasguido de tango ... Y en cada rincón de la memoria, Palermo, ese Palermo en donde, a pesar de que ya en la época de Rosas fuera transformado en un parque, aún rezuma la sangre de los mataderos coloniales; ese Palermo en donde, hasta el fin de los tiempos, errarán los cuchilleros del pasado. El impasible Juan Muraña, por ejemplo, evocado en «Alusión a una sombra de mil ochocientos y tantos» (en *El hacedor*, 1960):

> Nada. Sólo el cuchillo de Muraña.
> Sólo en la tarde gris la historia trunca.
> No sé por qué en la tarde me acompaña
> este asesino que no he visto nunca.
> Palermo era más bajo. El amarillo
> paredón de la cárcel dominaba
> arrabal y barrial. Por esa brava
> región anduvo el sórdido cuchillo (p. 111).

Tanta celebración mitificadora encuentra su contrapeso en la desenfadada ironía con que Marechal cuenta la aventura «criolli-malevi-funebri-putani-arrabalera» de su héroe. Adán Buenosayres y sus amigos emprenden una especie de viaje de iniciación hacia esa «región terrible» (p. 184) que es el arrabal, en busca de la esencia de Buenos Aires, presumiblemente encarnada en las «divinidades criollistas» (p. 266). Antes de encontrarlas, deben enfrentarse con una serie de fantásticas apariciones: el Gliptodonte, el cacique Paleocurá, Santos Vega el payador, su antagonista Juan Sin Ropa. Después de este chapuzón folclórico, los aventureros atraviesan una zanja – imagen paródica del umbral de los ritos iniciáticos – y llegan al velorio de Juan Robles:

> ... se había reunido allí todo el Parnaso de la criolledad: figuras próceres todas ellas [...]. Juan José Robles, acariciando las orejas del cachorro *Balín*, encabezaba el grupo de las divinidades criollistas; a su izquierda el *taita* Flores, majestuosamente sentado

en un vacío cajón de querosene, absorbía el interés de la reunión con los episodios de una historia que los oyentes iban arrancando a su modestia incalculable; a la derecha de Juan José veíase la melancólica efigie del *pesado* Rivera, guardaespaldas de Flores y Ganimedes ocasional de aquel festín (p. 266).

Los episodios contados por el taita Flores resumen todos los lugares comunes del tango, de Carriego, de Borges, sobre el arrabal y sus personajes. Para definitivo escarnio de los intelectuales que han venido a empaparse del alma del suburbio, la escena termina con el despectivo zapatillazo que el pesado Rivera da a uno de ellos, que pretendiera desafiar a duelo a los malevos: no se les concede ni siquiera el honor del cuchillo.

El mismo *Adán Buenosayres* emblematiza el movimiento contrario: del arrabal al centro, ese centro que devora a los incautos – o, más precisamente, a las incautas – que se dejan hipnotizar por sus luces. Si el itinerario del centro al arrabal es una aventura iniciática, o turístico-intelectual, con recorrido de regreso, el itinerario inverso es definitivo y significa degradación y pérdida, como en el cínico resumen de innumerables tangos que propone el narrador:

¡Tu historia cabía en la letra de un tango, se floreaba en la *viruta* de los bandoneones y tenía perfiles de leyenda en la voz luctuosa de los malevos que ladran su melancolía en los incendiados crepúsculos de Villa Ortúzar! Ayer tus quince abriles erguidos como flores, tu pollerita cortona y tus trenzas [...] ¡Fue la locura del centro, y la ciudad que levanta en la noche su peligroso canto de sirena! [...] Ahora, en los atardeceres de Florida, tu andar provocativo, el crujir de tus rasos y la estela de tus perfumes hacen temblar de angustia a los adolescentes y clavan una espuela dolorosa en el torvo secreto de los varones tristes (pp. 276-277).

4. *Un laberinto de escombros*

Es ésta otra de las imágenes fundamentales de Buenos Aires: la de la ciudad devoradora, «la perra que se come a sus cachorros para crecer», como la define despiadadamente *Adán Buenosayres* (p. 55). Pero que también se devora a sí misma. En ningún momento parece haber existido una Buenos Aires pensada como definitiva: su destino es una constante demolición.

En 1861, la victoria de Pavón sanciona la supremacía de Buenos Aires sobre las provincias. A partir de ese momento comienza una serie de modificaciones que llegan a su punto culminante alrededor de 1880, con la primera presidencia de Roca. La Campaña del desierto ha resuelto – a su manera – el problema del indio, la red ferroviaria se consolida y expande, el aporte inmigratorio llega a su nivel máximo.

Buenos Aires ya es capital federal. Con la intendencia de Torcuato de Alvear las demoliciones alcanzan un ritmo acelerado, provocando una transformación total del tejido urbano. La ciudad utópica soñada apenas cuarenta años antes por Sarmiento se disuelve como tema literario. En el momento mismo en que el futuro se vuelve presente, Buenos Aires empieza a proyectarse hacia el pasado, creando un mito de contornos imprecisos, una «edad de oro» urbana, imposible de recuperar, como todas las edades de oro.

Ya *La gran aldea* (1884) de Lucio V. López entona la nostálgica elegía de ese mundo «patriota, sencillo, semicurial y semialdea» (p. 105), que ha sido reemplazado por «las tiendas europeas de hoy, híbridas y raquíticas, sin carácter local» (p. 45). El resultado de esa demolición y transformación constantes – obsesión de tangos, novelas y ensayos – es una Buenos Aires heterogénea o, peor aún, una Buenos Aires que no conserva memoria de sí misma. Ezequiel Martínez Estrada, en *La cabeza de Goliat* (1946) estigmatiza esta actitud como una renuncia al propio pasado, lo que significa, en última instancia, a la propia identidad:

Buenos Aires ha avanzado borrando sus pasos. No todos. Todavía se puede observar, andando, las diferentes etapas de su adelanto [...]. Ha echado abajo, como quien cambia de muebles y de casa en épocas de prosperidad, su pasado, sus edificios públicos, el Fuerte, las casas de los patricios, y ahora mismo la parte de la Casa de Gobierno que estorbaba al Ministerio de Hacienda. Era su pasado arquitectónico, que no valía nada arquitectónicamente, pero que tenía un gran significado histórico. Ha demolido la arquitectura, pero ha derribado también la historia (p. 61).

De ese ininterrumpido deshacerse y rehacerse, que a la trama del pasado superpone presentes fugaces y contradictorios, nace otra imagen simbólica: la de una Buenos Aires-laberinto, espacio de peregrinajes insomnes, de búsqueda frenética de algo que no se sabe qué es – tal vez el propio espacio, la propia vida. Innumerables personajes de innumerables novelas vagan por Buenos Aires tratando de escapar a un destino nefasto, o quizá en pos de él. El protagonista de *El sueño de los héroes* (1954) de Adolfo Bioy Casares recorre una Buenos Aires onírica, tratando de recuperar el recuerdo de tres noches de carnaval que se han borrado de su memoria:

Bajó por Melián hasta Pampa, dobló a la derecha y después tomó por la avenida Forest [...]. Prosiguió con rumbo oeste [...], avanzó interminablemente por calles desconocidas [...]; se encontró en una avenida que era Triunvirato y dobló a la izquierda [...]. Caminó un tiempo que podía ser la eternidad; bordeó el paredón del cementerio de la Chacarita, cruzó vías [...]; pasó por corralones [...], avanzó por fin

por la calle Artigas [...]. Cruzó otras vías, llegó a la plaza de Flores. Siguió caminando; vio pasar un tranvía 24; corrió por la calle y lo alcanzó (pp. 69-71).

Ese deambular sonámbulo, que el texto manifiesta a través de la acumulación de verbos de movimiento y de la confusión entre espacios nominables y otros de inquietante vaguedad, llevará por fin al protagonista a encontrar lo que busca: que no es, como él supone, un recuerdo maravilloso, sino su propia muerte, aplazada por circunstancias más o menos mágicas.

Se podría establecer un mapa de recurrencias: la topografía de una Buenos Aires literaria en la que los nombres de las calles signan una martilleante obsesión. Esto apela en cierta medida al conocimiento de la ciudad real por parte el lector, en quien los nombres de las calles pueden evocar imágenes concretas, connotar grupos sociales, dar una forma a los itinerarios de los personajes. Pero aun en caso de desconocimiento, la insistida indicación de los nombres sugiere límpidamente la existencia de un laberinto. Laberinto en el que cualquier recorrido puede volverse persecución alucinada, como la que, en *Sobre héroes y tumbas* (1961) de Sábato, uno de los personajes emprende tras un ciego en quien cree reconocer a un miembro de una secta temible. De Sucre a Obligado, de Obligado a Juramento y de Juramento a Cuba, de Cuba a Monroe, de Monroe otra vez a Obligado (véase por ej. p. 297)... Un mundo que no prevé salida – si no es hacia otros infiernos todavía peores.

5. *Oh, Babilonia*

Es que la ciudad se ha ido transformando en un monstruo. El mito negativo de las ciudades es hoy un lugar común: ruido, tráfico, smog, anonimato, violencia, incomunicación, inhumanidad ... Toda ciudad se define, o puede definirse, según estos parámetros. En la descripción literaria de Buenos Aires, sin embargo, estos aspectos adquieren un tono particular. Esto se debe, por una parte, al carácter de incesante renovación arquitectónica que Buenos Aires presenta; por otra, a la mescolanza étnica.

La tendencia a marcar los aspectos monstruosos empieza a manifestarse con la crisis de fin de siglo, especialmente después del crack de la Bolsa (1890) y de la exasperación de los conflictos sociales, que en 1919 llevan a la matanza de obreros de la «semana trágica».

Aunque ya en *La gran aldea* y en *Sin rumbo* hay atisbos de la imagen babélica de Buenos Aires, es tan sólo en *La Bolsa* de Julián Martel (publicada como folletín en 1891) donde los términos se definen explícitamente:

Allí va, como una visión apocalíptica, una sociedad entera levantada en vilo por el agio y la especulación, celebrando la más escandalosa orgía del lujo que ha visto y verá Buenos Aires (p. 15).

La ciudad ya se ha transformado en una vorágine. Los críticos han insistido suficientemente en el papel de Roberto Arlt respecto a la creación de esta imagen de una Buenos Aires sombría. En *El juguete rabioso* (1926), *Los siete locos* (1929), *Los lanzallamas* (1931), Arlt muestra cómo la ciudad forma, o más bien deforma a los personajes en su cuerpo y en su alma, obligándolos a actuar como seres despiadados y corruptos para poder sobrevivir. El espacio en que se mueven, coherentemente, es mezquino y oscuro: zaguanes, escaleras de caracol, sórdidas piezas amuebladas en las que estas criaturas resentidas rumian su venganza contra el mundo.

En *La bahía de silencio* de Mallea – autor marcado por la idea de una patria incontaminada, anclada en valores nacionales – las razones por las que la ciudad se ha convertido en «el tembladeral de una apocalipsis de lo mediocre» (p. 396) han de buscarse en la pérdida del espíritu argentino, sumergido por los confusos valores de la inmigración:

Era la ciudad sin gloria [...]. En su origen había gloria y su perímetro primitivo y colonial, antes del advenimiento de la horda extranjera, era glorioso, sobrio y digno como el rostro de la joven historia del país. En sus calles fueron vencidos dos imperios gracias a una ferviente primacía del alma criolla, gracias a una primacía de lo que ahora estaba reducido, ahogado, insultado, malogrado a lo largo de una enorme extensión del país expuesta al cielo (p. 395).

La misma sensación de desconfianza y abigarramiento sobrevive en *Adán Buenosayres*, si bien se reconoce al inmigrante su aporte en la fundación de una nueva Buenos Aires, en la que los distintos componentes étnicos se han vuelto indiscernibles: la voz de los albañiles italianos, de los verduleros libaneses, de los obreros catalanes compone, para el protagonista, «un solo acorde» (p. 54).

En *Sobre héroes y tumbas* la definición de Buenos Aires a partir de la heterogeneidad y la amalgama se plantea como uno de los problemas constitutivos de la novela; es a la vez materia de reflexiones teóricas y factor de desarrollo de la acción:

... sentado sobre el paredón, volvía a mirar el monstruo, millones de hombres, de mujeres, de chicos, de obreros, de empleados, de rentistas. ¿ Cómo hablar de todos? ¿Cómo representar aquella realidad innumerable en cien páginas, en mil, en un millón de páginas? [...] Seis millones de argentinos, españoles, italianos, vascos, alema-

nes, húngaros, rusos, polacos, yugoslavos, checos, sirios, libaneses, lituanos, griegos, ucranianos.
Oh, Babilonia [...]. Contemplaba con mirada de pequeño Dios impotente el conglomerado turbio y gigantesco, tierno y brutal, aborrecible y querido, que como un temible leviatán se recortaba contra los nubarrones del Oeste (p. 148).

En esos adjetivos contrapuestos puede leerse, a la vez que la formulación del problema, la sugerencia de una solución: aceptar. Entrever, en el reconocimiento mismo de su carácter compuesto, la identidad, única e inconfudible, precisamente porque es el resultado de la fusión de innumerables identidades.

La visión negativa encuentra una expresión simbólica en la «Oscura ciudad de Cacodelphia» – siempre en *Adán Buenosayres*, irreverente summa de las realidades y los mitos de la ciudad. Un infierno helicoidal, inventado por uno de los personajes, es el espacio en que se levanta esta «contrafigura de la Buenos Aires visible» (p. 473). Recorriéndola, Adán se topa con los vicios secretos y manifiestos de los habitantes de Buenos Aires. Como corresponde, Caronte es aquí un colectivero, el de la línea 38 para más señas: un gallego que al instalarse en Buenos Aires se ha transformado en un compadrito típico. Entre los condenados abundan los empleados públicos, los políticos, los vecinos ruidosos; los golosos se hacinan en un antro que resume «todos los bodegones de la cortada Carabelas, todas las cantinas de la Boca, todas las churrasquerías de los mataderos, todas las lecherías de la Paternal y todas las pizzerías del Paseo de Julio» (p. 525).

De origen menos prestigiosamente dantesco, pero sin duda más inquietante es el infierno porteño de *Sobre héroes y tumbas*: en la placita de la iglesia de la Inmaculada Concepción, en el barrio de Belgrano, se abre el pasaje secreto que lleva hacia la «otra parte» de Buenos Aires: sótanos que desembocan en pasadizos que desembocan en otros sótanos, para terminar en un monstruoso laberinto. El espacio en que se adentra el personaje (véanse pp. 311-315) es un mundo de pantanos primordiales en donde se cumplen extraños ritos. ¿Alucinación, o verdad? Aunque la pregunta quede sin respuesta, estas páginas han proporcionado al repertorio simbólico de Buenos Aires algo que podríamos definir como el inconsciente de la ciudad: y es un inconsciente aterrador.

6. *En una palabra, la ciudad*

Modificaciones, desplazamientos y constantes sancionan la progresiva transformación de la Buenos Aires literaria, de espacio escena de

acontecimientos, a espacio productor de acontecimientos. Paralelamente, se afirma una tendencia a la abstracción que configura a la ciudad de Buenos Aires como *la* ciudad. Sin embargo, la abstracción no llega nunca a ser total: los contornos, las calles y los edificios siguen conservando su forma. Pero al mismo tiempo, ambiguamente, se desdoblan, se superponen a contornos, calles y edificios de otras ciudades. Buenos Aires se vuelve así espacio para la necesidad de proyectar mitos positivos. Ya no es la ciudad que encierra y devora: en cada recoveco del laberinto puede abrirse esa misteriosa brecha que lleva hacia otras ciudades, hacia otros mundos.

Creo que de este modo pueden leerse, por ejemplo, ciertos textos de Julio Cortázar, como «El otro cielo» (en *Todos los fuegos el fuego*, 1965). Aquí, los pasajes que atraviesan la ciudad son como un anillo de Moebius que, en súbita torsión, transportan al protagonista a otra dimensión espaciotemporal. Desde el Pasaje Güemes, en la Buenos Aires de los años 40, en donde vive una vida sin entusiasmos ni imprevistos, se desliza a la Galerie Vivienne, en el París de 1870, peligroso pero vital – o al menos, percibido así.

Esa alma secreta de Buenos Aires que fue siempre París para el imaginario argentino, encuentra en «El otro cielo» una realización textual de carácter más o menos fantástico. En *Rayuela* (1963) por el contrario, el pasaje de Buenos Aires a París y viceversa está anclado en la realidad. El libro se divide en dos partes («Del lado de allá» y «Del lado de acá») así como la ciudad se divide en dos – o más bien, así como existe una única ciudad virtual, que es a la vez París y Buenos Aires. Una existe porque existe la otra, que es su doble, o su alma.

Llevando a sus últimas consecuencias estos postulados, Cortázar llega, en *62. Modelo para armar* (1968) a definir Buenos Aires a partir de su ausencia. Las ciudades en que se desarrolla la acción son París, Londres, Viena... nunca Buenos Aires. Pero Buenos Aires está allí, visible como un agujero en una trama.

El espacio de los acontecimientos, el espacio de la realidad cotidiana, no es en el léxico de los personajes «la ciudad» sino «la zona». «La ciudad», en cambio, es un espacio alucinatorio en el que confluyen todas las ciudades. Acceder a ella no depende de la voluntad de los personajes: es la ciudad misma quien los lleva, los absorbe, sin que ellos puedan preverlo ni evitarlo. La ciudad es una entidad viva, ciega como el destino y, como el destino, implacablemente activa. Es ella quien arma el recorrido de los protagonistas, sus encuentros, sus odios y su muerte. Por eso, como a un personaje, se la nombra con mayús-

cula: es «la Ciudad», aunque en cierto momento el narrador, quizá para exorcizar su poder, aclare que

> ... en adelante se mencionará sin mayúscula pues no hay razón para extrañarla – en el sentido de darle un valor privilegiado por oposición a las ciudades que nos eran habituales (p. 22).

Pero hasta qué punto esta onírica ciudad-collage es una proyección, implícita o negada, de Buenos Aires, lo revela al lector un poema que se inmiscuye en la narración, a la manera de una premonición o un sueño:

> Entro sin saber cómo en mi ciudad, a veces otras noches
> salgo a calles o casas y sé que no es mi ciudad,
> mi ciudad la conozco por una expectativa agazapada,
> algo que no es el miedo todavía pero tiene su forma y su perro y cuando es [mi ciudad
> sé que primero habrá el mercado con portales y con tiendas de frutas
> los rieles relucientes de un tranvía que se pierde hacia un rumbo
> donde fui joven pero no en mi ciudad, un barrio come el Once en Buenos [Aires, un olor a colegio,
> paredones tranquilos y un blanco cenotafio, la calle Veinticuatro de [Noviembre
> quizás, donde no hay cenotafios pero está en mi ciudad cuando es su noche (p. 32).

Ésta es, en un orden de progresiva desencarnación, la última imagen que nos ofrece la ciudad: un montaje alucinado de veredas y plazas, que no existe en ninguna parte.

Pero más allá, o dentro de esa labilidad fantasmal siguen pulsando, ni siquiera secretas, las imágenes que a lo largo de cuatro siglos y medio han edificado su trama y su sentido – si no para nuestros pasos, al menos para nuestra memoria o nuestra escondida búsqueda de mitos. Buenos Aires asediada e inconquistable, definida por ese imposible deslinde entre el centro y la nada que es el arrabal, suspendida entre la utopía apenas formulada y la añoranza de lo que nunca fue; esbozada por las crónicas, sostenida por la poesía, magnificada por la letra y la música del tango, impuesta por los personajes de incontables novelas escritas y por escribir. Una ciudad que, de tanto parecerse a todas, no se confunde con ninguna: una ciudad que todavía no ha terminado de fundarse a sí misma.

Porque desde 1536 Buenos Aires persigue su forma definitiva en el papel, busca el trazado de su mapa en las palabras, se adelanta a su reflejo textual para dejarse otra vez atrapar por él y volverse nostalgia, en aras quizá de esa insoslayable empresa que Borges, en *Fervor de Buenos Aires* (1923), atribuyera a una «Calle desconocida»: la de volverse «tan real como un verso».

ROSALBA CAMPRA

Capítulo 2

La ciudad futura

Sueño ir por Buenos Aires
y con Sabat tomar un café
para volar un ratito con las alas de Gardel.
Un sueño del 2001 y del 3000 también.
"Ídolo de los quemados", canción de
León Gieco, 2001

Hacia mediados de los 90 se comentaba en mi ciudad natal de Córdoba un doble fenómeno ampliamente difundido por la prensa local. Por una parte, que se había descubierto a un grupo de niños indigentes bautizados por la prensa como los *niños Ninja* que vivían en los túneles que vuelcan las aguas de lluvia en la Cañada, de donde salían para mendigar o robar por el centro. Por la otra, que una seguidilla de robos en departamentos céntricos se debía a unos *hombres araña* que nadie había visto pero que supuestamente se descolgaban con cuerdas desde las terrazas y entraban por los balcones abiertos, haciendo gala de una inmensa sangre fría a decenas de metros de altura. Más allá de la existencia real de unos u otros, cabe preguntarse qué papel cumplía en el imaginario social cordobés de esos años semejante fauna de seres extraños, esos supuestos *niños Ninja* y *hombres araña* que parecían amenazar e invadir la ciudad desde los cielos y las entrañas de la urbe. ¿Cómo se relacionaban esos mitos urbanos, fruto de la fértil imaginación de los cordobeses, con el proceso de creación de una ciudad imaginaria, superpuesta y a veces transformadora de la ciudad física real que se venía verificando en la última década a impulsos de la globalización y el neoliberalismo? Y más aún, ¿cómo se representaban esos mismos temores inconscientes en las novelas de anticipación que para la época imaginaban el futuro de la Argentina?

Es sabido que la ciudad y sus representaciones se crean mutuamente: nosotros construimos una ciudad y ella nos impone formas de pensarla y de pensarnos. Más allá de su realidad material (sus calles y edificios, plazas, tiendas, monumentos, parques), cada ciudad es también una comunidad imaginada a diario por sus habitantes, quienes al vivirla y recorrerla elaboran un "mapa mental" de sus espacios físicos y sociales y crean una "imagen virtual que sustituye a la física" (Botero Villegas, 1997: 113-116). Esa ciudad imaginada se representa en discursos, películas, postales, periódicos, canciones, chistes, obras de ensayo y de ficción, y confluyen en ella las experiencias, los deseos, las frustraciones y los mitos de quienes la habitan. Por eso, el modo particular en el que artistas y escritores imaginan lo urbano ya está predeterminado por las representaciones de la ciudad en el imaginario colectivo de sus pobladores. Dicho de otro modo, en su materialidad y su simbolismo cada ciudad constituye un *texto* que se puede leer, siendo su arquitectura y su configuración espacial la *gramática* que lo organiza (Remedi, 1997: 346 ss.). Si cada ciudad es un texto colectivo que "vehiculiza y almacena una cultura, una memoria, un conocimiento, un saber, una narración de su historia" (ídem: 349), cabe preguntarse qué inscribió el neoliberalismo en las páginas de ese texto, cómo se trasladó ese vocabulario nuevo al imaginario colectivo y cómo se transcribió asimismo en la literatura de anticipación que nos ocupa.

Cada transformación de la ciudad, cada nueva distribución poblacional, cada recién creado multicine o megamercado, nos habla de nuevas maneras de relacionarnos con la cultura urbana. Con cada edificio que desaparece o se transforma en otra cosa se silencian saberes y memorias colectivas: la conversión en centros comerciales y de entretenimiento de la tradicional escuela Olmos en Córdoba o el Mercado de Abasto en Buenos Aires ejemplifican el olvido de aspectos clave del pasado y la irrupción de un presente ahistórico y globalizado. En el actual Patio Olmos de Córdoba, por ejemplo, el rescate de una vieja escalera interior y la conservación de los muros exteriores pretende ser una concesión a los deseos preservacionistas de los historiadores, y sin embargo lo que queda es apenas una cáscara desprovista de referentes y desconectada de toda verdadera experiencia de *continuidad* o *significación* de la historia. El Patio Olmos ilustra así a la perfección lo que Beatriz Sarlo (1994a: 19) señala respecto de la ausencia de historia en los modernos shoppings: "La historia es usada para roles serviles y se convierte en una decoración banal: preservacionismo fetichista de algunos muros como cáscaras". Claro está que estas destrucciones y reconstrucciones de la ciudad imaginaria no son fortuitas ni azarosas porque cualquier política urbana que se aplica sobre la ciudad física se enmarca en la ideología general y las políticas

particulares de cada momento histórico. No se puede desglosar el urbanismo y la arquitectura de las prácticas de poder, y así lo entiende Graciela Silvestri (1998: 57) cuando rastrea el desarrollo de la arquitectura argentina desde los años 50 (momento en que se la entendía como arte y disciplina intelectual) hasta los 90, cuando pasó a ser "representación del poder y del prestigio"; el golpe militar de 1976 constituye el punto de inflexión entre ambas concepciones.

La Buenos Aires de los 90, la ciudad que Silvestri tiene en mente, ilustra ese proceso a través de los ambiciosos megaproyectos urbanísticos concluidos o propuestos –Puerto Madero, el Tren de la Costa, el Abasto, la aeroísla– además de otros signos de la globalización como las autopistas que conectan la ciudad a urbanizaciones privadas y ciudades satélites, los nuevos shoppings a imitación de los *malls* norteamericanos, los edificios inteligentes y las supertorres de viviendas. Fueron éstos los signos más visibles de un cambio profundo, emprendimientos urbanísticos que Adrián Gorelik (1997: 8) llamó "postales de la modernización" por lo que tienen de imitativo, y que Jorge Liernur (1997: 19), con referencia al nunca completado aeropuerto en la aeroísla, llamó *simulacros* del Primer Mundo: "El simulacro ofrecerá al viajero ideal que descienda en la isla de los sueños presidenciales [de Menem] las mismas emociones civilizadamente controladas del paradigma que sugiere un gigantesco Club Mediterranée". Renovaciones urbanas que, según Silvestri, no sólo continuaron la filosofía de los proyectos faraónicos bajo la dictadura militar –las autopistas de Osvaldo Cacciatore en Buenos Aires, los volúmenes deshumanizados del arquitecto Jaime Roca en Córdoba– sino que además culminaron el sometimiento de la arquitectura a la visión globalizadora del neoliberalismo.

La contrapartida de estas postales y simulacros primermundistas en los 90 fue la "fractura social y urbana" (Gorelik, 1997: 9) que afectó el espacio físico y mental de las ciudades argentinas a partir de la creciente brecha de ingresos entre las clases altas, las medias y las bajas. Si como señala James Petras (1997: 23-24) el neoliberalismo polariza la fuerza laboral y la divide en estancos más o menos fijos, esto se traduce en ciudades cada vez más compartimentadas en espacios físicos que no interactúan entre sí. En otras palabras, la polarización social del neoliberalismo se acompaña de una polarización espacial y de la formación de sectores territoriales cada vez más incomunicados, verdaderos guetos urbanos que se definen no por pertenencia racial o cultural sino por su ubicación en el sistema excluyente del mercado, con lo que el crecimiento urbano tradicional que antes se producía en forma de mancha de aceite o de tentáculos extendidos se ve reemplazado por un diseño fragmentario de islas y guetos segregados (Iliana Mignaqui, citada por Rocco-Cuzzi, 1999:

7). En Buenos Aires en particular, esto significó el acentuamiento de las diferencias entre sectores tradicionales claramente demarcados: "Buenos Aires ha dejado de ser una ciudad típicamente *clasemediera*. Su paisaje social exhibe tres zonas claramente *diferenciadas*: el norte más rico; el sur pobre y una amplia franja donde los sectores medios pelean por mantener su nivel de vida [...] la pobreza (y, claro, la riqueza) han evolucionado hacia zonas de *concentración geográfica* cada vez más delimitadas" ("Mientras aumenta la pobreza, se reduce la clase media en Capital", *Clarín Internacional*, 28 de mayo-3 de junio de 1996, p. 12).[1] Como resultado, esos destellos del Primer Mundo que aparecieron en partes de la ciudad bajo la forma de megaproyectos y nuevos complejos habitacionales de alto ingreso contrastaron con crecientes enclaves y bolsones de pobreza, como el cordón de la zona sur desde San Telmo hasta Mataderos; no es entonces de extrañar que la población total de la Capital Federal aumentara un modesto 2,5 por ciento entre 1991 y 1998, pero un notable 65 por ciento en las villas de emergencia (Vinelli, 1999: 12).

Los cambios estéticos y espaciales en las principales ciudades argentinas durante la década y media que nos concierne no parecieron ser tanto el resultado de genuinos proyectos de renovación urbanística cuanto de las fuerzas económicas de la globalización.[2] Que Buenos Aires y en menor medida Córdoba y Rosario se llenaran de imágenes urbanas que imitan a las ciudades centrales del planeta a la vez que se fragmentaban social y espacialmente en nuevos guetos internos, es parte de lo que Damián Tabarosky (1997: 5) considera una imagen urbana sobredeterminada "no por un proyecto cultural sino por un modo de organización económica". En este sentido, si bien las políticas urbanas neoliberales tienden a asociarse con el gobierno menemista, hay cierta lógica interna propia de las transformaciones que tuvo que ver menos con políticas partidarias individuales que con una mentalidad acrítica frente a la globalización, como bien demuestra la gestión de Fernando de la Rúa en la Capital Federal, que continuó algunos megaproyectos como Puerto Madero y el Proyecto Retiro: "Lo único que ha hecho [respecto de los megaproyectos] el gobierno autónomo [de De la Rúa] en su primer año fue celebrar su continuidad; ratificar, con un *dictum* francamente menemista, la preeminencia privada sobre el interés público", criticaba Adrián Gorelik (1997: 11) unos años antes de que De la Rúa asumiera la presidencia del país.

Se puede tomar el ejemplo de Los Ángeles bajo Ronald Reagan para entender que lo sucedido a las ciudades argentinas bajo el neoliberalismo en materia de transformaciones urbanas y polarización social fue parte de un fenómeno mundial. Según explica Mike Davis (1992: 227), los años 80 trajeron el retraimiento de las clases medias y altas a barrios privados con alta seguridad electrónica, el aumento de las compañías privadas de vigilancia, la privatización de ciertas playas exclusivas, el traslado de la vida social desde las calles a los shopping malls en desmedro de la experiencia peatonal, la mayor inaccesibilidad o incluso el cierre de los parques públicos, la desaparición de servicios sociales para los indigentes y el énfasis en la represión más que en la prevención del delito a través de la militarización y la tecnologización de la fuerza policial. Todo esto refleja una filosofía de lo urbano que se basa en la exclusión y la paranoia, y como resultado una ciudad que era en esencia multicultural y multirracial se transformó en un salpicado de sectores pobres y ricos cuyos bordes se tocan pero jamás interactúan, algo que Davis califica de "creciente sudafricanización de las relaciones espaciales" en Los Ángeles. Así, las metáforas con las que Davis se refiere a las transformaciones socioespaciales de Los Ángeles –ciudad panóptica, ciudad fortaleza, endurecimiento de la superficie urbana, zonas de guerra urbana, sintaxis arquitectónica neomilitar– prestan imágenes útiles para entender las transformaciones urbanas que se aceleraron en la Argentina de los 90.

En la literatura de anticipación universal pareciera existir cierto especial deleite por describir el colapso de las ciudades y de todo lo que ellas representan como *locus* de la (in)civilización. Como señala Mike Davis (1998), ya a comienzos del siglo XIX aparecen novelas que describen el fin de las ciudades a causa de desastres naturales o sociales: *Le Dernier Homme* de Jean-Baptiste Cousin de Grainville en 1805, *El último hombre* de Mary Shelley en 1826, *Los últimos días de Pompeya* de Edward Bulwer-Lytton en 1834. Para Davis, inferir una lección moral o política de la catástrofe urbana es parte de la tradición apocalíptica misma, y como es de prever su auge coincide con los períodos de mayor pesimismo político. Así, el género casi desapareció entre 1850 y 1880, reemplazado por novelas futuristas como las de Julio Verne, llenas de optimismo y confianza en la ciencia, pero resurgió con renovado ímpetu después de la Comuna de París y las crisis de fin de siglo, con nuevas descripciones de razas inferiores que destruyen la civilización, soles que se apagan causando el fin de la humanidad, armas inconcebibles en manos de sub-

1. Una manera de medir la división creciente entre un norte rico y un sur pobre es a través del valor del suelo: la diferencia de precio entre el metro cuadrado en los barrios del norte y los del sur era de 5 por ciento a 10 por ciento antes de 1991, pero en 1999, al cabo de la década menemista, esa diferencia había crecido a 20 o 30 por ciento y hasta en algunos casos 100 por ciento (Rocco-Cuzzi, 1999: 6).

2. Para un breve repaso de las diferentes etapas por las que pasó Buenos Aires desde la tradicional ciudad clasemediera y europeizada hasta la actual ciudad fragmentada y con rasgos latinoamericanizados que comenzó a formarse a fines de los 70, véase Agostinis (1999).

seres y otros cataclismos por el estilo. En el caso de Estados Unidos, la literatura apocalíptica urbana es extraordinariamente prolífica, y Davis contabiliza nada menos que 138 novelas y películas entre 1909 y 1998 que tratan de la destrucción de Los Ángeles en un futuro posapocalíptico. Sus razones tienen que ver con la ansiedad racial producida por los cambios urbanos, la histeria de la población blanca ante la invasión de las razas "inferiores", los temores a una hecatombe nuclear durante la Guerra Fría, o incluso la creciente conciencia ecologista en una nación altamente industrializada. En la Argentina, como iremos viendo en las páginas que siguen, la imagen novelística de ciudades mutantes, en crisis, posapocalípticas o sometidas a potencias extranjeras respondió más bien a temores más acotados que tienen que ver con el impacto de la globalización neoliberal en un país periférico.

Es de notar que en los casos norteamericano y europeo, el auge de la literatura apocalíptica urbana coincidió con el período de darwinismo social y brutal expansión capitalista de fines del siglo XIX: "Una literatura mayormente escrita por y para las clases medias urbanas mostraba el costado pesadillesco –caos y violencia como la manifestación necesaria de la «ley del más fuerte»– del crudo darwinismo social que era la inmisericorde ética de la época" (Davis, 1998: 286). No por coincidencia, esa visión de las postrimerías del siglo XIX a que hace referencia Davis tiene más de un punto de contacto con la nueva versión socialdarwinista del capitalismo globalizado y excluyente de las últimas décadas del siglo XX, cuando en la Argentina se escribieron las novelas de anticipación que nos interesan. En pocas palabras, las imágenes de la ciudad en crisis que nos entregan estas novelas argentinas forman parte de construcciones culturales que surgen de un presente neoliberal globalizado, con escenas urbanas que se entremezclan, superponen, contradicen y en última instancia compiten con las postales y los simulacros primermundistas de la ciudad oficial. A contrapelo de esas postales y simulacros, las novelas de anticipación ofrecen inquietantes urbes distópicas, posapocalípticas, "guetoizadas", internacionalizadas o invadidas por la naturaleza; visiones todas de un futuro de pesadilla donde aquellos *niños Ninja* y *hombres araña* imaginados por los cordobeses se encontrarían perfectamente a gusto.

La ciudad "guetoizada"

Tras dos décadas de globalización y neoliberalismo nadie pone en duda que el mundo del trabajo se transformó profundamente. La flexibilización laboral, los cambios tecnológicos y organizativos en las empresas, la disminución de la sindicalización, fueron todos aspectos de una verdadera revolución que para algunos optimistas implicó el potencial de un trabajo más eficiente y en consecuencia un mayor tiempo libre, y para otros por el contrario representó una mayor precarización del empleo, una menor retribución de los esfuerzos y una más desigual distribución de los beneficios. Zygmunt Bauman (1999: 14) señala que la creación de riqueza en el estadio actual del capitalismo posindustrial ya no se asocia necesariamente con la fabricación de objetos y que los pobres hoy ni siquiera son un bien explotable; el politólogo John Holloway, en cambio, aduce que si bien es innegable el retroceso sufrido por las fuerzas laborales ante los procesos de automatización, no estamos asistiendo a la desaparición del trabajo tanto como a su transformación: "El trabajo material sigue siendo central porque no podemos comer información ni vestirnos con ella. [...] Sentarse ocho horas frente a una computadora no es menos manual que sentarse frente a un telar" (citado por Kohan, 1999: 15). Lo cierto es que el empleo existente es para cada vez menos personas que reciben menos remuneración en medio de una mayor inseguridad y que el mundo laboral está sujeto a una redistribución del ingreso bajo nuevas condiciones: "El neoliberalismo y la reestructuración productiva no apuntaron hacia la abolición ni el rechazo al trabajo, sino hacia la polarización, la precarización, el desempleo estructural, la marginación de los sindicatos" (De la Garza y Campillo, 1998: 263). Es decir que se trató de un nuevo modelo económico de "neolaboralismo" (Kesselman, 1996: 23) como expresión de la necesidad de flexibilizar el trabajo para maximizar la ganancia, en un sistema que "incluye por definición la informalidad laboral, el desempleo, el subempleo, la desprotección laboral y, consecuentemente, la pobreza" (Grassi, Hintze y Neufeld, 1994: 5).[3] Como complemento de esta redefinición donde "la precariedad del empleo está reemplazando a la estabilidad como régimen dominante de la organización del trabajo", se produjo un cambio en la identidad del ser social –explica el sociólogo francés Robert Castel– porque todo sujeto excluido del mundo del trabajo estable se ve tratado como un paria (entrevista de Viglieca, 1997: 6). La falta de empleo estable trasciende la problemática económica y se transforma entonces en una cuestión existencial al poner en duda la identidad misma del individuo como ser social, identidad que antes constituía una parte esencial de los procesos modernizadores.

3. Atilio Borón (1999: 80-81) señala que incluso en Europa el neoliberalismo creó la llamada "sociedad de los dos tercios", donde un tercio de la población no puede reconvertirse laboralmente y queda por lo tanto excluido y marginado; pero en América Latina, indica, las proporciones son inversas ya que dos tercios son excluidos mientras el restante disfruta de los beneficios del nuevo sistema.

Esta novedosa cartografía de la pobreza se traduce en nuevos mapas de una ciudad fragmentada y guetoizada social y espacialmente. Se trata de la desintegración de la ciudad como sitio de comunidad y de su reemplazo por fragmentos sociales dispersos y sin lazos entre sí, algo que Néstor García Canclini (1997: 81), entre otros, observa en las últimas décadas al estudiar el deterioro de los centros históricos y el nacimiento de una cultura suburbana en América Latina: "Cambian los usos del espacio urbano al pasar de ciudades centralizadas a ciudades multifocales, policéntricas, donde se desarrollan nuevos centros a través de los shoppings". Así, desde los años 70 las principales capitales de América Latina comenzaron a experimentar lo que Jorge Liernur (1997: 15-16) llama una "losangelización" o "manhattanismo" de la planta urbana acompañada de rasgos tercermundistas propios: el abandono del centro y el deterioro de su infraestructura, la aparición de centros comerciales y de entretenimiento alternativos en las periferias para servir a los nuevos sectores acomodados; la creación de barrios vigilados, cercados o inaccesibles físicamente para los sectores bajos; el debilitamiento de los tradicionales ejes identitarios comunitarios que unían a todas las clases sociales bajo una identidad compartida, al desaparecer los sitios urbanos de uso colectivo. Este proceso de polarización espacial se produjo en la Argentina con cierto retraso respecto del resto de América Latina, tal vez por el mayor peso relativo de sus clases medias y la mayor tradición europeísta de sus plantas urbanas, con lo que la fragmentación que apareció tempranamente en Santiago de Chile, Bogotá o Montevideo en los años 70 comenzó a notarse en las principales ciudades argentinas desde fines de los 80, en coincidencia con el auge del modelo neoliberal. Por eso el cambio fue más súbito, radical y traumático e impactó con mayor fuerza en el imaginario de sus habitantes, como muestran las imágenes distópicas de lo urbano en las novelas de anticipación.

Esa Buenos Aires guetoizada del neoliberalismo que según Adrián Gorelik (1997: 9) incluía "desde la instalación de garitas de vigilancia en las esquinas de los barrios residenciales altos y medios, hasta la conversión de los viejos countries en residencia permanente, pasando por la ostensible retirada de la clase media de la escuela pública o el creciente reemplazo del transporte público por el privado individual", es la que describe *La muerte como efecto secundario* de Ana María Shua. Publicada en el mismo año que el artículo de Gorelik, la novela de Shua se ambienta en un impreciso futuro en que el empobrecido Estado nacional está prácticamente a punto de desaparecer, quedándole como uno de sus pocos recursos la expropiación de viviendas de los ciudadanos que llegan a la vejez. Calificada indistintamente de "visión posmoderna de apocalipsis" (García-Corales, 2001: 137), "alegoría de la nación" (Flori, 2001: 153) o in-

cluso "utopía negativa" (la autora misma en entrevista de Buchanan, 2001: 324), *La muerte como efecto secundario* es una perturbadora anticipación del destino nacional que tiene ecos del conocido relato de Adolfo Bioy Casares *Diario de la guerra del cerdo,* de 1969, sobre una Buenos Aires donde ser anciano es un delito y donde los jóvenes se dedican a matarlos. En la visión futurista de Shua, los ancianos están obligados por ley a internarse en centros geriátricos eufemísticamente llamados "casas de recuperación", donde esperan la muerte convertidos en virtuales prisioneros mientras las autoridades de esos centros usufructúan el alquiler de sus viviendas. En ese contexto se relata el conflicto interior del protagonista, un hombre de mediana edad que debe optar entre el deber ciudadano de entregar al padre enfermo a una de las casas de recuperación sabiendo que allí ha de morir ("Quedarse con un viejo en esas condiciones está prohibido, severamente penalizado y mal visto por la mayor parte de la sociedad", 53) y el deber filial de protegerlo en la vejez aun desobedeciendo la ley. Eventualmente, el hijo rescata a su padre y huye con él a una comunidad rebelde de Viejos Cimarrones que vive autogestionariamente en un barrio tomado en las afueras de Buenos Aires, para que termine allí sus días en paz.

Más allá de una serie de cuestiones interesantes que tienen que ver con la problemática de las relaciones familiares, el conflicto entre padres e hijos e incluso la competencia por el poder entre machos, esta novela interesa por las imágenes de una Buenos Aires guetoizada que nos muestra en plena segunda mitad de la década menemista. Se establecen en ella una serie de espacios identitarios que compiten entre sí –el hogar paterno, el hospital donde se opera al padre, la casa de recuperación donde se lo debe internar, las comunas de Viejos Cimarrones en las afueras de Buenos Aires– con el trasfondo de una ciudad fragmentada por la violencia y la crisis social ante la falta de un Estado regulador. En esa Buenos Aires del porvenir, los taxis están blindados como "pequeñas fortalezas rodantes" para protegerse de los asaltantes que esperan en los semáforos y el escaso transporte público es para los pobres infelices "que no tienen nada que perder" (17, 63). Las calles son tierra de nadie y los que desean pasear sin temor a robos deben hacerlo en "caminódromos" vigilados en los que "por una entrada módica es posible caminar hasta hartarse" (18), los hospitales tienen refugios en la puerta "para protegerse de los mendigos" (48), los negocios cuentan con vidrios blindados y barrotes electrificados contra los merodeadores (62). Se trata de una ciudad sometida a una violencia ubicua, imprecisa, de signo abierto ("no sabían si [el ataque] había sido un atentado guerrillero, una venganza de traficantes de drogas, un robo profesional disimulado como un ataque vandálico, la acción de alguno de esos grupos religiosos que reivindican

la violencia, o un verdadero ataque de vándalos", 200), como corresponde a una sociedad casi sin organismos reguladores y presa de un miedo generalizado al prójimo.[4]

Esta Buenos Aires de Shua es la materialización extrema del modelo de convivencia (o falta de ella) que se acentuó en la Argentina de los 90, caracterizado por el aislamiento de la población, la obsesión por la seguridad personal (barrios privados con garitas, supertorres vigiladas, casas convertidas en fortalezas) y la vigilancia paranoica de los espacios privados y públicos contra una delincuencia real o imaginada; las ciudades se llenaron de aquello que Umberto Eco y Furio Colombo llaman "zonas vietnamizadas", que rodean como un mar hostil a los islotes resguardados de los más pudientes (citados por Pegoraro, 1999: 16). "A una sociedad que ha decidido enrejarse como respuesta equivocada a un problema real, el gobierno le replica con más rejas, encerrando los espacios que en la historia de Buenos Aires han sido los modelos y motores de un imaginario de integración social y cultural", comentaba Adrián Gorelik (1998: 48) al discutir la colocación de enrejados alrededor de parques y plazas públicas. Como complemento de ese miedo generalizado, los 90 vieron crecer la *anomia* social entendida como un *sálvese quien pueda* o ley de la selva en contradicción con valores tradicionales como la solidaridad, el compañerismo y la ayuda al prójimo, aumentando los comportamientos incivilizados a la vez que se debilitaba la función del Estado como fiscal del contrato social.[5]

4. El aumento en los delitos contra la propiedad es correlativo a la creciente brecha en la distribución de ingresos en la década y media que estamos contemplando. Tan sólo en el Gran Buenos Aires los robos y hurtos denunciados casi se triplicaron entre 1985 y 1997, pasando de 64.008 a 164.246 (Campanario, 1999: 5). Según la Cámara Argentina de Empresas de Seguridad e Investigación, entre 1995 y 1999 la facturación por servicios de seguridad en todo el país aumentó casi 30 por ciento y pasó de 700 millones a 900 millones; el personal de vigilancia privada aumentó en diez años de treinta mil a ochenta y cinco mil mientras la población adquiría portones blindados, garitas de vigilancia y alarmas electrónicas; tan sólo en 1998, 42 por ciento de los porteños declaró haber sufrido algún tipo de robo, y el número de armas en manos privadas en Capital Federal y el Gran Buenos Aires saltó a un millón, mientras que el uso de remises llamados por radio en vez de taxis tomados en la calle subió un 30 por ciento (Arbiser, 1999: 36).

5. "El concepto de anomia se refiere fundamentalmente a la ausencia de reglas que medien la relación de las diversas partes de una sociedad" (Isuani, 1999: 32). Alberto Barbeito y Rubén Lo Vuolo (1992: 8) coinciden en este punto al atribuir la anomia no a un problema moral sino a la desintegración del modelo de Estado de bienestar y su reemplazo por el modelo neoliberal regido por el mercado: "Pese a la recuperación del Estado de derecho en el orden político, esta situación [la crisis del Estado de bienestar] derivó en un generalizado ambiente de anomia social, que favorece el avance de las acciones tendientes a la desregulación normativa de las instituciones públicas en favor de la regulación «automática» de las fuerzas del mercado".

En la novela, esta combinación paralizante de miedo y anomia ciudadana se aprecia en la impactante escena en la que el protagonista decide no intervenir cuando se produce un asalto en el departamento vecino: "Cuando escuché los golpes y las detonaciones hice lo que hacemos todos: me aseguré de que los mecanismos de seguridad de mi departamento estuvieran funcionando. Puse música a todo volumen para no escuchar los gritos, me encerré en el baño y abrí la ducha. [...] Quería y no quería saber lo que estaba pasando en el departamento de abajo" (58). Por lo demás, el protagonista se siente justificado en su inacción por la notoria pobreza y marginalidad de delincuentes y mendigos, algo que los convierte en amenazantes "otros": así, entre los que atacan el departamento vecino se cuenta "un anciano de barba crecida con una pierna de palo" (59), los que caen electrocutados por acercarse demasiado al cristal blindado de una armería son "un hombre y una mujer mal vestidos" (62), los que entran a robar drogas en la casa de recuperación llevan "varias capas de ropa superpuestas en forma tan caótica que hacía pensar en locos, en vándalos" (143). Esta insensibilidad, producto de la anomia, se traduce en la novela en todo tipo de comportamientos que muestran una indiferencia generalizada ante el sufrimiento ajeno así como cierto regodeo por la exhibición pública del dolor. Éstos van desde la popularidad del Canal de los Suicidas que muestra videos de muertes filmadas por camarógrafos aficionados, hasta los chicos de clase alta que para divertirse torturan a un perro metiéndole tres tornillos en la cabeza, pasando por las casas de recuperación mismas donde los hijos ponen a morir a sus padres dando muestras de un gran distanciamiento emocional.

Como resultado del miedo, la anomia y la inseguridad pública, el espacio ciudadano en *La muerte como efecto secundario* se divide en guetos o islas urbanas, con los ricos protegidos en "la relativa seguridad de [las] calles plácidas, arboladas" de sus barrios cerrados, los más pobres en barrios tomados que alguna vez fueron de clase media y ahora "van sufriendo un proceso de degradación", y el resto de la población como habitantes de una imprecisa "tierra de nadie" en la que se ha convertido casi toda Buenos Aires (163-165). Por eso, en la novela abundan los contrastes entre la miseria y la abundancia, que a veces pueden coexistir en un mismo espacio. En el hospital donde se opera al padre del protagonista, las salas arruinadas contrastan con los modernos aparatos médicos; en la casa de recuperación, las sonrisas falsas de los empleados contrastan con la patética presencia de los ancianos enfermos; en la vieja estación de trenes de Retiro, se instala un lujoso decorado para una fiesta de ricos que contrasta con la pobreza de todos los días: "Para la mayoría de la gente, la estación Retiro era un lugar feo, deteriorado, sucio, marginal. [...] Sin embargo, para quien pudiera desprenderse de esa visión cotidiana y su-

perficial, el palacio ya estaba allí, debajo y detrás de la basura, de la gente, de los puestos de venta de chorizos, alpargata, vino, pañuelos, golosinas, limones, ajos, ilusiones" (202-203). Incluso la profesión de maquillador del protagonista, como veremos en el capítulo 3, referente a la política como espectáculo, alude a la superposición y el ocultamiento de realidades opuestas.

El único espacio alternativo a esta ciudad de contrastes pareciera ser el de las comunas de Viejos Cimarrones, ancianos rebeldes que se niegan a morir en las casas de recuperación y forman grupos armados de autodefensa en barrios tomados de las afueras de la ciudad, sobreviviendo a duras penas en lucha con las autoridades y con las poblaciones salvajes que los rodean.[6] Sin embargo, la comunidad donde se refugian el protagonista y su padre, separada de las villas miseria circundantes por cercas eléctricas y guardias armados, resulta ser una versión apenas exagerada de cualquiera de los barrios en decadencia que hoy buscan autoprotegerse de sus vecinos más pobres en las ciudades argentinas –por ejemplo, el barrio del Arca que describen Minujin y Kessler (1995): "En la calle que marca la frontera con la villa hay un pequeño puesto de madera donde un señor mayor toma mate. Parece una casilla de guardabarrera que sobrevivió a la muerte del tren. «Seguridad privada.» Todos los vecinos del barrio pagan 10 pesos por mes para mantener un puesto de vigilancia en el que se turnan dos jubilados de la policía bonaerense" (Minujin y Kessler, 1995: 197). Lejos de toda idealización, en la comunidad de Viejos Cimarrones tampoco se establecen plenamente los lazos de solidaridad que han ido desapareciendo de la sociedad ya que no se aceptan miembros que no traigan consigo algo de valor para la comunidad (el protagonista debe simular ser esclavo de su padre para que se les permita ingresar), y se reproducen allí las mismas relaciones jerárquicas y utilitarias que signan la vida en la ciudad: "La gente de la zona no se mete con nosotras. Nos respetan porque nos necesitan" (223). En suma, con un Estado que ha abdicado del papel de árbitro entre las clases, casas de recuperación cuyos cuerpos privados de seguridad tienen por único propósito asegurar el lucrativo comercio de mantener a los ancianos encerrados, Viejos Cimarrones obligados a una violenta autodefensa y clases pudientes aisladas entre los muros de sus barrios para protegerse de menesterosos y delincuentes, la novela de Shua es una inquietante alegoría de esa "situación hobbesiana de guerra de todos contra todos" con la que Ernesto Isuani (1999: 47) describe la Argentina de fin de siglo. En ese Estado minimalista de "capitalismo radical anárquico" (Hinkelammert, 1990: 87), la fuerza pública ha pasado a manos de los individuos y el espacio compartido de la ciudad se ha fragmentado en mil pedazos inconexos.

Mientras *La muerte como efecto secundario* elige mostrar las marcas urbanas o signos materiales de la guetoización de la ciudad (casas de recuperación, barrios tomados, caminódromos, taxis blindados), otras novelas de anticipación imaginan ciudades pobladas por lo que sociólogos y antropólogos llaman los *nuevos pobres*, seres marginados por el deterioro de sus lugares de vivienda pero además (y más traumáticamente) automarginados psicológicamente por la pérdida de sus certezas identitarias.[7] Si la Argentina era (o al menos se creía) una sociedad clasemediera por excelencia, la caída súbita y vertiginosa de amplios sectores de la población en condiciones de pobreza impensables unos años antes creó verdaderos guetos mentales tan excluyentes como los físicos. Claro está que el sentido común indica que los efectos psicológicos y la (auto)guetoización serán más dramáticos para aquellos cuyo declive ha sido más pronunciado y rápido, como es el caso de los nuevos pobres. Para éstos, la vivencia tendrá rasgos de apocalipsis, de pesadilla, de transformación siniestra de lo familiar en monstruoso. En particular esto último será determinante de una cierta manera de percibir el cambio, porque una característica de la nueva pobreza es que si bien se muestra como algo familiar (los nuevos pobres son en muchos sentidos semejantes a los pobres estructurales), es a la vez invisible. En efecto, los nuevos pobres hasta cierto punto pasan desapercibidos:

6. Los Viejos Cimarrones parecen una manifestación hiperbólica del fenómeno de los *okupas* u ocupantes ilegales de terrenos y edificios en las zonas urbanas y suburbanas: "A principios de los 80 adquieren dimensión significativa dos nuevos fenómenos: las tomas de tierras en el conurbano bonaerense y las ocupaciones de edificios abandonados y casas desocupadas en el ámbito de la ciudad de Buenos Aires. [...] A principios del año 90 se estimaba que ciento setenta mil personas habitaban en poco más de cien asentamientos nacidos de «ocupaciones ilegales» de tierras [...] las familias que ocupan ilegalmente un edificio suelen ser vistas como una amenaza, primero por sus vecinos más inmediatos y luego por el resto de la sociedad" (Agostinis, 1999: 264-266). Poco más tarde, la novela de Juan Martini *Puerto Apache* (2002) imaginaría a un grupo de *okupas* que crean una minirrepública independiente en terrenos tomados de la Costanera Sur.

7. En *La nueva pobreza en la Argentina*, Minujin y Kessler (1995: 41) hablan de tres categorías de pobres que deben considerarse a partir del empobrecimiento generalizado en la década del 90: los *pobres estructurales* que siempre fueron pobres, los *empobrecidos* de la clase media que sin haber entrado de lleno en la pobreza han perdido acceso a bienes y servicios que antes les eran fácilmente disponibles, y los *nuevos pobres* que pertenecían a la clase media y han pasado a la condición innegable de pobreza. Todos ellos son "perdedores", sostienen Minujin y Kessler, y la naturaleza de su tragedia es sólo una cuestión de grado (ídem: 41).

Mientras los pobres estructurales viven en barrios y enclaves reconocibles para todos, los nuevos pobres están dispersos y desorientados y cualquier edificio de clase media puede albergarlos, es una pobreza privada, de puertas adentro, invisible. (García Delgado, 1998: 170)

Esto es exactamente lo que ocurre en *El aire* de Sergio Chejfec, un texto novelístico que gira alrededor de las mutaciones sutiles que se producen en Buenos Aires mientras un porteño abandonado por su mujer se pasa los días esperándola inmerso en sus propios vericuetos mentales. Escrito en 1992 y ubicado en un futuro impreciso con pocas referencias directas a la escena contemporánea, es un relato que sin embargo alude a las transformaciones de la década, como señala acertadamente Beatriz Sarlo (1992: 10): "Chejfec piensa a Buenos Aires en tiempo futuro, leyendo en las marcas presentes un movimiento de pérdida espacial y mutaciones sociales". Estas pérdidas y mutaciones tienen que ver con la intrusión de lo nuevo y extraño en el terreno de la realidad familiar, siendo la ausencia de la esposa apenas un desencadenante que lleva al protagonista a fijar su mirada en otras ausencias y cambios hasta entonces desapercibidos. Páginas más adelante voy a referirme a la ciudad mutante que propone *El aire*, pero ahora deseo destacar la aparición de una nueva forma de vida que se ha ido infiltrando en el paisaje urbano sin que Barroso, el protagonista, lo advierta. La súbita (para Barroso) presencia de ranchos precarios construidos sobre las azoteas de los edificios –"ciudades elevadas y ocultas" (60), según las denomina un artículo periodístico que lee– constituye un dato inquietante porque, a diferencia de las viviendas pobres en las afueras de la ciudad con las que Barroso está familiarizado, los ranchos aéreos no se ven por estar allá arriba, donde no alcanza la vista. Recién al mirar desde un piso alto Barroso logra percibir esa vida pululante de los cielos que desde la calle nunca habría imaginado, y eso lo llena de perplejidad: "A lo lejos, en el sucio y fracturado horizonte urbano de la ciudad, Barroso divisaba nuevas cuadrillas de constructores encaramados a las azoteas" (111). Estos pobres no son como los que Barroso siempre conociera, y eso agrega algo a su desconcierto:

> ...estos pobladores eran esencialmente torpes para las actividades prácticas. Se subían a un banco con miedo, aferraban tablones y herramientas del modo menos simple, de la manera como resultaba más difícil, pesado y riesgoso. (110)

La novela jamás termina de explicitarlo porque su mirada es la mirada parcial y distraída de Barroso, pero queda en claro que estos nuevos pobres no están acostumbrados a trabajar con sus manos, faltos de los recursos de supervivencia típicos de la pobreza tradicional: "Las personas que ahora ocupaban azoteas eran distintas a las que decenas de años atrás habían ocupado terrenos" (137). Esto explica que Barroso los vea rumiando todo el día su vergüenza en las azoteas sin salir de su escondite en las alturas, pero por sobre todo explica la sensación de extrañamiento que produce su presencia en un lugar tan poco habitual como las terrazas de los edificios. Las azoteas han dejado de ser las azoteas, dice el narrador, y esos bolsones de pobreza instalados en el corazón mismo de Buenos Aires contribuyen a la sensación que transmite la novela de "una atmósfera a veces intolerablemente ajena y otras veces familiar" (16). El mismo efecto de familiaridad y extrañamiento se produce en Barroso ante el reemplazo de los trabajadores adultos por niños; éstos son más sumisos, ingenuos, voluntariosos y baratos, pero por sobre todo –indica el artículo periodístico– "a los niños les fascina trabajar" (168). Se los considera ideales para trabajar, por ejemplo, de serenos, porque "durante las noches, aterrados por el silencio, la oscuridad y los ruidos, se mantenían todo el tiempo alertas sin poder dormirse" (168) y hasta se comienza a reducir la escala física de fábricas, minas y hornos para adaptarlos al tamaño de los pequeños trabajadores. También le resulta llamativo a Barroso ver las grandes multitudes de personas sin dinero entabladas en largas discusiones frente a las vidrieras de los negocios, sin entrar a comprar "como si cada uno quisiera apropiarse, agotándolos, por medio de la conversación [...] de las razones y usos de los objetos exhibidos", y el hieratismo de esas "tribus flotantes" produce un efecto onírico que las hace asemejarse a los maniquíes de las vidrieras (53-55). Son los cambios relacionados con la nueva pobreza ("las terrazas tugurizadas, el empleo pueril, los huertos orgánicos instalados en los balcones de los edificios", 193) que sumados a otros aun más surreales, que discuto más adelante, forman parte de esa relativa invisibilidad que apenas cubre lo anómalo con que Chejfec nos enfrenta a la realidad de la década.

Otro relato que destaca la nueva pobreza y las modalidades del trabajo (o falta de él) es *Una sombra ya pronto serás* de Osvaldo Soriano. Si bien la historia no transcurre en las ciudades sino en el campo y los pueblitos de la provincia de Buenos Aires que recorren el protagonista y otros fracasados, es precisamente la falta de oportunidades en los centros urbanos lo que los empuja a ese viaje circular y sin salida. De hecho, con pocas excepciones los principales personajes son oriundos de una ciudad pero se han visto obligados a lanzarse a la aventura por quedarse sin alternativas en sus lugares de origen: el ingeniero Zárate viene de vivir en Roma, el falso italiano Coluccini antes fue dueño de un circo en Buenos Aires, la astróloga Nadia proviene de La Plata pero debió buscar nuevos horizontes por la enorme competencia en esa ciudad. Si a ellos se les suman los mú-

sicos de la orquesta sinfónica que viajan en un colectivo y el jóven físico que intenta emigrar a Cleveland con su pareja, es claro que si bien la ciudad no aparece en la novela ella se hace sentir como una poderosa fuerza centrífuga que expulsa de su seno a sus habitantes. La diferenciación social que en *Manuel de historia* se traducía en la separación entre args y funcionarios internacionales, y en *La Reina del Plata* entre internos y externos, en *Una sombra ya pronto serás* se determina por la posición de cada quien en el mundo del trabajo. El empleo estable llega a ser la cuestión central en la noción de ciudadanía: "Tener o no tener trabajo no implica solamente pensar en una cuestión de recursos económicos, desigualdades de ingresos o protección social sino, más aún, de dignidad humana, de «vivir o no vivir en sociedad»" (García Delgado, 1998: 166).[8] Si el trabajo es parte constitutiva de las identidades modernas –"elemento central de la *identidad social*" (Isla, Lacarrieu y Selby, 1999: 18)–, su precarización atenta contra la noción misma de pertenencia a la sociedad, por lo que en la novela de Soriano la frontera que separa a los *incluidos* de los *excluidos* del sistema es la posesión o falta de una ocupación redituable. Un rasgo común entre los fracasados que circulan por los caminos laberínticos de la provincia es que no tienen empleo fijo o que a lo sumo cuentan con rebusques en la nueva economía de libre mercado. De allí la recurrencia de términos como "hundirse", "abandonarse", "irse a pique" o "venirse abajo" que abundan en el relato. Por eso, mientras unos buscan la salida del país para perseguir fortuna en tierras extranjeras (Bolivia, Cleveland) y otros permanecen en la Argentina buscando sin descanso la idea salvadora que les permita escapar de la crisis (la quiromancia, la ruleta, el truco), el protagonista mismo se ve envuelto en todo tipo de incidentes picarescos para sobrevivir: come en la olla popular de una iglesia, hace trampa en un partido de cartas para quitarles dinero a los ricos del pueblo, elabora un programa de computadora para ganar en la ruleta.

8. El sociólogo alemán Ulrich Beck observa la pérdida identitaria del trabajador con relación a los cambios producidos alrededor del concepto de proletariado: "La primera modernidad formulaba el problema de la pobreza ante todo en términos de clase. La figura teórica que se utilizó, que utilizó Marx por ejemplo para su teoría del proletariado revolucionario, fue la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo. En la actualidad esta comprensión se anula porque los pobres no son esclavos puesto que su explotación no es necesaria. Ya no puede concebirse al proletariado como el ejército laboral de los países industrializados. En este sentido, han perdido su poder en el mercado laboral, son más bien expulsados del mercado laboral" (entrevista de Tatián, 1999: 1). En otras palabras, al transformarse el trabajo y perder su centralidad porque se hace fácilmente reemplazable y hasta excluible, la clase obrera pierde incluso su papel de portadora de proyectos alternativos. Como observa crudamente Viviane Forrester (1997: 19) en *El horror económico*: "Hay algo peor que la explotación del hombre por el hombre: la ausencia de explotación".

Ninguna ocupación de los personajes involucra una actividad verdaderamente productiva. Los pocos que alcanzan un éxito relativo son los que han cambiado su vieja ocupación por otra más acorde con la ola privatizadora y miniempresarial que parece caracterizar al neoliberalismo periférico. Un típico exponente de la nueva mentalidad es Barrante, un pobre individuo que recorre el campo a pie con un sistema de mangueras y duchas portátiles para peones de estancias. Barrante es un creyente convencido en la ideología de la libre empresa aunque su aspecto miserable contradiga su optimista visión del mercado. Como entusiasta aspirante a empresario que confía en la iniciativa privada, cree que si hasta ahora no ha logrado triunfar es sólo porque le falta un pequeño capital inicial: "Qué sé yo, si en vez de una ducha tuviera diez me pongo una empresita. Usted me vio trabajar, ¿no? Yo soy una persona seria. Me consigo diez paraguayos y en un año salgo a flote" (84). Por eso, su absurda muerte por un disparo accidental, perdido en medio del campo con la manguera enrollada al cuerpo y los pies hinchados de tanto caminar, ejemplifica una ironía que no se le escapa al protagonista cuando lo entierra en un hueco cualquiera: "Saqué una frazada para Barrante y le hice un discurso bastante largo sobre los inconvenientes de la economía de libre mercado" (92).[9] Más exitoso en cambio es el cura Salinas, "que se independizó y ahora tiene su empresa" (85) visitando las estancias con dos empleados disfrazados de sacerdotes para ofrecer servicios religiosos a domicilio. El secreto de su triunfo está en haber entendido mejor que nadie las necesidades del mercado y en haber adaptado su producto (la religión) a un público consumidor de ricos estancieros:

> –Salinas se está llenando de oro. No se imagina el éxito que tiene con los sermones... El asunto ese del rico que pasa por el ojo de la aguja los vuelve locos a los estancieros.
>
> –No, hombre, no pasa.
>
> –¿Cómo que no pasa? El cura este los hace pasar cuando se le da la gana. Les pone jabón, vaselina, qué sé yo, la cosa es que los tipos pasan por el agujero y se van al cielo. Parece que en las misas lo ovacionan de pie. (99)

9. Cristián Montes (1998: 75) llama la atención sobre el hecho de que además de la manguera enrollada a la cintura Barrante lleva un prendedor con la cara de Perón, algo que se relacionaría con la desconstrucción de los grandes metarrelatos nacionales: "La inserción de la figura de Perón en el texto reenvía al contexto histórico argentino y al tiempo cuando Perón era un símbolo de esperanza para las clases trabajadoras. De esta forma, el sueño de toda una colectividad como asimismo el mito peronista aparece aquí simbólicamente devaluado a partir del personaje Barrante".

El tópico del dinero (ganado, perdido, logrado con honestidad o con engaños) pasa a ser entonces una obsesión central que permea toda la novela, y no es fortuito que la primera línea del texto haga alusión precisamente a ello: "Nunca me había pasado de andar sin un peso en el bolsillo" (9). Cristián Montes (1998: 73) considera que la falta de dinero indica una crítica a la mentalidad capitalista y que su posesión no hace a la identidad misma de los personajes: "En la aventura existencial que tanto Zárate como Coluccini y Lem se hallan involucrados, el dinero no es un aspecto relevante a nivel del deseo ni de la circunstancia que van marcando su impronta existencial". Creo, por el contrario, que la falta de dinero –igual que las marcas físicas del deterioro en ropas, vehículos, rutas y edificios, así como la presencia constante del polvo, el barro, los pastos secos– es una figura metonímica de la exclusión a que se ven sometidos los que han perdido su lugar en el mundo productivo. Que Zárate, un ingeniero experto en informática y aparentemente exitoso en Europa, termine extraviado y muerto de hambre junto a una adivina, un ex dueño de circo y un jugador empedernido, constituye un símbolo más de los nuevos guetos invisibles que atrapan a todos los que se han caído del mundo del trabajo.

La ciudad internacionalizada

En un sentido lato, todas las ciudades imaginarias en estas novelas están internacionalizadas ya que se trata de un mundo futuro donde han desaparecido las fronteras del Estado-nación y la globalización se ha impuesto como el modelo planetario único. De ahí la nostalgia por la pérdida de ciertos iconos culturales y referentes identitarios que hemos visto en el capítulo anterior, junto con la pregunta implícita sobre qué define la argentinidad cuando el concepto mismo de nación se pone en duda. Pero en por lo menos dos novelas, *Manuel de historia* y *La Reina del Plata*, la ciudad de Buenos Aires está *literalmente* internacionalizada con la Argentina bajo el mandato de autoridades planetarias que se han hecho cargo del país para aprovechar sus recursos naturales, por lo que vale la pena detenerse un momento en cómo imaginan estos autores semejante situación neocolonial. En el caso de *Manuel de historia*, Marco Denevi recurre a imágenes que podríamos asociar con los mecanismos del colonialismo tradicional europeo del siglo XIX, optando por imaginar el futuro como un regreso a formas ya conocidas del pasado. En la sección "1996" de la novela, que como ya vimos trata del porvenir imaginario de la Argentina tras la intervención de Naciones Unidas, se está llevando a cabo una sistemática campaña de aculturización de los args (ex argentinos) para

integrarlos al pensamiento global sobre la base de la idea de que la cultura arg no es más que "una serie de ejercicios prácticos de cultura extranjera" (34); para eso, se alienta la transformación del lenguaje argentino en "arginglés" e incluso se cambian las nomenclaturas urbanas de Buenos Aires: Corrientes Avenue, Lavalle Street, San Martín Square. En ese contexto, la referencia a Buenos Aires como una ciudad exótica y algo peligrosa para los funcionarios internacionales, una especie de "Hong Kong canallesco" (39) o "fumadero de Singapur" (163), es indicativa del modelo que Denevi escoge para imaginar el porvenir de su ciudad: algo así como los lejanos enclaves asiáticos del imperio británico durante el colonialismo del siglo XIX.

A la manera de funcionarios coloniales, los advisers extranjeros que trabajan en el Secretariado para la Culturización casi no se mezclan con los args y prefieren vivir en hoteles o palacetes franceses expropiados, como el que aloja al Secretario en Libertador Avenue y Ocampo Street, a prudente distancia de la gente local. "Cuídese, my boy. Los args son peligrosos, en especial las mujeres. Voy a darle un consejo: no intime con los nativos de este horrible país" (37), le aconseja el Secretario al joven funcionario Sidney Gallagher, marcando así la frontera mental y espacial que separa a las autoridades internacionales de sus súbditos. Para esa mentalidad neocolonial según la cual los args son ineficientes, desconfiables, paranoicos y volubles, vale decir extraños y distantes, hay poco que aprender o disfrutar de la cultura local, y así no es de sorprender que la población arg aparezca en el trasfondo de la novela como una masa indiferenciada de sujetos sin ocupación fija o a lo sumo dedicados a tareas serviles. No se hace casi mención a args acomodados, salvo Civedé –un intelectual que vive en una construcción "que habría sido suntuosa pero que se venía abajo de vejez" (19)– y su pequeña tertulia de amigos que parecen sobrevivir con los remanentes exiguos de antiguas fortunas. El resto de la sociedad arg que vemos está constituido por gente como los muchachos que trabajan de mozos en el Secretariado, escogidos por su belleza física para agradar a los advisers homosexuales; el chofer de Gallagher, un ex taxista "a la vez repulsivo y fascinante" (16) que se acuesta indistintamente con clientes hombres y mujeres; y multitudes de jóvenes que recorren el centro de Buenos Aires por las noches en "pandillas de muchachas y muchachos [que] se cruzaban con él y lo miraban descaradamente" (39), en busca de un encuentro sexual con algún funcionario internacional o turista adinerado. Gracias a esa masa anónima de buscavidas y marginados ("juventud sin patria, la juventud del arginglés", 39) que va y viene entre pubs y discotecas a la caza de un extranjero para ofrecerle sexo a cambio de dinero, Buenos Aires cobra un aire de ciudad pecaminosa, corrupta y levemente peligrosa que recuerda el de esas urbes exóticas a que

nos acostumbrara la mirada europea sobre Oriente. Buenos Aires en el futuro es, en pocas palabras, lo que Hanoi o Shangai fueran en las peores épocas del colonialismo: un "gran prostíbulo internacional" con abundancia de "carne joven, linda, sana y barata" (165-166).

Sólo una muchacha arg se destaca del anonimato, Crist, pero también ella está dispuesta a acostarse con Gallagher y hasta se humilla para congraciarse con él. Con su "expresión dolorida, mortificada [...] superpuesta a la sonrisa servil y a los ojos de perro apaleado" (43), y su departamento que no parece una vivienda sino "un fumadero, el salón de un prostíbulo de lujo en Singapur" (46), Crist sintetiza la juventud indigna del territorio neocolonial en que se ha transformado el país. Más allá de esas imágenes de una Buenos Aires sometida y prostituida, poco resta salvo la horrible villa miseria de las afueras donde Gallagher encuentra la muerte, con niños semidesnudos, hombres de rostro torvo y travestis andrajosos que matan brutalmente al estadounidense a dentelladas. Esas imágenes de violencia y alienación urbana coinciden con la de los vándalos que en la sección "1984" matan en pleno centro de Buenos Aires al joven estudiante estadounidense cuya vida es paralela a la de Gallagher en el futuro: "la calle Florida había sido invadida por una horda de muchachones mal entrazados, algunos descalzos o con el torso desnudo. [...] Habían roto las vidrieras de varios comercios y las habían saqueado. [...] Quienes no alcanzaron a huir fueron despojados de sus relojes, de sus carteras, golpeados y algunos de ellos derribados y pisoteados" (174). En ambos casos, presente y futuro, se trata de la misma anomia que García Delgado (1998: 172) describe cuando habla de la violencia de nuevo tipo que produce la fractura social en los 90, "una violencia de tipo social, anónima, sin proyecto, y que lleva al círculo inseguridad-represión policial". Así, la que otrora fuera la orgullosa capital de un país que se sentía culto y europeo ahora es poco menos que "un enorme supermarket [con] escaparates colmados de mercaderías, el ir y venir de clientes ansiosos, el vasto olor indescifrable" (39), vale decir, no sólo parte del Tercer Mundo sino incluso una de sus partes más promiscuas e innobles, ciudad decadente y libidinosa que sirve de entretenimiento pasajero para extranjeros atraídos por su exotismo.

Denevi imagina una Buenos Aires futura e internacionalizada con rasgos familiares de un pasado conocido, no sólo por esa atmósfera que nos recuerda a las capitales coloniales de fines del siglo XIX sino además porque presupone la globalización en un mundo todavía bipolar. "Los malditos rojos no van a protestar porque tendrán su tajada: ya está decidido, dentro de poco la ONU internacionalizará a la India y ahí podrán imponer su maldito idioma. Pero Argentina es nuestra, los bastardos args son nuestros" (146), exclama el Secretario para la Culturización norteamericano, revelando que el autor no piensa todavía en términos de un sistema mundial único e indisputable. De hecho, la visión de Denevi deja un resquicio para imaginar un mundo de conflictividad ideológica, como prueba el ataque contra el funcionario del gobierno mundial en la paupérrima villa miseria de Buenos Aires, que podría interpretarse como un acto de resistencia espontáneo y como la otra cara de la globalización. *La Reina del Plata* de Abel Posse, en cambio, propone una Buenos Aires donde toda disidencia ideológica es prontamente neutralizada o destruida por un gobierno mundial homogéneo, omnipresente e imbatible. Recordemos que los externos violentos están desterrados en la inhóspita provincia-cárcel de Santa Cruz, y sólo los internos y algunos externos pacíficos tienen permiso para residir en Buenos Aires gracias a una radical transformación social y a un control poblacional emprendidos por el gobierno mundial: "Aquel atroz Buenos Aires prerreformista que había alcanzado a los ocho millones de víctimas quedó definitivamente atrás. Aunque la gente proteste hay que agradecer al ORDUP que no solamente haya impuesto el control de nacimiento (las famosas y discutidas «cuotas») sino, sobre todo, que se haya programado y ejecutado a veces con mano de hierro, bajo guante de terciopelo, la política de redistribución de la población mundial [...] el Gran Buenos Aires, aquella infamia, es hoy cosa definitivamente del pasado" (93-94). De ahí que Buenos Aires sea ahora una tranquila ciudad de no más de tres millones de personas donde los automóviles comparten las calles con sulkies y vehículos eléctricos, el Estado proporciona bellas viviendas para todos y sobra el tiempo libre para disfrutar del ocio que permite una semana laboral de apenas cuatro días: "Es como si en el futuro nos hubiera estado esperando lo mejor del pasado: ¡hoy estamos viviendo tan bien como en los tiempos de Alvear! Buenos Aires ha vuelto a ser lo que era, che, una ciudad de tres millones, chic, despejada" (19). En una mezcla de retorno al pasado y afluencia posmoderna, los porteños pueden escoger entre vivir en confortables departamentos frente al río o en barrios de tranquilas calles empedradas, con corralones donde la gente guarda sus calesas y sulkies, patios interiores donde se duerme la siesta al arrullo de aves tropicales enjauladas y tertulias para las noches serenas de verano:

> ...el lujo y la calidad han ido poco a poco sustituyendo la grosera costumbre cuantitativa. Cristales biselados, bronces. Cueros repujados a mano. Maderas talladas. Fiebre y hasta esnobismo de la artesanía y la creación personal. (35)

En pocas palabras, parece una ciudad ideal no muy lejana de la optimista utopía de 1908 de Julio Otto Dittrich, *Buenos Aires en 1950 bajo el*

régimen socialista, que imaginaba amplias casas con jardines, poco tráfico en las calles recorridas por automóviles eléctricos y grupos habitacionales ubicados entre alegres conjuntos florales. Claro está que toda supuesta utopía por lo general encubre una pesadilla oculta, como magistralmente imaginara Aldous Huxley en *Un mundo feliz*, y lo mismo ocurre en *La Reina del Plata*. En esta Buenos Aires que es como "la pizarra, o el papel, o la arena efímera, donde anotamos las singladuras de nuestra vida" (310) viven tres millones de afortunados habitantes, de los cuales la mayoría son internos y los otros unos pocos externos pacíficos autorizados a vivir bajo discreta vigilancia policial en un par de barrios antiguos como San Telmo y Villa Crespo; el resto se ve expulsado a las provincias o recluido en el territorio penal de Santa Cruz, como ocurre con los externos violentos. Esta división entre internos, externos pacíficos y externos violentos constituye la encarnación distópica más extrema de la guetoización social que hemos visto en *La muerte como efecto secundario*, *El aire* y *Una sombra ya pronto serás*. Si el modelo que pareciera informar la ciudad futura en *Manuel de historia* es el colonialismo británico decimonónico (Buenos Aires como "Hong Kong canallesco"), en *La Reina del Plata* asistimos a algo que se parece a otro modelo de triste fama: el *apartheid* en la Sudáfrica de los boers. En efecto, el mapa ciudadano que pinta la novela de Posse está hecho de zonas claramente diferenciadas con reglas inapelables para sus habitantes y visitantes. Si las nomenclaturas urbanas reflejan la hibridez ideológica del nuevo régimen planetario –Avenida Freud, Villa Luther King, Estación Mao Zedung, Avenida General Giap, el monumento floral a Marx–, esto no significa que el espacio se haya democratizado sino que, por el contrario, igual que bajo el *apartheid* cada ciudadano sabe qué papel juega y cuáles son los límites de sus desplazamientos por la ciudad.

Los internos, claro está, son libres de vivir donde quieran y de aprovechar los beneficios de la internidad, como es el caso de dos ex militantes obreros que decidieron integrarse al sistema: uno, Coretta, ha tomado el curso de Budismo III y piensa pasar su año quinquenal de vacaciones en una comunidad umbanda del Brasil; el otro, Erdosain (alusión al rebelde arltiano de *Los siete locos*), va a aprovechar sus vacaciones comprándose un velero para hacer un crucero solitario. Los externos pacíficos –artistas, poetas, locos y simples nostalgiosos del pasado– aparecen repetidamente en el bar Sudamérica a lo largo de la novela, gastando sus días en discusiones tan apasionadas como inocuas sobre las ventajas y las desventajas del nuevo sistema mundial. Cuando los vemos en otros ambientes urbanos que no sean los del bar y el barrio San Telmo, se trata de una visita "alcohólica y nostálgica" (33) a un barrio de la infancia para rememorar los tiempos idos, un viaje al neuropsiquiátrico para visitar a un amigo loco, una ida al "Eros center" sexual donde se admite a los externos con cierta actitud condescendiente ("¿Che, vieron la sonrisita cachadora de la turra de la Administración? Todo porque somos externos", 73), o una revisación médica preventiva cada cuatro meses en un hospital donde se los trata como niños (cuando se le hace una rectoscopía, el protagonista recibe un caramelo y la enfermera lo llama "enfermito", 59). En otras palabras, se acepta la presencia de los externos pacíficos en la ciudad pero siempre como intrusos o desadaptados a los ojos de los internos, y por eso deben circunscribir sus vidas a los barrios designados. Como subclase remanente del pasado prerreformista, los externos pacíficos están apenas un escalón más arriba en la jerarquía social que los gauchos y arrieros *for export* que se exhiben en un edificio colonial del centro mateando bajo los paraísos, sobando lazos de cuero y bordando chiripás para consumo de turistas y curiosos que desean distraerse con su pintoresquismo sin mezclarse con ellos: "Lo cierto es que la ciudad los sigue rechazando" (50). En cuanto a los externos violentos como el revolucionario Martinov que emprende la rebelión que ocupa la última parte de la novela, de más está decir que no están autorizados a permanecer en la ciudad más que el corto tiempo anotado en sus permisos especiales cuando pueden salir brevemente del confinamiento patagónico.

De este modo, la Buenos Aires internacionalizada, elegante y tranquila de *La Reina del Plata* es paradójicamente más distópica aún que la pecaminosa ciudad de *Manuel de historia* o la violenta de *La muerte como efecto secundario*, porque bajo su pátina de entretenimiento y placeres frívolos ("Naderías de la bonanza" se titula la primera parte) se oculta un estricto sistema de *apartheid* que no permite fisuras ni excepciones. De ahí que al final del relato Marina, la bella interna que acompaña al revolucionario Martinov en una fracasada insurgencia patagónica, se convierte en botín de guerra y amante del general que encabezó la represión, volviendo a su clase y a su lugar en la ciudad como corresponde; de ahí también que el protagonista reciba como premio consuelo su designación oficial de interno gracias a los buenos oficios de Marina para asegurar su silencio y su complicidad. De este modo, la Reina del Plata sigue imperturbable su orgullosa existencia junto al río, eterna e indiferente a los no integrados, como una Madre enigmática y castigadora que abraza a los unos y excluye cruelmente a los otros.

La ciudad mutante

Una de las propuestas más sugerentes sobre las mutaciones futuras de la ciudad aparece en *El aire* de Sergio Chejfec. El autor ha señalado

en una entrevista que "la idea era escribir una novela sobre Buenos Aires, pero no desde un punto de vista memorialista ni costumbrista, sino tratar de trabajar alrededor de esta ciudad como si fuera un vacío semejante al que puede llegar a tener alguien cuando es abandonado por su mujer" (entrevista de Pomeraniec, 1993: 12). De esta declaración se desprenden dos cosas: que el tema de la novela es efectivamente Buenos Aires, y que la ciudad se metaforiza con la figura de una ausencia (la mujer del protagonista). Por eso resulta evidente que la ausencia de la mujer, el nudo central del argumento, encubre en realidad la preocupación del autor por otras ausencias o pérdidas en el entorno familiar que se han producido o están por producirse a partir de las transformaciones de la Argentina hacia los años en que escribe. Es así posible leer *El aire* como un relato en clave que trasciende el dilema psicológico del hombre que se pregunta en Buenos Aires por el significado del abandono de su esposa.

Un primer punto de aproximación a este texto denso y poético es a partir de las obsesiones y la psicología de Barroso, el marido abandonado. De una manera intensa y casi maniática, Barroso vive haciendo cálculos mentales sobre pesos, medidas, distancias y dimensiones de la realidad material que lo rodea por considerar que "el problema fundamental de nuestra existencia son las distancias, las cantidades, los tamaños y la soledad" (101). Así, repetidas veces en la novela interrumpe sus cavilaciones sobre la ida de su esposa para imaginar cuánto pesa la pileta con agua o sin ella, en cuánto tiempo se disipa una mancha de humedad que deja su mano en el teléfono, qué cantidad de comida ha servido en los platos a lo largo de los años o cuál es la distancia entre la calle y el balcón y de cuántas maneras diferentes puede medirse esa distancia. Su obsesión por calcular todo lo pertinente al mundo material comienza a entenderse cuando se compara la manía de Barroso con el arte de la fotografía, que no es sino una forma de "desconfiar de la progresión, documentándola" (181). Se puede ver aquí que lo que obsesiona a Barroso no es tanto la materialidad de lo real sino precisamente su opuesto, el cambio constante a que se ven sometidas las cosas, y de allí que cuantificar y medir sean para él maneras de documentar "fotográficamente" la realidad para así fijarla de algún modo en un presente inmóvil. En otras palabras, si la vida representa un cambio constante en las personas y las cosas y si la condición misma de la realidad es la inestabilidad o mutabilidad, Barroso trata de defenderse contra esa vertiginosa transformación del mundo por medio de la dimensión inmutable de lo físico que se representa en números y medidas, tratando de aprehender así lo poco que hay de inmutable:

> ...su excitación en el momento de imaginar distancias, volúmenes, pesos, superficies, decibeles, temperaturas o caudales obedecía en última instancia al implícito de suponer que las magnitudes constituyen, precisamente, categorías que simplifican la natural complejidad del mundo. (83)

Así como la mutabilidad de lo real constituye una amenaza de la que Barroso huye por medio de cálculos numéricos, el tiempo –por definición fluir y progresión– se erige en otro problema a resolver. Una manera de negar el tiempo sería ignorar el pasado y el futuro para inventarse un presente eterno, y esto es lo que el protagonista en cierto modo hace. Recordemos que en *Manuel de historia* se describe la enfermedad del *manuelisma* que aqueja a los argentinos como "la mitologización del pasado, la negación del presente y la afirmación apodíctica *[sic]* de un futuro utópico" (14). Si el manuelismo es una manera de ignorar la realidad presente, otra manera opuesta pero complementaria sería afirmar, como hace el protagonista de *El aire*, un presente fijo e inamovible que niega el fluir del tiempo. La novela comienza y termina con significativas palabras que se repiten idénticamente en las primeras y últimas páginas: "la circunstancia que le permitiera soportar la agotadora tensión de su época: el pasado era el olvido, el futuro era irreal; quedaba por lo tanto el presente aislado del universo, como una burbuja suspendida en el aire" (9, y otra vez en 196). La idea de un tiempo presente suspendido en una burbuja, fijo en un punto del aire y a la vez amenazando con desintegrarse en cualquier momento, sólido pero a la vez inmaterial, se repite con insistencia a lo largo del relato: "continuo presente obligatorio, extendido y generalizado" (42), "un verdadero y puro presente, un mecanismo de repetición" (50), "el presente adquiría los rasgos de una compacidad ilusoria de tan rotunda, tan profundamente homogénea en su monotonía que consistía en una mera oquedad suspendida en el aire" (129). Esta idea de tiempo suspendido en el aire remite por supuesto al título de la novela, y la palabra 'aire' cobra una multiplicidad de sentidos relacionados con todo aquello que flota en el ambiente, lo que está en suspensión animada, lo fugaz y lo inestable. Así, por ejemplo, las noticias de los diarios después de ser leídas perduran en "un circuito de aire y tiempo inmaterial" (44), y la ciudad de Buenos Aires flota "como si fuera de aire" (128) entre las materialidades espejadas del mar y la llanura. El aire es lo que está y a la vez no está, es lo transparente y omnipresente, y en la novela de Chejfec se convierte en una llave hacia otros sentidos de lo real. Por eso debe entenderse que cuando el narrador dice: "El aire estaba pesado" (68), se refiere a la tormenta que hace irrespirable el ambiente de la ciudad pero también a otras cosas que pasan alrededor del protagonista sin que éste alcance a comprenderlas totalmente.

Esas cosas que ocurren son las señales de cambios apenas perceptibles pero ominosos que se están operando en la vida de la ciudad, haciendo que lo conocido deje de serlo y que lo extraño (incluso siniestro, en el sentido freudiano del término *unheimlich* como desfamiliarización de lo familiar) se imponga progresivamente. Uno de estos cambios es la aparición de viviendas precarias construidas por los nuevos pobres en las azoteas de los edificios, fenómeno al que ya hicimos referencia. Al mirar por su ventana y descubrir aquí y allá los nuevos ranchos levantados sobre los edificios, Barroso recuerda de pronto haber leído (pero ignorado) ciertos artículos periodísticos sobre la tugurización de las azoteas y sobre cómo la ciudad oculta en el aire se está superponiendo a la ciudad conocida. Es un primer signo de desfamiliarización del paisaje urbano habitual, y Barroso tiene que aceptar que si bien "las casas eran las casas, las calles las calles, los cables los cables", "las azoteas habían dejado de ser las azoteas: se multiplicaban los tugurios, los ranchos, las casas precarias" (69). Otro cambio sorprendente es que el vidrio ha reemplazado al dinero como moneda de cambio, según puede constatar Barroso al ver las calles llenas de gente buscando botellas tiradas y personas en las paradas del transporte público con enormes bolsas repletas del mismo objeto: "Algunos llevaban bolsos deportivos que hacían ruido a vidrio al apoyarlos sobre el suelo, otros querían disimular –sin lograrlo– las botellas vacías en bolsas de plástico o de hacer las compras. Algunos, más desembozados, llevaban un par colgando de los picos por entre los dedos" (33). Botellas de todo color y tamaño se acumulan en grandes recipientes junto a las cajas del supermercado, y cuando Barroso le comenta a un comprador lo extraño de esta nueva modalidad de pago recibe la inesperada respuesta: "Señor, hace años que compro con vidrio" (80), lo cual pone en cuestión una vez más lo que hasta ahora le era familiar al protagonista. Más curioso aún es que en un país de grandes futbolistas las personas hayan perdido la proverbial habilidad argentina para ese deporte ("corrían o caminaban a destiempo, no les resultaba sencillo golpear la pelota", 174) y que en los estadios el público se comporte de un modo inusual manteniéndose en profundo silencio cada vez que se produce un gol. Asimismo, le resulta extraña a Barroso la transformación del lenguaje cotidiano de los argentinos que ha girado hacia un habla sin rasgos específicos nacionales, como veremos luego en más detalle al discutir los lenguajes del porvenir.

El cambio más sorprendente es la regresión paulatina de sectores de Buenos Aires a un estado preurbano y a la condición de pampa a medida que la naturaleza recupera lo que alguna vez fuera suyo:

> Si desde un principio había registrado el trastorno disimulado del idioma, recién ahora advertía que la ciudad había estado modificándose sin que se diera cuenta de nada [...] habían aparecido en sucesión indefinida manzanas y manzanas de ruinas, ya trabajadas instantánea y definitivamente por la intemperie y al mismo tiempo limpias, prolijas. [...] Esos baldíos indefinidos representaban una intromisión espontánea del campo en la ciudad, la cual parecía así rendir un doloroso tributo a su calidad originaria. Consistía en una regresión pura: la ciudad se despoblaba, dejaría de ser una ciudad, y nada se hacía con los descampados que de un día para otro brigadas de topadoras despejaban: se pampeanizaban instantáneamente. Donde habían vivido amigos y familiares ahora quedaban los árboles y alguna que otra pared. De manera literal, el campo avanzaba sobre Buenos Aires. (163)

En efecto, Barroso observa en sus caminatas por la ciudad que ciertas zonas se han despoblado y que lo que antes era barrios llenos de vida se ha convertido en fachadas y restos de viviendas deshabitadas e invadidas por la vegetación. Como señala Beatriz Sarlo (1997: 22), ésta es quizá la primera vez que en el imaginario urbano argentino Buenos Aires "aparece en la ficción no como una ciudad llena, o una ciudad que se está colmando, sino como una ciudad que se vacía". En pocas palabras, el espacio ciudadano se está "desvaneciendo en el medio del aire" (164) y junto con él la memoria misma de sus habitantes incapaces ahora de reconocer su ciudad.

En condiciones normales las ruinas debieran generar nostalgia por lo ya irremediablemente ido, en cuanto "marcas de lugares y épocas que señalan las metamorfosis del espacio y el tiempo, de las configuraciones sociales pasadas, de estilos de vida remotos" (Ianni, 1998: 149). Sin embargo, en *El aire* la población acepta la aparición de las ruinas igual que acepta otras transformaciones, con naturalidad y hasta con alegría, en medio de una campaña de eslóganes seudonacionalistas en periódicos y carteles callejeros que promueven el retorno a la vida campestre: "Ame el campo. La llanura argentina es imponderable", "El aire del campo es sano y nuestro no por saludable sino por nuestro", "Quien adora el campo es el único que merece llamarse argentino" (170). Que se aliente a los habitantes a retornar al campo parece una nueva vuelta de tuerca a la célebre dicotomía sarmientina entre la ciudad civilizada y el campo bárbaro; más aún, el avance de la naturaleza sobre la ciudad es irónico si se piensa que bajo el neoliberalismo un rasgo típico de la fragmentación urbana fue precisamente la huida de los sectores pudientes hacia la periferia para escapar de las incomodidades de la vida citadina: "[los ricos] hoy estigmatizan la vida en la ciudad como el mal principal de la modernidad, al que le contraponen un idílico contacto con la naturaleza" (Go-

relik, 1997: 10).[10] Este regreso al campo coincide con las imágenes de una Argentina devuelta al estado agrario y preindustrial del siglo XIX que vemos en la Buenos Aires alvearista de *La Reina del Plata*, en las atrasadas republiquetas de *Las repúblicas* o en los enclaves y territorios de indios de *Cruz diablo*. Quizá por eso cuando Barroso sale a caminar por los barrios pobres siente como si recorriera "cuadras desplazadas del tiempo, pertenecientes a una cronología extranjera" (122), y cuando descubre que en muchas viviendas una ventana hace las veces de despacho de mercancías igual que en los viejos tiempos toma conciencia de que se está produciendo un verdadero retorno al pasado:

> Barroso recordaba haber leído que así retornaba a la ciudad la vieja tradición mercantil, que preservaba un mismo espacio para el hogar y el comercio, cuando los inmigrantes instalaban su negocio en los zaguanes de sus casas. (123)

La ausencia de la esposa con que comienza el relato sirve, en suma, como desencadenante de una introspección en Barroso que eventualmente conduce a la sorpresa ante los cambios inexplicables y a la inquietud ante la pérdida de lo conocido. Más allá de la mujer, lo que se ausenta es, en pocas palabras, el mundo familiar. Lo antes conocido comienza a coexistir con lo extraño y Barroso reacciona consecuentemente ante la nueva situación: recorre mentalmente de noche los objetos de su departamento para reconocer "el lugar propio, seguro, familiar" (24), al tocar sus camisas y pantalones tiene la impresión de que su vieja ropa es a la vez diferente y conocida, y que "sus manos reconocían una familiaridad que sus ojos se resistían a admitir" (43), siente en el departamento "una atmósfera a veces intolerablemente ajena y otras veces familiar" (16) e intuye que la tormenta que se cierne sobre la ciudad encierra "una anomalía enigmática y ostensible a la vez" (68). La suma total de estos pequeños cambios hace que Buenos Aires se le antoje a Barroso otra –"La ciudad por la que caminaba parecía, a veces, no ser la misma" (123)– sin que

10. El crecimiento acelerado de una mentalidad antiurbana entre las clases medias y altas respondió a una variedad de factores culturales y económicos emparentados con las transformaciones de la década: "La inseguridad es uno de los argumentos más fuertes para la difusión de *una ideología antiurbana que ha ganado adherentes en los últimos años*. La otra apoyatura del rechazo a la vida en la ciudad lo acercan el ambientalismo y la ecología. Entre estas dos argumentaciones aparece otro fenómeno: el surgimiento de un negocio inmobiliario que convierte tierras rurales en urbanizadas, con el desarrollo de los countries y de los barrios privados. En Buenos Aires la mudanza es febril: doscientos kilómetros cuadrados, una vez y media la superficie de la ciudad" (Muleiro, 2000: 4).

jamás quede claro en qué momento exactamente de su vida se produjo esa transformación. Son por eso entendibles los deseos futiles de Barroso de preservar lo familiar a través de la inmovilidad, y de ahí su obsesión por medir y contabilizar el mundo material, por reducirlo a números y fijarlo "fotográficamente", por percibir el tiempo como un presente eterno que niega el fluir de la realidad; todas expresiones de una lucha perdida de antemano ante la temible "sensación de estar frente a una apariencia engañosa de las cosas" (149). Recién hacia el final de la novela, cuando Barroso está enfermo y a punto de morir, se produce en él el reconocimiento definitivo de que la ciudad se ha transformado irremediablemente, de que la naturaleza la ha invadido y de que sus habitantes se comportan de maneras inauditas: "Sólo ahora, enfermo y cansado, admitía el error de haber pensado que [la ciudad] podría seguir siendo la misma a pesar de los cambios; cuando Buenos Aires concluyera con su propia disgregación y retornara al campo, la misma planicie desaparecería" (187). La ausencia de la mujer y la ausencia de la ciudad-mundo familiar son entonces intercambiables: esa dolorosa constatación de Barroso de que nada volverá a ser jamás igual porque "lo increíble se había convertido no sólo en creíble, sino en verdad" (64) cifra un abandono mayor que trasciende su tragedia individual y nos remite elípticamente a los inmensos cambios que se están produciendo en la realidad argentina de la época.

La ciudad y la naturaleza

Una de las imágenes más perdurables en *El aire* es la de la naturaleza apropiándose progresivamente de la ciudad de Buenos Aires ante la complaciente indiferencia de sus habitantes, como si se confirmara en ese impreciso porvenir el temor sarmientino a que las ciudades sucumban ante el embate invasor del campo. La destrucción de las civilizaciones urbanas es por supuesto un lugar común en la literatura distópica y posapocalíptica universal, por lo que no es de extrañar que sea recurrente también entre las novelas de anticipación argentinas. Existe incluso un curioso antecedente en la ya mencionada novela futurista *Su Majestad Dulcinea*, escrita entre 1946 y 1955 por el nacionalista católico Leonardo Castellani, donde se imaginaba una Buenos Aires destruida por una catástrofe nuclear y convertida en campo: "Todo lo que rodeaba a Buenos Aires hasta cuarenta o cincuenta kilómetros en torno, había sido retomado por la Pampa, pero era una pampa maldita, sin pastos, sin potreros, sin ombúes, tachonada de manchas de cardos y cicuta, con inmensas sabanas de polvo ceniciento" (203). Entre las novelas argentinas del período que nos interesa esas imágenes posapocalípticas pueden tener que ver

en parte con el temor universal a la destrucción ecológica, algo que en la ciencia-ficción norteamericana ha resultado en el subgénero que Mike Davis (1998: 318) denomina "novela de la ecocatástrofe", pero más posiblemente sirven para diseñar un mapa del presente globalizado y reflexionar sobre las agendas inconclusas del proceso modernizador emprendido en el primer tercio del siglo XX e interrumpido a sus finales. Por eso en las novelas de anticipación argentinas abundan las imágenes de ciudades sometidas por la naturaleza y revertidas a estadios precivilizados después de alguna gran catástrofe, a veces en tono irónico y humorístico, otras con tintes más dramáticos, pero siempre encerrando un comentario y una advertencia sobre el rumbo de la historia nacional.

En *Los misterios de Rosario*, un divertido relato de César Aira que oscila entre lo fantástico, lo alegórico y lo metaliterario, la naturaleza invasora es una vez más el símbolo de la pérdida de una realidad familiar y de las mutaciones que se vienen produciendo en la Argentina. Los misterios a que alude el título son los inexplicables y catastróficos cambios climáticos propios del fin del mundo que someten a la ciudad de Rosario a nevadas polares y fríos extremos en plena primavera: "La ciudad de Rosario estaba viviendo la catástrofe meteorológica más grave e inexplicable de la historia. Temperaturas de cien grados bajo cero, vientos descontrolados, nieve, hielo, inundación, fenómenos eléctricos" (55). Se trata de una Rosario apenas reconocible por unos cuantos monumentos y edificios familiares como su catedral, el monumento a la bandera y el palacio Funes, pero por lo demás polar y fantasmal, que vive sus últimas horas antes de la destrucción bajo la tormenta. Claro está que, fiel a su conocido estilo, Aira no recurre al realismo descriptivo sino a una mezcla de inverosimilitud e hipérbole, por lo que su escenografía urbana de barrios sepultados bajo bloques de hielo, muñecos de nieve arrastrados por vientos huracanados y calles apenas iluminadas por los reflejos helados resulta a la vez terrorífica y desopilante, posapocalíptica y cómica: "La luz era muy rara, muy blanca pero oscura, un metal, como espesores de hielo. Un alba antártica, medio rusa, medio fin del mundo. Rosario estaba más gótica que nunca, con carámbanos, turbulencias congeladas y las grandes mecedoras del tifón" (10). El narrador mismo desmonta los mecanismos de su relato para dejar en claro que el apocalipsis de Rosario es en realidad una figura de pensamiento, un modo de aludir a otros problemas, y lejos de proponer una lectura atada a lo verosímil plantea más bien la ficción como un lugar desde donde alegorizar el presente.[11] La manera en que semejante idea de un apocalipsis urbano podría entrar en la ficción se revela a partir de una conversación entre dos personajes acerca del arte:

> –Pero en el arte es otra cosa.
> –No, es lo mismo: es dejarse inundar por otra idea, dejar que lo novelesco suba en uno como una marea.
> –¿Qué idea?
> –Cualquiera. La idea del fin del mundo. (92)

La idea del fin del mundo no debe entonces tomarse literalmente como en la ciencia-ficción clásica, puesto que en el relato de Aira no caben las exigencias de la verosimilitud. Esto lo aclara el narrador en una de las numerosas ocasiones en las que interviene para dirigirle la palabra al lector: "Por supuesto, esto no debe entenderse literalmente. No es que hubieran salido justo esa noche, cuando el mundo se venía abajo. Creo que ya dije que aquí estoy haciendo una especie de sincretismo, de montaje. Cosas que pasaron a años de distancia una de otras, yo las reúno en una sola escena continua, para hacerlas inteligibles. Un ligero velo de inverosimilitud, que empieza a cubrir estas páginas, es el precio que debo pagar por ese método" (152). El método consiste así en tomar metafóricamente una idea que anda circulando por la sociedad –en este caso, el fin del mundo– para explorarla y ver hasta dónde puede llevarnos, basándose en la premisa de que ciertas ideas que saltan de una cabeza a otra podrían servir para diseñar una especie de mapa mental de las obsesiones de una sociedad: "¿Qué camino siguió [la idea del fin del mundo]? ¿En qué momento saltó de una cabeza a otra? El que pudiera hacer el mapa, habría escrito una novela" (183).

Paralelamente al fin de la ciudad, la novela describe las preocupaciones superficiales de un grupito de intelectuales y profesores de la Facultad de Humanidades que se lamentan porque el apocalipsis los obliga a suspender sus seminarios y dejar sus manuscritos sin publicar. En cierta película canadiense de 2000, *Last Night* (traducible por "Última noche" o "Anoche"), se especula sobre qué harían los seres humanos si supieran que el mundo se está acabando y que están viviendo su última noche, y se muestra una galería de actitudes humanas que van desde la satisfacción de las más íntimas fantasías sexuales hasta la preservación de la rutina cotidiana hasta el final. El planteo de Aira es similar en el sen-

11. En su estudio sobre la novela, si bien desde otra perspectiva, Adriana Astutti (2002: 159-160) apunta precisamente a la subversión del pacto mimético que emprende Aira con la descripción de esa "tormenta absurda e inusitada [que] se desencadena y vuelve nimio todo esfuerzo de representación", y califica al texto de novela catástrofe en el sentido de que "es catastrófica porque «traiciona» la realidad".

tido de que imagina un grupo de individuos confrontados con el inminente fin de su ciudad, pero a diferencia del film canadiense el autor argentino presenta una serie de personajes académicos tan desconectados del mundo no universitario que simplemente eligen ignorar lo que sucede en el mundo real: "No eran clase media ni clase obrera ni ninguna clase. Eran unos parásitos, vagos mal entretenidos, y en general unos burros. El laborioso barniz de cultura del que vivían, lo extraían de la reconstrucción infinitamente recomenzada de sistemas ajenos, el de Benjamin, el de Barthes, el de Blanchot" (151). Más allá de la autoironía juguetona de Aira (él mismo un conocido ensayista y profesor universitario), se apunta en esta y otras descripciones de los personajes a la distracción o indiferencia respecto de problemáticas más acuciantes que las estrictamente personales. Por eso el relato comienza cuando el personaje principal, el profesor de literatura Alberto Giordano, se dirige a la facultad sin percatarse en absoluto de su entorno físico, porque "por lo general iba pensando en cualquier otra cosa" (9). A partir de esta distracción inconcebible en una Rosario invadida por el hielo, se suceden los ejemplos de ceguera ante los cambios operados en el entorno. Giordano se asombra cuando le dicen que una amiga de origen africano siempre se ha teñido de rubio, cosa que él nunca ha notado por su poca memoria visual, y tampoco se da cuenta del cambio notorio en otra amiga que se ha platinado el cabello con un mechón rojo fuego en el medio; del mismo modo, confunde los nombres de sus conocidos, no sabe que su psiquiatra y su poeta más admirado son la misma persona, y cree que las conversaciones telefónicas de su mujer sobre personajes de telenovelas se refieren a seres de la vida real. Por su parte, otro profesor ignora que la esposa de su mejor amigo tiene una hermana melliza que ha convivido con ellos por años, y un tercer personaje descubre a su vez pasmado que el profesor y una de sus alumnas son marido y mujer desde hace tiempo. En pocas palabras, los personajes viven confundidos y ausentes, preocupados sólo por el estrecho mundo de la facultad y haciendo, como el profesor Rincón Fox, virtud de la distracción: "no ignoraba que la distracción era un mecanismo crucial para la supervivencia" (16).

Con individuos como Giordano, que sólo se enteran por la televisión cuando hay un eclipse o pasa el cometa Halley, no es de sorprender que la destrucción de Rosario bajo las nieves pase desapercibida: "Afuera el mundo se estaba viniendo abajo, y ellos estaban absortos en su minúsculo problema narcisista" (38). Es irónico que mientras Rosario está a pocas horas de desaparecer, los personajes se preocupan por otros "fines" para ellos más dramáticos. Para Giordano, la noticia más terrible del día es que su seminario universitario se ha debido suspender por falta de inscriptos, lo cual lo sume en una profunda depresión: "¡Nadie! Era el fin, o

una imitación perfecta del fin. Debería haber buscado otro tema, sus pelotudeces de siempre no atraían más, estaba pasado de moda, aburría" (14). También es dramática para él la noticia de que no se va a publicar su manuscrito por falta de fondos en la casa editorial ("Lo único que queda es la autoedición", 44) y que las palabras 'facultad' y 'humanidades' se cargan cada día de más ambigüedad. Así, el posible fin de la literatura o de las humanidades es para él más acuciante que el fin del mundo que se avecina. Pero sólo es posible concebir aquellos cambios sobre los que existen antecedentes, mientras que lo inédito se resiste a la comprensión humana y, como sostiene el narrador, "lo nunca visto no se reconoce" (70). Lo inédito, lo nunca antes ocurrido, es la destrucción de la realidad familiar representada por la ciudad de Rosario, y de ahí que no quede más remedio que ignorar la catástrofe y tratar de seguir con las rutinas conocidas. Las imágenes apocalípticas de Rosario con torbellinos de nieve que arrastran personas por las calles desiertas, rayos poderosos que perforan el cielo oscuro y masas de hielo cubriendo los edificios no impiden entonces que los personajes intenten continuar con sus actividades habituales: salen a cenar con sus amigos, visitan a sus analistas, hablan por teléfono, todo ello "para mantener el simulacro de normalidad, para negar, para hacer como si no pasara nada, con la esperanza típicamente neurótica de que así no pase nada" (161). Incluso las más fantásticas mutaciones de objetos y personas –televisores que continúan funcionando sin electricidad, muñecos de nieve que parecen tener vida, la esposa de Giordano convertida en una mujer-tubo sin brazos, el psiquiatra transformado en insecto volador, Olivia metamorfoseada en la Diosa Olivia de cincuenta y cuatro metros de altura dentro del monumento a la bandera hecho transparente– se aceptan con cierta naturalidad.

Al final, parece no haber alternativa a la destrucción de la ciudad y la realidad familiar: "El mundo se deforma, y no hay adónde ir. Sólo un milagro podría salvarnos" (131), clama horrorizada la mujer de Giordano. Sin embargo, el milagro se produce cuando en una conclusión desopilante que confirma la distracción y el narcisismo de los personajes, la Diosa Olivia le concede tres deseos a Giordano y le da así la oportunidad de evitar el apocalipsis:

> Estaba segura de que Alberto pediría, primero, que se suspendiera el fin del mundo; segundo, que todos ellos volvieran a tener veinte años; y tercero, talento. Pero no fue así. La voz de Giordano subió en la noche, sorprendentemente bien timbrada:
>
> –Quiero ser delgado...
>
> –Concedido.
>
> –...de barba...

–Concedido.
–...y usar anteojos.
–¡Concedido! (199)

Contra toda expectativa, la Diosa Olivia se muestra satisfecha por el tenor de los deseos solicitados y hace que todo vuelva a la normalidad en Rosario y se suspenda (¿por ahora?) el fin del mundo.

Es difícil no percibir en esta conclusión un sentimiento irónico respecto de la ciega indiferencia de los personajes frente a las mutaciones de la realidad, indiferencia no muy distante de la actitud pasiva con la que Barroso acepta los cambios en la Buenos Aires de *El aire*. Rosario (lo que es decir la Argentina) cambia a ojos vista y sin embargo los protagonistas no lo perciben, sea porque están demasiado cerca del fenómeno como para ser objetivos ("Es lo malo que tienen los procesos, terminan haciéndose invisibles para los que los siguen", 185) o porque cada uno se contagia de la indiferencia de los demás ("Bastaba con que los otros lo ignoraran, ellos también sin intención, por desidia, por casualidad, por sordera parcial", 60). Por eso, una pregunta aparentemente casual en *Los misterios de Rosario* –"¿Cómo contar una historia llena de comienzos y finales, llena de abismos y caídas al vacío?" (123)– es significativamente parecida al "¿Hay una historia?" que abre la famosa novela de Ricardo Piglia *Respiración artificial*, que en 1980 planteara la dificultad de narrar el terrorismo de Estado por medios convencionales. ¿Será posible que bajo la descripción del fin apocalíptico de Rosario se plantee una poética que trata de dar cuenta de una nueva realidad en los 90 que no se deja representar por los recursos miméticos tradicionales? ¿Y que la ironía y el humor de Aira apenas disimulen que lo que se narra de verdad es "una historia de terror cuyos protagonistas son la realidad y la ficción" (Fagnani, 1994: 11)? El mismo Aira pareciera responder estas preguntas al escribir en su novela posterior *El sueño* (1998) que "las profecías nunca hay que buscarlas en el futuro, porque todas se han cumplido ya en alguna parte" (140). En efecto, lo que se profetiza en *Los misterios de Rosario* es lo que está ocurriendo ya. Anacrónica, inverosímil y no referencial, la novela tiene, igual que los sucesos narrados, "la textura de un sueño, pero un sueño que pasara en la realidad" (127): una realidad que no es otra que la de Argentina, con una onírica ciudad de Rosario mutante y sepultada bajo una tormenta apocalíptica como metáfora del país que se hunde en el abismo ante la indiferencia o la impotencia de sus habitantes.

Igual que en *Los misterios de Rosario*, la relación entre la ciudad y la naturaleza aparece como uno de los motivos centrales de *Las repúblicas* de Angélica Gorodischer, sólo que aquí las historias no transcurren en grandes ciudades sino en pequeños pueblos y ambientes rurales después

de convertirse el antiguo territorio nacional en poco menos que un desierto estéril tras un gran desastre ecológico. Hace años que no llueve en esa Argentina del futuro fragmentada en republiquetas paupérrimas, por lo que una preocupación común en los cinco relatos del libro es la falta de agua en los territorios desprovistos de vegetación. Un primer relato ya sienta el tono general de la obra al describir en clave humorística una excursión al campo de la familia más poderosa de la república del Rosario para hacer un picnic, algo que despierta entre los niños exclamaciones y preguntas asombradas porque hace años que nadie emprende semejante actividad debido a las condiciones climatológicas:

–Es feo el campo –dijo Vivi.
–Silencio, mocosa –dijo Salo.
–Respiren hondo el aire puro –dijo Mamy.
–¿Con todos los vidrios cerrados?
–Respiren hondo el aire acondicionado. (15)

La descripción del paisaje de la república es característica de la fantaciencia posapocalíptica: "Un sol amarillo cae a pico sobre la tierra amarilla en la que cadáveres amarillos de árboles amarillos se retuercen de dolor y secos cauces amarillos arden y reverberan en la luz" (15). Igual que en otros relatos, la búsqueda de agua y de vegetación encubre la nostalgia por un pasado perdido y la esperanza de recuperar algún día lo destruido por la catástrofe ecológica, por lo que el verde soñado de las plantas se convierte en un *leitmotiv* de este y otros capítulos. "¡Verde! [...] ¡Verde como las plantas del invernadero!" (16), grita un personaje cuando distingue una mancha de color en medio del campo amarillo, a lo que otro replica que debe tratarse de una rareza de la naturaleza: "Ni en Ladocta ni en ninguna otra parte hay campos verdes. Esto debe ser una anomalía ecologicometeorológica" (17). Por eso, el picnic y la búsqueda de un lugar bello en la naturaleza se revela inútil y culmina con la resignada aceptación de un estado de cosas irremediable:

–¿Dónde hay un lindo lugar? –preguntó Luci.
–No hay –dijo Bobi. (16)

En "Al Champaquí" se relata en cambio la epifanía de un agente de la CIDOS que sin proponérselo llega a una región inexplorada al otro lado de las sierras cordobesas, donde para su sorpresa se encuentra con una comunidad aislada que trata de restablecer el antiguo ciclo de las lluvias en un valle que no figura en ningún mapa. A la habitual escenografía de pueblos miserables, carreteras abandonadas y paisajes amari-

llentos que atraviesa el protagonista antes de descubrir el secreto que encierran las montañas ("Debe hacer meses que no llueve, años", 41) se suma la imagen del lago San Roque y el dique El Molino con la hoya sin agua, "cubierta por un colchón de polvo fino y blanco que puede tener cualquier espesor y donde no crece nada, no hay nada, no se sustenta nada" (43), símbolo una vez más de una naturaleza que fue fértil en el pasado pero que ahora está agotada. La travesía por las sierras cordobesas, antaño florecientes y llenas de prósperas poblaciones, es otra muestra del deterioro que han sufrido tanto el entorno natural cuanto los asentamientos humanos: "No hay donde guarecerse, esconderse, meterse. Sombra de algo, eso es lo que no hay [...] no tengo que ceder a la tentación de sacarme toda la ropa e ir dejándola por el camino porque me achicharro" (60). Por eso, la sorpresa del agente es mayúscula cuando al otro lado de las sierras, donde se cree que nadie vive, avista de pronto un valle todo verde ("No es amarillo, no es blanco, no es anaranjado ni ceniciento, es verde", 66) en el que incluso han reaparecido especies de árboles y plantas que en las capitales de las repúblicas se creían extinguidas. Se trata de una pequeña comunidad aislada –en parte comuna autogestionaria, en parte secta de místicos visionarios– que con grandes esfuerzos y protegida de las guerras civiles por lo inaccesible de la región ha logrado el milagro de restablecer el ciclo natural de las lluvias. Al agente de la CIDOS se le antoja esto una risible "utopía de entrecasa" (74), pero poco a poco comienza a respetar a los soñadores hasta que al fin del relato decide cambiarse de sexo en un buró de la CIDOS e incorporarse a la comuna en forma de mujer. Su decisión de adoptar el género femenino para tener un hijo y plegarse a la comuna representa entonces el triunfo de un ideal –vivir de nuevo en paz, en contacto con la naturaleza y lejos de las guerras civiles que asolan las republiquetas–, algo que el resto de la sociedad ya ha descontado como una utopía inalcanzable.

El motivo de la falta de agua y la destrucción ecológica posteriores a la desintegración del país y el empobrecimiento de las ciudades se repite en otros relatos de la colección. En "La meseta", que transcurre en la empobrecida república de Labodegga, al pie de los Andes, se alude a los árboles como algo mítico que sólo existe en los recuerdos de los más viejos: "El árbol de la perseverancia siempre da frutos, como me decían cuando era chico, aunque no sé como puede un árbol dar frutos pero a lo mejor alguna vez estuvieron vivos como la vid, y en ese caso, claro, habrán dado frutos" (84). En "El inconfundible aroma de las violetas silvestres", donde la república del Rosario es un sitio del que ha desaparecido la flora y cuya población a duras penas suma unas doscientas mil personas, se logra la increíble hazaña de lanzar un antiguo cohete al espacio para envidia de las naciones vecinas: "La nave despegó del cráter Independencia,

que era la parte más desértica de toda la desértica república del Rosario" (105); el hecho mismo de que la astronauta escogida para la aventura relate al volver que llegó al límite del universo y que al bajarse de la nave "todo estaba impregnado del inconfundible aroma de las violetas silvestres" (110) agrega un tono mítico a la posibilidad de que existan mundos donde todavía hay vida vegetal. Y en "Las máquinas infernales", un agente de la CIDOS que llega a Para-narà en la república de Entre Dos Ríos se ofrece a las autoridades locales como experto catador de agua, algo que llena de expectativa a los pobladores. Cuando más tarde debe huir a la vecina república del Rosario cruzando la escuálida laguna en que se ha convertido el otrora caudaloso río Paraná, se hace referencia una vez más al recuerdo mítico de un tiempo en el que las lluvias abundaban y la región era próspera: "primera vez en mi vida que veo llover. Mi padre tampoco vio y era barquero y hachero porque eso sí, árboles todavía había. Mi abuelo sí, dicen que vio llover, pero los viejos, ya se sabe, inventan cada cosa. [...] Dicen, decía mi abuelo que su padre decía que la laguna fue un río una vez" (138). Así, si bien es cierto que la mayor parte de *Las repúblicas* no transcurre en ámbitos urbanos, la crisis ecológica que sirve de trasfondo a todos los relatos es la otra cara del empobrecimiento y la virtual destrucción de las grandes ciudades del pasado, convertidas ahora en disminuidas capitales de republiquetas insignificantes.

Es interesante constatar que a comienzos de siglo la desaparición de las grandes ciudades era para el anarquista Pierre Quiroule un motivo de utópico optimismo ("La revolución debía destruir las grandes ciudades como si fueran lugares malditos, y erigir pequeños pueblos autónomos y autosuficientes", Weinberg, 1976: 89) mientras que el mismo fenómeno representa para Gorodischer el exacto reverso de aquella mirada optimista casi cien años después. Como en otras novelas, la Argentina imaginaria de *Las repúblicas* pareciera confirmar los temores sarmientinos al avance del campo bárbaro sobre las ciudades. El narrador insinúa que el desastre ecológico no se debió a una simple catástrofe natural sino a políticas gubernamentales del pasado erradas, como se desprende de su comentario irónico sobre una pieza de museo, "la así llamada «Hacha Intendéntica Carballensis», el arma fatal que segó la vegetación del Rosario y convirtió el país en un páramo" (106). A la evidente conciencia ecologista de la autora se une así una crítica a los gobiernos ineficientes representados en la novela por los dictadorzuelos borrachos, los funcionarios inescrupulosos y los policías brutales, con lo que la obra de Gorodischer trasciende los límites estrechos de la novela de la ecocatástrofe y apunta más bien, con sus imágenes de ciudades empobrecidas y parajes estériles, a una burlona crítica de las pretensiones primermundistas de la década.

La ciudad posapocalíptica

En algunas de estas novelas los cambios urbanos en la ciudad futura son graduales y sutiles como en *El aire*, en otras son una extensión lógica del presente neoliberal como en *La muerte como efecto secundario*, y en otras aun son tan desopilantes que deben leerse en clave de humor, según ocurre en *Los misterios de Rosario*. En los tres casos anteriores, si bien se advierte sobre el posible rumbo distópico de la historia nacional, no se lo hace necesariamente desde el horror o el espanto. Pero existe una rama de la literatura de anticipación que opta por imaginar el mundo tras una gran catástrofe y que muestra un futuro posapocalíptico tenebroso y virtualmente insoportable en contraste con el mundo perdido. Un recurso clásico en este tipo de anticipación consiste en producir un efecto de reconocimiento-extrañamiento de sitios y objetos urbanos icónicos y fácilmente identificables que se recontextualizan en la inédita realidad posapocalíptica. En el cine, este recurso es particularmente efectivo por su calidad netamente visual, y se lo puede hallar por ejemplo en el aterrador final del clásico *El planeta de los simios*, donde un astronauta que cree haber viajado a un mundo lejano habitado por monos inteligentes descubre semienterrada en la playa la Estatua de la Libertad, con lo que comprende súbitamente que no está en otro planeta sino de regreso en la Tierra siglos después de un apocalipsis. Algo semejante ocurre en la película *Doce monos*, cuyo protagonista emerge de las entrañas de la tierra a una fantasmagórica Filadelfia en ruinas y ve animales salvajes moviéndose libremente entre ciertos edificios que resultan familiares para el espectador norteamericano. Más recientemente, en *El día después de mañana* una catástrofe climática permite ver Nueva York y la Estatua de la Libertad enterradas bajo los hielos. En estos ejemplos cinematográficos el acierto consiste en contrastar el objeto urbano icónico y familiar (una estatua, una biblioteca, un banco) con el entorno posapocalíptico desconocido, lo cual contribuye a crear un efecto siniestro porque lo familiar revela y oculta a la vez el horror de la transformación sucedida.

Entre las novelas argentinas de anticipación, algo similar ocurre en *No somos una banda* de Orlando Espósito, cuando describe la feroz lucha por la subsistencia en "aquello que había sido la ciudad de Buenos Aires, la Reina del Plata" (14), una ciudad posapocalíptica donde ahora impera la ley del más fuerte y las bandas armadas se disputan a tiros el control de los barrios. En medio de imágenes de caótica barbarie, se produce en el lector el ya citado efecto de reconocimiento-extrañamiento que gira alrededor de lugares y objetos conocidos, con el entorno urbano como telón de fondo de una violencia impensable: "Cuando el avión sobrevoló los suburbios vio las columnas de humo y las llamas de color amarillo y ocre

que brotaban de todas partes, las autopistas cubiertas de automóviles amontonados, inmóviles para siempre, muchedumbres reducidas al tamaño de hormigas marchando hacia las afueras" (14). Desde las primeras páginas se enfatizan a propósito datos geográficos precisos para producir en el lector el tipo de horror siniestro que proviene de reconocer lo familiar bajo lo impensable, magnificándolo hasta alcanzar dimensiones aterrorizantes:

> Nada funcionaba: semáforos, registradoras, computadoras, ascensores, télex, radios, teléfonos. Los tanques de los edificios quedaron sin agua, la basura se amontonaba en las calles, los baños estaban tapados y hediondos, sobrevinieron las pestes y los hospitales estaban paralizados. [...] El incendio de la Casa Rosada, del Banco Hipotecario, de la Catedral, nada quedó a salvo. (23-24)

Cuando se describe un enfrentamiento en que el protagonista destruye una estación de subterráneo para eliminar a un grupo de rivales, se lo sigue puntualmente en un itinerario preciso: corre por Belgrano hacia el Bajo, llega a la esquina de Piedras, toma por Diagonal Sur en el momento en que le arrojan una lanza hecha con un palo de escoba, sigue por Moreno hasta Chacabuco después de herir en el vientre a un adolescente, divisa los hierros retorcidos del edificio de Somisa, y por fin arroja bombas molotov en las entradas de la estación (10-17). El propósito de este detallismo es desfamiliarizar los paisajes urbanos habituales y contribuir a hacer verosímil algo que de por sí es inverosímil: ataques con lanzas en pleno Buenos Aires, explosiones de dinamita en la boca del subterráneo, bandas armadas que se masacran mutuamente por el control de unas pocas manzanas. El mismo efecto se produce una y otra vez en la novela cuando se habla de funcionarios colgados de árboles y monumentos, de combates alrededor de la Ciudad Universitaria, de cadáveres tirados en la calle y seres apestados que agonizan detrás de la Aduana y en la Costanera Sur, de una comuna fortificada con alambradas y puestos de guardia en lo que era el barrio residencial de Vicente López. Lo familiar presta verosimilitud a lo inimaginable pero se tiñe a su vez de inverosimilitud por lo desmesurado del evento mismo, en un doble proceso de contaminación mutua por el cual la ciudad es y deja de ser la ciudad conocida, del mismo modo que la realidad se hace irreal. Cuando, por ejemplo, el protagonista camina fuertemente armado y con chaleco antibalas por la avenida 9 de Julio, cerca del Obelisco, el contraste entre el paisaje urbano familiar y los signos de la violencia armada trae ecos de aquellas imágenes de una Buenos Aires sometida a una guerra interplanetaria que impresionaron a la generación anterior que leía con asombro la historie-

ta *El Eternauta* de Héctor Germán Oesterheld a fines de los 50. En otro ejemplo, la esposa del protagonista contempla por televisión desde París las imágenes aéreas de una muchedumbre hambrienta alrededor de dos vacas despedazadas en la autopista Panamericana: la turba se disputa a golpes los trozos sanguinolentos de carne mientras un niño, parado sobre una mancha roja que crece a sus pies, grita desesperado y contempla el muñón sangrante de su brazo cortado en medio de la batahola (41). En esta escena, el alejamiento geográfico –la familiar autopista Panamericana contemplada por televisión desde París– contribuye al extrañamiento que acompaña el reconocimiento. Además, las vacas despedazadas, la pelea caótica de un grupo de arpías en pos de un pedazo de carne y el niño mutilado convertido en víctima inocente no pueden sino sugerir la escena siniestra y a la vez familiar para el lector argentino del clásico relato *El matadero* de Esteban Echeverría, con lo que se retorna una vez más a la alegoría de Buenos Aires como el sitio de una espantosa carnicería que ahora transcurre en el país desintegrado del futuro.

Una visión más tenebrosa aún de la ciudad posapocalíptica aparece en la Buenos Aires de *Cruz diablo*. El porvenir que Eduardo Blaustein imagina transcurre en un planeta superpoblado donde el principal problema consiste en los inmensos excedentes de población que no se pueden alimentar y amenazan la estabilidad del sistema. Ciertas innovaciones tecnológicas permiten paliar la crisis en algunas partes del mundo gracias al recurso de las ciudades-terrazas en los Andes y el Himalaya, las ciudades flotantes o sumergidas en los océanos, y las "aldeas baobab" que los científicos chinos han desarrollado manipulando genéticamente ese árbol para crear "rascacielos orgánicos" que proveen a la vez de vivienda y comida a sus habitantes (286). En lo que antiguamente era la República Argentina, el excedente de población se ha resuelto con el método más expeditivo de crear las villas virtuales y enclaves que Ciudad Central administra en representación de las autoridades planetarias, según ya vimos: "nos dijeron controlen sus excedentes poblacionales, y lo hicimos. Combinación perfecta: enclaves y villas virtuales. Nos dijeron esterilicen; esterilizamos" (185). Así, la cibernética Ciudad Central se alza sobre una isla en medio del Río de la Plata con vertiginosas torres de vidrio y una cúpula que la aísla de todo, ligada informáticamente a los enclaves y las villas por una red de computadoras y siempre temerosa de que "algún día los de Buenos Aires van a venir a malón y nos van a matar a todos" (44). Esta imagen de Ciudad Central forma parte de una larga tradición en la literatura universal, tanto utópica como distópica, de ciudades-isla o Estados-isla, toda vez que el aislamiento geográfico permite imaginar sociedades autocontenidas e independientes del mundo exterior. En *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift, por ejemplo, Lilliput y la tierra de los

Houyhnhnms y los yahoos se encuentran en sendas islas. En la literatura argentina, la idea de una ciudad construida sobre una isla en medio del Río de la Plata no es exclusiva de *Cruz diablo* y por el contrario obedece a un tópico recurrente en el imaginario nacional. Entre las novelas de anticipación que nos ocupan, la falsa utopía de Lorelei en *El oído absoluto* está ubicada en una isla que si bien está en el Caribe es a la vez simbólica de Buenos Aires, como dejan entrever ciertas referencias a un "río sin nombre" que la cruza y a un estuario donde se han formado dos islas (¿el delta del Paraná?), así como el sueño de un personaje sobre "una ciudad desconocida y al mismo tiempo familiar" (19, 289). En el relato "La isla", que forma parte de *La ciudad ausente*, cierta comunidad utópica establecida en una isla en medio del río Paraná sirve de refugio contra la ciudad panóptica y policíaca en que se ha convertido la Buenos Aires del porvenir. Y en *Verídico informe sobre la ciudad de Bree* de Leonardo Moledo (1985), novela que no incluyo en este trabajo, la mítica ciudad de Bree se levanta en el Paraná medio sin que sucesivas generaciones de exploradores la hayan podido encontrar, toda vez que sus inalcanzables calles de oro y sus altas torres almenadas conforman un estado mental más que un sitio físico y simbolizan el destino argentino y sus fallidas promesas de prosperidad.

Con sus cúpulas que a la distancia parecen "basílicas prodigiosas suspendidas en la atmósfera" (37), sus "cornisas vidriadas que se tienden y danzan entre las torres púrpuras" (278) y sus ciudadanos que bailan minué, escuchan conciertos del barroco francés y se pasan las veinticuatro horas del día conectados a computadoras desde donde gerencian para las autoridades mundiales los ex territorios argentinos, Ciudad Central es un maravilloso enclave del Primer Mundo dentro del atraso. Se parece así a esas ciudades informáticas modernas que, según García Canclini (1997: 86), derivan su poder no de la industria o la agricultura sino de servir de "nudo en que se realizan [los] movimientos de comunicación" del planeta. Pero junto a ese enclave primermundista en la novela aparece la vieja ciudad de Buenos Aires, con sus barrios divididos en territorios más o menos autogestionarios controlados por los descendientes de los montoneros donde todavía se pueden ver las cicatrices de las terribles guerras contra Ciudad Central: "el abandono se derrama desde las cumbres de las manzanas, las medianeras ya no existen, las líneas de las fachadas se han vuelto ilógicas, las raíces de los árboles destrozaron y confundieron todo y las copas asoman triunfantes por las ventanas" (254). En esos barrios cuyos nombres reflejan la nueva realidad bélica –Quinto Regimiento, Thermidor, Espartaco, 30.30– hay deteriorados automóviles entremezclados con sulkies, caballos, bicicletas y bueyes, antiguas paradas de colectivo que sirven ahora de percheros, cables y caños de agua que se en-

trecruzan sin orden aparente, y casas de muros derruidos que obligan a los vecinos a convivir en una promiscuidad forzada de "cristianos en las catacumbas" (60). Igual que en las ciudades invadidas por la naturaleza de *El aire* y *Los misterios de Rosario*, hay sectores enteros de baldíos reapropiados por la pampa, y junto a lo que queda de la avenida General Paz se levanta "un largo campamento de chozas y más allá una de las tantas barriadas que serpentean entre laberintos de acequias con su borboteo de aguas servidas" (34). Peor aún, el sector fronterizo que separa Ciudad Central de los barrios montoneros es una tierra sin vida con inmensos espacios ruinosos y abandonados donde no impera autoridad alguna, resto arqueológico de las espantosas guerras que se libraron en el pasado:

> Los descampados que rodean y aíslan [a Ciudad Central] son tierra de nadie, erizados de minas, civilizados por ratas que hasta hoy roen los huesos de los muertos en combates. La avenida Divisoria rodea el inmenso erial encaramada a un talud de escombros de treinta metros de altura. (37)[12]

Semejante combinación de futurismo y dantesco atraso urbano es reminiscente de la posapocalíptica Los Ángeles de la clásica película *Blade Runner*, que Guarner (1988: 51) caracteriza de "conglomerado siniestro de Tokio y Metrópolis –la de Fritz Lang, no la de Supermán–" y Capella y Larrea (1988: 33) califican de mezcla de "un urbanismo canceroso y una arquitectura sucia". En esa Los Ángeles de *Blade Runner*, igual que en la Buenos Aires de Blaustein, lo más avanzado de la tecnología convive con formas sociales correspondientes al capitalismo salvaje decimonónico o a la servidumbre del Medioevo, vale decir, son urbes temporalmente híbridas donde coexisten el futuro y el pasado, lo ultramoderno y lo primitivo: "Una de las propuestas ideológico-visuales más atractivas de *[Blade Runner]*, a la hora de imaginar el futuro, es la de proyectarlo como una realidad heteróclita, de desigual desarrollo y cargada de elementos atávicos, e incluso primitivos, chocantemente combinados con el más sofisticado desarrollo tecnológico" (Cardín, 1988: 44). Ahora bien, si se presta atención a la coexistencia en *Cruz diablo* de una empobrecida Buenos Aires montonera con la futurista e internacionalizada Ciudad Central, también pareciéramos encontrarnos ante la versión extrema de las "ciudades globales" que describe Saskia Sassen, esas avanzadas islas informáticas y telecomunicacionales como Buenos Aires, Bombay, Taipei y San Pablo que están rodeadas de sociedades empobrecidas (entrevista de Viglieca, 1990: 9). En efecto, en la Buenos Aires de los 90 los grandes megaproyectos urbanos, las supertorres y los complejos habitacionales exclusivos coexistieron con la desolación y la miseria resultantes de la fractura social, haciendo que algunos sectores de la ciudad se asemejaran cada vez más a los países más pobres del globo: "Para muchos millones de sus habitantes, Buenos Aires no se diferencia de Mogadiscio. Ellos viven sin instalaciones de agua potable, sin cloacas, en terrenos inundables, cobijándose en precarios ranchos construidos con desechos, sometidos a la miseria, la marginación, el maltrato, la degradación, las mafias de rateros, *dealers* o explotadores de niños, la carencia de empleo decente" (Liernur, 1997: 15). La Buenos Aires de Blaustein es en definitiva posapocalíptica a la manera de muchas urbes imaginarias de la ciencia-ficción universal, pero se trata de un posapocalipsis local y netamente argentino, reconocible y cercano por las señales familiares de la realidad nacional y por sobre todo por la correspondencia con fenómenos que sin mucha exageración ya se verifican en el momento de la escritura. En pocas palabras, *Cruz diablo* pareciera sugerir que la Argentina no necesita de conflictos nucleares, androides sin corazón o futuros desastres tecnológicos para llegar a las distópicas urbes estilo *Blade Runner*, ya que le basta y sobra con su propia catástrofe de entrecasa.

12. Cuarenta años antes, Castellani había imaginado de modo semejante una tenebrosa Buenos Aires posnuclear en *Su Majestad Dulcinea*: "Después del bombardeo atómico, la ex capital de la Argentina se había convertido en un algo que todavía no tenía nombre en ninguna lengua: en un desierto, pero un desierto lleno de ruinas, de rúderes, de taperas, de cuevas y laberintos, de paredes rotas, de subterráneos. [...] Ni el menor ruido se escuchaba allí, ningún animal entraba en la Zona Maldita, solamente los cristeros perseguidos se animaban a cruzar la línea" (191). Y en un volumen de relatos de ciencia-ficción de 1977, *A la sombra de los bárbaros*, Eduardo Goligorsky aludía a una Argentina del futuro totalitaria y fascistoide, con Buenos Aires vuelta a un estado de atraso preindustrial: "las calles porteñas Lavalle, Maipú y Leandro Alem aparecen cubiertas de fango, iluminadas por faroles de querosén, bordeadas de empalizadas claudicantes y recorridas por carros de tracción a sangre" (Abraham, s/f: 4).

La ciudad panóptica

Entre 1982 y 1985 Ricardo Piglia comenzó a escribir los primeros apuntes para una novela, *La ciudad ausente*, cuya versión definitiva recién daría a conocer en 1992 (entrevista de Miguel Russo, 1992: 31). Entre ambas fechas –1982-1985 y 1992– se tiende un arco que va del final de la dictadura militar y la transición democrática a las primeras manifestaciones de la década menemista. Esto es significativo porque *La ciudad ausente* constituye una compleja reflexión sobre las intersecciones entre lenguaje, memoria y autoritarismo ambientada en un tiempo impreciso con rasgos de los 70 (patrullas policiales, persecuciones, interro-

gatorios), del neoliberalismo de los 80 y 90, y de un porvenir imaginario que podría ser la síntesis de ambos. La imprecisión cronológica es intencional: partes del relato podrían ocurrir en 2004 si se atiende a un comentario sobre la caída del Muro de Berlín ocurrida según el narrador "hace quince años" (153); o hacia 2039, ya que se habla de los casi cien años transcurridos "desde que en 1939 empezó el registro de los cambios" (133), o incluso en el siglo XXIII, dado que se menciona una "viejísima edición" de *Finnegans Wake* de Joyce "que tiene más de trescientos años y en la que hay notas manuscritas y un calendario con la lista de los muertos de una familia irlandesa del siglo XX" (139). En ese futuro impreciso se describe la búsqueda que emprende el periodista Miguel "Junior" Mac Kensey de una máquina o mujer artificial que el escritor Macedonio Fernández mandara a construir para reemplazar a su amada esposa, muerta a muy temprana edad: "había perdido a su mujer, Elena Obieta, y todo lo que Macedonio hizo desde entonces (y ante todo la máquina) estuvo destinado a hacerla presente. Ella era la Eterna, el río del relato, la voz interminable que mantenía vivo el recuerdo" (48). Esa máquina, construida con ayuda de un ingeniero argentino que se hace pasar por científico alemán, es un mecanismo de elaboración de relatos que tras la muerte de Macedonio se aloja en el Museo de la novela, donde se acumulan objetos como la daga de Juan Moreira, el vagón donde se suicidara Erdosain, la rosa de cobre del Astrólogo y otras materializaciones físicas que cristalizan las situaciones disparadoras o los núcleos obsesivos de la literatura argentina.

Junto al relato principal se entrelazan una serie de historias que se erigen en versiones contradictorias de la historia oficial, y en ese sentido, como veremos más en detalle al hablar de los lenguajes del porvenir, la novela de Piglia es sobre todo una batalla de voces y relatos enfrentados, en pugna por definir el sentido de la realidad en un futuro donde las autoridades controlan a la población por medios mentales y lingüísticos más que físicos: "Tienen todo controlado y han fundado el estado mental, que es una nueva etapa en la historia de las instituciones. El estado mental, la realidad imaginaria, todos pensamos como ellos piensan y nos imaginamos lo que ellos quieren que imaginemos" (152). Por eso, el lenguaje es el verdadero protagonista de la novela, y de ahí que la ciudad futura de Piglia sea menos un espacio urbano concreto que una suma de historias y versiones, "un mapa de relatos superpuestos" (Berg, 1996: 41) que termina por sustituir a la urbe material de calles, casas y plazas; o, como escribe Marcelo Paz (1999: 219), la novela es el recuento de un viaje de investigación detectivesca que emprende Junior "entre las palabras de la ciudad (en los relatos de la literatura) y no entre las calles físicas de una urbe que podríamos localizar fuera de la escritura".

Sin embargo, el título mismo de *La ciudad ausente* nos obliga a preguntarnos qué imaginaria urbe tiene en mente Piglia como escenario de la batalla de relatos enfrentados y a qué ausencia(s) hace referencia el título. Desde "ciudad laberíntica y ocupada que asfixia y enmudece" (Corbatta, 1999: 59) hasta "ciudad como inmensa celda y manicomio" (Avelar, 1995: 428), pasando por "ciudad-nación monológica, monocromática y panóptica" (Demaría, 1999: 168) y "gran panóptico a través del cual el estado controla la mente de sus ciudadanos" (Quintana, 2001: 101), la Buenos Aires futura de Piglia ha generado numerosas interpretaciones. Como las citas precedentes dejan ver, una coincidencia fundamental entre los diversos estudios sobre la novela tiene que ver con el carácter *panóptico* de la ciudad, entendido el término en el sentido que le da Michel Foucault en su clásico *Surveiller et Punir: Naissance de la prison*, de 1975, vale decir, como la permanente e intrusa observación y vigilancia del Estado sobre sus ciudadanos para controlarlos, disciplinarlos y de ser necesario castigarlos. En parte, la Buenos Aires de Piglia guarda cierta similitud con la ciudad futura de Los Ángeles en el relato de Philip Dick en el que se basa *Blade Runner*, debido al tópico compartido de "la desintegración de la memoria personal y privada por la acción de los aparatos de control del Estado" (Berg, 1996: 40). De ahí ese aire a decadencia urbana posmoderna que tienen algunas escenas:

> Jóvenes conscriptos se detenían ante los pornoshops y los microcines, las galerías de tiro al blanco, los bares baratos con fotos de rubias semidesnudas, las agencias de Lotería. Al fondo había galpones de lata y locales que se habían ido acumulando en los corredores, aprovechando el tránsito continuo de los que viajaban en subterráneo. Los jóvenes habían invadido los salones, con sus crestas y sus Levis rotos, las navajas en la funda de las botas, hacían sonar el heavy metal en los audios, vestidos con las poleras negras de Metrópolis. (108)

Pero con patrullas policiales que recorren la ciudad, psiquiatras que interrogan a sus pacientes para extraerles saberes a la fuerza, una mujer-máquina rebelde que en parte alude a Evita embalsamada y en parte a la memoria viva del país, y relatos secundarios sobre los fusilamientos de la Patagonia, el campo de concentración de La Perla y los colaboradores obligados a salir a marcar compañeros, pronto se hace evidente que el referente no es externo y universal sino local, y que éste no es otro que el terrorismo de Estado de los 70. Las "luces de la ciudad siempre encendidas" (14), los autos que van y vienen vigilando y las "pequeñas cámaras filmadoras" en la clínica psiquiátrica donde se interna a Elena (71), el Estado "telépata" (66) que "conoce todas las historias de todos los ciu-

dadanos y retraduce esas historias en nuevas historias que narran el presidente de la república y sus ministros" (151), la esquizofrénica que se cree ex guerrillera (¿o es una ex guerrillera devenida esquizofrénica?) y el policía que usa una jerga "a la vez psiquiátrica y militar" (100), son todas indicaciones de un poder panóptico, vigilante y controlador de relatos que remite a la dictadura militar setentista y es su prolongación natural: el "voyeurismo estatal" (Berg, 1996: 44) de esta ciudad intensamente escudriñada no es otra cosa que la forma futura del terrorismo de Estado. Por eso, la ciudad panóptica se manifiesta en la repetida imagen de lugares de encierro carcelario: la ex guerrillera arrepentida internada en una clínica de recuperación, la psicótica enviada al neuropsiquiátrico, Elena-máquina confinada al museo.

Como se ve una y otra vez, la ciudad futura psicotiza a los disidentes, equipara rebeldía política con locura paranoica y apela al disciplinamiento por medio de la psiquiatría en lugar de la desaparición forzada y la tortura –vale la pena recordar que también en *La Reina del Plata* el neuropsiquiátrico es uno de los lugares donde van a parar los que no son capaces de ingresar a la internidad, así como en *Las repúblicas* el dictador de Labodegga mete en el manicomio a los opositores a su gobierno–. ¿Cuál es entonces la ciudad *ausente*? Es aquella que escapa al ojo panóptico, las luces, las cámaras, las patrullas y el aparato psiquiátrico del poder. Es la ciudad soterrada que se expresa verbalmente en la red de relatos generados por la máquina y reproducidos en túneles, garajes y oscuras galerías comerciales para hacerlos circular clandestinamente por toda Buenos Aires. Lo subterráneo y oculto dibuja un mapa urbano que se opone a la ciudad de la superficie, igual que los relatos en sus infinitas variaciones se oponen al relato único del Estado. Esa ciudad escondida (ausente para el poder estatal) está en parte en el subterráneo en que "viajan los que se esconden, los morochos, los peronios" (Iglesia, 1996: 97) por debajo de la escenografía montada en la superficie controlada. Está también en el local de un subsuelo del Mercado del Plata donde vende fotos Grete, una ex refugiada bajo identidad ficticia. Está en los túneles que cruzan por debajo de la avenida 9 de Julio y en los pasillos del subte de la estación Carlos Pellegrini, donde "se nucleaban los refugiados y los rebeldes, los hippies, los gauchos, los espías, todos los ex, los contrabandistas, los anarcos" (79). Y está en "los bares del Bajo donde vendían documentos falsos, relatos apócrifos, primeras ediciones de las primeras historias" (90). Pero, por sobre todo, la ciudad ausente está en una isla en medio del delta del Paraná (literalmente ausente de la planta urbana de Buenos Aires) donde se construye la utopía lingüística que se describe en el relato "La isla". En ese "espacio emblemático de la resistencia y la utopía" (Alí, 2003: 35) se refugian disidentes de todo tipo que se oponen al relato único del Estado panóptico:

> [Hay] una isla, en el brazo de un río, poblada de ingleses y de irlandeses y de rusos y de gente que ha llegado de todas partes, perseguidos por las autoridades, amenazados de muerte, exiliados políticos. Se han escondido ahí, años y años; en los bordes de la isla han construido ciudades y caminos y han explorado la tierra siguiendo el curso del río y ahora en esa región se han mezclado todas las lenguas, se pueden escuchar todas las voces. (123)

Me detendré más tarde en las características lingüísticas de esa imaginaria isla, pero baste por ahora recordar que por su ubicación en medio del río y su escenificación del conflicto entre un pensamiento utópico y otro distópico no sólo se relaciona con las ya citadas Ciudad Central en *Cruz diablo*, Lorelei en *El oído absoluto* y la ciudad de Bree en *Verídico informe sobre la ciudad de Bree*, sino además con la ciudad imaginaria de Domingo Faustino Sarmiento en *Argirópolis o capital de los Estados Confederados del Río de la Plata*. Como discute Laura Demaría (1999: 165) al establecer las conexiones entre la narrativa de Piglia y la generación del 37, la *Argirópolis* de Sarmiento fue una de las obras fundantes del nuevo Estado nacional en la Argentina unitaria y antirrosista del siglo XIX, junto con las *Bases* de Juan Bautista Alberdi y el *Dogma socialista* de Esteban Echeverría. En ambos casos –Sarmiento y Piglia– la ciudad de Buenos Aires es el sitio de un poder autoritario (Rosas para Sarmiento, la dictadura militar y sus sucesores para Piglia) que se debe enfrentar desde las respectivas islas utópicas: "Argirópolis necesita materializarse a través de la ficción, ya que ella es una ciudad-nación ausente, virtual, utópica, proyectada como relato sobre una isla desierta. En *Argirópolis*, la nación se construye cuando el narrador sueña los edificios y los puertos de su ciudad inexistente, cuando diagrama los límites de la capital y de los Estados Confederados del Río de la Plata". Como bien explica Demaría, Sarmiento pretende reemplazar la ciudad autoritaria de Rosas con su propia versión dominante de la "ciudad-nación monológica, monocromática y panóptica" (ídem: 168) que se encarna en Argirópolis; Piglia, por el contrario, subvierte la noción misma de una ciudad-poder a través de imaginar una utópica isla donde la lengua constantemente cambia y donde la realidad jamás se fija en forma definitiva. De este modo, más que una propuesta de otro poder, la isla de Piglia se constituye en la ausencia misma de poder, en el no poder (por ello es utópica), semejante en ese sentido a los túneles, subterráneos y locales ocultos donde se recirculan los relatos disidentes de la ciudad ausente como contracara de la ciudad panóptica.

Tal vez la mejor metáfora de la ciudad panóptica obstinada en vigilar y suprimir toda voz rebelde pero en última instancia incapaz de ha-

cerlo sea la casa donde termina sus días el comisario Lugones, hijo del escritor Leopoldo Lugones y supuesto inventor de la picana como instrumento de tortura. Para Piglia, los Lugones son simbólicos de las dos caras o metodologías complementarias del Estado autoritario, el uno con su literatura celebratoria del nacionalismo aristocrático y el otro con su persecución policíaca de obreros y anarquistas: "El comisario Lugones dirigió la inteligencia del Estado y realizó y llevó a su culminación la obra de su padre" (169). Según cuenta la novela, el comisario Lugones terminó encerrado en una casa del barrio Flores a la que había convertido en una verdadera fortaleza, insomne y aterrorizado por el temor a ser objeto de un atentado por parte de los hijos de quienes él había torturado: "encerrado en su casa, con las puertas y ventanas enrejadas y un complicadísimo sistema de espejos que le permitían vigilar desde una silla de ruedas, con la que se deslizaba por las habitaciones, simultáneamente todos los ambientes de su casa, reflejados en los espejos inclinados en los ángulos del techo y en las puertas" (170). Como se ve, se trata de un elaborado dispositivo panóptico, una casa que anticipa la Buenos Aires del porvenir y que termina siendo inútil por cuanto el miedo y los fantasmas personales del comisario pueden más que todos sus mecanismos de vigilancia y control: "al final se mató, el ex comisario Lugones, con un tiro de escopeta" (170). Del mismo modo, siglos más tarde las luces, cámaras, patrullas y clínicas de recuperación de la ciudad futura no podrán impedir que otras voces y otras utopías sigan proliferando en las profundidades subterráneas y en la isla del Paraná donde sigue viva la eterna resistencia a la distopía.

* * *

Las novelas aquí repasadas ofrecen versiones imaginarias de una ciudad futura no sólo posible sino en gran medida ya existente hoy. ¿Por qué la preocupación recurrente por las transformaciones urbanas en estos textos de anticipación? ¿Por qué las proyecciones fantásticas de ciudades vueltas al señorío excluyente de los tiempos de Alvear, ciudades invadidas por multitudes marginales o fracturadas por nuevos guetos sociales, ciudades cercadas por montoneras y malones o destruidas por la naturaleza, ciudades edificadas sobre el agua, ciudades computarizadas, posapocalípticas o panópticas? Ya hemos dicho que la ciudad imaginada a diario funciona como un sitio de identidad y memoria, y que sus habitantes elaboran a diario un mapa mental y una imagen virtual hecha de múltiples materiales tangibles o simbólicos. Como es de esperar, su representación en la narrativa también forma parte de ese mapa mental que permite vivirla, entenderla y reapropiarla. Citando a Rosalba Campra, García Canclini (1997: 89-92) apunta al respecto que "las ciudades también se fundan dentro de los libros", y que estos "libros fundantes" forman parte de un patrimonio urbano invisible e intangible no menos importante que el patrimonio visible de monumentos, museos y edificios. No es de sorprender, entonces, que en la década y media que va de 1985 a 1999, un período de profundas transformaciones del entorno físico y mental, de durísimas fracturas sociales, de empobrecimiento de las infraestructuras materiales y de disolución de los ejes identitarios colectivos, de sentimientos de desfamiliarización y pérdida ante la globalización, la ciudad representada en la ficción sea un espejo en el que nos vemos como somos, como quisiéramos ser o como vamos camino a ser.

De este modo, las novelas muestran la contracara de la ciudad idealizada en cuanto modelo prototípico de cómo sus habitantes quisieran verse. Si por lo general "lo recto, lo amplio, lo limpio se convierten en categorías para definir lo urbano, lo civilizado" en folletos turísticos, postales y festividades comunales (Botero Villegas, 1997: 127), en estas novelas, por el contrario, la imaginación de lo urbano visualiza la ciudad como el sitio de lo caótico, lo mutante, lo salvaje y lo peligroso, en suma, como el sitio de una distopía que contradice todo optimismo sobre el rumbo de la historia nacional. No por coincidencia, el rasgo que aparece más a menudo en estas novelas de anticipación es la guetoización social y la acompañante fragmentación urbana traducida en divisiones espaciales y de clase: args *versus* advisers en *Manuel de historia*, internos *versus* externos en *La Reina del Plata*, casas de recuperación *versus* comunidades de Viejos Cimarrones en *La muerte como efecto secundario*, buscavidas *versus* desocupados en *Una sombra ya pronto serás*, nuevos pobres *versus* clase media en *El aire*, agentes de la CIDOS *versus* habitantes de republiquetas en *Las repúblicas*, Ciudad Central *versus* montoneros e indios en *Cruz diablo*, vigilantes *versus* vigilados en *La ciudad ausente*. En pocas palabras, todo esto le indica al lector que se ha perdido el sentido de la ciudad como comunidad homogénea y proyecto colectivo, y que en consecuencia se ha producido una "pérdida del nosotros" (García Delgado, 1998: 25).

Desaparece la ciudad familiar, último reducto de la identidad en un mundo que se figura fuera de control, y con ella muere la última posibilidad de sentirse alguien y ser parte de un espacio comunitario. Así lo intuye el narrador de *El aire* cuando dice: "con la remisión de la ciudad el espacio, que era una categoría fundamental para la subsistencia de una memoria colectiva, se estaba desvaneciendo en el medio del aire. Y no solamente porque al demolerse las edificaciones retornara la naturaleza, sino también porque la misma memoria individual de los habitantes –fuesen o no pobladores– era incapaz de reconocer la ciudad" (164). En efecto, en las décadas que van del terror de Estado al horror de mercado

neoliberal no sólo se les escamoteó a los argentinos su historia sino también su espacio familiar, y es la pérdida de ese espacio lo que subyace en la profunda pena que trasuntan muchas de estas novelas; una pena que quizá resume mejor que ninguna *Cruz diablo,* donde se dice de un personaje: "A él le encantan las cosas viejas, sean máquinas, personas, cuentos, historias. Dice que un montón de cosas están desapareciendo y que a él le da como lástima" (28). Ya se sabe: a toda pérdida le sigue un duelo con sus etapas de sorpresa, rabia, negación y por fin aceptación, y estas novelas forman parte del duelo colectivo que los argentinos comenzaron a transitar entre los 80 y el fin de siglo ante la desaparición de la realidad familiar.

Capítulo 3

El espectáculo de la política, la política del espectáculo

En principio, divertir significa desviar de aquello que ocupa...

Roger-Gérard Schwartzenberg (citado por Adriana Schettini, *Ver para creer: televisión y política en la Argentina de los 90)*

Dicen que soy aburrido.

Autodefinición del entonces candidato a presidente Fernando de la Rúa para distinguirse del estilo frívolo de Carlos Menem

Quien observa las sucesivas fotos de Carlos Menem con las que diversas publicaciones periodísticas marcaron la conclusión de sus diez años de presidencia puede notar la transformación gradual que se produjo en su apariencia física durante la década que media entre 1989 y 1999: con el transcurso de los años, su cabellera algo descuidada al comienzo se fue haciendo más brillosa y recortada y se redujeron sus enormes patillas a lo Facundo Quiroga; sus ropas comunes dejaron paso a elegantes trajes de sastrería; sus apariciones en público ya no lo mostraron bailando una zamba o jugando al fútbol frente a espectadores risueños sino cada vez más practicando tenis o golf; sus arrugas no desaparecieron del todo pero tampoco parecieron aumentar como sería de esperar en un hombre de su edad. Fue *vox populi* durante su presidencia que el político riojano jamás viajaba al exterior sin su peluquero personal, y que los trasplantes de cabello y otros recursos del embellecimiento estético no le eran ajenos. En pocas palabras, Menem supo manipular magistralmente su imagen y

I_ANTOLOGÍA DE TEXTOS TEÓRICO-LITERARIOS

BIBLIOGRAFÍA ADICIONAL / ADDITIONAL BIBLIOGRAPHY

Aínsa, Fernando, *Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopolítica, Editorial Arte y Literatura,* 2002.

Ansay, P., Schoonbrodt, R., *Penser la ville. Choix de texts philosophiques*, Bruxelles, Archives Architecture Moderne, 1989.

Augé, Marc, *Non-places: introduction to an anthropology of supermodernity*, Londres, Verso, 1995.

Bachelard, G., *La poétique de l'espace*, Paris, PUF, 2001.

Baudrillard, Jean, *Simulacra and Simulation*, Trans. Sheila Faria Glaser, Ann Arbor, Mich., University of Michigan Press, 2001.

Berger, J, & D., Harvey, *Boulevard Central,* Buenos Aires, Edhasa/Pensamiento Urbano, 2007.

Borja, Jordi, and Manuel Castells. *Local and Global. Management of Cities in the Information Age*. London: Earthscan, 1997.

Brooker, Peter, *Modernity and Metropolis, Writing, Film and Urban Formations*, New York Palgrave, 2002.

Calvino, I., *Le città invisibili*, Milano, Mondadori, 2006.

Campra, R., *La selva en el damero. Espacio literario y espacio urbano en América Latina*, Pisa, Giardini Editori, 1989.

Campra, R., "La ciudad en el discurso literario". En: Sic, 5, mayo 1994.

Canclini, N.G., *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo, 1995.

Canclini, N. G., *Imaginarios Urbanos*, Buenos Aires, Eudeba, 1997.

Casstells, M. *La question urbaine*, Paris, Máspero, 1975.

Covo, J. (ed.), *Historia, espacio e imaginario*, Villeneuve d'Asq, Presses Universitaires du Septentrion, 1997.

Caws, M.A. (ed.), *City images. Perspectives from Literature, Philosophy and Film*, New York/Philadelphia, Gordon and Breach, 1993.

Certeau, M. de, "Marches dans la ville", *L'invention du quotidien. Arts de faire I*, Paris, Folio, 1990: 139-155.

Davis, M., *The ecology of fear, Los Angeles and the imagination*, New York, Metropolitan Books, 1998.

Dehaene, Michiel and Lieven De Cauter, ed. *Heterotopia and the City. Public Space in a Postcivil Society*. New York: Routledge, 2008.

Francese, J., *Narrating postmodern time and space*, Albany, State University of New York Press, 1997.

Gallo, Rubén, *The Mexico City reader*, Madison, The university of Wisconsin Press, 2004.

Gorelik, Adrián. En: *Punto de vista, Revista de cultura,* Buenos Aires, 1990 - 2008, nº37-90.

Gottdiener, M, Lagopoulos, A., *The city and the sign. An introduction to urban semiotics*, New York, Columbia University Press, 1986.

GUST, *The Urban Condition: Space, Community, and Self in the Contemporary Metropolis*, Rotterdam, 010 Publishers, 1999.

Heffes, Gisela, *Las ciudades imaginarias en la literatura latinoamericana*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2008.

Jay, M., Chalmers Watts, A. (eds), *Literature and the urban experience. Essays on the city and literature*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1981.

Keunen, B., *De verbeelding van de grootstad*, Brussel, VUB Press, 2000.

Kohan, Martín, *Zona Urbana : Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin*, Buenos Aires, Norma, 2004.

Ledrut, R., *Les images de la ville*, Paris, Anthropos, 1973.

Lefebvre, Henri, *The production of space*, Malden, MA, Blackwell Publishing, 1991.

Lehan, R., *The city in literature. An intellectual and cultural history*, University of California Press, Berkeley, 2003.

Liernur, F, & G, Silvestri, *El umbral de la metrópolis*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.

Lindón, A., M. Á. Aguilar, et al. (Eds.), *Lugares e imaginarios en la metrópolis*, Cuadernos A. Rubí (Barcelona), Anthropos Editorial UAM, 2006.

Macón, Cecilia (coord..), *Trabajos de la memoria, arte y ciudad en la postdictadura argentina*, Buenos Aires, Ladosur, 2006.

McHale, B., *Postmodernist fiction*, London/New York, Routledge, 1999.

Moraña, M., (Ed.), *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2002.

Orecchia-Havas, T. (ed.), *Les villes et la fin du XXe siècle en Amérique Latine: littératures, cultures, représentations*, Leia. Bern, Peter Lang, 2007.

Paul-Lévy, F., Segaud, M., *Anthropologie de l'espace*, Paris, Hachette, Centre Georges Pompidou, 1982.

Pelckmans, P, Vervliet, R., *Stadsbeelden*, ALW-Cahier 17, 1996.

Pimentel, L. A., *El espacio en la ficción*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001.

Preston, P, Simpson-Housley, P. (eds), *Writing the city. Eden, Babylon and the New Jerusalem*, London/New York, Routledge, 1994.

Rama, Á., *La ciudad letrada*, Santiago de Chile, Tajamar, 2004.

Reati, F., "La ciudad futura". *Postales del porvenir, la literatura de anticipación en la Argentina neoliberal (1985-1999)*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2006: 87-136.

Rodríguez Bravo, Johann, “Tendencias de la narrativa actual en Colombia”, en: *Cuadernos hispanoamericanos* 664, 2005 pp. 81-90.

Romero, J.L., *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, (1976) 2001.

Rovira, J.C. (ed.), *Escrituras de la ciudad*, Madrid, Palas Atenea Editores, 1999.

Sansot, P., *Poétique de la ville*, Paris, Colin, 1996.

Sarlo, Beatriz, *La ciudad vista*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009.

Sarlo, B., “Violencia en las ciudades. Una reflexión sobre el caso argentino.” En: Moraña, M. (ed.), *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2002: 205-214.

Sassen, S., *The global city*. New York, London, Tokyo, Princeton, Princeton University Press, 1991.

Sennet, R. (ed.), *Classical essays on the culture of cities*, New York, Meredith, 1969.

Short, J.R., KIM, Y.-H., *Globalization and the city*, Essex, Assison Wesley Longman, 1999.

Smith, Neil, *The New Urban Fontier. Gentrification and the Revanchist City*, London, Routledge, 1996.

Soja, Edward, W, Thirdspace. *Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*, Cambridge, Blackwell Publishers Inc, 1996.

Timms, E., Kelley, D. (eds), *Unreal city. Urban experience in modern European Literature and Art*, Manchester, Manchester University Press, 1985.

TORRES, G., C.L., “Una aproximación al carácter de la novela urbana. El caso de la ciudad de Bogotá”, http://www.ucm.es/info.especulo/numero9/n_urbana.htm
VV.AA., “Dossier: Hispanoamérica: ciudad y literatura”. En: *Cuadernos hispanoamericanos* 670, abril 2006: 7-50.

Watson, S., Gibson, K. (eds), *Postmodern cities and spaces*, Oxford, Blackwell, 1995.

Williams, R., *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós, 2001.

Young, R., “Buenos Aires and the narration of urban spaces and practices”. En: Hart, S., Young, R., *Contemporary Latin American Cultural Studies*, Nueva York, Oxford University Press, 2003: 300-311.

Zimmerman, M & Navia, Patricio, *Las ciudades latinoamericanas en el nuevo (des)orden mundial* , Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004.

Zukin, S., *The cultures of cities*, Oxford Blackwell, 1995.

Matrícula: annelies.oeyen@ugent.be
Se pide una contribución de 5 euros (incluye almuerzo) a pagar el día mismo de la participación al coloquio.

La antología se encuentra en: www.spaans.ugent.be y en www.fltr.ucl.ac.be/FLTR/ROM/ceh/esp/default.htm

JUEVES 4 DE FEBRERO 2010:

UCL (Faculté de philosophie et lettres, 1, Place Blaise Pascal, 1348 Louvain-la-Neuve, salle du conseil)

Sitio oficial: http://www.uclouvain.be/12730.html
Desde Bruselas a Lovaina-la-Nueva (Louvain-la-Neuve) :
Desde cualquier estación de Bruselas (Midi, Central, Nord, Schuman, Luxembourg) se puede tomar cada media hora un tren hasta Ottignies (tren en dirección a Namur-Luxembourg). Luego, hay que cambiar en Ottignies y tomar un tren regional de Ottignies a Lovaina-la-Nueva (10 minutos). El viaje dura más o menos una hora.
También es posible tomar un tren con destino “Louvain-la-Neuve”, pero suele tardar un poco más porque se para en todas las estaciones entre Bruselas y LLN.
Desde la estación de LLN hasta el auditorio:
Saliendo del edificio de la estación, se gira a la derecha en dirección a la Place de l’Université. Hay que seguir todo recto (atravesando la plaza) y girar luego a la izquierda (Rue Charlemagne). Después seguir todo recto hasta llegar a la Grand-Place (a su mano izquierda tendrá el cine y en frente verá la Facultad de Letras con el reloj). Hace falta seguir todo recto hasta llegar a la Place du Cardinal Mercier - bordeando la Facultad - y al final verá a la izquierda la entrada principal. Después de entrar por la doble puerta, hay que bajar enseguida las escaleras. La Salle du Conseil está a la izquierda. Habrá carteles en la entrada del edificio.

VIERNES 5 DE FEBRERO 2010:

Universiteit Gent, Faculteit Letteren en Wijsbegeerte, Blandijnberg 2, 9000 Gent, Faculteitsraadzaal

Sitio oficial: http://www.flwi.ugent.be/ligging
Para la gente que viaja en tren desde Bruselas a Gante:
Cada 10 minutos se puede tomar en Bruselas un tren con destinación a Brugge, Knokke, Blankenberge, Kortrijk o Oostende y se baja en Gent Sint-Pieters (40 minutos). Luego se puede tomar el bus nr. 8 (10 minutos) hacia Gent Zuid y bajar en la parada “Blandijnberg”. La faculteitsraadzaal se encuentra en la segunda planta del Blandijn.

JUEVES 04-02-2010 UCL

Conferencia inaugural
Moderadora : Geneviève Fabry (UCL)

10h00-11h00	Fernando Reati (Georgia State University) "Política y ciudades imaginarias en la literatura argentina de las últimas tres décadas"
11h00-11h30	Discusión
11h30-11h50	Pausa café

Mesa 1: Cine
Moderadora : Bieke Willem (UGent)

11h50-12h10	Sophie Dufays (UCL) "El niño de la calle y la ciudad mediática : un análisis de la película *Buenos Aires vice versa* (Alejandro Agresti, 1996)"
12h10-12h30	Discusión
12h30-14h00	Almuerzo de bocadillos

Mesa 2 : Fragmentos latinoamericanos
Moderadora : Ilse Logie (UGent)

14h00-14h20	Bieke Willem (UGent) "Células, archipiélagos, pozos ciegos: una lectura fragmentada de *Av. 10 de Julio Huamachuco* de Nona Fernández"
14h20-14h40	Jasper Vervaeke (Universiteit Antwerpen) "Bogotá en la obra de Juan Gabriel Vásquez"
14h40-15h00	Pausa café
15h00-15h20	Cathy Fourez (Université Lille 3) "Por la carretera de la 'narcotredad' : historias de pueblos secuestrados en la novela *Contrabando* de Víctor Hugo Rascón Banda"
15h20-16h00	Discusión
16h30-18h30	Proyección de la película *Buenos Aires vice versa* (Alejandro Agresti, 1996)

VIERNES 05-02-2010 UGent

Mesa 3: fragmentos argentinos
Moderadora : Rita De Maeseneer (UA)

10h00-10h20	Annelies Oeyen (UGent) y Marie-Noëlle Carré (Université de la Sorbonne - Paris 3) "Hacia una estética de los márgenes urbanos en *Impureza* de Marcelo Cohen"
10h20-10h40	Cristina Breuil (Université Stendhal - Grenoble 3) "Una poética transgenérica de la ciudad (César Aira, Daniel Link, Andrés Neuman, Santiago Serrano)"
10h40-11h00	Pausa café
11h00-11h20	Gabriel Inzaurralde (Universiteit Leiden) "Los lugares del fracaso y la resistencia"
11h20-12h00	Discusión
12h00-13h30	Almuerzo Exposición de fotos de Marie Forget

Mesa 4: fragmentos norteamericanos
Moderador : Kristiaan Versluys (UGent)

13h30-13h50	Katrien Bollen (UGent) "Division is Rife. A Case-Study of the Unbearables' *New Yorker* Protests (1993-1994)"
13h50-14h10	Mathilde Mergeai (Université de Liège) "Fragmented City, Fragmented Selves: Identity Quests in Dionne Brand's *What We All Long For*"
14h10-14h30	Pausa café
14h30-14h50	Christophe Den Tandt (ULB) "Espace technologique et espace corporel: la virtualisation de la scène urbaine dans les vidéos musicales anglo-américaines"
14h50-15h30	Discusión
15h30-15h50	Pausa café

Conferencia clausural
Moderadora : Geneviève Fabry

15h50-16h50	Rosalba Campra (Università di Roma) "Las ruinas del futuro. La ciudad de Angélica Gorodischer entre William Gibson, Cordwainer Smith y la narrativa dibujada."
16h50-17h20	Discusión

Recepción y copa de despedida

Fernando REATI (Georgia State University)
"Política y ciudades imaginarias en la literatura argentina de las últimas tres décadas"

Jueves, 4 de febrero 10h00-11h00

Sophie DUFAYS (UCL)

“El niño de la calle y la ciudad mediática : un análisis de la película *Buenos Aires vice versa* (Alejandro Agresti, 1996)”

Desde los años cincuenta es llamativa la puesta en escena conjunta de la *gran ciudad moderna* y de la *mirada infantil* tanto en el neorrealismo italiano como en el cine latinoamericano. Varias películas de los Nuevos Cines latinoamericanos muestran la vida actual y “real” de la gran metrópoli latinoamericana - con sus suburbios, su miseria, su desempleo, su violencia - a través de miradas reflexivas de niños. A raíz de estas películas, la asociación entre infancia y espacio urbano se ha vuelto un tópico en el cine latinoamericano hasta el punto de que podríamos hablar de un género, el género del “niño de la calle”. Su doble indefensión física (sus cuerpos pequeños, frágiles, debilitados por el hambre) e intelectual (su falta de instrucción tanto familiar como escolar) hace de este niño una figura marginal por excelencia dentro de una sociedad basada en la ley del más fuerte y explica asimismo su aparición recurrente en un cine que apunta a denunciar las injusticias y la arbitrariedad sociales. Pero el potencial de crítica social que lleva el personaje infantil no es el único factor que explica la recurrencia de su puesta en escena en la ciudad. Quizá haya una adecuación más esencial entre ciudad contemporánea, cine moderno y mirada del niño.

Si la ciudad moderna se presenta cada vez más como un espectáculo permanente que condena a sus habitantes a ser consumidores pasivos de imágenes, el cine llamado moderno (desde el neorrealismo italiano) registró esa modificación y/o participó de ella al hacer precisamente de sus protagonistas unos espectadores, incapaces de intervenir sobre las situaciones ópticas y sonoras en las que están inmersos. De este nuevo personaje testigo, vidente, antes que actor o actante en una historia que ya no se articula a partir un encadenamiento de causas y consecuencias, el niño aparece como prototipo: en términos de Deleuze, su relativa impotencia motriz lo vuelve particularmente apto para *ver* y *oír* (cf. Deleuze, *L’image-temps*, 1985). En las (mejores) películas latinoamericanas, el niño de la calle no es tratado solo como una víctima de violencias externas; su situación de impotencia sirve también, indisociablemente, para reflejar el nuevo modo estético del cine moderno que es adecuado con una nueva percepción del mundo, condicionada por la vida en la metrópoli.

La historia del niño Bocha, un huérfano de la calle, que integra la trama fragmentada la película *Buenos Aires vice versa* (Alejandro Agresti, Argentina, 1996), acentúa y pone en abismo la *visualidad* propia a la vez de la ciudad mediática, del cine (pos)moderno y del niño de la calle. Bocha ayuda a la joven Daniela a sacar imágenes de la ciudad para un viejo matrimonio que no se atreve a salir de su casa; al final de la película roba para ella una cámara en un centro comercial y muere matado por un guardia de la seguridad. Este asesinato a la vez conecta las historias de los diversos personajes que asisten, impotentes, a ella y manifiesta las contradicciones de la ciudad mediática que suscita y prohíbe un deseo de ver. Es en este deseo en el que nos proponemos centrar nuestro análisis de la película, relacionándola con el “género” o la tradición de los niños callejeros.

Jueves 4 de febrero 11h50-12h10

Bieke WILLEM (UGent)

“Células, archipiélagos, pozos ciegos: una lectura fragmentada de *Av. 10 de julio Huamachuco* de Nona Fernández”

La red telefónica, eléctrica, ferroviaria, la red de ordenadores, aviones, supermercados, compañías de coche de alquiler etc. consiguen hoy en día reducir el tiempo de espera, comprimir tiempo y espacio de tal modo que todo, en teoría, sea disponible en cualquier lugar y dentro de poco tiempo. La red perfecta es descentralizada. En un espacio virtual, aparte de tiempo y espacio, transporta información, signos, imágenes, a cualquier persona que se conecta.
Propongo analizar de qué manera se refleja en la literatura esa vivencia particular del espacio originada por la multiplicación de redes.
En *Av. 10 de julio Huamachuco* (2007) de la autora chilena Nona Fernández encontraremos un ejemplo *in extremis* de cómo la red consigue a la vez conectar y aislar. En una puesta en escena originalmente asociada a la literatura de ciencia ficción (una tierra de nadie, un paisaje casi posapocalíptico), los dos protagonistas sólo entran en contacto por internet, la red por excelencia. Así aparece Santiago de Chile dividido en pequeñas islas, burbujas entrelazadas únicamente de manera virtual: sea por internet, sea por la memoria. A medida de que la historia avanza, este espacio virtual adquiere cada vez más materialidad. El espacio urbano se fragmenta entonces en células reales e irreales, concretas y fantásticas, espacios del pasado y del presente que se yuxtaponen y que ya no forman un conjunto que podríamos llamar ciudad: sólo hay la avenida 10 de julio Huamachuco, una casa, una escuela, un galpón, el Kinderhaus, una pensión, una pieza oscura.
En la ponencia examinaré el funcionamiento de uno de estos fragmentos: el de la imagen de la casa dentro de este espacio heterogéneo dominado por lo virtual.

Jueves 4 de febrero 14h00-14h20

Jasper VERVAEKE (Universiteit Antwerpen)
“Bogotá en la obra de Juan Gabriel Vásquez”

Me concentraré en dos novelas de JGV que tienen como escenario principal la capital colombiana, a saber *Alina Suplicante* (Norma, 1999) y *Los informantes* (Alfaguara, 2004). Mientras que en la primera la narración se escinde entre la Bogotá y el París de los años noventa, en la segunda la Bogotá finisecular se opone a la de los años cuarenta. Estudiaré la ciudad en sus vertientes dinámicas nocionales, temporales y espaciales.
Caben dentro del primer punto los diferentes diálogos intertextuales. El examen de la intertextualidad genérica girará en torno al juego con los tópicos de la literatura urbana colombiana y latinoamericana, mereciendo un interés especial las alusiones a la violencia y las tragedias colectivas. Desde dicho enfoque interpretaré la evocación, en *Los Informantes*, del asesinato del político Jorge Eliécer Gaitán (1948) y el subsiguiente ‘Bogotazo’. En cuanto a la intertextualidad específica, la confesion de JGV de que el Chicago de Saul Bellow se acerca mucho a lo que es Bogotá para él me incitará a trazar los paralelos con *The Dean’s December* del Premio Nobel norteamericano.
En segundo lugar, confrontaré las imágenes que *Alina Suplicante* y *Los Informantes* dan de la capital colombiana finisecular con las que esta última da de la Bogotá ‘aldeana’, tradicional de los años cuarenta. Dicho paso temporal pondrá al descubierto algunos de los rasgos típicos del proceso de fragmentación de las ciudades latinoamericanas posmodernas (García Canclini), como, por ejemplo, el deterioro del centro histórico.
Por último, abordaré la dinámica espacial mediante una reflexión sobre los viajes urbanos, frecuentes tanto en *Alina Suplicante* como en *Los informantes*.
Además de relacionar entre sí estas tres vertientes, consideraré su pertinencia en el marco del proyecto escritural de JGV.

Jueves 4 de febrero 14h20-14h40

Cathy FOUREZ

“Por la carretera de la ‘narcotredad’: historias de pueblos secuestrados en la novela *Contrabando* de Víctor Hugo Rascón Banda”

La zona productora de marihuana y amapola, conocida como el Triángulo Dorado del Narcotráfico, se ubica en la confluencia de los estados de Durango, Chihuahua y Sinaloa. Desde la presidencia de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), cuyas relaciones con notorios capos se han hecho públicas recientemente, el crimen organizado ha convertido estas regiones en imperios delictivos. A fin de consolidar y ampliar sus fuerzas de producción, distribución, comercialización y exportación de drogas, las narcoempresas han impuesto a sangre y fuego un contrapoder, cada vez más ajeno al control el Estado Mexicano. En este contexto, los diferentes carteles, involucrados en una dinámica de conquista de nuevos territorios geográfica y económicamente atractivos, han trastornado la vida de muchos pueblos del Norte y los han transformado en escenarios de una brutalidad extrema. La creciente disputa por plazas estratégicas y rutas de contrabando más rentables ha modificado el mapa del crimen, que ya no se confina solamente a las grandes ciudades : homicidios, asesinatos colectivos, ajustes de cuentas entre bandas rivales, tráfico de armas para uso exclusivo del Ejército, cargamentos de estupefacientes se desatan en lejanas aldeas de la frontera.
Víctor Hugo Rascón Banda en su novela póstuma, *Contrabando*, publicada en 2008 pero escrita en 1991, retrata, en el estado de Chihuahua, y mediante abundantes huellas autobiográficas cruzadas por una narración polifónica, lo cotidiano de varios poblados bajo el yugo de la estructura criminal. Nos proponemos, a través del examen de una pluralidad de existencias y muertes que emanan del drama, de la venganza, del cementerio, y desde una arquitectura literaria polifacética, analizar, en un microcosmos pueblerino y rural, digno de un sitio de guerra, la implantación de una crueldad urbana definida ante todo por su práctica de la velocidad, la colisión, la detonación y la desaparición. Nos focalizaremos primero en la desarticulación de estos espacios locales administrados por la acústica de las balas, el zumbido de las camionetas negras y el sonoro silencio de las Autoridades, que dicen las mordeduras y las fisuras de la realidad social de todo un país ; segundo en la desvocalización de los testimonios que se reorganizan en la aniquilación del significado y en la inestabilidad de la locución, en una tentativa de explicar al sujeto en y con la narcoviolencia.

Jueves 4 de febrero 15h00-15h20

Annelies OEYEN y Marie-Noëlle CARRÉ
“Hacia una estética de los márgenes urbanos en *Impureza* de Marcelo Cohen”

Existe un paralelo llamativo entre geografía y literatura : ambas generan espacios. Un encuentro entre los dos campos permitiría pues ayudar a teorizar el espacio geográfico a través de la narración literaria de experiencias subjetivas. Este encuentro implica ajustar las herramientas metodológicas propias a la geografía como a la crítica literaria, un encuentro imposible según algunos. En esta ponencia intentamos sobrepasar estos clivajes y establecer un diálogo estimulante sobre la ciudad latinoamericana.
El objeto de análisis es la novelita *Impureza* (2008) del escritor argentino Marcelo Cohen, una obra que relata escenas de la vida cotidiana de Neuco en Lafiera. El barrio es un enclave en la periferia de una metrópolis imaginaria y futurista, pervertida por la sociedad del espectáculo. Exploramos la representación narrativa de un objeto muy estudiado en geografía: el margen urbano. Comenzamos por un análisis descriptivo del espacio urbano tal como aparece en la novela y lo vinculamos con el concepto de la fragmentación urbana (Navez Bouchanine, Prévot Schapira, Sierra et Tadié).
En una segunda parte, proponemos interpretar los márgenes urbanos como un espacio distópico (Suvin, Moylan) en la medida en que la novela presenta una desviación negativa de la producción del espacio. Investigamos cuáles son los procedimientos de escritura que permiten a Cohen diseñar este universo urbano de contornos realistas a pesar del desplazamiento futurista. Nos detenemos sobre todo en ciertos dispositivos típicos del subgénero de la ciencia ficción y el juego constante con un léxico híbrido. También ahondamos en la dimensión carcelaria del barrio de Lafiera: sus habitantes quedan despersonalizados y aislados del resto del mundo globalizado y sólo tienen acceso al mundo exterior por el espectáculo.
Finalmente, ahondamos en las estrategias de resistencia que el protagonista desarrolla en contra del espacio distópico. El tándem deterritorialización/ reterritorialización, propuesto inicialmente por Deleuze y Guattari, ayuda a aclarecer estos procesos de resistencia, o las estrategias de narrativa/ contranarrativa que caracterizan la literatura distópica y que fueron teorizados por T. Moylan. Mientras la narrativa principal se articula alrededor de una cultura de la imagen impuesto por un proyecto político opresivo con el fin de borrar los restos del anclaje territorial de los marginados, observamos una contranarrativa en el protagonista Neuco. Se perfila como una figura del aventurero urbano (Frémont), o del caminante urbano (Michel De Certeau), que traza los contornos de un territorio cotidiano a través de sus recorridos urbanos y proyecta en la metrópolis la percepción subjetiva de un espacio vivido.

Viernes 5 de febrero 10h00-10h20, Faculteitsraadzaal Blandijnberg 2

Christina BREUIL

“Una poética transgenérica de la ciudad (Cesar Aira, Daniel Link, Andrés Neuman, Santiago Serrano)”

A imagen de la literatura, el espacio urbano refleja y encierra una multiplicidad de historias y sobre todo, de formas de narrar. Desde los años 1990, varios autores argentinos se han venido dedicando a una exploración de sus imágenes, como César Aira, cuyo ciclo novelesco urbano constituye una renovación profunda de la literatura urbana. De la misma manera, pero cada uno con procedimientos diversos, los escritores argentinos Daniel Link, Andrés Neuman y Santiago Serrano ponen en escena este espacio urbano, no sólo como espacio referencial real, sino también como pretexto para una exploración de la literariedad. Podemos destacar la importancia de tal compromiso literario en una época marcada por las lógicas del consumo y de la cultura de masas, y la fecundidad con la que la modernidad ha venido suscitando una potencialización y una renovación de la escritura de la ciudad.

Más allá de sus posibles apariencias y protagonismos en un texto, veremos en qué medida la ciudad es el espacio por excelencia de la escritura literaria no sólo como experiencia, sino también como experimento, al aspirar a una vertiginosa superación de los cánones de la representación. En este sentido, la fragmentación, tan característica de la ciudad y de sus representaciones literarias, resulta propicia para tantear un más allá de la forma, en un afán de subversión que parece realizarse y revelarse de manera particularmente acertada con la práctica de la transgenericidad. Así lo reflejan las obras de escritores polígrafos, que no dudan en experimentar distintos géneros a lo largo de su producción (novela, ensayo, teatro, cuento, e incluso *blog*), con lo cual contribuyen no sólo a establecer puentes entre géneros a primera vista muy diferentes, sino también a trastrocar, ampliándola, la misma noción de género.

Analizaremos las posibles articulaciones entre fragmentación y transgenericidad en su relación con un espacio urbano multifocal - visible o invisible, previsible o imprevisible, lúdico o intimista, extraño o familiar… - que desafía sus geografías y geometrías tradicionales. Verdadera aventura, la escritura parece constituirse ante todo como laboratorio de las dicotomías canónicas (espaciales y conceptuales), campo de investigación de un más allá de las coordenadas espaciotemporales familiares.

Para analizar este diálogo transgenérico y entender sus alcances y su papel en la fecundidad de la literatura actual, empezaremos por destacar algunos espacios urbanos y trayectorias recurrentes en algunos textos escogidos de Aira (novela), Link (novela y *blog*), Neuman (cuento y poesía) y Serrano (teatro), para tratar de esbozar a partir de ellos una poética transgenérica de la ciudad. Las tradicionales dinámicas espaciales y existenciales de la tragedia se perfilan como posibles claves de lectura de esta poética moderna que busca renovar formas, sentidos y trascendencias, en un afán de reapropiación íntima de la ciudad. A través de las relaciones que se establecen entre las diferentes modalidades de escritura y representación propuestas por estos autores, y sin dejar de considerar tanto la práctica como la recepción de la transgenericidad, veremos en qué medida la literatura argentina de hoy propone una refundación estética y ética de los imaginarios urbanos.

Viernes 5 de febrero 10h20-10h40, Faculteitsraadzaal Blandijnberg 2

Gabriel Inzaurralde (Universiteit Leiden)
“Los lugares del fracaso y la resistencia”

La vieja *ciudad letrada* se desmoronó. También su lógica de centros y márgenes. Pueden hacerse varias genealogías en la literatura rioplatense sobre este lento desmoronamiento. En primer lugar cabe mencionar la recolocación de la subjetividad letrada en la literatura latinoamericana. Antes de desaparecer el letrado fue desplazado a los márgenes. Allí anidó como fracasado. Como escritor delincuente en Arlt y Cortázar o escritor fracasado en Piglia. Una de las figuras que anunciaron la disolución de las utopías letradas urbanas es aquella que dibuja la ciudad entre los polos del éxito y del fracaso, del poder y de los márgenes. Ella incluye también los puntos de fuga por donde se propone la evasión o la resistencia. Hay lugares donde la ciudad se interrumpe y su temporalidad se suspende. Hay acontecimientos que crean lugar y crean tiempo. La actual literatura urbana de los cronistas que escriben desde la topografía desterritorializada de la globalización, la concibe como un campo de fuerzas múltiples y de flujos interminables. Esta escritura tiene su ascendencia inmediata en una literatura de sujetos y lugares fracasados que abarca varias décadas. Propongo ejemplos de Arlt, Onetti, Cortázar, Piglia, Saer y Aira para establecer un puente entre textualidades urbanas opresivas y cerradas y sus insospechados puntos de fuga. Los textos que se dan como ejemplo se pueden articular en una configuración donde la reescritura es el procedimiento vinculante. Una lógica de territorios marca la conformación de las subjetividades que animan el relato. Entre los elementos decisivos que van marcando esta cadena de reescrituras está la representación urbana.

Viernes 5 de febrero 11h00-11h20, Faculteitsraadzaal Blandijnberg 2

Katrien Bollen (UGent)
"Division is Rife. A Case-study of the Unbearables' *New Yorker* Protests (1993-1994)"

The 1974 Loft Law enabled artists drawn to Downtown New York's edgy reputation to live cheaply and develop a vibrant underground scene of painting, photography, video art, Punk and New Wave music, performance art and literature. All the arts developed alongside and inextricably intertwined with each other, yet a diachronic shift in emphasis was nevertheless discernable: the wave of renewal hit the music scene first, and impacted the visual arts in 1980, when the Times Square Show exhibited works by artists such as Jenny Holzer and Keith Haring in a former massage parlor. By the mid-eighties, AIDS, gentrification, and the commercialization of the arts scene had taken their toll, and cynics proclaimed that the Downtown heydays were over. Around the same time, however, the gathered momentum: a circuit of underground magazines such as *Between C&D, Red Tape*, *The Portable Lower East Side*, *Public Illumination Magazine* and *Appearances* provided a forum for non-mainstream authors and cradled the literary careers of Patrick McGrath, Kathy Acker, Lynne Tillman, Dennis Cooper, and many others. Furthermore, literary events burgeoned in venues such as ABC No Rio, the Nuyorican Poetry Café, The Bowery Poetry Club, and Life Café.
In 1985, a loose collective of participants in the Downtown scene(s) coalesced in the Tin Pan Alley Bar to "drink and talk about literature, and to bemoan the shitty state of American culture". The group was initially united by little more than alcohol and a shared sense of nostalgia for a romanticized Downtown neighborhood populated by Hell's Angels, prostitutes, junkies and artists - the latter not necessarily being a separate category. Soon, however, the poets and artists engaged in joint projects, mainly involving poetry readings in Downtown Manhattan and disruptions of public order. One such disruption, the so-called *New Yorker* protests, is the focus of the current presentation. In 1993, the Unbearables protested the *New Yorker*'s "anemic" poetry by occupying the magazine's offices while writing spontaneous poetry to throw at the baffled staff. After the event's second edition in 1994, then *New Yorker* poetry editor Alice Quinn cleverly struck back by publishing two poems written by Unbearable poet Sparrow. Outraged by Sparrow's perceived "betrayal" and always keen on causing a stir, a number of Unbearables decided to pass sentence on Sparrow during a (mock-)trial and have the event covered in *Vanity Fair*. My presentation will reconstruct the so-called *New Yorker* protests on the basis of archival research and semi-structured interviews with Unbearable participants to analyze the group dynamics that enabled it. I will attempt to show how, even though the mock-trial plan was abandoned at the very last minute, it nevertheless revealed the cracks and fissures in the Unbearable fabric. The *New Yorker* protests thus complicated the dichotomy between underground and mainstream urban literature by bringing the underground's fragmentation into the limelight.

Viernes 5 de febrero 13h30-13h50, Faculteitsraadzaal Blandijnberg 2

Mathilde Mergeai (Université de Liège)
“Fragmented City, Fragmented Selves:
Identity Quests in Dionne Brand’s *What We All Long For*”

Paul Gilroy’s 1993 book *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, drew upon the idea that all Black people living in a Western country or region possess a “double consciousness.” This concept, firstly introduced by W.E.B. DuBois suggests among other things that the Black man carries within himself a sense of “twoness,” of being “an American, a Negro; two warring souls, two thoughts, two unreconciled strivings; two warring ideals in one dark body, whose dogged strength alone keeps it from being torn asunder” (DuBois, *The Souls of Black Folk*).This duality experienced by Black people can easily be applied to any migrant situation. Their everyday life thus results in a constant struggle to build a new identity balanced between different cultures and social realities. As a place where ethnic minorities tend to concentrate, the urban area is a space that embodies the fracture between the “home” culture and the “new” western culture particularly well. However, as I will argue in this essay, the constant expansion of globalization and transnationalism calls for an amplification of DuBois’s notion of “twoness” into what we could call a “multiplicity” of identities.
In this paper, I will focus on Dionne Brand’s latest novel, *What We All Long For* (2005), and explore how her characters evolve in the Canadian city and seek new figurative and imaginative places of belonging. This narrative tells the story of Carla, Tuyen, Oku, and Jackie, four non-white young people who are attempting to find their own place in the city. Their parents have all migrated to Toronto and the protagonists thus firmly reject—or position themselves against—not only white culture, but also their parents’ traditions, as well as a stereotyped version of what young Black culture should be. Striking examples of this generational fracture are Tuyen’s determination not to learn Vietnamese, her parents’ native language, or Carla’s decision not to eat Jamaican food, her father’s favourite. The protagonists’ vision of the world is also shaped through the acknowledgement of their urban surroundings. Therefore, I would also like to demonstrate that the fragmented identity of the four characters is but a reflection of the fractured nature of the city they live in, which comprises all types of populations and, at the same time, compartmentalizes and thereby isolates them into various social categories (and sometimes subsequently geographical areas) according to ethnicity, class, or gender. A parallel can be drawn between the barriers that these young people are erecting between their families and themselves, and the virtual or physical boundaries that exist within this supposedly multicultural North-American city. Finally, I will show how the formal structure of Dionne Brand’s novel also conveys the same idea of fragmentation—primarily through a strongly non-linear narrative.

Viernes 5 de febrero 13h50-14h10, Faculteitsraadzaal Blandijnberg 2

Christophe Den Tandt (ULB)
“Espace technologique et espace corporel: la virtualisation de la scène urbaine dans les vidéos musicales anglo-américaines”

Cette présentation a pour but d’analyser l’évolution de la représentation de la scène urbaine élaborée au sein de la culture rock anglo-américaine, en particulier l’évolution résultant du développement de la vidéo musicale à partir des années 1980. L’argument prend acte du fait que les vidéos musicales, fidèles à la tradition de la culture rock, se saisissent des décors urbains pour en faire des espaces de performance qu’elles peuplent de foules de danseurs, de sujets rebelles, ou de flâneurs aliénés. Cependant, dans un geste plus novateur, les vidéos mettent également en lumière la métamorphose de l’espace urbain résultant du déploiement des technologies de l’information—un phénomène que l’on pourrait appeler la virtualisation du lien social. En particulier, les vidéos explorent l’interface qui relie l’espace physique où évoluent musiciens et danseurs et, d’autre part, un environnement urbain reconditionné selon une forme de sociabilité technologique qui ne fonctionne par sur le registre de la présence et de la spatialité. La présentation ne suggère pas, bien sûr, que la vidéo musicale—un moyen d’expression qui oscille entre l’art expérimental, le divertissement, et la publicité—peut offrir une investigation sociologique de ce phénomène. Elles ne peuvent que l’éclairer selon leurs codes de performance. En pratique, les vidéos font interagir l’espace corporel de la performance musicale avec des images générées technologiquement (effets spéciaux de mise en scène classique, traitement d’image électronique, images virtuelles). Ces dernières servent de métaphore ou de substitut métonymique au lien social déployé par les technologies de l’information.
La présentation essaie de recenser les différents modes d’inscription du sujet (« subject-positions ») que les vidéos définissent par rapport à cette mutation technologique du lien urbain. Les modes d’inscriptions possibles couvrent un spectre qui s’étend d’une attitude que l’on pourrait qualifier de techno-extatique jusqu’à une esthétique de la techno-résistance. En conclusion, la présentation essaie de définir le rôle que les vidéos musicales—un média qui n’a plus l’attrait de la nouveauté—ont joué dans l’histoire contemporaine de la technologie alors que celle-ci a connu des développements nouveaux (numérisation et computerisation de la production musicale ; téléchargement numérique ; écoute ambulatoire). Le corpus utilisé inclut des vidéos telles que CALIFORNICATION des Red Hot Chili Peppers (Dir. Jonathan Dayton et Valerie Faris), LOVE IS STRONG des Rolling Stones (Dir. David Fincher), MIXED BUSINESS de Beck (Dir. Stéphane Sednaoui), THE BITTER END de Placebo, et IF I RULED THE WORLD de Nas et Lauryn Hill (Dir. Hype Williams).

Viernes 5 de febrero 14h30-14h50, Faculteitsraadzaal Blandijnberg 2

Rosalba Campra (Università di Roma)
“Las ruinas del futuro. La ciudad de Angélica Gorodischer entre William Gibson, Cordwainer Smith y la narrativa dibujada”

Este trabajo se propone circunscribir el lugar de Angélica Gorodischer en el trazado de los mapas urbanos de la ciencia ficción. No se trata de rastrear influencias y determinar fuentes o intertextualidades, sino más bien de reconstruir parentescos según el modo de representación de un universo posapocalíptico. El material objeto de análisis es de carácter transgenérico, ya que el sistema del relato de ciencia ficción se ha ido constituyendo tanto a través de la literatura como de la historieta y el cine.
Se analizarán pues, en referencia a las obras de Angélica Gorodischer y en particular *Kalpa Imperial* (vol. I, 1983; vol II, 1984) las coordenadas visuales de la representación de la ciudad trazadas por Enki Bilal, Moebius y Druillet en la historieta. Más allá de las diferencias estilísticas, es constante el desgranado de la imagen, el abigarramiento o, en el extremo opuesto, el vacío resultante de derrumbes y hundimientos, a veces sólo implícitos. Desde este punto de vista, imprescindible resulta también la referencia al cine, con *Planet of the Apes* (1968) de Franklin J. Schaffner y sobre todo el *Blade Runner* de Ridley Scott (1982) inspirado en la novela de Philip K. Dick *Do Androids Dream of Electric Sheep?* (1968).
Las proyecciones virtuales de William Gibson (especialmente *Monna Lisa overdrive*, 1988; *Idoru*, 1996) sugieren un mundo del que ha ido desapareciendo sin conflicto la materialidad, mientras “Alpha Ralpha Boulevard” (en *You will never be the same*, 1963) de Cordwainer Smith, por el contrario, encarna la añoranza de una realidad perdida que se trata de reconstruir más allá de las apariencias.

El modelo de estas ciudades degradadas es a veces identificable en un detalle mínimo pero más generalmente se trata de una imagen paradigmática, sin referencias al mundo extratextual. La novela *La leyenda de los soles* (1993) de Homero Aridjis, a través de una tonalidad mítica violenta remite en cambio explícitamente a Ciudad de México: un derrumbe de la forma que no es difícil advertir en el crecimiento incontrolable que sufre ya en nuestros días.

En todas estas imágenes, más allá de las diferencias, se delinea una posición de desencanto que mira la ciudad desde más allá del futuro: un futuro que se desarrolla después del fin de la Historia (y no como construcción ideológica sino en la concretez de la desaparición de nuestra historia), como sugiere *Planet of the Apes* con la imagen escalofriante de la estatua de la libertad emergiendo apenas de los escombros de una civilización desaparecida hace siglos.

El entramado de imágenes y palabra que propone este sistema apoyado en la formulación de un imaginario urbano catastrófico encuentra en *Kalpa imperial* una modulación particular, desarrollada a partir de la ironía y la discusión lateral del mundo del poder: la salvación de esa humanidad posfutura es posible gracias a la recuperación de la memoria - fragmentada, desvirtuada, contaminada, pero en busca de una palabra que la traiga a la superficie y la transforme en fundación de una comunidad.

Viernes 5 de febrero 15h50-16h50, Faculteitsraadzaal Blandijnberg 2